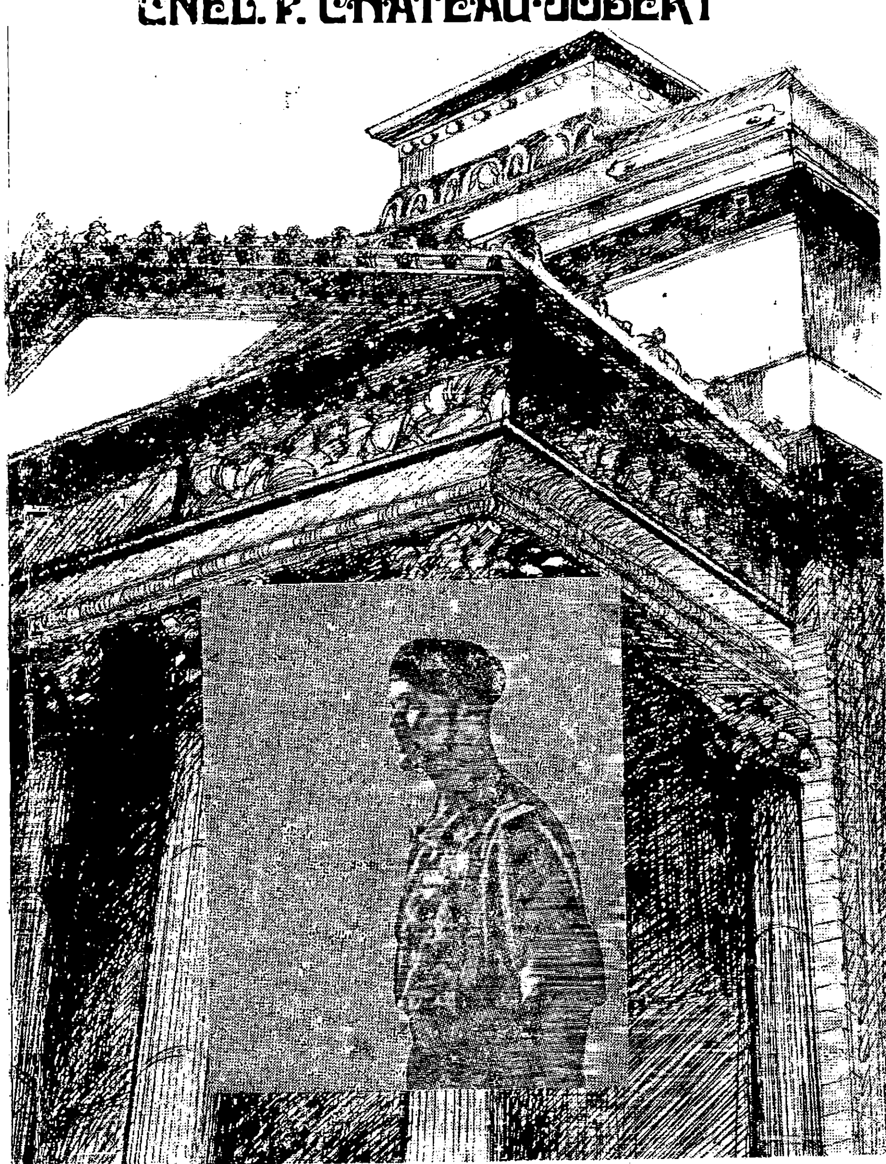
DOCTRINA DE ACCION CONTRARREVOLUCIONARIA

CNEL. P. CHATEAU-JOBERT



RIOPLATENSE

Coronel P. Chateau-Jobert

DOCTRINA DE ACCION CONTRA REVOLUCIONARIA

EDITORIAL RIOPLATENSE

Título original:
Doctrine d'action contrerévolutionnaire

Editado por:
Diffusion de la Pensée Francaise
Chairé-en-Montreuil, 86190 Vouillé, Francia

Traducido por:
Amalia Bellitti

Ilustró la tapa:
Nydia Chuhurra

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Libro de edición argentina

El autor: PIERRE CHATEAU-JOBERT

Hombre de acción, paracaidista. Aquel que sus camaradas llamaron "el capitán CONAN", y que comandara una de las famosas unidades S.A.S. especializadas en los golpes de comandos y en la guerrilla (1943-1945), aquel que fue lanzado con su regimiento sobre Port-Said (caso Suez, noviembre 1956); aquel a quien se llamó "el último de los irreductibles" (París-Presse) cuando fue condenado a muerte en 1965, no se contentó con la práctica de la acción de fuerza.

Muy por el contrario.

Fue auditor del Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional y del Centro de Altos Estudios Militares.

En el plano humano se preocupó durante diez años del problema de "la acción de todos los días", esa que debe movilizar las energías de todos para participar en la construcción de una sociedad mejor.

Comendador de la Legión de Honor, Compañero de la Liberación, ha escrito:

El Manifiesto Político y Social

La Confrontación revolución-contrarrevolución

y prepara una obra de memorias personales.

INDICE DE MATERIAS

Advertencia al lector 15

CAPITULO PRELIMINAR Y CAPITAL

LA DOCTRINA DE ACCION CONTRARREVOLUCIONARIA
SE DIRIGE A TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

A. Aclaración previa 23
B. La "contradicción interna" de todos los "descreídos" 24
C. La acción Contrarrevolucionaria llama a todas las buenas voluntades . 26
D. Una Doctrina "Contrarrevolucionaria" 28
E. Distinguir "Contrarrevolución" y "acción contrarrevolucionaria" 30
F. Una acción a efectuar – ¿Cómo encararla? 31
G. La esencia espiritual de la doctrina de la acción es una garantía moral y un triunfo suplementario 34
H. Esta doctrina contiene las únicas bases VERDADERAS de la acción: se impone a toda agrupación humana tanto como a los hombres 34

Primera Parte

LAS BASES DE LA ACCION

CAPITULO 1: LA ACCION LAICA CONTRARREVOLUCIONARIA.

A. La Revolución... o la Contrarrevolución 43
B. Urgencia de una doctrina de acción 47
C. A los laicos corresponde llevar a cabo la acción entre los laicos 48
D. No es suficiente saber lo que HABRIA que hacer, es NECESARIO hacerlo 50
E. Falsas objeciones contra la acción Contrarrevolucionaria 51

a) La Contrarrevolución sería estéril porque es anacrónica 53
b) La Contrarrevolución sería esencialmente negativista 55
c) La argumentación Contrarrevolucionaria sería polémica y dañina . 56
d) La acción Contrarrevolucionaria sería el hecho de fanáticos intolerantes y de exaltados 56

CAPITULO 2: PRINCIPIOS EN LA BASE DE LA DOCTRINA DE LA ACCION

A. Un FIN definido por la doctrina y medios conformes con este fin ... 60
B. Una acción coordinadora – Una directiva general: Formación de los espíritus, reconstitución de los vínculos sociales, adaptación de las instituciones al orden social cristiano 62
C. Cómo hacer frente a las obligaciones doctrinales a pesar de las imposibilidades del momento: La defensa de los bienes más universales – Los "programas" comparados con los conceptos que surgen del orden natural 64

CAPITULO 3: PREPARACION PARA LA ACCION: DISPOSICIONES DE ESPIRITU.

A. La capacidad de previsión (Permanencia en el esfuerzo, continuidad en la acción) 69
B. La aptitud para "hacer elección" 71
C. El recurso a la autocrítica 72
D. Romper la rutina, herrumbre de la acción. "Siempre hay algo para hacer" 73

CAPITULO 4: LAS FASES PROGRESIVAS DEL DESARROLLO DE LA ACCION.

A. Progresión a respetar 76
B. Primera fase: Esclarecer – Informar – Instruir 78
"Es preciso dar antes de pedir" 79
C. Segunda fase: Formar – Estructurar 80
"A doctrina insuficiente, acción raquítica" 82
"A mayor responsabilidad, mejor formación" 83
La célula de trabajo 83
D. Tercera fase: Realizar – Combatir 85
"Realizar es sustituir lo revolucionario por lo Contrarrevolucionario" . 90
E. Cuarta fase: Consolidar 92

CAPITULO 5: LA CONDUCCION DE LA ACCION. SUS CARACTERISTICAS.

A. Llevar a cabo una acción UNA y variada y por lo tanto armoniosa: una acción COMPLETA 95
Unidad de la doctrina: lógica y coherencia de la acción 96
Intransigencia y opciones libres 98

B. Usar de la máxima multiplicidad y de la complementariedad de las formas y de los medios de acción – "Ensayar en todos los flancos a la vez" 99
C. Proscribir la hipertrofia esterilizante. Evitar los monstruos tentaculares 103
D. Descentralizar al máximo: factor de rendimiento y de moral 104
E. Buscar la comodidad 106
F. Aportar medios polivalentes a la acción multiforme 108
G. Demostrar inteligencia, paciencia, constancia – Llevar a cabo la acción paso a paso.
Proponerlo todo, pero no insistir sino en el acto inmediatamente factible. No confundir contratiempo y falsa mesura, choque y violencia 109
H. La acción Contrarrevolucionaria se efectúa de hombre a hombre 112
I. La acción Contrarrevolucionaria es efectuada exclusivamente por Contrarrevolucionarios 114

CAPITULO 6: LOS COMPONENTES DE LA ACCION.

A. Los componentes de la acción: el hombre, el instrumento, el acontecimiento 118
B. Ninguna clasificación rígida, pero el hombre está antes que el instrumento 119

Segunda Parte

EL HOMBRE: COMPONENTE DE LA ACCION

CAPITULO 7: EL PROBLEMA DE LOS HOMBRES.

A. Diversos aspectos del hombre 123
B. El hombre, primer problema
El hombre con su personalidad y en su cuadro natural 124
C. Primero calidad: la cantidad "se dará por añadidura" 126
D. Poner a todo el mundo a trabajar
Ofrecer a cada uno su posibilidad 128
E. Es imperioso descubrir los "casos excepcionales" 132
F. Importante función de la mujer 133

CAPITULO 8: EL PROBLEMA DE LOS "MIL" Y DE LOS "CIEN"

A. Encontrar de hecho cien idóneos, y no... virtualmente 136
B. ¿Cómo tener los "mil" y los "cien"?
Encontrar las élites y los hombres de acción que deben ser formados doctrinalmente.
Una ósmosis entre "hombres de doctrina" y "hombres de acción" . . . 139

CAPITULO 9: LOS INTERMEDIARIOS ENTRE LA CABEZA Y LA BASE HUMANA

A. Grupos humanos organizados – Cuerpos intermedios – Redes 142
B. Las redes sociales naturales 144

1. Características y personalidad moral de la red 144
2. Sin organigrama... pero jerarquizado naturalmente: los jefes naturales 146
3. La elección de los hombres – No dejarse engañar – Incorporación colectiva, trabajo negativo 149
4. La red, de esencia natural (por oposición al partido, creación artificial) 154
5. El ejercicio de la autoridad en el cuadro de las redes Autoridad y responsabilidad 156
6. Llevar adelante la estructuración activamente... pero no apresuradamente 161
7. Red sin estructuración = cabeza sin cuerpo 163
8. La estructuración: herramienta para forjar el "consenso" 165

CAPITULO 10: LAS REDES COMO MEDIOS DE ACCION.

A. Acción múltiple e interpenetración de las redes 171
B. Animar todas las redes posibles. Hacerlas "mayores de edad" 172
C. Tener en cuenta su importancia respectiva 173
D. Unión espiritual necesaria entre redes con igual personalidad moral . . 174

CAPITULO 11: LA BASE HUMANA Y LA OPINION PUBLICA.

A. El pueblo y la masa 176
B. Una tropa instruida – La doctrina asegura la unidad de mando 177
C. No dejar librada la opinión pública únicamente a la influencia revolucionaria. Informar a la masa, por lo menos 178

Tercera Parte

EL "INSTRUMENTO"
COMPONENTE DE LA ACCION

CAPITULO 12: LA JERARQUIA DE LOS INSTRUMENTOS SEGUN SU VERDADERO VALOR

A. Diversos valores de los instrumentos posibles
"Colocar lo de arriba, arriba" 183
B. ¡Llegar a todos los hombres, pero... en orden!
Colocar lo espectacular en su lugar 185
C. Valor y peligros de la llamada acción psicológica 188

CAPITULO 13: INSTRUMENTOS DE LA ACCION DIRECTA (auditivos, visuales, audio-visuales)

A. Superioridad de los encuentros.
Buscarles formas variadas con efectos complementarios.
"Dar su máximo" 191
Efecto preeminente de los medios auditivos 194

CAPITULO 14: EL INSTRUMENTO "DINERO"

A. Encontrar dinero: un deber 196
B. El dinero sirve de regulador de la acción, pero la falta de dinero no restringe los límites de la acción 196
C. El dinero a dar: deber de todos 200
Emprender la educación de aquellos que pueden dar 201
D. Preveer los recursos a partir de una base segura: los mismos Contrarrevolucionarios... pero todos 202
E. Respetar el voluntariado.
Regularidad y automatismo para "solicitar a cada uno lo suyo" 204
F. La regla del 1% o "¡5 minutos por día para la Contrarrevolución! " . 206
G. Pagar es "actuar" 207
H. Buscar con insistencia las ayudas excepcionales 209
I. Hacer "remontar" el dinero 211
J. Ni "organización" ni organigrama .
Pero saber organizarse contra la Revolución 213

Cuarta Parte

EL "ACONTECIMIENTO":
COMPONENTE DE LA ACCION

CAPITULO 15: COMO SE IMPONE EL ACONTECIMIENTO

A. Acontecimiento-tiempo y acontecimiento-instante.
Dificultad para poseer el sentido del acontecimiento 219
B. Hombre e instrumento deben estar listos para el acontecimiento 220

CAPITULO 16: COMO MANEJAR EL ACONTECIMIENTO

A. Preverlo todo para manejar el acontecimiento.
La información.
La táctica de la acción 222
B. La estrategia del acontecimiento . . . .
Un plan adaptable a todas las hipótesis. No pretender DEMASIADO hasta que no se puedan prever los medios. No reglamentar el juego de los detalles. ¡De ningún modo "programas"! 226

CAPITULO 17: EL FACTOR "TIEMPO"

A. Si el tiempo juega en favor de la Revolución ¿de quién es la culpa? . 229
B. El tiempo es neutro 230
C. El tiempo perdido por aquellos que se dicen los más apurados 232
D. Poner el tiempo a nuestro favor – Ganar los minutos 235
E. ¿Los plazos? Dependen de nosotros 236
F. Negarse a pronunciar la palabra "esperar" 240
G. Para ganar tiempo, hacer sólo lo seguro . . . .
Osar, y no arriesgar 242

Quinta Parte

MANIOBRA, DEFENSAS Y ARGUMENTOS

CAPITULO 18: LA MANIOBRA CONTRARREVOLUCIONARIA

A. Una maniobra con el espíritu de un contraataque 251
B. La Contrarrevolución, común múltiplo para la unidad de la acción.
  1. Miseria de los Contrarrevolucionarios potenciales 253
  2. Un terreno de entendimiento 254
  3. El común múltiplo de las tendencias anti-revolucionarias 255
  4. Una federación de los esfuerzos que respete todas las aspiraciones legítimas, pero que exija ajustes 257
C. La Contrarrevolución, común múltiplo para una acción internacional . 259
D. Esgrimir la Contrarrevolución 263
E. Desenmascarar, en los hechos, la Revolución oficial 273
F. Sacar del medio revolucionario a los contrarrevolucionarios que se encuentran en él 279
G. Hacer un bloque – Descartar a los revolucionarios y a los neutros ... 281

CAPITULO 19: DEFENSAS

A. Pública expresión Contrarrevolucionaria, pero acción inasible 288
  "Expresar la Contrarrevolución sin revelar la acción" 288
B. Ninguna conciliación ni colaboración con los revolucionarios o casi-revolucionarios 290
C. Formación doctrinal. Fuerza espiritual de la Contrarrevolución 297

CAPITULO 20: ARGUMENTOS PARA PODER ELEGIR

A. Actitud de los Contrarrevolucionarios potenciales frente a la doctrina . 302
B. Los no-creyentes frente al catolicismo 304
C. No disociar lo espiritual de lo temporal 306
D. La elección a realizar 315

ANEXOS

ANEXO 1: LA CELULA DE TRABAJO

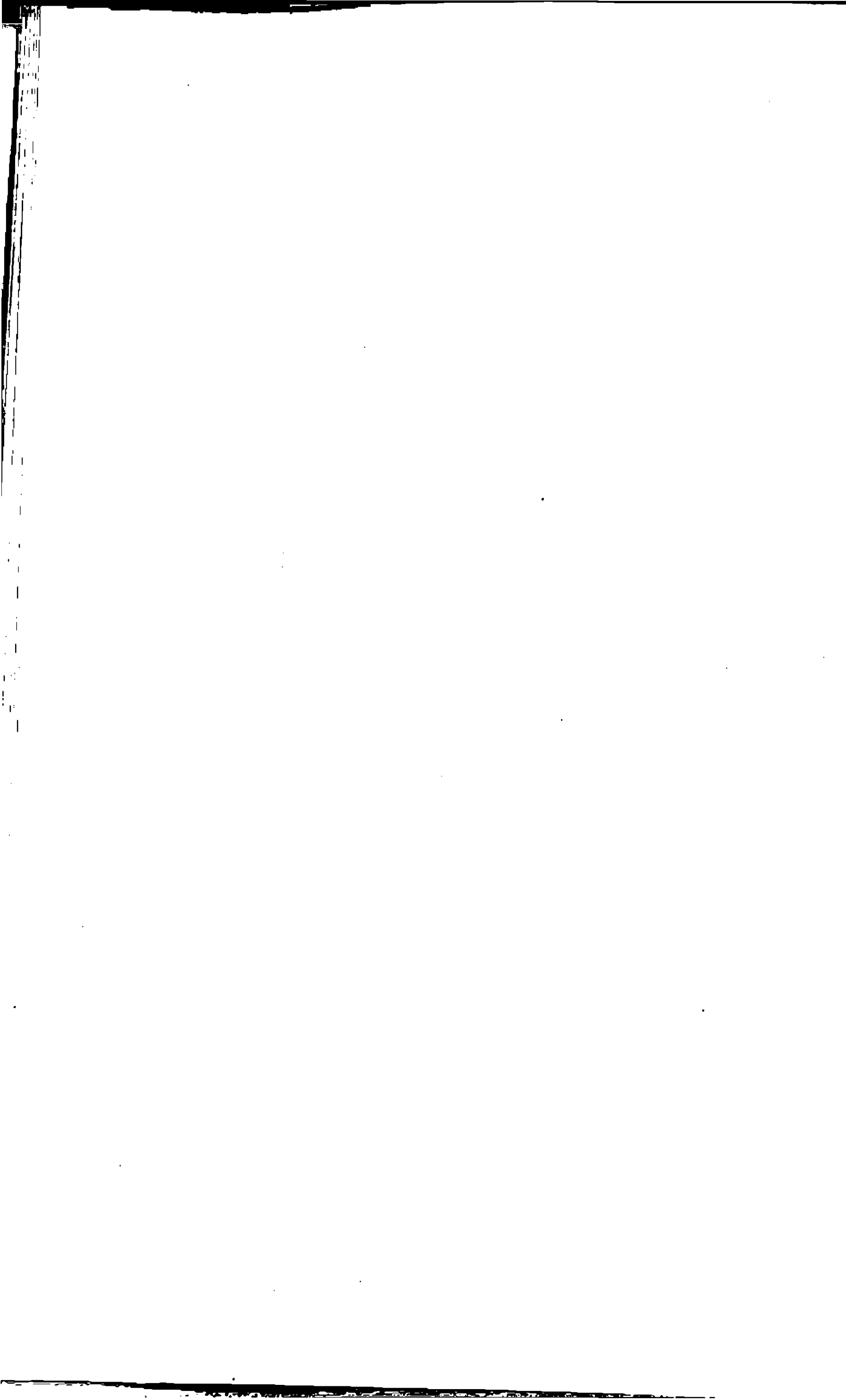
A. Ventajas de la célula de trabajo 327
B. Sugestiones y reiteraciones 330
C. Tácticas y prácticas 334
D. ¿Cómo llevar a un hombre de tendencia Contrarrevolucionaria a formar parte de una célula de trabajo? 339

ANEXO II: UN ACONTECIMIENTO TIPO A PREPARAR: LAS ELECCIONES

A. Tener una solución, un candidato para proponer 345

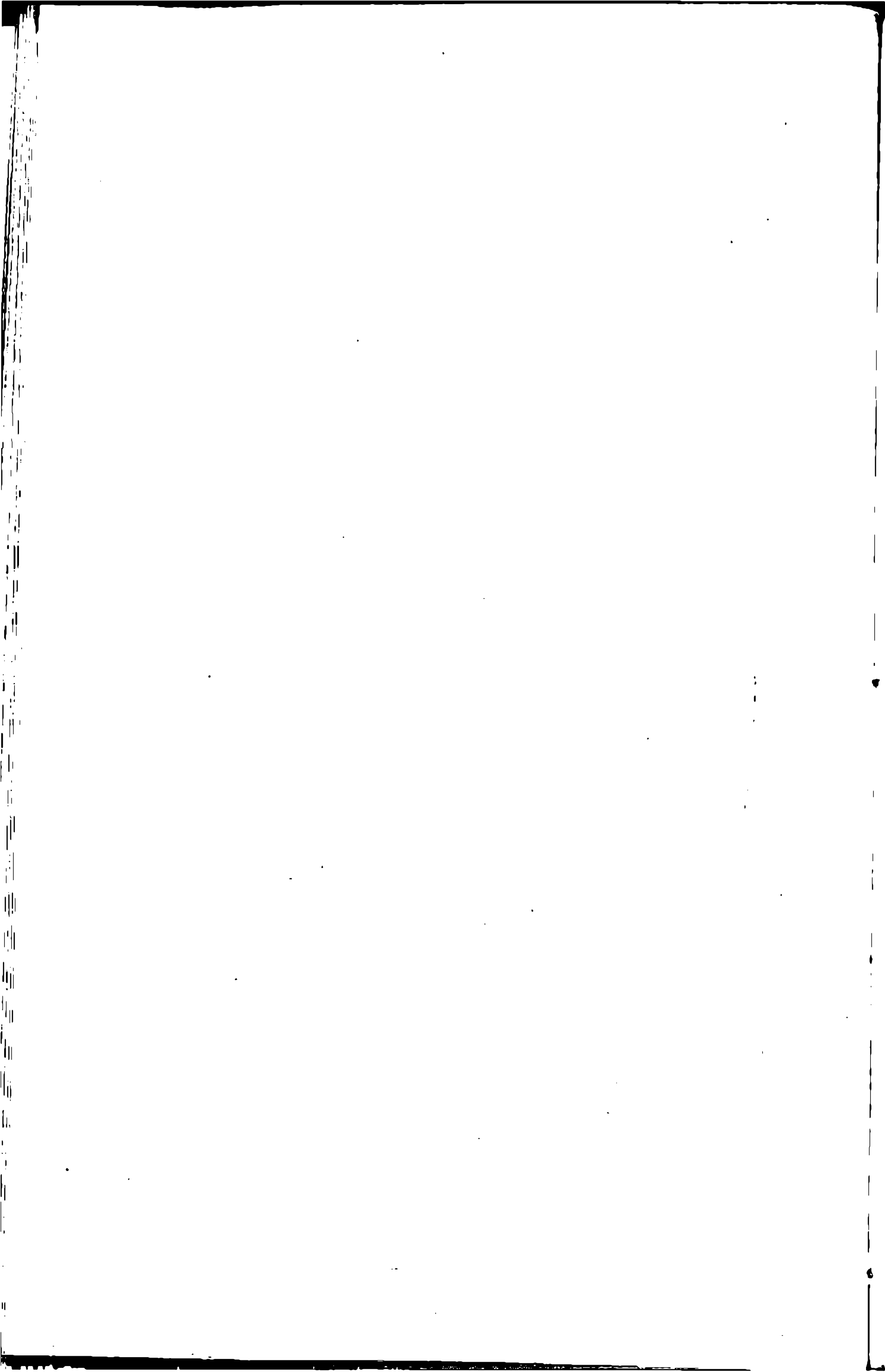
B. La elección del candidato Contrarrevolucionario 347
C. El mínimo que debe buscarse: que se garantice el progreso Contrarrevolucionario 350
D. La elección entre lo malo y lo peor: un frente de boletas en blanco . . 352

ANEXO III: UBICACION DE LOS MOVIMIENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS PARTICULARES 356



"Frente a aquellos que, sin reflexión o sin escrúpulos, emplean los peores medios, la Doctrina de Acción Contrarrevolucionaria ofrece la respuesta a la eterna pregunta: "Es necesario hacer algo... sí... pero ¿cómo hacerlo?"

1.– La Confrontación Revolución-Contrarrevolución obra que continúa la presente, expone la aplicación de la doctrina de acción en la hipótesis más grave, cuando, frente a la violencia, es preciso considerar legítima la acción de fuerza y llegar a combatir con las armas en la mano.



Advertencia al lector

1 Esta *Advertencia,* que proporciona algunas aclaraciones acerca del espíritu que anima este libro, tiene por fin, en primer lugar, solicitar al lector quiera dejar de lado sus tomas de posición y sus prejuicios que en algunos son numerosos con respecto a la Contrarrevolución y que no pueden ser desbaratados en su totalidad desde la primera página.

En razón de la progresividad con que ha sido concebida la obra, respondiendo a una táctica determinada, se debe recomendar al lector avisado no actuar como crítico –si tal es su género– antes de haber acabado su lectura porque perdería su tiempo en señalar olvidos aparentes que encontrará tratados más adelante.

Si, después, se obstina en la crítica, que por lo menos ella sea *Positiva.* ¡Qué lo haga mejor! Y que proceda caso por caso explicando, completando, convenciendo más sólida y ardientemente.

Eso es todo lo que esperamos.

2 Si nuestro tema es la *Acción*, no se trata sin embargo de cualquier acción, aunque los principios que guían la nuestra sean los que deben aplicarse en todos los dominios cuando se busca eficacia, éxito y progresos *Reales.*

Se trata de una acción de carácter *Contrarrevolucionario*, cualquiera sea su campo de aplicación: la sociedad, la profesión, la familia, la recreación... En primer lugar, en consecuencia, es preciso recordar al lector qué es la Contrarrevolución. No es posible, pues, saltar de buenas a primeras al tema principal de la acción.

Lo expuesto en una *Doctrina de la Acción Contrarrevolucionaria,*

se ofrece para señalar el lugar y la función de los hombres, de los medios y de las circunstancias a utilizar para una construcción contrarrevolucionaria.

Es un instrumento de trabajo. Pero no está destinado de ningún modo a algunos especialistas o a ciertos cuadros. Si algún hombre lo considerara como específico del profesional, no habrá comprendido que a él también le corresponde actuar, y que la parte de acción que deje de aportar –por simple que sea, en su medio natural– nadie la realizará en su reemplazo.

Cada hombre debe saber cómo se presenta su deber de actuar. No existe una categoría de personas que tendría la misión de conocer cuál es la acción que le incumbe a cada uno y una multitud de indiferentes que tendría el derecho de desinteresarse.

Porque la exposición quiere ser un instrumento práctico, está obligada a presentar todos los argumentos necesarios y a refutar las objeciones más comunes... Porque los que pasen a la acción tendrán necesidad de todos esos elementos cuando, a su turno, les sea preciso convencer.

Por las mismas razones, a veces ha sido sacrificada deliberadamente la composición literaria en beneficio de repeticiones útiles, de manera tal que el lector encuentre, en el artículo pertinente, todos los argumentos capaces de apuntalar el tema. Por ello también, notas algo extensas han sido mantenidas dentro del texto y no anexadas.

Muchos hubieran deseado un libro al alcance de los más simples, otro destinado a los futuros cuadros y otro, además, en forma de ameno manual. Hacerlo así hubiera constituído, una vez más, una dispersión que es una de las razones por las cuales la doctrina sana, justa y eficiente de la acción es tan mal conocida.

Es necesario tratar de no olvidar nada de lo esencial para que cada cual, según sus capacidades, encuentre aquí lo que justamente busca y pueda hallar asimismo, más tarde, aquello de lo que no hubiera tenido una necesidad inmediata.

Nadie, además, puede saber desde el principio lo que le resultará útil. Ya se trate de un jefe de Estado o de un zapatero remendón, los principios a los que debe someterse su acción, son los mismos. Y, en la acción, no existen detalles que puedan descuidarse. De nada servirá, por ejemplo, estar socialmente bien colocado para animar la acción contrarrevolucionaria en el plan nacional, si se ignoran las

disposiciones a tomar para garantizar la seguridad de los gestos elementales en períodos de persecución solapada.

Ciertamente que se precisaría un libro especial adaptado al nivel de cada hombre. Pero como eso es imposible corresponde a los mejores poner, lo que existe, al alcance de los otros. Nada se opone a una selección de temas especialmente destinados a unos, a resúmenes y a comentarios dirigidos a otros. El imperativo es que de ninguna manera resulte deformado el espíritu y, al respecto, es bueno recordar que en materia de doctrina no decirlo todo es, con frecuencia, hablar contra la doctrina.

Un deseo puede ser formulado: que los hombres cuya profesión consiste en pensar y en escribir, se inclinen sobre el problema de la acción para perfeccionar los instrumentos de trabajo que deben ponerse a disposición de unos y otros.

3 *El Manifiesto Político y Social* (M.P.S.) que anunciara ya esta exposición en pro de una *Doctrina de Acción Contrarrevolucionaria (D.A.)* recordaba el fin que se propone a la humanidad y lo que se opone a ese fin: la Revolución. El M.P.S. definía, pues, *para qué* es necesario actuar y *contra qué* es preciso combatir. La exposición de la D.A. explica *cómo* se debe actuar, combatir, construir.

Ocurrirá ciertamente que algunas personas tendrán la D.A. sin haber leído previamente el M.P.S. Pueden, entonces, suceder dos cosas: o bien el lector reconocerá inmediatamente, como suya, la doctrina a la que se refiere la exposición –y en ese caso no habrá necesidad de lamentar que no se la exponga más ampliamente– o bien el lector no habrá tenido oportunidad de conocer, por tradición o educación, las bases de esta doctrina, pero en ese caso se verá orientado hacia ella con la misma progresividad que se encuentra en el M.P.S.

De todas maneras, los dos primeros capítulos conducirán al lector –aún al carente de información– a la noción de *Revolución* y de *Contrarrevolución*. Al mismo tiempo se refutarán las objeciones banales y falsas opuestas corrientemente a la Contrarrevolución.

Desearíamos que el lector tuviera la intención de leer esta obra "de A a Z", en el orden lógico en que le son presentadas las nociones que se encadenan unas con otras. Pero le es lícito pasar rápido sobre lo que parece fácil o de una importancia no inmediata y con libertad, por consiguiente, para volver sobre ello para asegurarse de que todo lo ha asimilado correctamente.

Por el contrario, el lector no debe dejarse abatir por la lectura que, a veces, requiere más perseverancia, como el estudio de los principios, de las características y de los componentes de la acción. Ahí está lo esencial, el núcleo; y como todo núcleo, es más duro... Pero sólo él puede germinar y dar frutos.

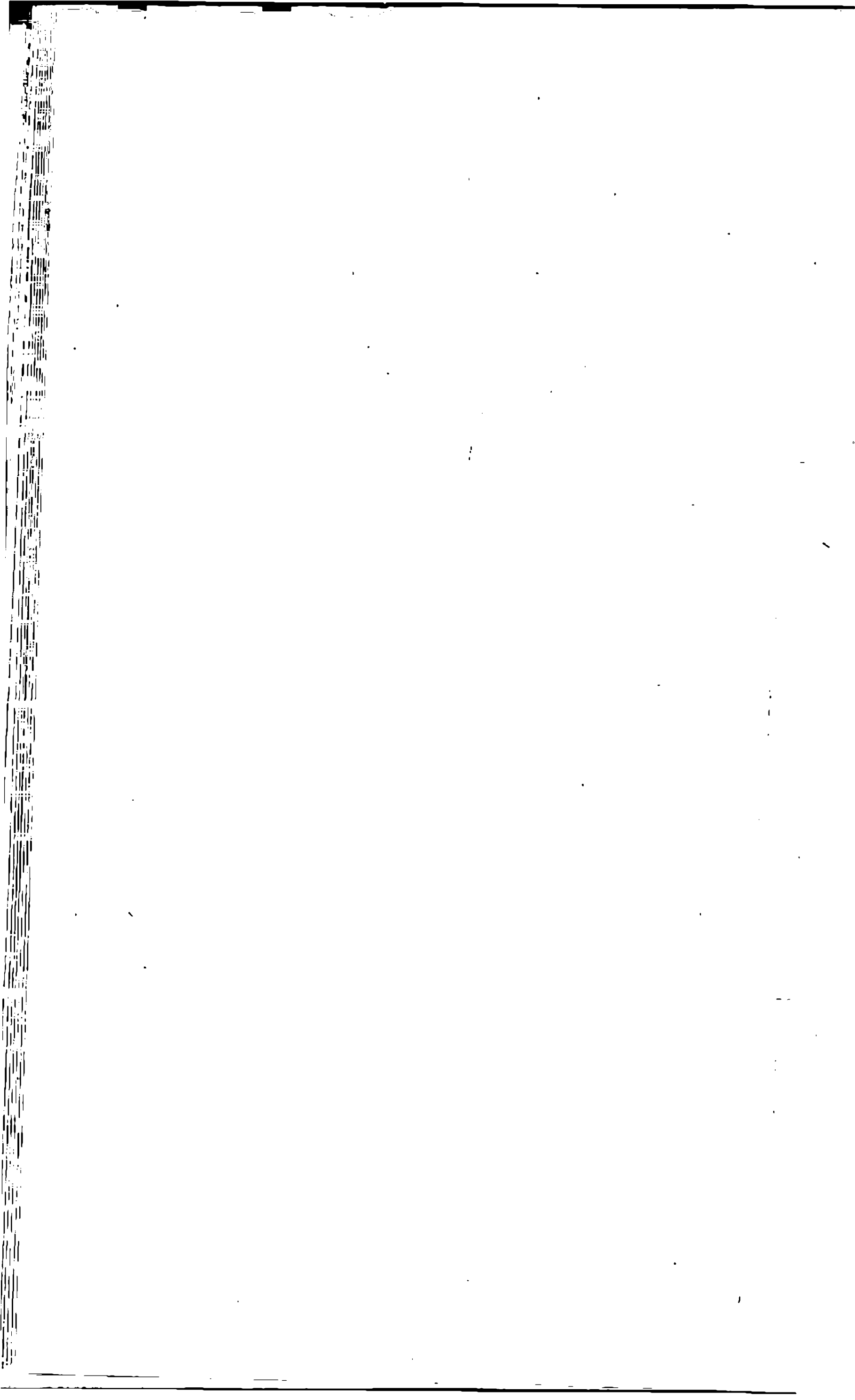
Lo que importa es que el lector lea *todas* estas páginas y las haga suyas, admitiéndolas, en cuanto al fondo, como si él mismo las hubiese escrito. En consecuencia, si le resulta más atrayente partir en la búsqueda de los párrafos que le interesen más directamente, que no dude en transitar de un tema a otro. (El sumario detallado y el índice analítico final –que indican los párrafos– podrán ayudarlo).

Con seguridad, el lector que así proceda correrá a veces el riesgo de carecer de las explicaciones que le hubieran permitido captar plenamente ciertos temas. Así, por ejemplo, quien no haya leído previamente lo que es una verdadera *red social natural* arrastrará durante mucho tiempo en su espíritu, una idea totalmente falsa acerca de la "red" a la que se hace referencia. Y que no se lamente demasiado si encuentra argumentos –de orden metafísico especialmente– que lo detienen y que los habría comprendido y admitido perfectamente si los hubiera abordado con la debida progresividad. (Algunas personas asocian los dos géneros de lectura –un tiempo para una, un tiempo para otra– y no es una mala fórmula).

Sea como fuere, un mínimo de probidad intelectual debe obligar al lector, antes de irritarse, a buscar en primer lugar aquello que se le haya escapado.

Queremos recordar también a aquellos que, perfectamente informados de la doctrina, por principio criticarán un libro que no adopta ni el orden al que están acostumbrados, ni un giro de espíritu que, con frecuencia, pretende convencer comenzando por provocar retracción. Es fácil replicarles, haciéndoles ver que en todas las lenguas del mundo existen miles de libros perfectos que han respetado ese orden. Ya que no es por la falta de esos libros por lo que no se han podido impedir los progresos acelerados de la Revolución, la causa no puede ser otra que la falta de hombres. Quizás pues, a veces sea necesario adoptar una progresión diferente y emplear un lenguaje y un razonamiento que sean directamente accesibles a quienes se quiere convencer.

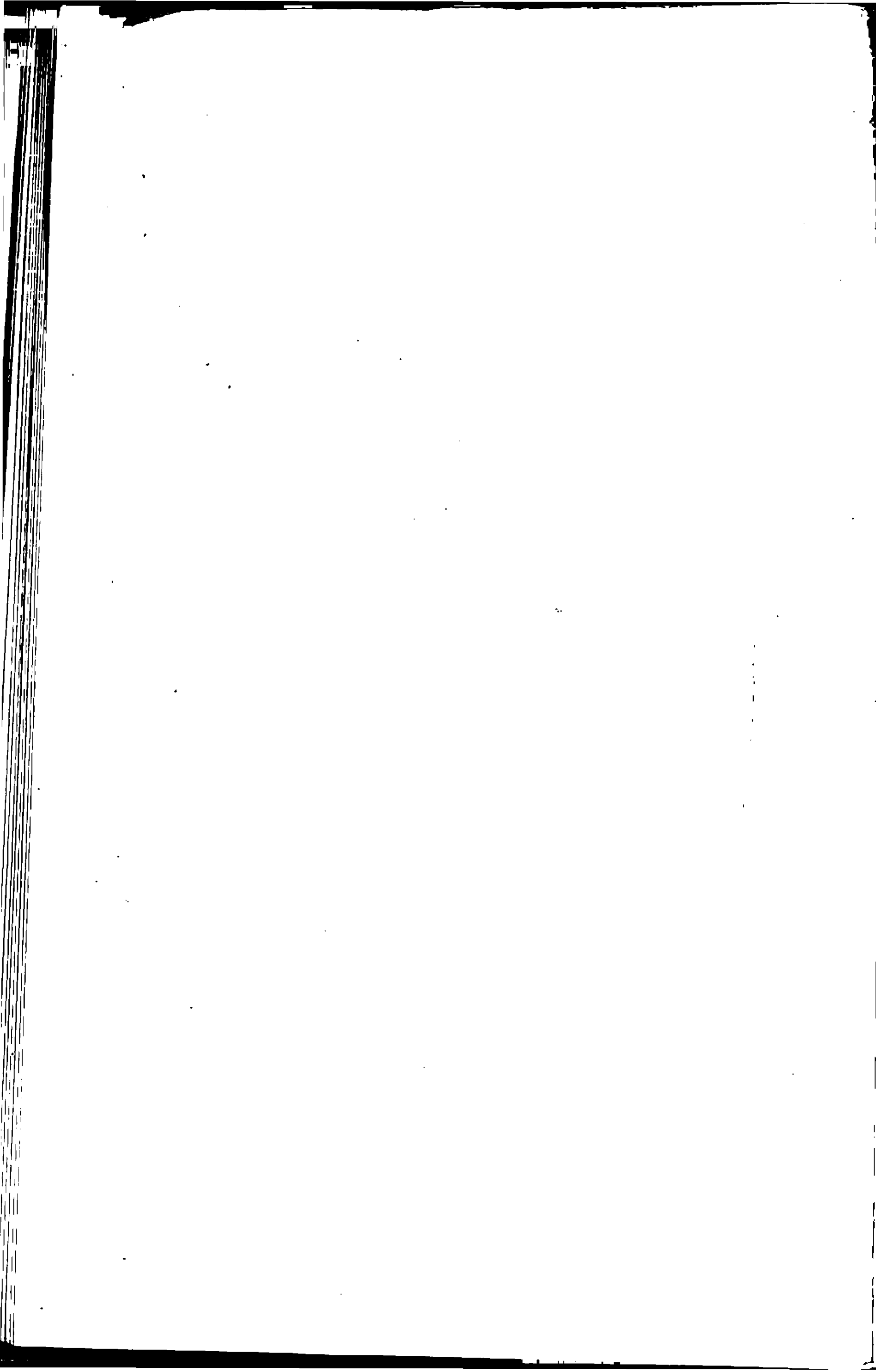
Aquellos que están perfectamente informados de la doctrina no tienen ninguna necesidad de leer esta exposición, porque ciertamente su ciencia ya los habrá llevado a la acción... a no ser que frente a esta doctrina su falta de coraje los haya arrojado entre los descreídos.



El acto principal de la prudencia consiste en intimar la acción... Aquel que no se manda a sí mismo actuar cuando ve que debería hacerlo, falta mucho más a la prudencia que aquel que comete un acto reprensible sin haberlo juzgado como tal.

*Santo Tomás de Aquino**

S. Teol. IIa, IIae; q. 47, a. 8. c/Scotch



CAPITULO PRELIMINAR Y CAPITAL

LA DOCTRINA DE ACCION CONTRARREVOLUCIONARIA SE DIRIGE A TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

A. Aclaración previa

4 Revolución...Contrarrevolución.

Sabemos que dos proposiciones "contrarias" pueden ser, ambas, igualmente falsas. Pero la Contrarrevolución no se contenta con ser la contraparte de la Revolución: la rechaza combatiéndola y sustituyendo su orden.

Si se entiende por Revolución una negación de todos los valores de Ser —de hecho eso es la Revolución, y sólo lo ignoran los pequeños revolucionarios superficiales—, la Contrarrevolución que es su *oposición*, tiene todo el sentido positivo, constructivo, que contiene la afirmación del principio de Ser. Su lado destructivo de las manifestaciones del mal no es sino secundario.

Tal es el sentido de la Contrarrevolución. Ella es un hecho —un hecho internacional— que estarán obligados a tener en cuenta quienes aún ergotizan acerca del "aspecto" positivo o negativo de una palabra que comienza por "contra".

La Contrarrevolución es, en cierto sentido, un contra-ataque, es decir una reconquista.

5 Algunas personas están intrigadas —sin razón— por esta *acción* a la que hacemos referencia en toda la obra y se preguntan en qué puede consistir. No se trata de ninguna manera de una acción extraña reservada a los iniciados[1].

La acción se define comunmente como la *manifestación de una energía* y, en un sentido más amplio, la acción en general es

también el *ejercicio de una actividad.* Casi siempre el término "acción" podrá revestir uno u otro sentido sin que de ello resulte la menor ambigüedad. En lo concerniente a la acción contrarrevolucionaria, ya sea ella el ejercicio de una actividad en general o la manifestación precisa de una energía contra la Revolución, designa un comportamiento dinámico de la vida corriente, una orientación de los actos de todos los días para contrarrestar victoriosamente a la Revolución.

La *Doctrina de la Acción Contrarrevolucionaria* tratará, pues, esencialmente de los aspectos que debe tomar la acción para ser sana y eficaz, de las formas múltiples y variadas que no deben olvidarse, de los principios y características a respetar para que la acción sea infalible, de las defensas y de las maniobras a desplegar frente a la Revolución.

Se trata de una acción general y común que se impone a cada hombre.

Una acción contrarrevolucionaria de alcance extraordinario también se orienta hacia los niveles nacionales y mundiales. Pero es preciso saber que los problemas de acción que ella aborda están sometidos a los mismos imperativos doctrinales y que, si sólo es el hecho de algunos hombres, sin embargo no hay para estos regla excepcional.

B. La contradicción interna de todos los "descreídos"

6 Todo lo que ataca la dignidad del hombre y perjudica sus verdaderos derechos o el cumplimiento de sus deberes, es expresión de una rebelión contra el orden natural: es la Revolución.

La Contrarrevolución se opone a todas las formas de la Revolución con miras a restablecer un orden acorde con una justa concepción del hombre, de la economía social y de la comunidad humana.

La acción contrarrevolucionaria se aplica en todos los dominios porque la Contrarrevolución es universal. No se trata de hacerla triunfar solamente en materia política y social descuidando otros aspectos de la actividad humana, por ejemplo, los económicos y culturales. Sin embargo, la doctrina de la acción contrarrevolucionaria se aplica particularmente al dominio político y al social porque ellos

son los ramales esenciales que condicionan la vida corriente y en los que todos los hombres *cualesquiera sean*, pueden ejercer influencia a través de sus acciones y sus contactos cotidianos.

Algunos exclamarán inmediatamente que ellos no hacen política y que las preocupaciones de orden social no están a su alcance. Actitud condenable y sin excusas. Todo ciudadano tiene deberes y derechos frente a la sociedad en que vive; de esa sociedad depende y el lugar que debe ocupar en ella jamás es desdeñable. Ningún miembro de la sociedad escapa a esta regla que debe interesar a todos aquellos que no quieran contentarse con sufrir los acontecimientos.

7 No sería extraño que los "descreidos" tuvieran inicialmente algunas reticencias frente a ciertas características de la doctrina de la acción contrarrevolucionaria.

Un descreido, en sentido estricto, es un mal creyente. El término engloba, pues, al conjunto de hombres que no participan de la creencia a la que se refiere la doctrina de acción contrarrevolucionaria, y a aquellos también cuya creencia es tan inconsistente que carece de fuerza para conformar sus actos.

Si se habla a esos "descreidos" de una doctrina de acción política y social que se apoya sobre los valores naturales y espirituales fundamentales, su primera reacción es sentirse muy alejados de las nociones de religión o aún de simple moral aprendidas en su juventud. ¿Cómo podrían pretender efectuar una acción exterior a ellos mismos, cuando por lo general no son capaces de gobernarse según una dirección espiritual de la que, sin embargo, conocen las exigencias?

¡Qué más quisieran! , pero les parece que para hacerlo deberían alcanzar un nivel de espiritualidad que no tienen. ¿Defenderán sus ideas en nombre de convicciones morales o de creencias religiosas? ¡Se les reirían en su nariz tratándolos de hipócritas!

Reconocen en ellos la *contradicción interna* que se traduce en un comportamiento frecuentemente en oposición con los principios a los que quisieran referirse. Esos descreidos se arrojan entonces en la multitud que forman todos aquellos que, vencidos por una suerte de complejo de indignidad, jamás harán nada.

Cuando un hombre se refiere a lo más excelso, la masa querría que fuese un santo. Razonamiento que comporta una cierta lógica porque, para hablar en nombre de los principios es preciso, al menos, hacer esfuerzos para respetarlos; si no es contradecirse a sí mismo.

De esa forma, porque el hombre en tanto que individuo, infringe a veces los principios morales que sin embargo reconoce como válidos, no se atreve, como ciudadano, a exigir la aplicación de esos principios en el dominio político, económico, cultural y social.

C. *LA ACCION CONTRARREVOLUCIONARIA LLAMA A TODAS LAS BUENAS VOLUNTADES*

8 Cuando un hombre reconoce la contradicción que existe en él y desea, si piensa lógicamente, poder un día ponerle remedio, deja de estar encerrado en su dilema.

Los principios espirituales a los que puede referirse exigen la búsqueda de soluciones humanas conformes con esos principios: él puede y debe participar en la defensa de los bienes más universales. Para hacerlo no tiene necesidad de ser cristiano; puede ser judío, musulmán o ateo; le es suficiente el sentido común y la honestidad para que su contribución sea aceptable. Sus escrúpulos son aquellos que la Revolución suscitará siempre en los hombres honestos para obtener una pasividad propicia a sus designios. Si él renuncia a la acción a realizar, traiciona su civilización y deja librados a los hombres a los grilletes del liberalismo capitalista o del comunismo, principales formas subversivas bajo las que se ha relevado la Revolución.

"La Contrarrevolución es lo contrario a la Revolución (...)."
(Joseph de Maistre, 1753-1821)

El que adopta los fines y los métodos no se convierte, en el mismo instante, en un contrarrevolucionario completo. Pero, si la sola razón le ha hecho adoptar, inicialmente, esos fines y métodos, es posible que, en su momento, sus creencias se reconcilien con toda la verdad, única capaz de permitir una refutación total de las teorías revolucionarias.

Uno no nace contrarrevolucionario, se hace; uno puede serlo, pues, cada vez mâs completamente.

Por el contrario muchos de los que tienen fe no lo serán nunca porque no se preocupan por actuar contra la Revolución aunque para ellos sea un deber.

9 Es inútil, pretenderán algunos, hablar de Contrarrevolución porque existe el catolicismo. Pero si el término "Contrarrevolución", con una antigüedad cercana a los dos siglos, ha sido inventado por élites espirituales católicas, es porque responde a una necesidad. Por el contrario resulta indispensable esgrimir la Contrarrevolución en razón precisamente de la cobardía actual de un número demasiado grande de católicos.

Va de suyo que se trata de católicos tomados individualmente y en ninguna forma del catolicismo. Fue pensando en ellos que Charles de Foucauld escribió el 6 de diciembre de 1915 al General Laperrine: "...lo que (les) falta frecuentemente, es dignidad y nobleza".

Muchos de esos católicos, demasiado numerosos y que hasta son mayoría en tantos movimientos, organizaciones e instituciones, han abandonado en el terreno cívico la defensa de los valores fundamentales que declaran en privado.

En muchos países las élites cristianas ya no parecen capaces de remontar la corriente y además se puede dudar de que en tales circunstancias se otorgara audiencia suficiente a sus incitaciones que, en la mente de muchos, sólo tendrían en vista el problema religioso.

Entonces ¡que se reúnan para conducir la acción política y social necesaria todas las voluntades *honestas y activas!*

Se trata del mismo combate, pero aplicado al punto en que el adversario ha hecho estallar el dispositivo, en el que las tropas de los "bien pensantes" abandonan las defensas, en el que algunos se pasan a las filas del enemigo. (Ver los progresistas).

El contraataque será contrarrevolucionario. Le hacen falta elementos de choque. Si no se los encuentra entre aquellos que, por tradición o educación, estaban signados para la lucha, hay entre los "descreídos" quienes tienen valores morales capaces de traducirse en actos.

Si, pues, por cualquier escrúpulo persistente, algunos no se atreven a comprometerse en nombre de principios espirituales, ello no impide que todas sus tendencias contrarrevolucionarias sean llamadas para ejercer una acción vigorosa en el buen sentido.

10 Para saber cual es la buena dirección a tomar es preciso, en primer lugar, conocer los principios de base y los fines hacia los que debe tender la acción.

El *Manifiesto Político y Social* quiso facilitar ese trabajo demostrando que aquello que los hombres de buena voluntad buscan en el plano terrenal —particularmente en materia social y política— se encuentra en el orden natural; dignidad de la persona humana, igualdad *fundamental* de los hombres, defensa de la patria, justicia y caridad social, preocupación por el hombre y por el *bien común* de los hombres, etc.

Ese orden es natural: es accesible a la inteligencia, a la razón humana y por eso llega hasta la existencia del alma y al concepto de Dios.

Todo hombre —cualesquiera sean sus creencias, hasta el ateo cuando no niega que pueda existir un Ser supremo[2]— puede reconocer en el orden natural la más sólida base capaz de sostener una acción política y social.

Pero ese orden natural forma parte de un todo que no se puede disociar: un orden natural y sobrenatural, cuyo elemento sobrenatural, por la Revelación, conduce a Cristo.

El *Manifiesto Político y Social* ha insistido sobre el hecho de que, aún si no se es católico, los principios y los fines que deben, en particular, guiar la acción en materia política y social *son aceptables por todos;* son simples porque respetan la naturaleza humana; son irrefutables y universalmente válidos.

Un orden cristiano, tomado como fin de la acción, no puede sino satisfacer a todos los hombres de buena voluntad —aquellos que quieren el Bien— porque tiene como base el orden natural inteligible a todos, y porque además existen razones de orden sobrenatural —razones suplementarias que pueden escapar a los "descreídos"— para tomar como base ese orden natural.

Puede ser que algunos digan que no quieren ser cristianos. ¡Son muy libres! . El orden social cristiano jamás pretenderá *imponer* una religión. La doctrina —se verá sobradamente a continuación— busca convencer y se opone a toda violencia psicológica.

El orden a restablecer deberá preservar solamente, para la verdad, el derecho a hacerse oir, que es justamente lo contrario de lo que quiere la Revolución.

D. Una doctrina contrarrevolucionaria

11 La parte especulativa de la doctrina fue expuesta en el

Manifiesto Político y Social con la óptica de la lucha Revolución -Contrarrevolución. Era preciso en primer término hacer conocer –o simplemente recordar– la *base* inicial indispensable para preparar el estudio de la acción. Era necesario, en particular, repetir qué es el orden natural del que muchos hombres sólo tienen una noción muy vaga.

A partir de la misma óptica –y con el mismo cuidado de progresividad– esta parte práctica presenta los elementos propios para realizar los objetivos y el fin definidos por la doctrina.

La marcada insistencia acerca del carácter "contrarrevolucionario" de la doctrina de la acción debe recordar permanentemente que si se quiere llegar a un orden social cristiano, es *indispensable* efectuar un combate incesante *contra la revolución*[3].

12 Hay personas que esgrimen un prejuicio –que por otra parte no pueden justificar– contra el término contrarrevolucionario. Esa actitud proviene con frecuencia de su ignorancia con respecto al orden natural. Se imaginan que la Contrarrevolución se contenta con oponerse a las ideas revolucionarias y desconocen el elemento constructivo de la acción social y política contrarrevolucionaria: el establecimiento de un orden social y la adopción de soluciones humanas, nacionales y mundiales.

La Revolución no lo ignora. También ella se esfuerza en persuadir a los hombres honestos, pero sin formación política, de que el término está mal elegido, que es impopular, inadaptado. Para ella, en efecto, la sola palabra "Contrarrevolución", a la vez doctrina, orden social y principio de acción, representa por sí misma, un gravísimo peligro.

En revancha juega con el atractivo que muchos encuentran en el término "revolucionario". La palabra pareciera prometer un cambio radical de los viejos métodos y sistemas que ya han probado su incapacidad. Con toda facilidad seduce a los espíritus generosos frustrados por la rutina, la pasividad y la indiferencia generalizada. De tal suerte que todo lo que se relaciona con la Revolución aparece como deseable y calumniado todo lo que se le opone.

Hay una sola forma de luchar contra esos procedimientos: dar a las palabras su sentido exacto y, en consecuencia, tomar el término revolucionario en el sentido de todos los inspiradores de la Revolución, a saber: trastrocamiento de los valores, sublevación contra el orden natural, rebelión contra la ley moral[4].

El término contrarrevolucionario, en sí mismo, no es *esencial.* Los que no lo quieran que sean lógicos con ellos mismos, que comiencen por encontrar otro mejor y *que partan al combate con el que hayan elegido.*

Unos puede ser que prefieran unirse por el tema de una cruzada, otros querrán un llamado directo al orden social cristiano y algunos optarán por una referencia espiritual más elevada. Es de su incumbencia, porque es preciso dejar a cada grupo humano su personalidad y, en realidad, poco importa porque la unidad de pensamiento y la unidad de acción se relacionan con la misma doctrina y *ella implica la lucha contra la Revolución.*

Lo *esencial* es que la doctrina sea respetada y *aplicada,* que su aceptación no se limite a promesas sino que se pruebe por *realizaciones* desalojando lo que es revolucionario para reemplazarlo por lo Contrarrevolucionario.

La doctrina, el fin y los métodos para luchar contra la Revolución, sólo pueden ser contrarrevolucionarios.

E. Distinguir "Contrarrevolución" y "acción contrarrevolucionaria"[5].

13 La acción contrarrevolucionaria es dirigida por hombres y les resulta muy difícil a los hombres comprometidos en la acción no cometer, a veces, errores. Es preciso, pues, no confundir la acción contrarrevolucionaria con la *Contrarrevolución.* La Contrarrevolución detenta un valor absoluto por el hecho de que quiere ser una expresión rigurosa de la doctrina cristiana en la aplicación que se proponen los laicos contra la Revolución, para la instauración de un orden social cristiano.

La acción contrarrevolucionaria, manifestación humana, aunque pueda ser imperfecta "no compromete" a la Contrarrevolución.

La distinción tiene importancia porque una acción que estuviese en contradicción con la Contrarrevolución sería "revolucionaria" y, por otra parte, toda pretendida contra-revolución que estuviera en contradicción con la doctrina sería una falsa Contrarrevolución.

F. La acción a efectuar ¿Cómo encararla?

14 Los que se preocupan por el problema de la acción desean ser útiles en la vida corriente, en la profesión, en su medio; poder defender las ideas justas, contribuir al establecimiento de una situación política y social sanas, de un orden que permita a los hombres vivir en un real clima de paz; tener conciencia de que la justicia y la caridad social aseguran en el país el respeto a los deberes y a los derechos de todos y que la nación se preocupa por preservar el bien común frente a pretensiones exteriores o interiores que se oponen al orden natural y a la ley moral.

Existe pues, efectivamente, una acción a efectuar en ese sentido y nadie se conformará en esperar que "todo el mundo esté de acuerdo" acerca de esos puntos mientras que ese "todo el mundo" padece lo contrario.

Cada cual tiene su excusa: "Tengo un patrón que es un hombre 'muy bien'; le tengo confianza; lo seguiré...". Pero el patrón mismo se remite a una autoridad que... etc. Y es así como –para tomar un ejemplo particularmente flagrante– tantos franceses, en épocas cruciales para la nación francesa, se han amparado detrás de autoridades de las que sabían muy bien que jamás se comprometerían. "Tenéis razón, decían, pero debemos pensar en nuestro deber profesional, mantenernos en una 'sana disciplina'...".

Contentándose con lamentarse son muchos los que así se vuelven incapaces de realizar la síntesis de su deber moral y de su deber profesional.

Esa es la actitud, en todos los países del mundo, de numerosos hombres que se dedican a la política pero que pretenden no mezclarla –por consiguiente conciliarla– con sus creencias. Al igual que los que declaran que un intelectual o un periodista no tiene que ser un hombre de "orden", sino solamente un "preguntador" que no está llamado a conservar sino a discutir y aún a destruir.

Por el camino fácil se rehusan a la toma de conciencia como hombre "total" y juegan, estos Maître-Jacques*, en función de la librea que visten.

* Maître Jacques es un personaje del "Avaro" de Molière que cumple a la vez los oficios de cochero o de cocinero, etcétera, y según lo que su amo le pide, viste la librea del correspondiente oficio para atenderlo. –N. del T.–

Para los católicos existe una condenación formal: "Es monstruoso en sí, escribía Pío XI al Patriarca de Lisboa, que hombres que hacen profesión de catolicismo, tengan una conciencia en la vida privada y otra en la vida pública".

Se puede comprender que, por prudencia-precaución, haya quienes no quieran arriesgarse en una acción sin estar seguros de que tenga posibilidades razonables de éxito. Pero, ahí reside la cobardía, en no atreverse igual a tomar partido en favor de sus propias convicciones.

La prudencia-acción impone un minimum si no se quiere ser cómplice de lo que se pretende sufrir[6].

15 En un terreno que interesa a cada nación y las sobrepasa a todas, se plantea permanentemente la cuestión: ¿Se abandonará a los hombres, a los países y al mundo a la Revolución?

¡Cuánta gente, sin embargo plena de excelentes disposiciones y cuidadosa de sus deberes, no se comprometerá a responder!

Es preciso comprenderla. Es posible que uno de cada diez no vea como podría actuar. La mayoría ni sabe aún que podría hacer algo. Además con cierta razón podría poner en duda la eficacia de su débil acción individual.

Ciertamente si un hombre sólo encara el problema, el campo de su acción será muy limitado al principio. Pero si, uniéndose a otros, emprenden en conjunto la tarea de demostrar a todas las buenas voluntades que *hay algo que hacer,* entonces se descubre la perspectiva de una acción común cuyo posible alcance no tiene límite.

Por ello no dejará de llamar la atención un término en las páginas siguientes: "red", red natural, red social, "red, elemento motor..., elemento consciente y *voluntario*... en un medio social determinado, profesional, militar, cultural, etc.... y siempre natural".

He ahí una de las nociones –entre otras– que hará resaltar la doctrina de la acción. A partir de ella, así como parecía irracional comenzar como franco-tirador, aparece como posible y seguro, con la ayuda de las reglas de esta doctrina, emprender un esfuerzo concertado.

Al punto puede precisarse una línea de conducta:

En primer lugar buscar los contactos con quienes tienen las mismas aspiraciones; engancharse "por arriba", es decir en el terreno de las ideas, con personas seguras; "por arriba", no según la

jerarquía profesional sino según los valores de referencia más elevados; esto hace que la verdadera autoridad espiritual o el jefe natural no pertenezcan forzosamente al rango social o a la profesión más eminente.

Sin preocuparse inmediatamente de los grandes problemas como el de la reforma de las instituciones, por ejemplo, comenzar por ser un elemento en un conjunto que poco a poco tomará conciencia de su personalidad moral, pero un elemento dinámico y preocupado por el perfeccionamiento doctrinal, de manera que pueda comprender y luego, a su vez, explicar y convencer en torno suyo.

La influencia personal e inmediata de cada individuo se traduce, así, en una primera misión que consiste en buscar en su medio familiar todo lo que pueda convertirse en un elemento contrarrevolucionario: la esposa, los hijos, el portero, los vecinos, el peluquero... Todas las personas a las que se pueda llamar la atención. "¿Ha leído Ud. esto...? ¿Qué novedades hay...? ¿Qué piensa Ud. de...? ". Tantas personas *que después será preciso seguir interesando en la Contrarrevolución.*

La acción contrarrevolucionaria, evidentemente, no se limita a eso. Lo que hemos simplemente esbozado corresponde –lo veremos más adelante– a una primera fase que consiste en esclarecer, informar e instruir. Solamente hemos querido mostrar que es muy fácil lanzar la acción propia.

Va de suyo que a medida que el hombre acrecienta su formación contrarrevolucionaria más seguro se siente en la conducción de su acción. A aquellos que tuvieren escrúpulos de hablar de la Contrarrevolución porque sienten que su formación aún es débil, se les puede hacer notar que siempre podrán, desde el vamos, denunciar a la Revolución (*llamándola por su nombre*) en sus manifestaciones y fechorías, tal como aparecen en la vida corriente en todo aquello que contraría el derecho natural u ofende la ley moral.

A esta misión individual se liga otra que depende del nivel de cada uno como ciudadano. En el terreno social o profesional las ocasiones deben buscarse para "rendir al máximo" en la acción contrarrevolucionaria, sin descuidar las responsabilidades, cada cual desarrollando su campo de acción ni más ni menos que en la medida de sus posibilidades.

En el terreno individual y en el cívico es necesario llegar a

convencer de que si todos aquellos que piensan igual, se atrevieran a conformar sus actos con lo que les dicta su buena conciencia, los países actualmente corroídos por los progresos de la Revolución podrían ser salvados.

G. La esencia espiritual de la doctrina de la acción es una garantía moral y un triunfo suplementario.

16 No se dirige una acción para sí misma sino para llegar a un fin. Si no condena al activismo puro[7].

Un método que recuerde la mejor manera de utilizar los medios con miras a arribar al fin, es siempre útil. Si, además, ese método se refiere a la doctrina cristiana, da a quien lo aplique estrictamente, en cualquier forma de acción, la garantía de que no está en oposición con la ley moral.

En razón de que las reglas de la acción contrarrevolucionaria se basan sobre los principios más elevados, inmutables e intransigentes, son rigurosamente aplicables y transportables a todos los temas. Aportan a la solución de todos los problemas la eficacia de un método y la garantía de una moral.

H. Esta doctrina contiene las únicas bases verdaderas de la acción: se impone a toda agrupación humana tanto como a los hombres.

17 Muchos hombres se abalanzarán sobre la doctrina de acción que se les propone, porque sienten, aunque no se les haya explicado, que las acciones deben estar orientadas y especificadas por su fin, y que es preciso saber *elegir* entre las diversas formas de una acción posible.

Muchos aceptarán una doctrina que les dará razones para mejor conocer lo que quieren y los medios suplementarios para ser más fuertes. Al mismo tiempo descubrirán la unidad rigurosa que existe entre la teoría y la práctica. Contrariamente a lo que piensan ciertos irreflexivos, la doctrina no tiene un aspecto puramente teórico que sería poco menos que imposible observar escrupulosamente cuando se entra en el dominio práctico.

Cuando esos irreflexivos se tomen el trabajo de profundizar, sin indulgencia con ellos mismos, los motivos que los hacen actuar de

esta o de aquella manera, podrán comprobar la siguiente evidencia: las ganas de conseguir un éxito *rápido,* el deseo de hacer en primer lugar algo *espectacular* o, sobre todo, de ganar a *la masa* son casi siempre las verdaderas razones de sus extravíos en la conducción de una acción sana. Sacrifican la solidez a las apariencias. Creen ir ligero. Se los admira. Pero terminan en un callejón sin salida.

Jamás hay incompatibilidad entre la teoría doctrinal y la manera correcta de reaccionar ante los hechos. Si fuese de otra manera, el bien –o lo "mejor"– sería una utopía y existirían dos "verdades". Una teórica y la otra, diferente a ésta, que sería aceptable en la aplicación práctica.

Todo lo que se desvía de la verdad aleja del resultado deseado.

Por el contrario, aceptar la doctrina es reconocer el valor de las bases que la justifican, así la doctrina de la acción muestra el camino hacia la doctrina. Su aplicación estricta para fines que, en el espíritu de ciertos utilizadores, parecerían muy alejados de cualquier quehacer moral o religioso, confiere sin embargo un cierto mérito a esos utilizadores ya que, si eligen esta doctrina, sacrifican resultados inmediatos y fáciles –pero ilusorios– en provecho de una acción cuyas consecuencias ciertas son positivas y su acción, entonces, está de acuerdo con su conciencia.

Esta acción excluye cualquier concesión, por insignificante que pudiera parecer, a los métodos revolucionarios. Si en ella se admite la menor derogación, será humanamente lógico admitir también, según Maquiavelo "cualquier medio de lucha, comprendidos la felonía y el asesinato, con miras a la instauración de un poder fuerte" que Lenin definía así: "Poder que no está limitado por nada, por ninguna ley, y que se apoya directamente sobre la violencia[8]."

18 La doctrina postula una moral de la acción y ésta se aplica no solamente a los hombres sino a las colectividades, personas morales o cívicas, ya se trate de instituciones privadas, de gobiernos o de Estados.

Los hombres no pueden unirse en una sociedad para pretender, de una manera encubierta, librarse de la ley moral que se impone a cada uno tomado individualmente. No se escapa de ningún modo a esas responsabilidades personales cuando se permite la inmoralidad,

la injusticia, el crimen, bajo la cobertura de organizaciones anónimas, de intereses superiores o de razones de Estado.

Si nada está dispensado de la ley moral que guía la acción, nada tampoco está dispensado de las reglas que debe respetar esta acción para ser realmente constructiva. Esas reglas se imponen tan imperativamente a las agrupaciones humanas como a los hombres. Cualquier derogación se paga ya sea por un retardo en la consecución del fin perseguido o por una lesión, en cualquiera de sus formas, al bien común que el fin no debe hacer perder de vista.

Así, a nivel nacional, saltan a la vista las fechorías de la política estatizante de esos gobiernos que quieren ignorar los principios de una descentralización justa y necesaria que reserva a cada cual, particulares, sociedades, municipios o provincias, las legítimas responsabilidades a las que unas y otras pueden hacer frente.

De igual manera, en el nivel internacional, la solicitud frente a los pueblos subdesarrollados no es sino una actitud hipócrita cuando las naciones se liberan de las reglas de una acción coherente. Así vemos países que pretenden obstaculizar la propagación de la subversión pero que, al mismo tiempo, *cometen el error de colaborar con gobiernos revolucionarios* con el pretexto de cederles técnicos, máquinas, camiones, con presuntos fines humanitarios. Pero el dinero que así economizan los países subdesarrollados de ningún modo ayuda a los hombres cuando sirve para reforzar los sistemas revolucionarios y sus medios de opresión o de agresión. En esos casos sólo se beneficia la Revolución mientras se acrecientan los males que aquejan a los hombres.

A veces parece difícil determinar la política a seguir —la acción a realizar— frente a un gran conjunto social, por ejemplo una sociedad internacional o un Estado. En una agrupación humana de dimensión tan grande, las responsabilidades se encuentran compartidas entre tantas personas, que el beneficio de una suerte de anonimato es particularmente propicio para las maniobras de los revolucionarios. Pero es preciso no olvidar que esas estructuras sociales existen en razón de los hombres que las componen y que la manifestación de su actividad —su acción— depende directamente de lo que valen sus dirigentes y sus élites. Un buen medio para ver claro consiste en juzgar a esas agrupaciones sociales como se juzga el comportamiento de un hombre —es decir, según sus actos, las posiciones que toma, su sentido de la justicia, etc.— y, frente a eso,

prever la actitud que, en las mismas condiciones, se debería tomar frente a un hombre.

Cuando un problema se plantea a nivel de una entidad sociológica –por ejemplo acerca del "derecho a la libre determinación de los pueblos"– con frecuencia, del mismo modo, será de utilidad transportar la cuestión a nivel del hombre. (Esto lleva, como lo veremos más adelante, a "enganchar las cosas por arriba", ya que el hombre prevalece sobre la sociedad). Basta imaginar que es algo relativo a un hombre antes que a un pueblo o a una sociedad. De la justa concepción de los derechos y de los deberes que tiene ese hombre, se podrá deducir una sana concepción de los derechos y los deberes que tiene esa sociedad. (En lo que respecta a la "autodeterminación", se descubre inmediatamente la respuesta: un pueblo, un Estado o un gobierno no tiene *–como tampoco el hombre–* derecho a disponer de sí mismo contra la ley moral y el orden natural. En consecuencia, la autodeterminación sólo puede aceptarse en el respeto a ese orden, es decir, en efecto, conforme al *bien común* del pueblo. Evidentemente esa no es la óptica de los revolucionarios.)

Si, en los niveles más elevados, los hombres quieren luchar contra la subversión, a ellos se imponen las reglas de la doctrina de la acción en el dominio de los asuntos internacionales como en el de la política nacional.

No hay necesidad de reflexionar mucho para comprender que todo esto es perfectamente lógico. En las diversas actividades y relaciones humanas no es concebible la existencia de un límite más acá del cual las reglas de la acción –como también las de la moral– serían imperativas y, más allá de él, podrían no serlo.

19 Probablemente fuese vano, en un primer momento, pedir a los "descreidos" "vivir" una doctrina... a pesar de que ésta se propone en su totalidad. Pero ellos pueden al menos, por lógica, adoptar los principios de una acción eficaz y moral.

Y este es el momento de recordar también a los creyentes sus *deberes* frente a una acción construtiva que rechaza a la Revolución.

"Descreidos" y creyentes descubren una obligación común...

Entonces que hagan como aquellos, muchos de los cuales sólo tuvieron la revelación de la magnitud de su epopeya a su llegada a Tierra Santa o a la hora de la muerte:

Se proponía una acción que valía la pena.
Se mostraba la buena dirección.
Y todos –alborotadores y silenciosos incluídos[9]– *partieron.*
Y al grito de: "¡Dios lo quiere!"

NOTAS

1. Si, en particular, algún lector quisiera descubrir en los elementos de una doctrina de la acción contrarrevolucionaria, lo que podría encontrar en un manual de sabotaje, en un curso sobre el empleo de armas o en un reglamento acerca de las disposiciones de seguridad en campaña o en los centros urbanos, sería preferible que detuviera la lectura. La documentación que le interesa se encuentra en muchas librerías. Esa es una forma muy limitada de acción: la acción-defensa o la acción-destrucción.

Si a veces parece necesario *destruir* es porque, además, pretendemos *construir.*

La acción-destrucción pone en juego una actividad intermitente, breve y de técnica reducida y fácil, generalmente basada sobre el empleo de la fuerza muscular, explosiva o balística.

La acción constructiva es permanente, total, compleja.

La acción contrarrevolucionaria es esencialmente constructiva.

2. Existe, verosímilmente más gente que *no conoce a Dios,* que gente que no *reconoce* a Dios. Los primeros pueden ser considerados como ateos circunstanciales. Los segundos son ateos por convicción; solamente a éstos puede escapar la inteligencia del orden natural.

Repetimos: No hay necesidad de recurrir a razones de orden sobrenatural para creer en la existencia de un Dios Creador. Es suficiente mirar lo que nos rodea para comprobar que el hombre vive en un mundo ordenado por leyes naturales –humanas, psicológicas o sociales; biológicas o físicas– que no pueden ser el efecto del azar que, además, nunca podría explicar cómo cualquier cosa hubiera podido salir de la *nada.*

Un "azar" que se repite millares de veces produciendo los mismos efectos a partir de las mismas causas, un "azar" que permite, por ejemplo, calcular de antemano el desplazamiento de los astros como también el movimiento de las partículas infinitamente pequeñas del átomo, ese "azar", es preciso reconocerlo, se asemeja mucho más a una ley que se inserta en un plan surgido de una voluntad creadora.

3. Sólo hay *una* doctrina, pero reviste aspectos particulares según se relacione con la definición de la base espiritual o con la exposición de los medios. "Se llama teórico o especulativo el conocimiento que limita su

función a conocer y a considerar únicamente la verdad de las cosas. El conocimiento práctico se emplea a conocer con miras a la acción... El objeto del conocimiento especulativo es la verdad considerada desde el punto de vista general y universal. Si el conocimiento práctico considera los principios universales, lo hace en tanto que ellos son reglas de acción. Existe pues una cierta diferencia accidental que no exige dos facultades intelectuales diferentes. Una sola y misma facultad es suficiente: la inteligencia que se aplica diversamente por una parte a la verdad a secas y, por otra, a la verdad práctica, es decir, a la verdad de la acción *(R. P. Noble*, O.P., *La prudence)*.

Se puede, pues, hablar de doctrinas, distinguiendo la doctrina especulativa, la doctrina de la acción, la doctrina social, la doctrina contrarrevolucionaria, etc., pero como todas tienen la misma base cristiana, forman parte de la Doctrina.

Por el contrario, entre los revolucionarios para los que la "verdad" está en función de las circusntancias, existen tantas doctrinas –o más exactamente teorías– como argumentaciones para uso momentáneo.

4. Un comentario anexo, en la obra *La Confrontation Revolution-contrerevolution*, se refiere a este aspecto de *la revolución en los espíritus y en los términos*. Explica el procedimiento revolucionario habitual que consiste en deformar el espíritu de las palabras y aún en invertir su sentido. Pone sobre aviso acerca de la explotación revolucionaria hábilmente hecha bajo la cobertura de ciertos "nacionalismos". Condena el comportamiento de quienes se contentan, por razones políticas o aún ideológicas, con apoyarse sobre definiciones de diccionario, como la de "revolución": cambio brusco y violento, etcétera...

También enjuicia a aquellos que pretenden lo "revolucionario", pero que afirman que no dan a su calificativo un sentido subversivo. Ellos no contribuyen menos a una confusión eminentemente provechosa para la Revolución.

Para oponerse a tales tendencias que son un índice de imprecisión, de indecisión y de ignorancia, el término Contrarrevolucionario será con frecuencia escrito con mayúscula. De esta manera se quiere señalar que el adjetivo contrarrevolucionario no es justamente una simple etiqueta que se adopta o se deja según las circunstancias o según la concepción personal de cada uno. Por el contrario se refiere a un todo no disociable, a la vez doctrina, orden social y principio de acción.

Pero lo que es Contrarrevolucionario, con o sin mayúscula, es Contrarrevolucionario. Al menos es claro y entonces se sabe lo que se quiere decir.

No perderemos ni un segundo en recordar lo que ciertos revolucionarios, cuyos conocimientos ideológicos son probablemente nulos, llaman a veces "contrarrevolucionario". Así se expresan frecuentemente los nuevos amos de ciertos países, para designar *fuerzas revolucionarias* rivales de la revolución en el poder.

Nadie debe engañarse, además, acerca del término "subversivo" empleado

con frecuencia injustamente –pero voluntariamente– por ciertos gobiernos revolucionarios para designar a algunos de sus adversarios.

Aquello que es subversivo es revolucionario.

Subversión y Revolución son sinónimos.

5. En el Anexo III precisaremos cómo el impulso de movimientos contrarrevolucionarios particulares puede insertarse en la acción contrarrevolucionaria en general.

6. Ver el epígrafe del capítulo preliminar: "El acto principal de la prudencia consiste en intimar la acción (...)". En sentido estricto, en efecto, la prudencia es "el recto discernimiento de las acciones a realizar" (Aristóteles: Etica).

7. "...El activismo (...) se caracteriza por la inquietud de actuar por actuar, sin que el fin o los métodos sean objeto de un examen serio (...)". A. Guillermou, Ignacio de Loyola.

El activista se introduce en la práctica de la acción sin haberse preparado con un mínimo de doctrina; por eso nunca llega a nada.

8. Lenin, III Congreso J.C., O.C. T.XXV, p. 10, 465-466.

9. Cf. Los cronistas de la Edad Media.

PRIMERA PARTE

LAS BASES DE LA ACCION

CAPITULO PRIMERO

LA ACCION LAICA CONTRARREVOLUCIONARIA
(Ver primero el Capítulo Preliminar y Capital)

A. O la Revolución... o la Contrarrevolución

20 La Revolución mundial disimula cada vez menos. Descripta por ella misma, los disfraces con los que se cubre ya no engañan sino a aquellos que, en pos de una ilusoria tranquilidad, quieren continuar siendo engañados.

Las "ideologías" revolucionarias, ya sean marxistas, liberalistas o progresistas, se reconocen de manera cada vez más precisa como la Rebelión contra el orden natural[1].

La Revolución ha podido progresar cómodamente durante todo el tiempo necesario como para que nos demos cuenta de que *las* revoluciones sólo son las fases agudas de *una* Revolución que pasa de un siglo a otro y que se extiende de un continente a otro. "Si todo se hubiera limitado, en 1789 y en 1793, a derrocar una dinastía, a sustituir una forma de gobierno por otra, eso no hubiera constituido sino una de esas catástrofes de las que la historia nos ofrece tantos ejemplos. Pero la Revolución tiene un carácter muy distinto... Prosigue su marcha, pasando de una etapa a otra..."[2]. "Ya se han producido grandes desgracias y anuncia aún mayores"[3].

Algunos se enganchan siempre a las carnadas: Basta que los revolucionarios declaren súbitamente una "coexistencia pacífica" posible para que inmediatamente nieguen cualquier peligro. ¡Cómo si ello impidiera a la Revolución declarar mañana lo contrario!

Porque justamente se trata de la Revolución, nada bueno se puede esperar con o sin "coexistencia".

"La Revolución (...) es moral y espiritual; es una marcha de ideas en la que todas las bases admitidas hasta el siglo XIX serán

derribadas..."[4]. "Para esta gran obra hace falta una conciencia amplia que no se asuste ante una alianza adúltera, la fe pública violada, las leyes de la humanidad pisoteadas[5]". Y Clemenceau decía "Desde la Revolución estamos en rebelión contra la autoridad divina y humana"[6].

Lo que Alberto Camus decía acerca del marxismo en el "Homme Révolté" ofrece un resumen acerca de las "bases" ideológicas de la revolución, da una idea del desprecio que tiene por los hombres y devela la perspectiva del futuro que nos reserva: "Si nada es verdadero ni falso, bueno o malo, la regla será mostrarse el más eficaz, es decir, el más fuerte. El mundo, entonces, ya no estará dividido en justos e injustos, sino en amos y esclavos".

Frente a la Revolución, la Contrarrevolución defiende el orden que ha presidido la Creación y que tiene el verdadero cuidado de los intereses materiales y espirituales del hombre.

Es una lucha a muerte. El triunfo momentáneo de los revolucionarios no se realizará sin un despliegue de desgracias y de sufrimientos. Y, aunque la Contrarrevolución, a fin de cuentas, esté segura de la victoria, ello no impide que si no somos *nosotros* los que la hacemos triunfar, seamos *nosotros* –y nuestros hijos– los que hayamos admitido y suframos esos infortunios. Y la responsabilidad se medirá por todo aquello que no haya sido ganado y por todos aquellos que no hayan sido salvados de la Revolución.

21 En la confrontación Revolución-Contrarrevolución algunos pretenderían adoptar la fácil posición de ser neutros. Pero en materia ideológica no hay neutralidad posible a no ser que nos desinteresemos de lo que puede ser verdad y da sentido a la vida humana y eso no es neutralidad sino abandono frente a la Revolución. Cuando algunos arguyen que justamente precisarían saber dónde está la verdad, ponen exactamente el dedo en un punto capital: si son honestos, *deben* buscar la verdad. Y entonces arribarán *forzosamente* a la elección que impone el antagonismo fundamental entre Revolución y Contrarrevolución.

Pero son numerosos aquellos que rehusan interrogarse acerca de las razones que les hacen rechazar la búsqueda de la verdad; no quieren descubrir la parte de deshonestidad que hay en ellos, ni la responsabilidad de su actitud "neutra" en los progresos que hace la Revolución.

Muchos hombres que pretenden reflexionar –y aún "hacer reflexionar"– impulsan sus cogitaciones en el sentido revolucionario pero, igualmente cobardes frente a la Revolución, no pasan a las deducciones prácticas en el momento en que la lógica querría que, habiendo admitido las ideas revolucionarias, tomaran abiertamente partido por la Revolución.

No van más lejos, pero el mal está hecho: sus razonamientos, surgidos de bases falsas inspiradas por la Revolución y aderezadas por sus cuidados, llevan a hacer creer en una justificación de la teoría revolucionaria y proveen argumentos a las aplicaciones prácticas que harán revolucionarios más completos.

Si protestan sonoramente diciendo que se oponen a los asesinatos, a los horrores y a todas las expresiones de violencia de una revolución popular son, no obstante, cómplices e instigadores. Ni Rousseau ni Voltaire perpetraron crímenes con sus propias manos y sin embargo, se cuentan entre los grandes responsables de las revoluciones que se han manifestado a partir de 1789. Puede ser que les valga la excusa de no haber podido imaginar a qué iniquidades contra la humanidad conducirían sus teorías "filosóficas".

Pero los pensadores modernos no pueden hoy ignorar qué es la Revolución ni cómo se desarrollan las revoluciones. "Aunque, dicen algunos de ellos, nuestros razonamientos evolucionistas, por ejemplo, lleven a una determinada concepción del hombre en la creación, no por eso compartimos con los revolucionarios la responsabilidad en el desprecio de los verdaderos derechos de los hombres, en el rechazo a la justicia, etcétera". ¡Con seguridad, sí! Cuando se pretende reflexionar, se reflexiona *hasta el fin*; si lo hacen se darán cuenta de que ayudan *directamente* a la Revolución por la complacencia que demuestran frente al comunismo, por su contribución a la propagación del liberalismo, por la confusión intelectual, política y moral que mantienen en un país, por su desviación del sentido moral y nacional, por su trabajo de zapa contra el orden natural, por su adhesión a una política mundial *revolucionaria*, por su búsqueda de esos compromisos cuyo sólo resultado es asegurar la perennidad del sistema revolucionario en los gobiernos o regímenes políticos sucesivos.

Son –y muy particularmente los progresistas y los liberales– esos "lobos cubiertos con el vellón de los corderos", que agregan a su responsabilidad directa la hipocresía de una actitud honesta.

Gracias a ellos la Revolución progresa sin que los hombres se den cuenta. Es a causa de esa magma de intelectuales irresponsables, que se creen pensadores puros, que las leyes e instituciones de un país se convierten en instrumentos cada vez más perfectos de la Revolución.

Un hombre de buena voluntad no puede decirse neutro. Buscando la verdad descubre la Revolución bajo el verdadero rostro de los revolucionarios y toma conocimiento de la Contrarrevolución.

Entonces, si es honesto consigo mismo, no puede emplear triquiñuelas: para él también esto será la Revolución... o la Contrarrevolución.

22 El compromiso con la Revolución o con la Contrarrevolución es absoluto. No se trata de la Revolución sin esto o aquello –porque siempre es la Revolución. No se trata de la Contrarrevolución con tal o cual modalidad, porque eso no sería ya la Contrarrevolución.

La elección domina sobre todas las consideraciones políticas: se puede ser monárquico o preferir el mundo republicano; para adherir a la Contrarrevolución esas opciones son secundarias, porque no es la forma del régimen –ni sobre todo el nombre que se le dé– lo que tiene importancia, sino el respeto que ese régimen tenga por el orden natural.

No se puede hacer, pues, de la aceptación anticipada de una forma de gobierno, una suerte de condición a levantar frente a la Contrarrevolución.

Algunos dirán que su opción es de inspiración contrarrevolucionaria y aún, afirmarán, la más cercana al orden natural. Es muy posible, pero si son argumentos valiosos, no tienen el derecho de considerarlos forzosamente como *esenciales*. Conocemos monarquías revolucionarias y, a la inversa, porque un país carezca de rey no está irremediablemente condenado a sufrir un régimen revolucionario. García Moreno, que fue jefe de un Estado contrarrevolucionario, ha dado la prueba.

En consecuencia, no resulta oportuno –y aún puede ser nocivo– esgrimir prematuramente argumentos que los hombres no están obligados a reconocer como primordiales; sobre todo porque se trata de cuestiones que, en la mayor parte de los países, no tienen ninguna solución satisfactoria que sea posible en forma inmediata,

mientras que tal vez pueda muy bien descubrirse una fortuitamente, gracias a la función que puede estarle destinada a ciertos jefes naturales.

Es, pues, preciso llamar a los hombres a la Contrarrevolución sin ninguna doble intención. Cuando esos hombres estén formados serán capaces de reconocer por sí mismos la opción política que les permitirá con toda seguridad conjugarla con su ideal contrarrevolucionario.

Los que, en la ocasión, se llaman contrarrevolucionarios, no pueden contribuir mejor al advenimiento del régimen que desean, que reconociendo a la Contrarrevolución como el fin más elevado de su deber político y social, reforzando la acción contrarrevolucionaria y siendo los mejores Contrarrevolucionarios[7].

Asimismo para aquellos que no están en el bando del error, existe pues, una elección que deben afirmar: la Contrarrevolución *en primer lugar y ante todo.* De lo contrario se da primacía a la fórmula política sobre el imperativo ideológico, al medio con respecto al fin.

Es hacer el juego de la Revolución.

B. Urgencia de una doctrina de la acción

23 La doctrina especulativa ha encontrado hombres excepcionales, pensadores y santos que la han expuesto abundantemente, la han comentado y defendido genialmente.

La suma de esas obras sobrecarga estantes, colma bibliotecas y llena salas de documentación y archivos. En ellas, el por qué de la doctrina se ha expuesto desde todos los ángulos. Se han explicado las razones, los fines y la jerarquía de los valores. El sentido común, la lógica y las pruebas naturales y sobrenaturales apuntalan el razonamiento.

En el clan de la Revolución, por el contrario, es sorprendente la miseria intelectual y espiritual: teorías construidas sobre asociaciones de palabras, inversiones del sentido, temas sin demostración, cuestiones eludidas, ilogismos erigidos a la altura de argumentaciones.

Al contrario, en el dominio de la acción, los revolucionarios todo lo han sometido a disección, explicado y previsto, y lo peor se

mezcla con lo posible para que el neófito ya no pueda reconocer los límites de la acción y el comienzo del crimen.

A la inversa, es desconcertante, en el sector contrarrevolucionario, la debilidad en número y en calidad de las obras que se refieren a la acción y a los medios. El valor de ciertos tratados prácticos destinados al perfeccionamiento individual no hace sino hacer sentir más vivamente la carencia comprobada en lo referente a la acción política y social.

Existen, ciertamente. opúsculos "contrarrevolucionarios" de autores meritorios. En muchas oportunidades han sido expuestas la táctica y la estrategia pero con frecuencia se ha olvidado que el combate contrarrevolucionario, por lo tanto *la acción*, es asunto de todos los días, de todo el mundo y de todas partes. Aún algunas veces —y es lo más grave— se le proponen al lector artificios de esencia revolucionaria, ¡cómo si fuese necesario llegar a eso para luchar eficazmente contra la Revolución!

La conclusión se impone: para luchar contra la Revolución con armas contrarrevolucionarias es necesario, urgentemente, tener una doctrina de la acción. Esta existe: reside en la observación de los principios de la doctrina especulativa, en el empleo de todos los medios considerando su verdadero valor y su importancia comparativa, en el respeto del orden natural.

Puede decirse que nada hay que inventar en la materia, y por lo tanto, ningún tema es muy desconocido.

La mayor urgencia está en asegurar la propagación y la aplicación de esta doctrina sin la que las mejores intenciones seguirían siendo inoperantes[8].

C. A los laicos corresponde llevar a cabo la acción entre los laicos

24 Tentaría asombrarse de que los clérigos no se hayan dedicado a remediar la debilidad cada vez más flagrante en el dominio de la acción.

Porque si alguno de ellos se han inclinado especialmente sobre el problema de la acción contrarrevolucionaria, y si muchos ejercen en ese sentido una acción social y aún política, su función principal no deja de ser la de guías espirituales y doctrinales, y al respecto no faltaría la crítica si intervinieran inoportunamente en los asuntos laicos.

No quedan excluidos y aún están obligados, como ciudadanos, a interesarse. Pero, como regla general, es eminentemente deseable que

la acción de cada cual se ejerza en la esfera natural a la que pertenece. Esta acción debe realizarse en la ciudad, en la fábrica, en las oficinas, en el campo, en las fuerzas armadas, etcétera. Es en el mundo de los laicos donde se aplica y son ellos los que están perfectamente capacitados para dirigirla.

Además, el combate que se libra no es el patrimonio de especialistas, ya sean religiosos, políticos o militares. La Revolución todo lo corroe, fuerza los espíritus, extravía la razón, encuentra aliados entre aquellos que deberían combatirla. Es deber de cada cual preservarse y preservar a sus amigos, a sus vecinos, sin transladar a otros la responsabilidad.

25 Muchos laicos que pretenden interesarse por lo *social* rechazan ocuparse de lo *político.* ¡Cómo si lo que debe realizarse en lo social no dependiera de la dirección política!

Resulta más fácil declarar que el medio político está tan corrompido que todos los esfuerzos son vanos desde el inicio. Es admitir que ya se está vencido.

Ciertamente la elección que se ofrece generalmente entre lo peor y lo malo da razones para asquear a las buenas voluntades. Pero el drama consiste justamente en que, no sólo no reaccionan los buenos ciudadanos sino que, sobre todo las élites, no se deciden a presentarse como campeonas de las rectas causas. ¡Basta considerar lo que ocurre cuando se realizan elecciones!

Si los laicos no llevan a cabo esta acción entre los laicos –lo que constituye un deber– ¿cómo asombrarse de los resultados?

26 Hay otros laicos que están desorientados por su inacción: aquellos que, con anterioridad, quisierion hacer algo, y que se dieron cuenta de que estaban mal orientados. Sin embargo ellos aceptarían hacerse matar... ni bien se les dé una razón que valga la pena.

Cuando algunos de ellos preguntan qué es necesario hacer, y sabemos que la única acción que reconocen es la del empleo de la fuerza, se está tentado de responderles: "Esperad". Sin embargo es preciso concederles más confianza en una participación que esté a su medida. Si no están en condiciones de explicar la Revolución y la Contrarrevolución, son capaces de multiplicar y de difundir los escritos contrarrevolucionarios; se les puede hacer explicar, hablando con sus amigos. Pueden dar horas de trabajo necesarias a la Contrarrevolución.

Todo esto es "actuar" y no esperar. Demanda una voluntad más perseverante y más tenaz que irrumpir un día en la calle por gusto al movimiento, al deporte o al riesgo.

Y si algunos piensan con nostalgia en su metralleta, que sepan que será en la medida en que estén en la acción contrarrevolucionaria *de hoy* "entre los laicos" que podrán mañana, más fácilmente, tener el derecho de utilizar sus armas, si se presenta la eventualidad[9].

Pero si es superior a sus fuerzas comprometerse ahora sin restricciones con la Contrarrevolución, entonces que vayan a buscar fortuna en otra parte, porque la Contrarrevolución tiene necesidad de *militantes* para el trabajo primordial a efectuar entre los laicos y debe también prever la función de los *combatientes*, pero no necesita hombres que se acerquen a ella por gusto a la violencia.

D. No es suficiente saber lo que habría que hacer, es necesario hacerlo

27 El laico doctrinalmente formado que no pasa a la acción es un doctrinario en contradicción con su doctrina. Sólo hay una excepción, aparente, por otra parte: la del hombre cuyo estudio de la doctrina es *acción* porque él tiene por objeto ser vertido a su vez con miras a formar hombres para la acción.

A pesar de eso, ese hombre no puede desinteresarse de los problemas concretos, porque el objetivo final no consiste simplemente en exponer la doctrina sino en verla aplicada. De esta manera el teórico debería considerarse como el especialista necesario para el hombre de acción.

Este asume la responsabilidad del pasaje de la teoría a la práctica y debemos reconocer que esa función, cuando se trata de animadores o de jefes, no es siempre fácil.

En tal sentido los círculos en los que se estudia la doctrina deben ser focos de formación *con miras a la acción.* De otra manera, los hombres formados en esos centros de estudio serán muy fuertes en el terreno doctrinal, pero guardarán para sí el beneficio de su trabajo personal y jamás harán fructificar todos esos conocimientos que precisamente son los que deben darles la posibilidad de actuar y de hacer actuar al mayor número.

Así, el perfeccionamiento intelectual y el progreso espiritual se producirán sólo en algunos... que envejecerán y morirán sin que la Contrarrevolución haya avanzado ni un solo paso.

Retomando la definición sumaria de la acción, manifiestación de una energía, ¿dónde estaría, en ese comportamiento individualista, la *energía*? ¿Dónde estaría la *manifestación* en beneficio de la Contrarrevolución?

Para lanzar a los hombres al combate contra la Revolución no es suficiente afirmar —a los jóvenes en particular— *que sería necesario...* cuando la mayoría ya está dispuesta a hacer *lo que es preciso*, a poco que se le muestre el camino.

28 Algunos hombres encuentran, en una suerte de especialización en el estudio de la doctrina, una mala razón para no pasar a la acción.

Con frecuencia esos hombres se relacionan con alguna organización que se ha fijado como fin la formación doctrinal. Organización que, normalmente, no toma opciones políticas o sociales porque saldría de la función que se ha asignado. Deben, pues, tener mucha prudencia quienes, al más alto nivel, se identifican verdaderamente con este tipo de organizaciones.

Aún entre los que no tienen ninguna categoría para hablar en su nombre, encontramos muchos hombres que se imaginan complacientemente que personifican la organización de la que son miembros, y encuentran en ello una razón para no hacer nada con el pretexto de que, por su persona, el organismo cultural al que pertenecen ¡se "comprometería" en el terreno político-social!

Quieren creer que la enseñanza especulativa que reciben o prodigan durante algunas horas por mes los dispensa, el resto del tiempo, de sus deberes personales como seres sociales y políticos.

¡Lo que enseñan o aprenden que debería hacerse, se convierte en un argumento para no hacerlo!

E. *Falsas objeciones contra la acción contrarrevolucionaria*

29 Cuando la revolución no puede proponer sus teorías, trata por lo menos de hacer admitir ciertos pretendidos beneficios de su acción y de fabricar una barrera de objeciones a la acción que se ejerce contra ella.

Así la Revolución se vanagloria de haber "liberado" a los hombres y de haber hecho reconocer los "Derechos del Hombre". Cuando los verdaderos derechos del hombre –y, en consecuencia, también sus deberes– están inscriptos, desde que hay hombres, en el orden natural. Y esas frases de la "Declaración de los Derechos del Hombre", hábilmente formadas y más hábilmente aún deformadas, nunca impidieron a la Revolución lesionar los más sagrados derechos humanos.

Se adula fácilmente a los hombres hablándoles de sus derechos. Se los engaña omitiendo hablarles de sus deberes, porque es en la primacía del deber que se encuentra, solamente, la legitimación del derecho. El derecho erigido en principio primero, sin la contrapartida del deber, es uno de los fermentos más ponzoñosos de la Revolución.

El olvido de las reglas de la ley natural contribuye a la desgracia de los pueblos y con frecuencia ha sido una de las causas inmediatas de las revoluciones. Los revolucionarios jamás han dejado de tomar como argumento en su favor las faltas contra el orden natural de las que son culpables sus adversarios, como, en ciertas circunstancias, la desvergonzada explotación de los niños en el trabajo; pero si tienen razón de indignarse contra los *efectos* que comprueban, nunca han intentado remediar las *causas* restableciendo una sociedad que resguarde los verdaderos derechos del hombre tal como surgen del orden natural. Han defendido a los niños porque el pretexto era bueno pero, al mismo tiempo, erigían un sistema en que el hombre pierde sus derechos y en que "la mujer sólo es una perra, una hembra si ama a los niños" (Congreso Comunista del 16/11/1922).

La Revolución miente cuando hace creer que busca la felicidad de los pueblos.

La revolución es la enemiga del hombre

Se coloca a veces en su activo que habría hecho avanzar el progreso científico... Pero se puede decir lo mismo de las guerras; sin embargo no por eso son consideradas como beneficiosas.

30 Cuando se trata de contrarrestar la acción contrarrevolucionaria, los "argumentos" de los revolucionarios son bien conocidos y se relacionan siempre con uno de los puntos siguientes:

a) *La Contrarrevolución*, dicen, *es estéril porque es anacrónica.* No correspondería "a su tiempo". Querría volver a la época de los castillos fortificados.

Pero ¿qué se entiende por "ser de su tiempo"? ¿Significa abolir el pasado y no pensar en el futuro? ¿O pensar lo que piensan los demás? ¿O inclinarse ante aquellos que vociferan y que declaran ineluctable todo lo que les favorece?

"La historia encierra vaivenes en los caminos del bien y en los del mal". A los hombres de buena voluntad corresponde hacer la historia y no sufrirla. La enseñanza que impartían los apóstoles no era de "su tiempo", veinte siglos ha. Por el contrario, el Renacimiento –tan caro a los revolucionarios, sobre todo porque coincide con la Reforma– fue "en diversos aspectos el retorno al naturalismo cultural y artístico fosilizado hacía más de 1.000 años"[10]

En lo referente al orden pagano, liberalista o marxista, que la Revolución intenta imponer, es una retrogradación hacia la primitiva ley del más fuerte.

"Vosotros queréis un orden 'anterior a la Revolución de 1789', oímos decir aún, pero en esa época los hombres no eran mejores

Toda controversia sobre el tema dejaría a cada cual en sus posiciones cuando se tratara de comparar, en dos momentos diferentes de la historia, las costumbres, la fe, la familia, las categorías sociales, el Estado, etcétera.

Así muchos afirmarán, de acuerdo con lo que aprendieron en la escuela, que antes de la Revolución los reyes se comportaban como tiranos y que los pueblos eran esclavos. Verdad o no, importa antes que nada, si se quiere tener una opinión objetiva, conocer el valor de la fuente de la información. ¿Por quién han sido elaborados los manuales de historia que imparten esa enseñanza a la juventud? Con ministros de Instrucción Pública masones, con enseñanza "laica" en el sentido *revolucionario* del término, es decir opuesta al orden natural y hostil a toda jerarquía social *natural*, los manuales de historia elegidos por esos señores ¿no son *forzosamente* favorables a la Revolución?

Un ejemplo entre mil: todo el mundo aprendió en la escuela que el buen pueblo de París decapitó a Luis XVI en un impulso humanitario y patriótico. Pero abundan los testimonios que demues-

tran que la muerte del rey había sido decidida muchos años antes por los revolucionarios altos franc-masones reunidos en la Logia de Francfort en 1784 y 1785.

Citaremos solamente, entre los múltiples testimonios, el del conde de Haugwitz que reconocía haber dirigido las logias masónicas de Prusia, Polonia y Rusia: "Todo lo que ocurrió en Francia en 1789, la Revolución Francesa, en fin, comprendido el asesinato del rey con todos sus horrores, no solamente había sido decidido en ese tiempo, sino que había sido preparado por medio de reuniones, instrucciones, juramentos y contraseñas que no dejan ninguna duda acerca de la inteligencia que preparó y condujo todo".

Si hay quienes puedan creer que los jefes revolucionarios trabajaban por un ideal: el bien del pueblo, será bueno que sepan que Sièyes ofreció sus servicios a la corte a cambio de una abadía con una renta de 24.000 libras, Fouché por 6.000 libras por mes y, Danton, un mes antes de la muerte de Luis XVI, prometió contribuir a salvar al rey si se le daba un millón.

Parece mucho menos útil saber si los hombres eran mejores o peores antes de la Revolución de 1789, que saber qué regimen les permite llegar a ser mejores. No ha de ser, con seguridad, el que se opone por sus leyes e instituciones al bien común de un pueblo y a los justos derechos de los hombres.

Creyendo hacer la revolución para su bien, el pueblo la hacía a total beneficio de los revolucionarios y es, además, el que paga los gastos de esa revolución que "eleva la deuda pública –que no sobrepasaba los 4 mil millones en 1789– a más de 50 mil millones"[11].

Es muy cierto que antes de 1789 los hombres no eran perfectos. Pero el desorden, cuando lo había, se manifestaba en las costumbres o en la administración pero no en las leyes ni en los principios. Cuando el error está en las leyes, cuando los principios oficialmente admitidos se oponen al bien del hombre y al bien común de los hombres, el desorden mismo es oficial. Y es durable; no puede sino prolongarse o agravarse porque es preciso oponerse a la ley o al "poder establecido" para combatirlo.

El mundo ha evolucionado desde la época de los castillos fortificados, pero si las condiciones de vida son diferentes, los hombres continúan siendo hombres y son invariables el respeto a la

dignidad de su persona, su igualdad *fundamental*, la justicia y la caridad a las que tienen derecho.

Si las condiciones de vida diferentes fueran suficientes para que los hombres no tengan los mismos deberes y los mismos derechos frente, por ejemplo, a la justicia y a la caridad, existiría una moral para cada circunstancia particular, es decir, que de hecho no habría ley moral[12].

Es en virtud de datos eternamente válidos que la acción contrarrevolucionaria, siendo "de su tiempo", se aplica a los problemas del momento. Ya sea que se preocupe por las dificultades agrícolas o sociales, que denuncie las tiranías económicas o políticas, o que sostenga las justas reivindicaciones de los desheredados, en todas partes y en cualquier circunstancia se preocupa por el hombre *actual* y no por el hombre de ayer.

Al querer restablecer al hombre en sus derechos naturales, se coloca a la cabeza de la actualidad en la lucha contra la regresión hábilmente perseguida y camuflada por los "Partidos" revolucionarios y por los sinárquicos.

31 b) *La Contrarrevolución, dicen también, sería estéril porque es esencialmente negativista.*

¡Con el pretexto de que ella es *contra* algo se pretende que es negativa! Eso es realmente jugar con las palabras a la manera típicamente revolucionaria. Un contraataque no es una acción defensiva frente a un ataque; es una acción *positiva* que consiste en una reconquista y en una consolidación de posiciones.

Por el contrario, ¿hay algo más negativo que impedir al hombre pensar, negarle sus libertades y sus derechos tal como derivan del orden natural, suprimir injustamente miles de pqeuñas empresas o explotaciones agrícolas en vez de ocuparse en dictar una legislación que las ayude a organizarse de manera que se preocupen por el hombre y sean económicamente rentables? Lo negativo es la Revolución cuando niega las bases de la sociedad y de la humanidad.

El mismo Proudhon decía de los revolucionarios: "Nuestro principio es la negación de todo dogma; nuestra referencia la nada. Negar, siempre negar, ése es nuestro método que nos ha conducido a establecer como principios: en religión, el ateísmo; en política, la anarquía; en economía política, la no-propiedad"[13].

La Revolución no niega una parte de lo real, sino la totalidad de lo real porque niega sus principios.

La Contrarrevolución, oposición total a una negación total, no puede ser sino positiva fundamentalmente. Y el aspecto negativo de oposición a las fuerzas revolucionarias (destrucción contra destrucción) no está en la esencia de la doctrina, es sólo accidental.

Al negativismo revolucionario, la acción contrarrevolucionaria le opone su voluntad de construir positiva y sólidamente.

La Revolución demuele, la Contrarrevolución construye

32 c) *La argumentación contrarrevolucionaria sería*, según los revolucionarios, *polémica y dañina.*

Es forzosamente "polémica" porque es preciso denunciar las teorías, los procedimientos, los hombres, porque es preciso explicar la nocividad de las proposiciones revolucionarias y perseguir el error.

Pero la Contrarrevolución no se confina en una crítica negativa, no se satisface con la controversia. Siempre recuerda y pone en pie las bases que quiere asegurar.

En cuanto a ser dañina *para la Revolución...* ¡es de esperar que lo sea!

33 d) Las falsas objeciones siguientes casi no merecerían ser recordadas, en razón de que ni ilusionan a los mismos revolucionarios. Pero ocurre que suelen hacer efecto en aquellos que parecen esperar siempre el soplo de la Revolución para expanderlas (actitud "progresista"): *La acción contrarrevolucionaria,* parecería ser *el hecho de fanáticos intolerantes y de exaltados.*

En estas circunstancias, lo que muchos bautizan "intolerancia" es el respeto a los principios que condicionan la felicidad del hombre.

¡Con el pretexto de cierta "tolerancia" que se asemejaría a la caridad, los revolucionarios pretenden hacer creer que es necesario aceptar sus concepciones dañinas para la humanidad!

Se soporta el error o se lo sufre porque está ahí; se lo tolera en el Estado porque es necesario vivir bien en ese Estado y no está permitido desinteresarse de lo que pasa, porque también es preciso "permanecer y trabajar entre los hombres y las comunidades que piensan de manera completamente diferente", pero "el error religio-

so y moral siempre debe ser impedido cuando es posible hacerlo, porque su tolerancia es en sí misma inmoral, y no puede valer en un sentido absoluto e incondicional"[14].

No luchar contra el error es convertirse en su cómplice.

En cuanto al supuesto "fanatismo" contrarrevolucionario, es la manifestación de una voluntad determinada a establecer un orden cristiano utilizando a fondo los medios conformes con la moral y al precio de todos los sacrificios personales necesarios.

La "exaltación" contrarrevolucionaria es el entusiasmo por la causa que se defiende y la indignación ante las ignominias revolucionarias. Quien ha perdido la facultad de exaltación –por consiguiente de entusiasmo o de indignación– ha caído en el atolladero de la rutina. Ese, en efecto, no combatirá jamás a la Revolución.

¿Intolerancia, fanatismo, exaltación? Para encontrar alguna seriedad en esas "objeciones", sería preciso realmente querer ser el juguete de la explotación revolucionaria de las palabras.

Desde la óptica de esos mismos términos es necesario juzgar a la misma Revolución, para la que, según su propia confesión, "todos los medios son buenos: todo está permitido (...), la violencia, la astucia, el fuego y el acero homicida, el veneno y el puñal, el fin santifica los medios[15]".

NOTAS

1. Ver el *Manifiesto Político y Social.*

Queremos hacer notar, una vez por todas, que el término "liberalista" será empleado frecuentemente aún en los casos en que el término "liberal" hubiera bastado. Procedemos así para evitar cualquier confusión. "Liberal", en efecto, es vulgarmente definido en algunos diccionarios como "aquel a quien le place dar" y constituiría un grosero error atribuir esta cualidad a un capitalismo que proclamándose liberal, por el contrario, se adjudica la total libertad de tomar...

Imaginar que el liberalismo se opone al comunismo es una concepción superficial y falsa. Esas dos formas subversivas realmente sólo se oponen para adelantarse una con respecto a la otra en la explotación de los hombres.

El liberalismo, además, legitima al comunismo cuando establece como primer principio que cada cual tiene libertad de tener *su* "verdad".

Cierto es que la injusticia social que engendran también las teorías

liberalistas, es explotada por el comunismo. Pero el comunismo sólo encuentra ventajas en la gran concentración anónima y capitalista, porque es el medio más seguro de acrecentar rápidamente la masa proletaria.

El comunismo se liga con el liberalismo para combatir la pequeña propiedad personal, campesina o artesanal, y al pequeño empresariado porque ellos son elementos del orden natural que contribuyen eficazmente a la estabilidad social.

La colusión entre esas dos formas de la subversión mundial no se da solamente a nivel de una "coexistencia" de hecho; la reencontramos en algunos gobiernos que empujan a Europa hacia el comunismo y que emplean, para ese trabajo, a ministros cuyas ataduras capitalistas, sinárquicas y tecnocráticas son ciertas.

2. Monseñor Freppel, citado en la edición de 1889, p. 1 de *La Révolution Française,* de Roger y Chernoviz.

3. Joseph de Maistre, *Oeuvres*, t. I, p. 406.

4. Nesta H. Webster, *Secret societies and subversive movements.*

5. Proudhon, teórico revolucionario, 1809-1865.

6. 12 de julio de 1909, citado por P. Auburtin.

7. Este tema es retomado en el capítulo XVIII. B: "La Contrarrevolución, común mútliplo para una unidad de acción".

8. Algunos laicos franceses, que experimentan vivamente la urgencia extrema de una doctrina para poner a disposición de la acción contra la Revolución, han recordado los principios esenciales que deben regir esa acción. Sus trabajos constituyen la base fundamental de la exposición de la doctrina de acción contrarrevolucionaria presentada.

9. La eventualidad de una acción de combate a oponer al choque de las fuerzas revolucionarias, será objeto de un estudio ulterior acerca de "La Confrontación Revolución-Contrarrevolución".

10. Revolución y Contrarrevolución, por el profesor Plinio Correa de Oliveira, titular de la cátedra de historia moderna y contemporánea de la Universidad de Sao Paulo, Brasil.

11. Taine, *La Revolución*, t. 5, p. 397.
Es revelador comprobar que algunos diccionarios franceses no citan a Taine como historiador de la Revolución. No es de extrañar: "Mathiez (historiador "oficial" de la Revolución)... ha prevenido claramente que Taine era un autor condenado..." "...Desde el momento en que se penetra en el dominio de las ciencias históricas y morales, la Universidad, hija de la Revolución, enseña la Revolución". Daniel Halévy, *Histoire d'une Histoire.*

12. El salvaje del rincón mas apartado de la tierra es igual, *fundamentalmente*, al newyorkino o al madrileño más refinado. Esta igualdad fundamental no está de ninguna manera en contradicción con las desigualdades de hecho. (Ver, eventualmente, sobre el tema el M.P.S. en la parte que se refiere a los elementos del orden natural).

13. Citado por Dom Paul Benoit: *La cité antichrétienne*, 2a. parte, t. I, p. 17.

14. Discurso a los miembros de la V Asamblea Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos, Pío XII, 6-12-1953.

15. Ver en el *Manifiesto Político y Social: La Revolución descripta por ella misma.*

CAPITULO II

PRINCIPIOS EN LA BASE DE LA DOCTRINA DE ACCION

A. Un fin definido por la doctrina y medios conformes con ese fin

34 Todo debe ordenarse con relación al fin que se persigue. "Para obrar bien, dice Santo Tomás, no es suficiente hacer cualquier cosa, es necesario poner también la manera; es decir, obrar después de una elección muy ajustada y no solamente por impulso o pasión. Y como la elección recae sobre los medios con miras a un fin, su rectitud exige dos cosas: un fin conforme con el deber y medios rectamente relacionados con ese fin[1]".

Siendo el Fin de la acción contrarrevolucionaria el establecimiento de un orden cristiano que garantiza el orden *verdadero* —y no forzosamente el orden "establecido"— la unidad, la dignidad del hombre, el bien común, la justicia y la caridad social, etcétera, todo lo que se oponga a uno de esos puntos debe ser rechazado. Están condenados, pues, las perturbaciones que buscan el desorden o la violencia como "medios", las divisiones, la subversión, la injusticia, etcétera. Nada más lógico, porque no se puede pretender respetar un orden en sus principios y, simultáneamente, permitirse transgredirlo en la manera de conseguirlo. Dicho de otra forma: adoptar medios no conformes con el fin es estar en oposición con ese fin.

"Actuar como marxistas, hemos dicho, es ya ser marxista, aún si se combate a los marxistas."

35 Muchos temen que la eficacia de los únicos medios tolerados por la moral sea insuficiente para resistir los procedimientos revolucionarios. Suelen creer que un medio está interdicto, pero

no es el instrumento en sí mismo revolucionario –y por lo tanto interdicto– sino el mal uso que eventualmente puede hacerse de él.

Así, cuando la llamada acción psicológica sirve para violentar las conciencias, cuando el puñal sirve para matar con fines de robo, forman parte, efectivamente, de los procedimientos revolucionarios. Pero la acción psicológica conserva todo su valor cuando se dirige a la razón y preserva el libre albedrío. Al igual, en ciertas condiciones, sigue siendo legítimo el uso del puñal.

Otros se sienten consternados por la restricción que encuentran en la doctrina misma, en cuanto al empleo de los métodos. "¿Cómo conseguir algo si, cuando nos abofetean la mejilla derecha, debemos poner la mejilla izquierda? Es justamente un ejemplo sorprendente que sirve para ilustrar cómo da fuerza *lo absoluto* de la doctrina. En efecto, Santo Tomás enseña que: "Si soportar las injurias que sólo nos ofenden personalmente es un acto virtuoso, soportar las que ofenden a Dios es el colmo de la impiedad"[2].

Si la Contrarrevolución aplica la doctrina en toda su perfección, sabrá soportar las injurias personales pero, al mismo tiempo, tendrá *el deber de no soportar nada* que ataque el fin supremo de la Contrarrevolución.

36 La doctrina exige justicia y caridad en el empleo de los medios. Establece el deber de amar al prójimo aún cuando éste se extravíe y actue como enemigo. Pero la doctrina no preconiza la debilidad; prohibe dañar, pero manda defenderse. No solamente rechaza que el hombre se someta a las fuerzas de la Revolución, sino que lo intima a combatirlas vigorosamente: "El principio moderno y revolucionario de la respetabilidad de las personas en cualquier hipótesis y de la tolerancia extrema frente a las personas es una herejía social...[3]".

No es preciso tolerar nada a los revolucionarios, en ninguna de las formas en que se manifiesta su acción nociva y especialmente cuando se trata del *"enemigo"* de la doctrina, *aquel que obstaculiza la "tesis" y que propaga el "error".* "La caridad, en efecto, implica ante todo, el amor a Dios y a la verdad; no teme, pues, sacar la espada de la vaina para defender la causa divina porque sabe que más de un enemigo sólo puede ser derribado o curado por golpes osados y saludables incisiones[4]."

Si la doctrina condena la violencia en general por el perjuicio

físico, material o espiritual para el hombre, sin embargo no excluye sistemáticamente el empleo de la fuerza o *la acción de fuerza* cuando ésta no busca la violencia por sí misma. Esta acción de fuerza puede ser legítima *en ciertas condiciones,* aún si ella llega a una oposición material y física contra un poder revolucionario. En ese caso, la resistencia activa no es *desorden* sino *oposición al desorden* legalmente admitido cuando no impuesto[5].

37 Si la mala fe, el apremio y el terror no están permitidos en la elección de los medios, no obstante no hay que lamentarlo, porque ellos son la prueba –en el plano humano y en el espiritual– de la nulidad de las teorías que se ven obligadas a recurrir a esos procedimientos.

Los medios de la Revolución no están en contradicción con su "fin", ya que ella pretende *destruir los verdaderos valores:* utiliza el mal para llegar al mal. Cualquier otra "doctrina", si está contaminada por lo revolucionario contribuye igualmente a la destrucción de esos valores, tanto más seguramente cuanto más impregnada esté su teoría por la Revolución.

Las doctrinas que admiten medios en contradicción con su propio fin, se privan de esa "firmeza que viene de los principios"[6], única firmeza que da a la acción la más segura unidad, la más sólida coherencia y la mayor fuerza.

B. Una acción coordinadora.

Directiva general: formación de los espíritus, reconstitución de los vínculos sociales, adaptación de las instituciones al orden social cristiano.

38 El método de acción de la Revolución está fundado sobre la explotación de todos los antagonismos posibles y, por eso, es dialéctica en el sentido marxista del término[7].

Tiende a reducir a la nada, a "atomizar" las comunidades intermedias naturales; disocia, disgrega, hace estallar los vínculos familiares, culturales y nacionales. Despersonaliza para no tener que tratar sino con *individuos.* Reduce al estado de masa a los conglomerados que deberían estar armoniosamente organizados. Destruye

la esencia misma de los seres y de las comunidades para reconstituir —pero dialécticamente— conjuntos gregarios: clases contra clases, países subdesarrollados contra países evolucionados, obreros contra patrones, Negros contra Blancos, pobres contra ricos, etcétera.

Ese es el procedimiento normal de la Revolución: dividir, separar, oponer.

En sentido inverso, para contrarrestar esta voluntad de destrucción y de enfrentamiento; para ser constructiva, la acción contrarrevolucionaria debe *unir y coordinar.*

Algunos años después de la Revolución Francesa, Joseph de Maistre escribía ya: "La Contrarrevolución es lo contrario a la Revolución, es decir, que es preciso reconstruir los vínculos sociales en vez de romperlos y ejercer una acción coordinadora en sentido inverso al de la acción revolucionaria".

Este principio debe aplicarse en la sociedad toda, en todas las actividades humanas por simples y corrientes que sean.

Deben, pues, formarse los espíritus.

39 Los Contrarrevolucionarios deben ser coordinadores. El puente que se tiende entre unos y otros es la verdad. Por ese puente, los hombres de buena voluntad se juntan.

Si surgen dificultades y los hombres de buena voluntad se separan, casi siempre quedan entre ellos puntos que hacen subsistir una posibilidad de acuerdo. Ese es el primer elemento a valorizar para lograr una unión más perfecta. Si el acuerdo directo parece difícil de realizar antes de largo tiempo, es posible que uno deba tender un puente hacia unos y hacia otros y que por sí mismo, tenga que asegurar temporariamente la unión.

"Tender un puente" es encontrar la solución que pase por encima de la dificultad; es también descubrir el intermediario (hombre o medio) que pueda facilitar lo que parece imposible directamente; es aún, ir a buscar a aquellos que el adversario engaña y retiene en su campo.

Sólo un puente no puede ser lanzado: el que abra un camino al error.

Coordinar los intereses profesionales, unir las clases que, en la sociedad, se creen separadas, tender el puente de la justicia y de la caridad social, el del bien común de los hombres: esa es la dirección

de los esfuerzos que deben permitir a los hombres y a las instituciones orientarse hacia un orden cristiano.

Una directiva se ofrece en ese sentido a la acción contrarrevolucionaria. Ella define los imperativos que se imponen:

– formación de los espíritus,
– reconstitución de los vínculos sociales,
– adaptación de las instituciones al orden social cristiano[8].

***C. Cómo hacer frente a las obligaciones doctrinales a pesar de las imposibilidades del momento: la defensa de los bienes más universales.
Los "programas" comparados con los conceptos que surgen del orden natural.***

40 En la coyuntura revolucionaria que soportan algunos países, sería con frecuencia ir a pura pérdida, si la acción contrarrevolucionaria se obstinara en reclamar ciertas realizaciones (por ejemplo, una sana reforma de la enseñanza).

Como, sin embargo, no es posible ningún compromiso en el plano de la doctrina, será preciso admitir simplemente, vista la imposibilidad de alcanzar directamente los fines últimos, que habrá que contentarse provisoriamente con la búsqueda de lo que se aproxime a esos fines, de lo que es ya mejor que el estado actual, de lo que respete mejor el orden natural.

Para hacer frente a las obligaciones doctrinales a pesar de las imposibilidades del momento, la acción práctica consistirá entonces en defender los bienes que se muestran como los más universales.

Guardándose de encerrarse en programas que tomen algunos aspectos de las soluciones y que harían creer que la obtención de un determinado mínimo es suficiente, el esfuerzo recaerá en un conjunto de fines comunes limitados, mínimos provisorios a definir en cada rama de la actividad:

– mínimo acerca del problema agrícola,
– mínimo acerca de la defensa de las pequeñas y de las medianas empresas,
– mínimo acerca de enseñanza... etcétera.

Sin embargo el fin no se ha perdido de vista: a través de las etapas temporarias que permitan los acontecimientos, la persecución

de los fines reconocidos como los *bienes más universales* a defender, permitirá acercarse cada vez más a él.

Lo que en bloque puede parecer imposible "es divisible en un cierto número de posibles". Es preciso "dar un primer paso –posible– en la dirección de la solución... cada posibilidad realizada da acceso a una nueva posibilidad[9]".

41 Por pereza o por facilidad el hombre suele satisfacerse con ver, presentados en algunas líneas, los puntos precisos de un programa que se puede consultar como las listas en que los restaurantes proponen sus distintos menus.

Así el espíritu no debe realizar ningún esfuerzo.

So pretexto de claridad, los detractores sistemáticos reclamarán siempre programas cuando, por el contrario, ellos son el medio más fácil para disimular bases ideológicas inexistentes o falsas. El programa oculta las omisiones y los olvidos y, lo que es peor aún, resbalan sobre los principios en nombre de los que se han de buscar soluciones a los problemas de actualidad o a los del futuro.

¿Nos hablan de programa? ¡Poco importa el menu si la comida está envenenada! Discutamos el programa hablando del orden político y social correspondiente. Si éste no es respetuoso del bien común de los hombres, luego del orden natural, es un veneno para los hombres.

La Contrarrevolución no puede consentir en presentar solamente un "programa". Ella expone un orden social y la definición de los mínimos provisorios sólo es una expresión de la oportunidad del momento. El programa social contrarrevolucionario –si uno se obstina en emplear esa palabra– es el establecimiento de un orden social cristiano. Los fines temporales particulares a alcanzar están definidos por el orden natural y, quizá a muchos, les cause gran asombro:

– establecimiento de las justas libertades individuales,

– protección de los derechos de las colectividades naturales, familiares, profesionales,

– participación de los trabajadores en el estudio, la realización y el control de las reformas corporativas necesarias en su profesión,

– participación de los trabajadores en la administración y en la vida pública del país,

– descentralización industrial y administrativa que reserve a los

cuerpos sociales intermedios las prerrogativas y las responsabilidades a las que normalmente pueden hacer frente,

– salvaguarda de las pequeñas y medianas empresas y de las explotaciones familiares, agrícolas, artesanales, contra la estrangulación capitalista o colectiva,

– política agrícola adaptada con miras al restablecimiento de un justo equilibrio entre las condiciones de vida del mundo rural y las del sector industrial,

– respeto a las legítimas prerrogativas de la magistratura y de las profesiones liberales,

– equidad en el salario del trabajo de la mujer,

– despolitización de los sindicatos y su restablecimiento en la verdadera función de defensores de los intereses de los trabajadores,

– etcétera.

Y todo esto –entre otros centenares de puntos– es preciso porque, cuando se habla de libertad, de derecho, de prerrogativas y de equidad, esas palabras se refieren a una ley moral perfectamente definida.

¿Eso es un "programa"? Es demasiado amplio y completo como para ser expuesto en pocos renglones, sobre todo en forma de listas enumerativas que se esgrimen en los períodos electorales... y se olvidan inmediatamente después.

Los que lo ignoran lo descubrirán si se preocupan por el orden natural. Al mismo tiempo encontrarán los bienes más universales que se deben defender, y el sentido en que pueden ser buscados mínimos provisorios, para reconstituir los vínculos sociales y restablecer las instituciones de un orden cristiano[10].

Conocerán entonces la base de la acción coordinadora a efectuar: acción siempre coherente porque los medios que propone no dejan de estar en conformidad con el orden a establecer.

NOTAS

1. S.T.IIa, IIae, q.57, art.5.

2. S.T.IIa, IIae, q.136, art.4, ad.3.

Pero, de ninguna manera queriendo devolver golpe por golpe o vengarse de una injuria; a veces corregir es prestar un servicio. Puede llegar a ser un deber cuando la corrección es el único medio para incitar a una saludable reflexión. Una debilidad que fomentara el mal y llevara a su repetición, sería culpable.

3. Ami du clergé, 30 de abril de 1903.

4. Obras del Cardenal Pie, t. V. p.52.

5. Es muy importante señalar que, lo que a veces se llama "el orden establecido" (o el poder establecido), no tiene nada que ver con el orden natural.

Si este poder establecido usa de sus medios en beneficio de la Revolución, y si no existe ninguna otra posibilidad de oponerse, la acción contrarrevolucionaria puede verse obligada a ejercerse contra ese poder.

"El régimen tiránico no es de ninguna manera justo porque no está ordenado al bien común (...). En consecuencia la perturbación de ese régimen no pertenece a la categoría de la sedición (...). Antes bien, el tirano es el sedicioso (...)" (Santo Tomás, citado en el *Commentaire français littéral de la somme théologique de Saint Thomas D'Aquin,* por el R. P. Pègues).

"...Si todas las cosas fueran maduramente aquilatadas, resultaría que aún al precio de algunas luchas, sería para la multitud un más grande bien que se la desembarazase del poder tiránico. La lucha que se medita y se organiza con ese fin, ya no tiene el carácter de la sedición. Por el contrario se convierte en objeto del más bello acto de virtud en el orden político y cívico". (R. P. Pègues, op. cit.).

Este aspecto del derecho a la insurrección, reconocido por la doctrina cristiana, se lo estudia, además en la *Confrontation Révolution-Contrarrévolution.* Nos limitaremos por el momento a señalar que los medios utilizados, aún si se llega al empleo de la fuerza, nunca tomarán nada de los métodos revolucionarios porque, por otra parte, el fin no consiste en demoler sino en reconstruir según el orden social cristiano y, las condiciones de tal eventualidad, están sometidas a imperativos muy claros.

La distinción entre la *legítima acción de fuerza* y la *violencia* es tan esencial que nos ha parecido útil examinar especialmente (ver Anexo V de *La Confrontation Revolution-Contrarrevolution*) la deliberada falsedad de algunas teorías llamadas de "no-violencia".

6. Expresión de Bonald, filósofo contrarrevolucionario (1754 - 1840): "¡La firmeza que proviene de los principios es mucho más consistente que la que proviene del temperamento o del carácter! ".

7. Los marxistas pretenden encontrar en la dialéctica lo que Lenin llamaba "el estudio de la contradicción en la esencia misma de las cosas" (Notas Críticas acerca del libro de Hegel: Lecciones de Historia de la Filosofía...).

8. El Manifiesto Político y Social, al definir el orden natural da, al mismo tiempo, los principios que dirigen el orden social (organización profesional corporativa, por ejemplo, descentralización, etcétera).

9. Mons. Suenens.

10. "La historia de García Moreno (presidente de la República de Ecuador, asesinado el 6 de agosto de 1875) desvanece las pretendidas imposibilidades de aplicar el derecho cristiano a las sociedades modernas (...)".

"Es posible remontar la corriente revolucionaria (...) es posible, en fin, atacar en su fuente los principios de la Revolución. García Moreno lo hizo en medio de dificultades inauditas: el enemigo en el exterior, dentro, un ejército desorganizado, una magistratura sin tradiciones y sin principios (...), órdenes religiosas sin otra regla que la licencia, todos los caracteres relajados por el catolicismo liberal y, finalmente, para aprovechar esos elementos de desorden, los franc-masones en todas partes. La tarea resultaba imposible. García Moreno no retrocedió y su eterna gloria reside en haber tenido éxito" (Dom Charles Couturier).

CAPITULO III

DISPOSICIONES DE ESPIRITU PREPARATORIAS PARA LA ACCION

A. La capacidad de previsión (permanencia en el esfuerzo, continuidad en la acción).

42 El éxito en la acción depende, en gran parte, de la preparación anterior que haya podido hacerse. Esa preparación exige prever todas las formas que puede tomar la acción, los medios que pueden serle útiles, las circunstancias que pueden influir en su desarrollo.

La primera de las disposiciones de espíritu favorable a la acción es la capacidad o la facultad de previsión.

La simple previsión es la cualidad gracias a la que "uno no se embarca sin galletas". Deriva de la prudencia que hace tomar precauciones frente a una hipótesis ya prevista: "Es más seguro llevar el paraguas" o "Hago provisión de carbón para este invierno". Cualidad que puede llamarse pasiva si se la compara con la capacidad de previsión, cualidad activa, dinámica, dialéctica, que denota un esfuerzo de investigación y de discriminación de todos los casos probables, eventuales, aleatorios, improbables, etcétera, y, en respuesta, las diversas actitudes o soluciones que pueden convenir en cada caso.

La imprevisión es una falta temible. Su aspecto más peligroso consiste en imaginar la acción solamente con miras a abatir un obstáculo.

Es fácil estar en "contra"; pero también es fácil mostrarse incapaz cuando hay que pasar a la fase constructiva, en el momento en que el éxito, sin embargo, parece facilitarlo todo: ¡A las 8 se toma el poder y a las 10 se emprende la fuga!

43 Para prever el desarrollo concreto de la acción, es prudente descomponerla en elementos sucesivos para cada uno de los cuales se hará un estudio de las hipótesis, de sus soluciones y de las posibles variantes. Asimismo habrá que tener en cuenta lo "imprevisible".

La preocupación por preverlo todo, no obstante, no debe tropezar con los detalles, a no ser que evidentemente la dificultad de su realización ponga en peligro el resultado buscado. Porque no es cuestión en particular de esperar, antes de pasar a la acción, que se tengan a mano acopiados todos los medios previstos como necesarios. Existe, pues, un trabajo de previsión a largo plazo y otro de preparación a corto plazo y, aún cuando no se hayan dado todas las condiciones previsibles, está permitida cierta audacia con la condición de que se apoye en el estudio, en la reflexión y en una confianza razonada en las ayudas a conseguir.

La razón práctica existe. Es más una actitud mental a adquirir con un esfuerzo incesante que un método a aplicar. La primera cosa práctica es recordarla permanentemente y recurrir a ella sistemáticamente.

44 Cuidar la continuidad en la acción surge de la capacidad de previsión.

La acción contrarrevolucionaria puede sufrir altos y bajos, pero debe proseguirse cualesquiera sean las circunstancias. Sólo a fuerza de mantenerse, de perseverar, de avanzar a pesar de las dificultades se puede construir el futuro.

La permanencia en el esfuerzo, la continuidad en la acción, sólo se aseguran siendo previsores para que una ausencia, una circunstancia fortuita o un deceso no detengan el impulso ya tomado.

La preocupación por la continuidad debe trascender el presente. Todos desearían vivir una época que coronara todos los esfuerzos. Pero hay una buena dosis de egoísmo y de orgullo cuando no se quiere actuar sino a condición de ver la victoria. Además nadie sabe cuantos años tiene por delante... Es sabio, pues, sentir el trabajo retribuido por la sola satisfacción de hacer progresar la obra común *tan rápido como sea posible,* Es, además, la mejor manera de aumentar las posibilidades de vivir personalmente algunos días de gloria.

La continuidad en la acción debe preverse en todos los casos.

No debe haber cortes ni aún retardos porque un hombre se desplace o porque los más jóvenes tomen el lugar de los antiguos. Particularmente a aquellos que corren el riesgo de partir, les corresponde prever y preparar cuidadosamente su sucesión, de manera que no se pierdan ni las menores facilidades que hayan podido lograr.

Otros serán los que se beneficiarán directamente... pero es preciso alegrarse porque lo que importa, justamente, es que cada cual deje en torno de sí una situación contrarrevolucionaria mejor que la que heredó.

B. La aptitud para "hacer elección"

45 La segunda de las disposiciones de espíritu particularmente favorable a la acción es la aptitud para "hacer elección".

Hacer elección consiste en realizar la operación intelectual por la que se pesa el pro y el contra, se evalúan ventajas e inconvenientes y se "elige" una solución.

Esta expresión tiene el gran mérito de eliminar todo lo que la idea de simple elección puede tener de arbitrario y de subjetivo. Se trata, *al precio de un esfuerzo intelectual,* de encontrar la mejor fórmula y adoptarla. Forzosamente no será la que cause más placer. Pero en función del fin perseguido será la mejor. A *priori* de la satisfacción, ella hace referencia a la idea de obligación moral.

El estudio de las previsiones conduce inevitablemente a la necesidad de hacer elección entre las posibilidades que se han descubierto, y a las que es preciso asignar un grado de preferencia, una prioridad.

Una elección no ha sido verdaderamente pesada si no ha permitido examinar las ventajas y los inconvenientes respectivos del "pro" y del "contra".

¿Qué ventajas en el "pro"? ¿Pero qué inconvenientes?

¿Qué ventajas en el "contra? ? ¿Pero qué inconvenientes?

Cada cual puede tener su procedimiento personal y no se podría recomendar uno como el mejor. Esos métodos tienen todos por fin el examen completo de un problema. Lo esencial es tener uno porque, muy frecuentemente, la reflexión desordenada pretende ser un procedimiento cuando lo que hace es provocar olvidos o errores de apreciación acerca del valor relativo de ciertos datos.

El método del "pro y del contra" está prácticamente al alcance de todo el mundo, y si para algunos resulta muy complicado será porque, probablemente, cualquier otro procedimiento les sería igualmente complicado.

Sin embargo, a pesar de un estudio perfectamente objetivo de las ventajas y de los inconvenientes de una solución, no debe pensarse que la respuesta brotará clara y única.

La duda, en lo que se refiere a la mejor fórmula con respecto al fin buscado, puede muy bien subsistir. Sólo reportándose a las referencias más altas y "haciendo silencio" para dejarlas hablar podrá esclarecerse el espíritu[1].

C. *El recurso a la autocrítica*

46 Cada hombre trata la acción de acuerdo con su carácter, su temperamento, sus impulsos, sus preferencias confesadas o inconscientes, todos ellos factores inevitables que pueden tener un efecto deplorable si las reglas de acción no han sido correctamente asimiladas y respetadas.

Un hombre no puede estar seguro de actuar bien si, en determinados momentos, dejando cualquier otra preocupación no detiene la acción para ponerse frente a sí mismo... y juzgarse.

El hombre de acción, la célula, el círculo de estudios o el organismo de acción están, pues, invitados a una suerte de examen de conciencia.

Está permitido aún hablar de *autocrítica.* Porque con el examen de conciencia se relaciona un sentido más general que se refiere a valores morales, y la autocrítica agrega una referencia a la eficacia *práctica* que pareciera deseable alcanzar. La autocrítica resulta, pues, extremadamente saludable en la medida en que la eficacia buscada se inspira en los más altos fines.

Ella puede efectuarse cómodamente pasando revista a una lista —control de las reglas de acción que cada uno puede recordar para su uso a través de la adopción de fórmulas condensadas y expresivas. Pero, como la acción no puede disociarse del espíritu con que se efectúa, las referencias espirituales que la motivan deberán inspirar siempre esta práctica.

Como el espíritu humano no puede salir de sí mismo para juzgar

con una total imparcialidad, fácilmente descubrirá circunstancias atenuantes y con frecuencia sentirá la tentación de pasar rápidamente sobre las razones profundas de sus errores. Casi inconscientemente ciertos problemas serán dejados en la sombra... Esas son causas suficientes para que una acción mal encarada termine por desembocar en un desviacionismo característico. Por eso generalmente será ventajoso pedir a una autoridad imparcial que agregue su juicio a las conclusiones de la autocrítica.

Sería considerado un loco de la especie más peligrosa quien pretendiera dispensarse de ciertas verificaciones materiales, por ejemplo las que se efectúan antes del despegue de un avión, luego del aterrizaje y en el curso de las visitas periódicas de mantenimiento. Con más razón esas operaciones de control son indispensables cuando se trata de actos del pensamiento cuyas consecuencias no siempre se materializan de una manera evidente, pero que pueden ser mil veces más graves que la pérdida, con cuerpos y bienes, de un aparato.

Debe también ser considerado como un loco de la especie más peligrosa aquel que no procede a efectuar verificaciones regulares de la acción que pretende realizar.

D. Romper la rutina, herrumbre de la acción. "Siempre hay algo para hacer"

47 Capacidad de previsión y aptitud para hacer elección son disposiciones del espíritu que, en la vida corriente, permiten actuar *de la mejor manera* para triunfar.

Para tomar un ejemplo voluntariamente elemental, supongamos que se trata de construir una cabaña en el fondo de un jardín. Evidentemente habrá sido necesario determinar el emplazamiento propicio, verificar el estado del suelo, apreciar las dimensiones, contar el número de vigas, de tablas, etcétera, y comprar los clavos y la pintura necesarios. Si se olvida una teja, se eligen mal las medidas, se asienta la cabaña de través, en un lugar expuesto a los vientos, sin sostén contra una pared o con los postes mal colocados, uno se dará cuenta, pero a veces demasiado tarde, y la cabaña deslucirá el paisaje, dejará pasar la lluvia, o estará próxima a derrumbarse.

Es evidente que el experto que hubiera reflexionado, previsto y elegido podrá construir una cabaña sólida y agradable, mientras que el entrometido que procede de cualquier manera sólo realizará una provisoria jaula de conejos.

Toda la diferencia está ahí. Y no es posible creer que, para construir en el terreno político y social o, más simplemente para convencer y mover a las personas, se podría dejar de combinar la acción como se lo hace cuando simplemente se trata de levantar correctamente una cabaña en el fondo de un jardín[2].

La verdadera acción no se improvisa. En todos sus aspectos se prevé, se elige, se juzga. Pero esas disposiciones de espíritu trascienden una simple contribución a la eficacia de la acción: concurren a una real formación intelectual al ejercitar especialmente el razonamiento y la imaginación.

Frente a la malignidad de los revolucionarios, esas dos facultades son muy útiles porque, además de la formación doctrinal, el combate contrarrevolucionario demanda inteligencia e iniciativa.

Esta inteligencia necesaria en el combate fácilmente pierde su vivacidad. La acción, no obstante, continúa; se logran abrir puertas, interesar a algunos hombres, difundir algunos papeles. Pero es preciso hacer un esfuerzo particular para que cada uno de esos actos se cumpla. La mecánica del conjunto ya no marcha por sí misma; es preciso empujar los engranajes uno a uno. La rutina ha herrumbado la acción, pero sus efectos negativos se esconden detrás de pequeños éxitos que mantienen la ilusión de la eficacia real: se va tirando, sin darse cuenta, en razón de lo logrado.

Nada mejor entonces que detenerse y no hacer nada más hasta haber consagrado a la autocrítica, a las previsiones, a las "elecciones" todas las horas que fueren necesarias. Es preciso jugar el juego del hombre que llegará sin prejuicios, sin conocimiento de los detalles que con frecuencia ocultan el problema general como "el árbol tapa el bosque"; el juego del hombre que abordará la cuestión con ojos nuevos y que juzgará la situación tomándola "por arriba".

Con frecuencia una comprobación salta a la vista de los jefes: usan su tiempo y sus esfuerzos en detalles que se plantean porque el *principio de solución* de esos detalles no ha sido respetado, por ejemplo, el "cuidado primordial de la formación de los cuadros", o "descentralizar", o poner a todo el mundo a trabajar", o "dar antes de pedir", etcétera[3].

Dejar correr, pretexto para no hacer nada, pereza para investigar cómo es posible actuar, todo eso es herrumbe del espíritu. Para un Contrarrevolucionario, aún si está separado de su medio social habitual, aunque se encuentre en el extranjero, siempre hay algo que hacer. El esfuerzo, aunque se haga lejos del propio medio, tiene idéntica importancia allí donde se aplique, porque la irradiciación de la Contrarrevolución es ahí tan necesaria como en todas las otras partes.

Cuando, a veces, uno se pregunta por qué nada avanza, por qué algunos han decretado que "no hay nada que hacer en tal sector", es preciso estar bien persuadido de que rompiendo la rutina, herrumbe de la acción, uno encuentra siempre algo para hacer (puede ser comenzar a formar –o ayudar, o cambiar– a aquellos que no saben qué hacer).

NOTAS

1. Recurrir a las referencias más elevadas es especialmente importante en el momento de las grandes decisiones, pero también tiene su lugar en la vida corriente. Los últimos capítulos destacan este aspecto.

2. El Anexo I sobre "la célula de trabajo" dará un ejemplo práctico y sugerirá "cómo llevar a un hombre de tendencia contrarrevolucionaria a formar parte de un grupo de trabajo". Pero el esquema dado puede también servir muy bien para un problema de acción aún más simple: "Cómo acercar a determinada persona del inmueble en que vivo a la tesis contrarrevolucionaria".

3. Estas fórmulas resumidas sólo tienen por fin recordar cómodamente principios que más adelante serán desarrollados con mayor extensión.

CAPITULO IV

LAS FASES PROGRESIVAS DEL DESARROLLO DE LA ACCION CONTRARREVOLUCIONARIA

A. Progresión a respetar

48 "Siempre hay algo que hacer"... y sin embargo muchos hombres ansiosos de una sana acción político-social no ven cómo podrían concretarla.

¿A qué debemos llegar? A sustituir por lo Contrarrevolucionario aquello que es revolucionario en las leyes, las estructuras administrativas y los regímenes sociales, en la organización del trabajo, la enseñanza, la prensa escrita u oral, en las disposiciones profesionales y familiares o, más simplemente –para aquellos que pretextan que las leyes o la organización del trabajo no son de su incumbencia– en los espíritus y en los hombres.

Sustituir por lo Contrarrevolucionario lo que es revolucionario en nuestro entorno, en los espíritus, las instituciones, las estructuras o los hombres, es operar una *realización.* Actuar en el sentido contrarrevolucionario es efectuar los actos, manifestar las energías y desarrollar las actividades que contribuyen a *realizar.* Pero salvo cuando se trata de ciertas disposiciones prácticas que pueden ser tomadas cómodamente, no se podrá sustituir por lo Contrarrevolucionario lo que es revolucionario a nuestro alrededor sin que los hombres estén de acuerdo acerca de los cambios que se les proponen. Es necesario pues, en primer lugar, *convencer*, y para convencer, es preciso instruir, formar los espíritus. Y si se quiere llegar a realizaciones de mayores consecuencias, es preciso también unir a los hombres y coordinar sus acciones y dar, pues, una suerte de estructura al conjunto de sus voluntades en acción.

Instruir, formar, estructurar, realizar... esas diferentes fases lógicas serán retomadas a continuación, pero es preciso señalar ya, que si es posible determinar esas fases por las que la acción contrarrevolucionaria —en su sentido general— se desarrolla normalmente, no es posible sistematizar rígidamente esta clasificación. La transición de una fase a otra es flexible y, con frecuencia, insensible. Así, por ejemplo, nunca podría señalarse el momento preciso en que un hombre que ha recibido una primera instrucción comienza a formarse. Casi sería imposible reconocer el instante en que un conjunto humano habrá comenzado a apoyarse en una estructuración contrarrevolucionaria. Además esas diversas fases no pueden ser aplicadas en bloque a una colectividad. Así, en una red social natural habrá hombres que estarán en los comienzos de su formación, mientras que otros ya serán capaces de tomar todas las iniciativas que demanda la fase de las realizaciones.

Lo que importa comprender perfectamente es que es necesario comenzar por esclarecer, informar, instruir a los hombres. Se podrá entonces esperar que se formen como Contrarrevolucionarios y que luego sus agrupaciones se *estructuren* para concurrir a cooperar en realizaciones de mayor envergadura.

49 En el estudio del desarrollo progresivo de la acción se comprueba que de una fase a otra, la acción muy lógicamente, se generaliza y se extiende. Se ocupa en primer lugar de los hombres, luego se apoya en las redes sociales naturales y desemboca en el dominio político y social en la fase de las realizaciones, que se ejercen en todas partes.

Desde entonces, en una agrupación humana de alguna importancia, ciertos grupos pueden haber alcanzado esas fases en que la acción se hace sentir amplia y porfundamente mientras que otros elementos sólo se han informado acerca de la Contrarrevolución. Estos retardatarios no deben creer que de buenas a primeras podrán actuar y combatir contra la Revolución imitando a sus vecinos más adelantados. Cometerán un grosero error si creen poder dejar de instruirse como primera medida, de darse cuadros formados o de estructurar sus redes.

Cualesquiera sean las circunstancias, y ya sea a nivel provincial o al de la pequeña acción llevada a cabo simplemente por un sólo hombre, si se quiere que la acción contrarrevolucionaria se desarrolle

sana y ampliamente, es preciso convencer e instruir a un mayor número de hombres, formar más militantes y dar una armazón contrarrevolucionaria a más células o colectividades humanas.

Sin embargo, lo dicho no debe hacernos sacar como conclusión que una acción completa sólo se opera cuando este armazón existe. Desde que uno se dedica a la tarea de *convencer* a los hombres, se sustituye en sus espíritus lo revolucionario por lo Contrarrevolucionario; se *actúa* y aún se *realiza* y todo el resto se encadena automáticamente por poco que se persevere en el esfuerzo.

B. Primera fase: Esclarecer, informar, instruir

50 El primer aspecto de la acción a efectuar en los hombres consiste en la información que se les debe dispensar. Es preciso, en primer lugar, que sepan que se plantea un problema, que conozcan los fines temporales a alcanzar –un orden cristiano a establecer o a restablecer–, que se les enseñen las grandes líneas de la doctrina social con sus consecuencias en el orden profesional, político o familiar que interese a cada uno. La acción consiste, inicialmente pues, en *esclarecer, informar* y, a medida que los hombres se hacen más receptivos, en *instruir.*

Si puede considerarse que solamente un matiz separa el hecho de "esclarecer" (hacer ver la luz a alguien, abrirle los ojos) y el de "informar" (dar datos, hacer saber), no ocurre lo mismo cuando se trata de "instruir". Instruir a un hombre, en efecto, es capacitarlo, en cierta medida, para que a su vez pueda esclarecer e informar.

El desarrollo racional de una acción generalizada debe tener en todo momento en cuenta el estado psicológico, intelectual y moral de los grupos humanos a los que se dirigen los medios de información o de instrucción. Estos podrán entonces ser adaptados al nivel medio. Pero esta acción es general e impersonal y, por eso mismo, insuficiente. Es preciso esforzarse por aportar a cada hombre la enseñanza que esté a su alcance y las informaciones que le interesen directamente. Así se podrá acelerar la formación de los más preparados, se incentivará a los mejores y se suscitarán élites.

Va de suyo que no se pasa arbitrariamente, en una fecha determinada, de la fase "esclarecer-informar-instruir" a la fase

siguiente. Por otra parte es difícil determinar el grado de evolución que se produce en un espíritu. Sin embargo existe una señal muy clara que se puede descubrir en la progresión seguida: el momento en que los hombres, después de haber *recibido*, comienzan a *dar*. Es decir cuando, informados e instruídos, llegan a un estadio en el que ellos mismos quieren ser útiles a la Contrarrevolución. Pasan del estadio de simpatizantes al de militantes.

Mucha gente, no obstante, servirá eficazmente a la acción contrarrevolucionaria antes de estar realmente instruida. Este es un punto muy delicado: con frecuencia se tiene la tendencia a solicitar *demasiado pronto* los servicios de algunas personas. Aceptarán, como favor personal al solicitante, pero cuando se dan cuenta de que la actividad propuesta puede ocasionarles contrariedades, generalmente dejan de ser voluntarios. Porque, en efecto, si no han sido verdaderamente ganados para la causa ¿para qué se arriesgarán a sufrir la menor molestia en razón de una responsabilidad que no sienten como deber?

Si se quieren obtener efectos duraderos es natural que *primero* se convenza acerca de la tesis contrarrevolucionaria, se *den* las razones para actuar y se pida *después* una participación en la acción. Surge entonces el interés por la acción y también el voluntariado y el mérito porque cada cual, desde ese momento, conoce la causa por la que trabaja y, eventualmente, acepta los riesgos.

Es preciso dar antes de pedir

(Y dar, en este sentido, no es regalar un libro, por ejemplo; es verificar que el libro sea leído, saber dónde está el lector, refutar sus primeras objeciones, incitar a continuar la lectura, en resumen, dar el contenido del libro, dar algo de sí mismo).

En otras palabras —porque es preciso insistir sobre este importante punto— inducir a un hombre para que preste un servicio personal a un Contrarrevolucionario no tiene objeto. No es de ninguna manera la primera fase de la acción tal como se la debe concebir en un desarrollo progresivo. Por el contrario, lo único capaz de asegurar el futuro es esclarecer, informar, instruir, es decir, *dar* la verdad, dispensar la doctrina y, por ello, comprometer responsabilidades *al servicio de la contrarrevolución.*

Con frecuencia, cuando hay que lamentar el cambio repentino

de la gente o su defección, eso ocurre porque antes de *pedirle* que se comprometa no se le han *dado* las razones para hacerlo.

Es necesario, *primero*, ganar a los hombres para la Contrarrevolución; a esto seguirá su participación en la acción.

C. Segunda fase: formar – estructurar

51 Dar antes de pedir debe figurar en todas las fases del desarrollo de la acción.

Cuando a un hombre se le ha dado cierta instrucción contrarrevolucionaria, se le pueden pedir servicios que comprometan su responsabilidad, pero aún es demasiado pronto para dejarlo emprender su acción personal. Esta deberá manifestarse todavía de manera pasiva y únicamente encarada, preparada y dirigida por un Contrarrevolucionario *formado*.

Entre un hombre "instruido" y un hombre "formado" existe la misma gran diferencia que entre el que practica la equitación en el picadero y el jinete experimentado que utiliza corrientemente su cabalgadura en cualquier terreno.

Un hombre formado es un hombre que ha adquirido reflejos en el pensamiento y en la acción. Llega entonces a *sentir* la verdad o el error y a reaccionar con acierto casi automáticamente, sin haber reflexionado mayormente. La experiencia adquirida le confirma, a través de ejemplos vividos personalmente, las ricas lecciones de *la verdadera prudencia*. Presiente el peligro; adquiere cierta intuición acerca de los mejores caminos; sabe combinar sus actos y no se inquieta por las iniciativas que hubiese tomado.

Solamente cuando un hombre ha recibido formación contrarrevolucionaria se puede solicitar su participación activa, porque esa formación comprende, además de la parte especulativa de la doctrina, la parte práctica, es decir, especialmente la doctrina de acción.

No *pedir* acción antes de haber *dado* formación para la acción; prohibir la acción a aquellos que no se toman el trabajo de asimilar esta formación.

La ignorancia de estas evidencias lleva a esas experiencias lamentables que terminan en la neutralización de las buenas voluntades, en el desperdicio de materiales y en la ruptura de vínculos arduos y difíciles de establecer, y todo ello porque algunos que a lo

mejor se creyeron más fuertes que los demás, en realidad no sabían trabajar.

Sólo una seria formación conduce a los voluntarios a militar *como se debe*[1].

52 El problema de la formación de los militantes es también el problema de la formación de los cuadros, ya que parte de esos militantes se convertirán, a su vez, en animadores y en responsables.

Lo esencial no es formar Contrarrevolucionarios socialmente bien ubicados si estos son apáticos. Los conductores, en particular, deben ser hombres apasionados por el estudio, que busquen una formación avanzada y que irradien persuasión.

La acción depende de la formación de cuadros serios, imbuidos de la doctrina y dotados de un dinamismo comunicativo.

La mayoría de los movimientos que naufragan, deben su fracaso a la carencia de cuadros. Nuestros adversarios lo han comprendido muy bien: "La superioridad de los comunistas sobre los otros partidos se debe al cuidado que ponen en tener una política de cuadros para llegar a encontrar los cuadros de su política"[2].

"Los miembros del Comité Central se comprometen a reforzar sus conocimientos ideológicos consagrando regularmente el tiempo necesario para el estudio de los clásicos del marxismo-leninismo (...) y preparando cuidadosamente las reuniones de sus círculos de estudio[3]".

"No obtendremos resultados apreciables en la educación de la masa sino en la medida en que se generalice la práctica del trabajo personal: eso necesita un esfuerzo y una toma de conciencia individual... La cuestión queda así planteada: decenas de millares de adherentes y de militantes deben estudiar en su casa, lápiz en mano, las obras esenciales del marxismo-leninismo[4]".

53 ¿Y cómo ocurre que en nuestro campo...?

En nuestro campo, la causa real del retardo en la acción –ya se trate de dificultades de envergadura o de los detalles que conforman mil pequeños obstáculos– proviene de insuficiencia en la formación doctrinal y, tal vez, más aún en lo concerniente a la doctrina de acción que a la doctrina especulativa. La mayoría de la gente no sabe qué hacer, ni cómo hacer algo. Y lo que les dicta su buena voluntad carece de base firme y de impulso sostenido.

A doctrina insuficiente, acción raquítica

En nuestro campo, si aquellos que quieren defender su "Nación" o su "Civilización Cristiana", se tomaran el trabajo de profundizar un poco acerca de *lo que quieren*, encontrarían idénticas exhortaciones con miras a una verdadera formación preparatoria para la acción.

Pero, entre los hombres de acción, ¿quién se toma ese trabajo?

¡Así son los resultados!

La acción contrarrevolucionaria necesita millares de militantes, es decir, de hombres no solamente instruidos sino también formados.

Al respecto suele resultar útil que algunas personas precisen qué entienden por "doctrinalmente formado", porque es difícil considerar como tal a un laico que conoce la doctrina nada más que hasta donde ella le exige acción.

Para limitarnos a una imagen simple, nadie consideraría como conductor "formado" al hombre que sólo conociera el código de tránsito y la teoría del motor. Este hombre puede saber donde quiere ir y conocer la reglamentación, pero ignorará siempre cómo manejar y a nadie le extrañará que termine en la zanja.

De la misma manera, si uno no se preocupa por aprender a actuar correcta y eficazmente, sobrevendrán titubeos, hesitaciones y accidentes.

No faltará quizá quien piense que siendo natural en el hombre actuar, todo lo demás que se diga al respecto no hace sino complicar la cuestión. Sin duda, algunos hombres al cabo de años de investigación, de experiencias prácticas —y de sinsabores— llegarán poco a poco a descubrir los principios y las características que deben observarse para conducir correctamente una acción. Pero si este argumento pudiera hacer creer que la formación de los espíritus y la preparación de los hombres para la acción resultan inútiles, no se comprendería entonces por qué, en dominios mucho más simples, se dictan cursos para aprender a hablar en público, para cuidar al bebé, para dirigir la casa, ni escuelas que enseñan métodos de organización, o cursillos para saber vender, cosas éstas que todo el mundo llega a hacer sin ningún estudio.

Todos esos organismos, precisamente, aseguran una *formación* que economiza tiempo, evita el empirismo, preserva de errores y garantiza el éxito.

Cuando se trata de una acción contra la Revolución, de una acción para establecer un orden social cristiano, la *formación* es mucho más util aún, porque ella es más compleja, se extiende a lo especulativo y a lo práctico, interesa al hombre total y se aplica a todos los problemas humanos.

Por eso, *en cuanto más delicada es una acción, más se la debe reservar sólo para los contrarrevolucionarios particularmente formados.*

A mayor responsabilidad, mejor formación

Y a formación nula, responsabilidad nula. También cuando algunos se lamenten de que nada se les ha confiado, que este principio les indique la manera en que pueden llegar a ser útiles: que comiencen por saber qué es la Contrarrevolución y la acción contrarrevolucionaria. En cuanto mejor lo sepan, más utilizables serán.

54 Los jefes naturales deben estar compenetrados de la necesidad de *organizar* la formación doctrinal de los hombres que les tienen confianza y de *forjar la propia con todas sus fuerzas.* Es gracias a los trabajos personales sobre eso que podemos llamar el libro del maestro –y él existe– que se imprimen los conocimientos necesarios y se realiza la unidad intelectual de base. Al mismo tiempo, por *confrontaciones periódicas frecuentes* y especialmente previstas *sobre cuestiones preparadas de antemano*, el trabajo en células permite, en el curso de una *discusión orientada*, impregnarse del tema, verificar si ha sido asimilado y rectificar o completar lo que no haya sido bien comprendido.

Es evidente que la presencia de un animador calificado es una ayuda importante para contribuir a la formación rápida y relativamente sólida de los hombres.

Ya se las denomine círculos de estudio o células, esas reuniones de amigos constituyen el medio más eficaz de formarse para la acción contrarrevolucionaria, siempre que no se conviertan simplemente en una ocasión para charlar y beber "la copa de la amistad" (aunque de por sí esto no es criticable).

La célula debe seguir siendo viva e interesante. El esfuerzo a realizar no debe convertirla en algo tedioso. La austeridad no es su

característica, porque el bien y la verdad no son ni feos ni tristes. Un factor de atracción es un factor de éxito y el éxito en sí mismo es un factor atractivo.

Además de la preocupación por la formación doctrinal de cada uno y de la búsqueda insistente de élites que deben después impulsarse, los animadores de células deberán hacer frente a numerosas dificultades materiales y psicológicas. Pero, a pesar de todo esto, les será necesario perseverar y *resistir*, porque manteniéndose firme a pesar de todo, se fuerza el triunfo.

La célula de trabajo debe guardarse de cualquier forma de existencia oficial, por múltiples razones de las que la menor es la tranquilidad espiritual de sus miembros; su libertad frente a indeseables sólo puede ser preservada con esta condición. Se trata de pequeñas reuniones privadas y nada más. Inversamente, tampoco resulta útil jugar al conspirador en algo tan natural, porque corrientemente es la mejor manera de excitar una curiosidad malévola[5].

Con frecuencia se podrán obtener grandes ventajas reuniendo a los miembros de una célula que aprovecha las facilidades materiales que procura un círculo oficial o una asociación de existencia reconocida.

55 Cuando hay un Contrarrevolucionario doctrinalmente formado —en el sentido pleno de una formación que engloba lo especulativo y *lo práctico*— y cuando ese Contrarrevolucionario escucha a gente desconocida hablar de Contrarrevolución, debe aguzar el oído porque esos hombres pueden quizá estar buscando aquello que podría guiarlos en su formación. Es sumamente importante aprovechar esta oportunidad porque esas buenas voluntades posibles tal vez se prendan prontamente a algo sólido.

Puede ser, además, que de ahí resulte la oportunidad de crear una nueva célula y esa es una oportunidad que no debe descuidarse porque *es necesario multiplicar las células.* Cada una de ellas es un foco de irradiación que será el origen de una acción más amplia en un medio en el que quizás la Contrarrevolución aún es desconocida.

56 La formación de los Contrarrevolucionarios va de la mano con la estructuración de los grupos humanos a los que ellos pertenecen. Esta estructuración es una suerte de organización interna que prácticamente se establece por sí misma, *entre contrarrevolu-*

cionarios, apoyándose sobre las capacidades particulares de cada uno. Aparece desde el momento en que los Contrarrevolucionarios formados tienen el cuidado de conocerse y de unir sus esfuerzos para extender y reforzar su acción común. Cuando entre ellos descubren una jerarquía natural, la estructuración se fortalece y suelda mutuamente los cuadros y los miembros de una red social.

Formación y estructuración suscitan, además, la acción capilar que conducirá, a través de los contactos más simples y de las influencias aparentemente más tenues, a valorizar la *base humana* sobre la que debe hacerse sentir la influencia contrarrevolucionaria. La estructuración contrarrevolucionaria determina un armazón y una dinámica sin las cuales esa base puede que siguiera siendo una masa bien orientada pero incapaz de coordinar sus pensamientos y sus actos.

La estructuración da los medios prácticos de "hacer lo que se debe". Permite a los militantes actuar colectivamente de manera coherente.

Ella sola, en fin, en el caso de una época de persecución, puede facilitar tal vez, el cumplimiento de numerosas y delicadas misiones[6].

D. Tercera fase: realizar – combatir.

57 A medida que la acción contrarrevolucionaria dispone de un instrumento estructurado, comienza en un nivel cada vez más vasto la fase de *realización* que concreta el aspecto positivo de su acción, particularmente en el dominio político y social.

Nadie objeta la importancia de las fases en cuyo curso la acción informa, instruye, forma y estructura. De esta manera, en efecto, un pueblo puede llegar a estar en condiciones de comprender la Contrarrevolución y de aportar su ayuda a la acción. Pero muchos hombres no comprenden muy bien cómo esta acción puede llegar a realizaciones prácticas que imaginarían más fácilmente señaladas en un programa y en un plan cuyas etapas sucesivas constituirían un adelanto político. En síntesis, ellos plantearían de buena gana la pregunta: "Instruir, formar, estructurar... sí, pero... en resumidas cuentas, ¿cómo, en el dominio político y social en particular, concretar realmente un progreso contrarrevolucionario?

La acción contrarrevolucionaria les propone precisamente realizaciones, por así decirlo, palpables. Es *realización* todo aquello que sustituye lo revolucionario por lo Contrarrevolucionario, ya sea en el dominio de las instituciones, de las organizaciones, de los hombres o de los espíritus. Todo, en ello, contribuye al debilitamiento de la Revolución y marca un progreso de la Contrarrevolución en un pueblo.

Esta fase *realización* se persigue incansablemente, pero de una manera natural, discreta y, sin embargo, en la forma más eficaz. A diferencia de los partidos —pero sin rechazar la perspectiva de una representación política que puede un día convertirse en uno de los portavoces de la acción contrarrevolucionaria— *el esfuerzo se realiza a partir de los hombres y por su iniciativa.*

Cuando hay Contrarrevolucionarios formados y redes estructuradas, y porque todos tiran en el mismo sentido —y cada cual en su medio social— pueden operarse realizaciones que permiten acercarse cada vez más al orden social cristiano.

Si bien esas realizaciones sólo excepcionalmente son espectaculares, no por ello son menos ciertas:

En un pueblo será suficiente que algunos hombres tengan acceso al Consejo municipal para contrarrestar la influencia revolucionaria y facilitar el juego de las instituciones locales en sentido contrarrevolucionario.

Algunas personas podrán en un medio educativo, por ejemplo, mostrar un punto de vista que obligará a reflexionar a hombres honestos, ignorantes sin embargo del orden natural.

En un distrito algunos hombres llegarán a interesarse por las elecciones y propondrán un candidato de calidad en razón de que un número suficiente de Contrarrevolucionarios tomó conciencia de la fuerza que confiere la estructuración.

Constituyen también realizaciones que resulte electo un hombre mejor o que un Contrarrevolucionario pueda hacer escuchar oficialmente el lenguaje de la Contrarrevolución en asambleas.

En otros lugares, algunos Contrarrevolucionarios se darán cuenta de que colaboran con hombres que ayudan a la Revolución y que, de hecho, les aportan a éstos el beneficio de sus trabajos o de su sola presencia. Si unen sus esfuerzos en provecho únicamente de organismos dirigidos por ellos mismos o por otros Contrarrevolu-

cionarios, debilitarán en esa misma medida, la fuerza revolucionaria y acrecentarán la influencia contrarrevolucionaria.

Además, por presiones sobre los sindicatos, por el sostenimiento de las legítimas reivindicaciones de los trabajadores, podrán imponerse soluciones más justas a los problemas humanos y sociales. Al respecto, un economista, un especialista en cuestiones sociales o un periodista contrarrevolucionario pueden tener una influencia inmediata importante. A ellos corresponde denunciar el carácter subversivo de ciertas decisiones gubernamentales, precisar las ofensas realizadas a los verdaderos derechos del ser humano, sostener a los hombres contra las medidas opuestas al orden natural y proponer soluciones conformes con el bien común.

Muchas personas creen que una acción político-social no puede lograr nada si no se manifiesta a través de una expresión parlamentaria o no reúne las buenas voluntades en torno a jefes capaces de personificar una toma de conciencia política. Que se tranquilicen, aún en esta hipótesis. Un día habrá también un diputado contrarrevolucionario, dos, tres..., habrá un club de inspiración contrarrevolucionaria, muchas revistas, un periódico...

El campo de las realizaciones está abierto a todos los esfuerzos y no tiene límite. A los que no se hubieren dado cuenta convendrían sugerirles que ellos mismos busquen las realizaciones que en su medio les parecieren menester. ¡Las encontrarán! Aquí sería necesaria una campaña contra la presentación de tal película corruptora; allí, los padres de alumnos deberían organizar la enseñanza de la moral y de la religión en beneficio de sus hijos instruidos en escuelas laicas, más allá resultaría urgente compensar la debilidad de una autoridad espiritual para recordar que no está permitido dar su apoyo a los que favorecen la acción de los comunistas; en otra parte, sería útil que un manual de historia *verdadera* pudiera ser opuesto a los textos impuestos por la enseñanza oficial.

En otros lugares sería preciso coordinar el apoyo a los pequeños comerciantes injustamente amenazados, o aún ayudar a los agricultores en pos de una organización corporativa local que pueda hacer frente a planificaciones arbitrarias, etcétera.

Algunas de estas preocupaciones escapan, evidentemente, al cuadro social de muchos hombres. Pero cada cual encontrará *muy cerca de sí*, miles de ocasiones para sustituir lo revolucionario por lo Contrarrevolucionario. Entre los propios hijos o entre los amigos se

puede comenzar a difundir la noción de Contrarrevolución con el fin de sustituir las ideas revolucionarias del ambiente. También podrán llevarse a cabo realizaciones con motivo de la selección de nuevos empleados, o a través de una proposición constructiva que reemplace una manera de ser contraria al derecho natural, o por la translación, a un elemento que lo merece, del apoyo que hasta entonces se le diera inconsideradamente a un elemento de espíritu revolucionario...

En todas partes hay algo que hacer y nada es desdeñable. A aquellos que, después de reflexionar, se asombren al ver la tarea tan inmensa y —aparentemente— recortada en numerosos y pequeños pedazos, sería bueno recordarles que siempre hay hombres que luchan por determinadas mejoras sociales. Luchan como pueden, a fuerza de proyectos, de peticiones, de manifestaciones, de huelgas. ¡Qué fuerza tendrían si sus acciones estuviesen coordinadas y si se apoyaran sobre una doctrina!

En este sentido, una de las realizaciones más positivas que puede vislumbrarse, consiste en esa toma de conciencia por el pueblo de las posibilidades de la acción contrarrevolucionaria. Pero ella, justamente, no podrá lograrse si no se apoya sobre esos mil casos concretos que constituyen otras tantas ocasiones de hacer conocer la Contrarrevolución.

58 Para algunos pesimistas, las estructuras y las instituciones de su país estarían tan gangrenadas por la Revolución, que ya nada se podría hacer para modificarlas. Concluyen que una acción contrarrevolucionaria que se propusiera remediar esta infección revolucionaria, fracasaría...

Esos hombres imaginan poder realizar sólo en la hipótesis de que hubiera *de antemano* Contrarrevolucionarios en el gobierno, en los ministerios y en las grandes administraciones y se pudieran dictar leyes con espíritu contrarrevolucionario.

En suma, exigen que el problema esté casi resuelto para poder considerarlo posible.

Para contar con gente bien ubicada, para proponer esas leyes que podrían cambiarlo todo, es necesario "trabajar" a los hombres y trabajar el espíritu público. Es natural, si se quiere realizar un esfuerzo con respecto a las estructuras de un país, que cada cual

comience por lo que tiene al alcance de la mano. Y ahí tienen, precisamente, toda una gama de *cuerpos sociales naturales* que son los *intermediarios* emplazados entre el hombre (o la familia) y el Estado, en cada dominio profesional, cultural, administrativo, social, regional, etcétera. Esos *cuerpos intermedios* se ofrecen como campo de aplicación de la acción de ciertos hombres.

En las municipalidades, las asociaciones corporativas, las empresas, los sindicatos, los comités de administración, las provincias, los grupos intercomunales, etcétera, estará bien clamar porque las estructuras están podridas, pero los hombres que constituyen los elementos representativos de esos cuerpos intermedios no son forzosamente revolucionarios. Suelen ser personas conocidas y que con frecuencia han sido elegidas por ser las mejores; ellas representan a sus vecinos, a sus colegas; ellas han sido designadas para defender los intereses de un municipio, de una sociedad o de una profesión.

El particular esfuerzo realizado con respecto a esos hombres no tiene por qué estar condenado ineludiblemente al fracaso. Además, siendo la función esencial de los cuerpos intermedios propia del orden social cristiano, la primera realización debe consistir en vivificarlos, en defenderlos contra las usurpaciones estatizantes, en revalorizar sus funciones y, para ello, en hacer entrar en sus organismos a los mejores y más activos Contrarrevolucionarios.

¿Son éstas realizaciones imposibles? No. Bastará comenzar. La realización de menor peso facilitará otra que, inicialmente, hubiera parecido imposible.

Aún si, al mismo tiempo, el Estado se ensañara en debilitar ciertos cuerpos intermedios, siempre quedarán grupos humanos naturales que escaparán a su acción nefasta. Estos podrán seguir siendo un sostén particularmente favorable para algunas realizaciones contrarrevolucionarias... a no ser que se encuentre en el pesimismo una razón para no intentar nada.

59 La fase de las realizaciones debe emprenderse con prontitud. Si, esquemáticamente, las fases progresivas del desarrollo de la acción pueden ser definidas separadamente, en los hechos, el estadio de las *realizaciones* se abre al mismo tiempo que el de la información.

Entonces podríamos preguntarnos por qué la fase *realización* se define en tercer lugar. Es así porque resulta lógico pensar primero

en instruirse y formarse antes de tener la pretensión de lanzarse a las realizaciones desde el principio.

Algunas realizaciones, no obstante, pueden muy bien efectuarse fortuitamente y aún, a veces, sin que su autor se dé cuenta. Por ejemplo, cuando los obreros, los campesinos o los mineros reciben información acerca del orden natural y de la Contrarrevolución, cosas ignoradas por ellos —y que les darán la solución que esperan—, ha comenzado la fase de las realizaciones. Ese progreso no es inmediatamente palpable, y sin embargo, es real desde el momento en que los interesados son capaces de reclamar por sí mismos las soluciones que se apoyan sobre el orden natural y que preconiza la Contrarrevolución.

Las dos primeras fases definidas representan la preparación de los hombres y la preparación de los grupos humanos, y es totalmente evidente que las realizaciones serán tanto más numerosas, fructíferas y atrevidas, cuanto mejor haya sido esa preparación. Muy particularmente cuando se trata de prever o de proseguir una acción político o social, el éxito de las realizaciones deliberadamente buscadas está condicionado por la información dispensada a los hombres, la formación dada a los responsables y la estructuración contrarrevolucionaria establecida en los grupos humanos.

Realizar es substituir lo revolucionario por lo contrarevolucionario

Es hacer entrar por cien mil canales la Contrarrevolución en la vida social y política del país.

Realizar consistirá con frecuencia en sembrar en ciertos espíritus una idea contrarrevolucionaria que dará lugar a la reflexión y que comenzará a alterar alguna manera de pensar revolucionaria. He ahí una realización mínima que debería imponerse como un reflejo cotidiano sin el que uno no debería sentirse satisfecho cuando, al caer la noche, hace el examen del día transcurrido.

El progreso de la Contrarrevolución está hecho de millones de esfuerzos de los cuales, algunos, sólo producen realizaciones mínimas pero cuyo conjunto hace retroceder irresistiblemente a la Revolución.

Aún si todos los esfuerzos ínfimos no parecieren desembocar en realizaciones concretas, sin embargo es gracias a ellos que un pueblo

está preparado y dispuesto a la explotación Contrarrevolucionaria de acontecimientos de importancia.

60 Hasta la fase de estructuración, los medios polivalentes sirven para todo: los mismos hombres con los mismos medios, unos y otros reforzados en la marcha por similares elementos polivalentes.

Pero, cuando se trata de pasar a ciertas realizaciones –especialmente en los niveles altos– se presentan problemas especiales: ¿cómo modificar las leyes agrícolas para hacerlas aceptables? ¿qué estatutos debe tener la Magistratura? ¿quiénes reemplazarán a un equipo de revolucionarios afincados en determinados puestos? , etcétera.

Cantidad de decisiones a prever y que sólo pueden ser tomadas por hombres del oficio. Cuando se inicia esta fase, los medios polivalentes ya no son suficientes y es preciso apelar a elementos especializados capaces de proveer las respuestas a las cuestiones técnicas y a los problemas que se plantearán con respecto a las personas.

Pero las aplicaciones no se lograrán fácilmente en lo sucesivo si, en los diversos grupos humanos no existen Contrarrevolucionarios en todos los niveles –y si es posible en los puestos clave o próximos a ellos– para activar el establecimiento de las realizaciones deseadas, cada cual en su esfera pero todos estrechamente vinculados y en un cuadro ya esbozado, es decir, en un conjunto estructurado.

En este estadio, la fase de *realización* dependerá en gran parte del valor de la *estructuración* previamente asegurada.

61 A quien esté dispuesto a reflexionar correctamente, la progresión de la acción contrarrevolucionaria, en sus fases de desarrollo, no puede parecerle lenta ni incierta. Es segura y puede ser rápida: todo depende de la fe actuante de los Contrarrevolucionarios. Porque, aunque parezca que ciertos pueblos han perdido la facultad de reaccionar contra la Revolución, los hombres en general no se oponen especialmente al establecimiento de un orden que garantiza la dignidad de la persona humana, la igualdad fundamental de los hombres, la justicia y la caridad social, etcétera.

Y aún cuando en ciertos países los hombres no poseyesen el resorte moral que debería hacerlos contribuir a la defensa de sus propios intereses, y aún cuando esos hombres hubieren llegado a un

abandono total, no existe razón para que eso sea aprovechado por la Revolución. Si un día fuese preciso aceptar el "hecho consumado", tenemos el derecho de preferir que ese hecho sea de inspiración contrarrevolucionaria.

Las condiciones que permitirían considerar esta hipótesis, generalmente están lejos de cumplirse, pero no están fuera de nuestro alcance: es sólo cuestión de voluntad, de esfuerzo *incesante* y de tiempo bien empleado.

Sin embargo, sería subestimar las fuerzas y la malicia del adversario imaginar ingenuamente que la Revolución sentiría el peligro sin reaccionar. Todos los medios serán buenos... También esa es otra fase que es preciso considerar: defenderse y... *combatir.*

No ya en el sentido amplio del combate ideológico, sino en el sentido preciso del combate "con las armas en la mano"[7].

Esta fase, también, exigirá otros medios distintos a los polivalentes utilizados hasta ese momento. Pero su *preparación* puede muy bien recaer sobre los mismos equipos (los mismos hombres y los mismos medios polivalentes) reforzados por algunos especialistas.

No es serio considerar esta última posibilidad, *combatir*, si a ella no le precede la fase *estructurar*, fase no primera pero indispensable como condición de una victoria. No se puede combatir –aunque sea inicialmente para defenderse– sin tropa formada y provista de cuadros.

E. Cuarta fase: Consolidar

62 Cuando, poco a poco, se ubica a los hombres y las instituciones son transformadas o mejoradas para que por todas partes penetre el espíritu de la doctrina, entonces puede afirmarse la instauración del orden cristiano.

Pero hay que evitar un escollo muy peligroso: cuando el fin parece alcanzarse, decaen las energías. En la fe del éxito, la acción se detiene. Y es el momento en que la Revolución retoma su invisible esfuerzo. Cuando éste se descubre, el mal ya estará hecho.

Así, después de la Reforma, la renovación cristiana que conocieron los siglos XVI y XVII, se apoyaba en una fe profunda y en instituciones oficialmente cristianas. Pero, en el dominio filosófico nada detenía, al mismo tiempo, al escepticismo de un Montaigne, al

idealismo cartesiano, padre de tantas subversiones, ni al "espíritu nuevo" de un La Bruyère. De esa suerte, en el siglo XVIII, los espíritus estuvieron preparados para la aceptación de teorías "filosóficas" que habrían de engendrar los males de los tiempos modernos.

63 Una gran riqueza de posibilidades adormece la vigilancia, cuando es el momento en que queda por hacer un trabajo considerable para reforzar la formación de las élites, para hacer resplandecer la doctrina en todas las capas sociales y para asegurar la educación moral y espiritual de la juventud.

Es preciso continuar vigilando permanentemente las posibles fallas por las que las ideas revolucionarias pueden abrirse camino. Así, Portugal y España, gracias a sus instituciones cristianas, han conseguido condiciones favorables para una consolidación contrarrevolucionaria pero, no obstante, esos países han demostrado su vulnerabilidad ante la presión del liberalismo, de las influencias perniciosas del progresismo y las malas interpretaciones de la democracia.

Nunca el futuro está asegurado. Es preciso consolidar sin cesar las posiciones adquiridas. Como en muchas otras materias, en el dominio contrarrevolucionaria aquél que no progresa está en real regresión.

NOTAS

1. Esta formación, además, para ser completa y no limitarse a lo práctico, no resulta sin una formación espiritual que acostumbre en particular a una referencia incesante a los más elevados fines que se propone la acción. Volveremos, más adelante, sobre esta necesidad de "no disociar lo espiritual de lo temporal" (par. 243 a 248).

2. A. Rossi.

3. Informe de Auguste Lecoeur.

4. A. Lecoeur, Sesión del Comité Central del Partido Comunista, Ivry, 7-8 sept. 1951.

Georges Sauge, fundador del Centro de Estudios Superiores de Psicología Social, declaró en una conferencia pronunciada sobre *Lenin y su doctrina:* "Es notable ver cómo, en las escuelas del Partido y particularmente en las escuelas nacionales o internacionales, se puede llegar a estudiar. Se estudia de una manera casi salvaje. Empleo la palabra "salvaje" en el sentido en que la entienden los comunistas (...). Y para poner desde el principio esos proyectos en práctica, instituyen en las escuelas del Partido, esta disciplina salvaje: desde las 10 de la noche hasta las 5 de la mañana los alumnos estudian sociología, marxismo y filosofía".

5. Sin embargo es indispensable observar ciertas precauciones desde que un gobierno inspirado por la Revolución detenta el poder. Este aspecto lo estudiamos en *La confrontation Révolution-Contrerévolution*, continuación de este trabajo.

En el caso general, las disposiciones que contribuyen a la eficacia del trabajo en células, dependen de las reglas corrientes de la acción. Por el momento no nos extenderemos más sobre el particular. En el Anexo I sobre *La célula de trabajo*, recordamos numerosas recomendaciones útiles.

6. En el capítulo de las redes sociales naturales, retomamos la cuestión de la estructuración.

– (130 a 132) Estructuración a impulsar activamente pero no apresuradamente.

– (133) Red sin estructuración = Cabeza sin cuerpo.

– (134 a 137) La estructuración: herramienta para forjar el consenso.

7. Ver, ulteriormente, *La confrontation Révolution-Contrerévolution.*

CAPITULO V

LA CONDUCCION DE LA ACCION, SUS CARACTERISTICAS

A. Llevar a cabo una acción "una" y variada y por lo tanto armoniosa: una acción completa.
Unidad de la doctrina: lógica y coherencia de la acción.
Intransigencia y opciones libres.

64 La acción debe ser UNA y variada, por lo tanto armoniosa; y como interesa al hombre total, no puede descuidar ninguno de los aspectos humanos: debe ser COMPLETA.

Estas evidencias sólo son cuestionadas por los dialécticos revolucionarios.

La acción se ejerce en la familia, la profesión, las instituciones, las condiciones físicas de la existencia y también en la vida moral.

Su éxito depende de una unidad y de una armonía total. (¿Puede acaso imaginarse, por ejemplo, que esos esfuerzos no sean concordantes, según se apliquen a los sindicatos o a las corporaciones?).

Debe existir, al mismo tiempo, la preocupación por una irradiación ideológica y el cuidado por las realizaciones prácticas.

"Todo es tan difícil y tan lento, dicen algunos, que los de buena voluntad se cansan. Para sostenerlos realizamos esfuerzos con el fin de reforzar su fe, justificar nuestro combate y elevar el nivel".

¡Muy bien! Pero, a decir verdad, ¿en qué medida esos Contrarrevolucionarios no buscan una escapatoria a las dificultades en efecto considerables de la acción *Practica*?

Transformar a los buenos en mejores, eso es necesario pero no suficiente. La instrucción doctrinal y el cuidado del perfeccionamiento espiritual son un aspecto de la acción. Pero es preciso, al

mismo tiempo, aumentar el esfuerzo práctico, so pena de ver acrecentarse la lentitud recriminada.

La acción contrarrevolucionaria que es, entre otras cosas, un *Deber Cívico*, sólo comienza cuando la gente doctrinalmente formada para la acción vierte la Contrarrevolución en su vida concreta, en en su vida política y social.

Por el contrario, constituiría otro error, pensar solamente en la práctica. La acción, además, perdería rápidamente su fuerza y su rectitud si los espíritus y los corazones no estuviesen sostenidos intelectual y espiritualmente por la perspectiva de los motivos profundos que deben incitarlos a actuar.

La exaltación de las razones más elevadas de la acción debe ser un golpe en el acelerador para intensificar las realizaciones palpables. Solamente así la acción es *una*, armoniosa, completa. Si no habrá desequilibrio, discordancia entre lo especulativo y lo práctico.

65 Acción *una* y variada, por lo tanto armoniosa. Es ésta una prescripción general que todo el mundo acepta, sin reflexionar hasta qué punto ella compromete en todos los dominios.

Con esta característica, en efecto, pueden relacionarse muchas otras reglas que se descubrirán en consecuencia y que, por el momento, nos limitaremos a sugerir:

La acción es *una* porque, ante todo, la tesis que la inspira es *una*. La acción es *una* porque se refiere a la Verdad. Si se relacionara con *las* "verdades", muy pronto sería incoherente. Ese es, además, el término normal de todas esas "acciones" que adoptan como punto de partida lo que llaman "la unidad a cualquier precio", que consiste en reunir gente que no piensa de la misma manera ¡para producir proyectos que cada cual concibe diferentemente! No son sino uniones temporarias frágilmente establecidas en razón de objetivos limitados y que no resisten a la elección de un fin que satisfaga a todo el mundo.

La unidad, cuando realmente se la quiere realizar, sólo puede tener por base algo sobre lo que no puede haber controversia posible. La unidad sólo puede lograrse sobre la Verdad. Por eso es tan deplorable ver, a veces, a hombres que abandonan a aquellos que están del lado de la Verdad más pura para ayudar a aquellos que están del lado de la facilidad y del número. Ninguna de las razones que invocan como tácticas pueden justificar su actitud que, de

hecho, contribuye al debilitamiento de los mejores. Su acción no es ya *una* porque favorece el error y porque son llevados a servir ese error.

66 El principio de unidad que surge de la doctrina se traduce, en el dominio de la acción, por una característica de lógica y de coherencia:

Es ilógico querer establecer lo "Contrarrevolucionario" y, simultáneamente, contar con algún factor que no lo es con el fin de ayudar a la acción contrarrevolucionaria.

Es ser ilógico hacer los más grandes esfuerzos por una acción contrarrevolucionaria y, al mismo tiempo, arriesgar la ruina de todos esos esfuerzos por no llevar a cabo una acción *prudente* y *segura.*

Es incoherente combatir la Revolución y, por otra parte, ayudarla de cualquier forma. Incoherencia, pues, es colaborar con los revolucionarios o, más simplemente, concederles ventajas que podrían también reservarse para los Contrarrevolucionarios. Incoherencia, asimismo, es orientar los espíritus hacia la Contrarrevolución y confiar los propios hijos a cualquier clase de instituciones sin contrabalancear siquiera la influencia revolucionaria que pueden hacerles sentir. Incoherencia, en fin, es denunciar el "Sistema" revolucionario y votar por los hombres de ese Sistema[1].

Es evidente que la caridad que cada hombre debe a su prójimo no podría ser tomada por una incoherencia cuando también se aplica a un revolucionario: asistir a una persona que lo necesita, a título privado o familiar, no es forzosamente ayudar a la Revolución. Por el contrario ayudar materialmente a alguien, cuando se sabe que la asistencia dispensada facilitará además la acción de signo revolucionario, es incoherente. Así es como comprendiendo torcidamente su deber de caridad o aplicándolo mal, algunos hacen posible actividades político-sociales perversas que, sin su ayuda, no podrían efectuarse.

No se da pan a un revolucionario para permitirle comprar el cuchillo que matará; y esto también es válido en el nivel de la política nacional o internacional. Cuando hay pueblos que tienen necesidad de ser ayudados, no siempre es lo mejor mandarles trigo: casi siempre esos pueblos no sufren sino las sanciones naturales y los gobernantes a los que sus aceptaciones anteriores o su cobardía los han hecho merecedores. Resulta incoherente acordar a sus gobiernos

facilidades materiales cuando éstas inmediatamente son aprovechadas, además, para reforzar el proceso revolucionario que es la causa de las desgracias del pueblo.

Existen medios de practicar la caridad sin correr el riesgo de que sea la Revolución la que finalmente saque de ello provecho.

67 La característica de Lógica y de coherencia propia de la acción, muy bien podría denominarse característica de intransigencia:

La acción realmente es *una* cuando no transige en nada referente a los principios. Pero esta intransigencia en lo que atañe a los principios y el rigor en su aplicación, de ninguna manera son sinónimos de uniformidad en la acción. La investigación, la imaginación, la iniciativa, tienen un lugar muy importante en su conducción. Requiere *la unidad en la diversidad* y no es de temer que las diversas soluciones, procedimientos y fórmulas que se ofrecen a la acción, se molesten mutuamente si están inspiradas igualmente por el fin común a alcanzar:

Algunos hombres preferirán una vía determinada, otros la encontrarán demasiado audaz, muy lenta o muy incompleta. Pero las opciones de unos y otros siguen siendo libres siempre que conserven el mismo cuidado de conseguir el fin en la forma más segura y a través de los mejores medios. Por el contrario, no está permitida la elección de soluciones que tiendan a la componenda con el error sobre la base de compromisos o de abandonos, que sean menos intransigentes con respecto a los fines más elevados o menos seguras en cuanto a los resultados en relación con el fin.

Si los Contrarrevolucionarios tienen ópticas diferentes acerca de la manera de actuar en condiciones determinadas, sus acciones no pueden sin embargo oponerlos, ya que ellas concurren al mismo fin con el empleo de medios igualmente permitidos. Cada cual debe regocijarse del éxito ajeno, sobre todo cuando la solución más rica en promesas y que algunos puede que no hubieren osado adoptar, se demuestra efectivamente como posible. Cada uno sólo puede ayudar al otro. A pesar del juego de las opciones libres, la acción sigue siendo *una*.

Nada semejante a la intransigencia en los principios para favorecer la audacia en la acción, desarrollar el espíritu de entendimiento

y poder seguir sonriendo cuando otros se atormentan con la tentación de actuaciones equívocas.

68 La intransigencia en los principios de ninguna manera se opone a la *tolerancia* con respecto a los extraviados en el error. Decia Bossuet: "Es necesario que la caridad compadezca pero no que la verdad se relaje". La caridad se aplica a los hombres pero es una incoherencia extenderla al error.

Por paradojal que pueda parecer a primera vista, la intransigencia doctrinal constituye el mejor elemento unitivo posible con los hombres *de buena fe* extraviados en el campo de la Revolución. Porque si algunos de ellos se dicen progresistas, por ejemplo, en razón de que tienen la preocupación por el progreso, o socialistas porque tienen la preocupación por lo social, es fácil demostrarles que, en tal sentido, un Contrarrevolucionario llega mucho más lejos que ellos porque nada descuida con respecto al mejoramiento social ni al progreso deseable. Por el contrario, los quiere en su totalidad y, en consecuencia, no puede tolerar un progresismo que toma como postulado la ineluctable esclavitud del hombre bajo el yugo marxista. El rechaza un socialismo que tiende a hacer del hombre un instrumento al servicio de la sociedad.

El progreso humano más completo, el más armonioso sentido social al servicio del hombre total: he aquí una intransigencia que sobrepasa en amplitud de miras, en el sentido exacto de las realidades, a todas las teorías del error. Estas, por oposición, aparecen singularmente disminuidas, sectarias y totalmente incapaces de satisfacer a un hombre de buena fe que busca la verdad.

La intransigencia en los principios, la amplitud de las opciones libres y la tolerancia frente a los hombres engañados por el error, concurren por igual a producir la armonía y la coherencia de la acción, *una* y completa, que reclama la doctrina.

B. Usar la máxima multiplicidad y la complementariedad de las formas y de los medios de acción – "Ensayar en todos los flancos a la vez".

69 Para actuar eficazmente es preciso pensar en la *totalidad* de

los medios posibles y considerarlos en todas las circunstancias en las que, eventualmente, podrán emplearse.

Todas las formas de acción tienen utilidad, próxima o no, a corto o a largo plazo. Cada uno de esos medios aporta algo más o actúa de manera diferente a los otros.

No es atacando a la Revolución en sus hombres políticos, *o* en una de sus formas subversivas, *o* en un punto de excepcional importancia como avanzará la Contrarrevolución. Para cortar los mil tentáculos revolucionarios, para desalojarlos de los mil rincones en que se adhieren y desde los cuales podrán siempre volver a surgir, es necesario actuar en *todas partes.*

La lucha es tan compleja y tan universal que la Contrarrevolución tiene necesidad de todo. No la harán triunfar ni un hombre, ni una proclama, ni una revista, ni una red. Las cualidades de éste, las posibilidades de aquél, la habilidad de un tercero, la audiencia de otros, el crédito que poseen algunos en un campo técnico o profesional, la buena voluntad de todos, *todo* debe ser movilizado. Si nada es desdeñable, nada debe ser desdeñado.

70 Las más diversas formas de una acción completa constituyen otros tantos medios de acción; pero, con frecuencia, se choca con la falta de imaginación cuando se trata de descubrirlos. Para unos el modo de acción consistirá, simplemente, en explicar a su alrededor; para otros se tratará de prever el candidato a presentar en las elecciones presidenciales. Entre estos dos extremos se ofrece toda una gama de acción en los sindicatos, en la prensa, la oposición a las decisiones gubernamentales revolucionarias, la posible influencia en ciertos medios capitalistas, el apoyo a las legítimas reivindicaciones de los trabajadores, la orientación favorable de las administraciones privadas o de los consejos públicos, la defensa de la enseñanza libre, la salvaguarda de las pequeñas explotaciones o del artesanado, etc.

Cada uno puede descubrir nuevos medios de actuar y aportar la participación que le sea posible a esas diversas formas de acción. No se levantan tabiques entre los hombres por el hecho de que pertenezcan a diferentes colectividades o porque se dediquen a distintas actividades. Todo progreso realizado en un medio tiene repercusiones a su alrededor. Es fácil darse cuenta de que un avance contrarrevolucionario en la magistratura puede tener repercusión en las profesiones liberales; de igual forma un avance en el ejército

podría hacerse sentir en la gendarmería o en la policía y un medio sindicalista favorable a la Contrarrevolución puede orientar felizmente al mundo obrero o agrícola.

Es preciso *ensayar en todos los flancos a la vez*. En ciertas direcciones no se avanzará; pero con frecuencia, al contrario, el medio con el que menos se contaba será el que más rendirá. Después será otro y los peones con que se contaba para avanzar pero de los que ya se desesperaba, comenzarán también a avanzar.

Al ensayar en todos los flancos a la vez, es decir, si no se descuida ninguna posibilidad, el estudio de las previsiones lleva a considerar algunos ensayos como secundarios y, a la inversa, a prestar más atención a aquellos que son más oportunos o favorables. Pero si esta evaluación de las prioridades es invalidada por los hechos, algunas de las tentativas proseguidas a pesar de sus perspectivas menos brillantes, se habrán concretado ya quizás, sin demoras, en algunos resultados positivos. *Adelantar todos los peones, comenzando por aquellos que están al alcance de la mano y, entre éstos, los que no demandan sino ser adelantados.*

Si se explotan todos los medios sin que unos deban esperar a los otros, los que vayan más rápido y lleguen más lejos pueden superar la dificultad que un medio aplicado directamente tal vez no hubiera podido vencer.

71 A veces, con el pretexto de una cierta unidad intelectual, se manifiesta el deseo de un "esquema único" que pretendería fusionar los medios, reducir su número para no contar sino con los más fuertes, concentrarlos en manos poco numerosas y planificar bajo una sola dirección.

Así, por las llamadas razones de simplicidad de funcionamiento que, por lo general, no son sino una forma de pereza intelectual, se juega a un hombre, a una organización o a un proyecto. Cuando el esquema falla todo queda comprometido, mientras que todo podría ser ganado si, jugando en todos los flancos a la vez, quedaran siempre recursos a explotar.

No se trata de *una* fórmula a intentar, ni de lanzar *un* golpe. ¡Cuántos hombres, así, podrían haberlo ganado todo! pero abandonaron porque su tiro de dados no fue exitoso. Sólo consideraron *una* forma de acción y se declararon vencidos porque no habían pensado en *todos* los medios que se les ofrecían.

Si se acopla el mayor número posible de medios de acción, de origen y de formas diferentes, el adversario ya no encontrará una zona en la que pueda actuar libremente. Si esos medios se imbrican y tienen áreas comunes de superposición, uno puede fallar sin que todo esté perdido.

72 Si se deben implementar todas las formas de acción posibles —cuando se trata especialmente de un tema tan vasto como la consecución de la tesis contrarrevolucionaria— igualmente es preciso, para la resolución práctica de una sola cuestión bien determinada, realizar esfuerzos en todos los flancos y con todos los medios que se ofrecen.

Ensayar una solución y esperar su fracaso para lanzar otra es un error. Es comenzar con una pérdida de tiempo que puede agravar una situación.

Por analogía con la determinación de un punto a obtener de manera precisa, situar ese punto en la intersección de dos direcciones sólo es un mínimo que no hace sino otorgar una débil certeza en cuanto al valor del resultado. Reforzar a través de una tercera dirección se considera necesario; pero a través de una cuarta, ¡es aún más seguro!

Así, el refuerzo de las posibilidades de triunfar, reside en la multiplicidad de las soluciones a intentar.

73 La acción debe ser coordinadora, pero *los medios*, ellos, deben ser variados, múltiples, complementarios. No hay en esto ninguna contradicción: buscar como manía agrupar los medios, uniformarlos y despersonalizarlos, se opone a la eficacia de cada uno de ellos.

Algunos, sin reflexionar, puede que hablen de dispersión de esfuerzos...

Si los medios son muy débiles, el simple sentido común, evidentemente, indica no fragmentarlos aún más sino, por el contrario, emplearlos de la mejor forma posible al servicio del interés general. Pero esto no está señalando un argumento en favor del agrupamiento y de la uniformidad de los medios, porque, a la inversa, si en alguna parte se cuenta con recursos materiales disponibles que sobrepasan lo inmediatamente útil, no será confiándolos a uno solo —o repartiéndolos en lotes uniformes— como

forzosamente se utilizarán mejor. *Una juiciosa repartición de esas disponibilidades*, agrupadas o por el contrario repartidas debe afectar, donde haga falta, los medios más apropiados y en número cuidadosamente calculado según se trate de un punto débil o de un punto fuerte, de una posición favorable o vulnerable.

Esta fórmula no es de ninguna manera una dispersión de esfuerzos sino, por el contrario, la valorización de los múltiples esfuerzos que concurren al mismo fin.

Tampoco vemos porqué sería indispensable agrupar y uniformar las actividades de un industrial, de un periodista, de un sindicalista, de un profesor, si es en su medio social y profesional donde cada cual puede actuar mejor y con la máxima eficacia. Es cierto que un encuentro entre esas personas puede resultar muy útil; pero, aunque sus acciones se ejerzan separadamente, cada una en su propia esfera, la coordinación del conjunto está asegurada porque todas tienden al mismo fin y por el empleo de medios conformes con este fin único.

74 "Ensayar en todos los flancos a la vez", no significa que un hombre deba personalmente meterse en todos los dominios (por ejemplo, un economista que desconociera las cuestiones culturales y que, no obstante, quisiera enredarse en ellas). Si, por un tema de interés general, un hombre puede tener que ocuparse de cuestiones políticas, económicas y sindicales, no por ello substituirá a los Contrarrevolucionarios competentes en esas diferentes ramas. Lejos de jugar al hombre-orquesta, será buscando el concurso de personas idóneas en las diversas especialidades, como se podrá "ensayar en todos los flancos a la vez".

Así, evitando abarcar mucho y apretar poco –lo que significaría una dispersión de esfuerzos– se doblarán, triplicarán y cuadruplicarán las posibilidades de éxito si se solicita la coordinación de esfuerzos más numerosos, variados y complementarios en sus efectos.

C. Proscribir la hipertrofia esterilizante. Evitar los monstruos tentaculares.

75 Los movimientos totalitarios sólo pueden vivir si condenan a todos los demás. Destruyen los grupos naturales y los absorben en

provecho de un aparato mostruoso que reconstruye una estructuración artificial.

Como no pueden tener confianza más que en los cuadros de su aparato, están obligados a construir una organización rígidamente centralizada y, por otra parte, ramificada hasta el extremo en la totalidad de sus agrupaciones humanas.

De ahí la necesidad del gasto de medios, de energías y de un personal considerable para accionar y vigilar el conjunto de las actividades del movimiento, para controlar una máquina humana que ha llegado a ser enorme e impotente aunque celosa de su exclusiva autoridad.

Sin embargo no puede hacer frente a las múltiples exigencias de la acción, por eso ese monstruo debe reencontrar algún dinamismo y reanimar las iniciativas especializando sus diversas partes y creando órganos que ejerzan un control autoritario. Pero todo esto en detrimento de la armonía general y, además, los conflictos de intereses propios de tales servicios y las oposiciones personales, hacen perder tiempo y derrochar esfuerzos.

Una fórmula pluralista basada sobre la confianza, en el justo mantenimiento de las responsabilidades y en interesar a todos en el fin común, es la única concepción aceptable desde el punto de vista de la naturaleza humana.

Todas las fórmulas hipertrofiadas, todas las que encierran a los hombres en sistemas tentaculares, se oponen al desarrollo de las cualidades humanas y a la eficacia de la acción personal.

Aún cuando se trate de organizaciones muy modestas, no debe crecer la cabeza en detrimento de los miembros actuantes. Desde el instante en que se admite un elemento especializado que administra y maneja pero que ya no participa en la acción propiamente dicha, existe el peligro.

D. Descentralizar al maximo: factor de rendimiento y de moral.

76 La descentralización es una de las reglas más importantes en materia de orden social. Ella concuerda con el *principio de subsidiaridad* que señala una de las relaciones normales que debe existir en toda jerarquía: la función de los niveles superiores no consiste en *substituir* la autoridad y las responsabilidades de los niveles subor-

dinados, por las suyas, sino en otorgarles una ayuda *subsidiaria* –es decir que apoye y complemente– para permitirles cumplir mejor y más fácilmente las funciones que les incumben.

Es también una regla de acción de la más alta importancia. Ya se trate de un hombre o de un grupo, deben conservar su autoridad y sus responsabilidades normales si están en condiciones de asumirlas.

"Así como no se pueden quitar a los particulares, para transferirlas a la comunidad, las atribuciones que son capaces de desempeñar por su exclusiva iniciativa y por sus propios medios, se cometería igualmente una injusticia, al mismo tiempo que se perturbaría de una manera perjudicial el orden social, si se retirara a los grupos de orden inferior, para confiarlas a una colectividad más vasta y de rango más elevado, las funciones que están en condiciones de cumplir por sí mismos...[2]".

77 Cuando se trata de una organización *interna*, la descentralización debe ser llevada hasta un máximum razonable (es decir que no debe degenerar ni en la diseminación de los ejecutantes ni en la proliferación de subordinados desocupados).

La regla de cinco subordinados directos –los adjuntos o ayudantes no entran en la cuenta– es generalmente recomendable en cualquier jerarquía de trabajo. Cuando se quiere accionar directamente sobre *muchas* personas a la vez, se puede tener la certeza de que ellas no rendirán al máximo. Casi siempre es un error querer hacerlo todo por sí mismo.

En principio un jefe no debe realizar por sí mismo lo que puede hacer cumplir, en igualdad de condiciones, por otro cuyo tiempo es menos precioso. De este modo gana horas durante las cuales puede preparar mejor lo que sólo se puede realizar a su nivel. (Por el contrario, si está totalmente solo, debe poder prescindir de todos, sin que la más humilde de las tareas le parezca de un nivel al que no puede descender).

La descentralización deja a los jefes naturales, en todos los grados, el ejercicio de sus responsabilidades. Si se la practica hasta en los niveles más simples, cada cual encuentra el trabajo que está en condiciones de efectuar. Ello evita que haya tanta gente que lo espere todo de un nivel superior, cuando en el suyo sus propios esfuerzos podrían ser suficientes.

El ejemplo de la difusión de documentos de información es característico al respecto. Si a un grupo de cincuenta personas se le crea el hábito de recibir cincuenta ejemplares de una hoja periódica, no harán otra cosa que *esperar* y... protestar porque nunca se los sirvió demasiado rápido, mientras que el grupo, combinando sus medios, podría estar en condiciones de asegurar la multiplicación y la difusión más veloz de todo lo que le concierne.

La participación material de cada uno en la acción es un factor humano y moral de primer orden. Sobre todo es preciso no malgastarlo dejando a la gente en la creencia de que todo se hará o de que todo puede hacerse sin ellos. La acción contrarrevolucionaria tiene necesidad del compromiso físico de las personas con la acción. En lugar de favorecer la rutina, la facilidad y la pereza que dejan insatisfacción, el trabajo efectivo da la sensación real y la alegría legítima del esfuerzo personal. Además, es preciso crear el hábito de "dar de sí mismo" y no el hábito de dar simplemente el consentimiento... esperando que de él no derive ninguna obligación práctica.

La descentralización es una forma de utilizar fácilmente y con pleno rendimiento, una multiplicidad de medios variados y complementarios.

De esa forma, al mayor número de medios disponibles para la acción se agrega una mayor cantidad de personas trabajando.

E. Buscar la comodidad

78 a) La acción llevada a cabo por unos y otros debe apoyarse sobre el personal *mínimo* suficiente y sobre los medios exactamente necesarios. Sin embargo el respeto a esos mínimos no debe hacer olvidar las previsiones que deben garantizar la continuidad de la acción en caso de falla de cualquiera de los elementos.

Las soluciones más simples, los medios menos costosos y, a veces los más rústicos, son aquellos que frecuentemente aseguran la máxima regularidad y, a la larga, el mejor rendimiento.

Combinando la economía de los medios, eligiendo juiciosamente los lugares, los medios, los transportes, etcétera, la acción se hace más fácil para todos.

La multiplicación de las molestias causa fatiga, aflojamiento, desafección. Hace falta *buscar la comodidad.*

b) En la elección de los medios es preciso, sobre todo, no confundir la comodidad con la *solución fácil.*

Tomaremos un ejemplo corriente. ¡Cuántas personas imaginan que solamente pueden desplazarse en auto! . Esperan *la ocasión* de poder utilizar el automóvil de un amigo. Esa es la solución fácil que se apoya sobre argumentos que, evidentemente, deben ser considerados: la economía del pasaje de ferrocarril, la lentitud de los desplazamientos a pie... pero la solución del auto puede ser eventual o tardía, mientras que hay otras que aunque exijan más esfuerzo son, en cambio, seguras.

A veces, con el pretexto de ganar algunos minutos en la ejecución de una acción, algunas personas comienzan por perder días antes de comenzarla. Y cuando la solución fácil sobre la que descansaban se desvanece, con frecuencia es demasiado tarde para pensar en la solución segura que hubiese evitado las consecuencias irreparables de una pérdida de tiempo.

La comodidad a buscar no debe prevalecer sobre la seguridad, la eficacia y el dinamismo de la acción.

c) Casi siempre la comodidad de la acción va de la mano con la simplicidad, con la lógica y con la urgencia más próxima. A veces resultará muy útil recordárselo a quienes dicen prepararse para acciones difíciles o complicadas cuya eventualidad queda más bien librada al azar, y que durante ese tiempo se desinteresan de las acciones cómodas que, no obstante, hubieran tenido apreciables resultados inmediatos.

No hay que desdeñar lo que es fácil de hacer y está al alcance de la mano. Además el deber del hombre tiene como primer campo de aplicación el medio más cercano y más natural a él. También es anormal, en términos generales, que un hombre pase todo su tiempo asimilando, por ejemplo, una documentación antimarxista "completa", con la perspectiva de un encuentro fortuito con un marxista que quisiera escucharlo hasta el final, mientras que sería mucho más cómodo e inmediatamente útil que ese hombre hiciese también lo necesario para que su mujer, sus hijos y sus amigos se formen como contrarrevolucionarios.

La comodidad se une con lo natural para exigir que, por regla general, cada cual extienda su radio de acción comenzando por

aquellos que sólo piden dejarse convencer para aportar su ayuda. Aunque se encare la acción en toda la extensión que razonablemente puede abarcar en su medio social, es conveniente prestar una atención muy particular a las personas que están más cerca. La acción, además, resulta más fácil y su campo se ampliará en razón de las comodidades que uno mismo habrá multiplicado a su alrededor.

F. Aportar medios polivalentes a la acción multiforme.

79 ¡Cuántas cosas serían rápidamente consideradas como indispensables si se las poseyera! Y, sin embargo, se llega a prescindir de ellas cuando, a pesar de su ausencia, se quiere continuar progresando.

La única solución, en ese caso, consiste en adaptar los elementos disponibles —ya se trate de hombres o de instrumentos— a todas las formas de la acción necesaria. Son las mismas personas, con los mismos medios, las que deben realizar esta acción multiforme.

En esa acción general y común, si cada hombre puede trabajar mejor actuando en su propio medio social o profesional, eso no impide que el esfuerzo de cada uno, inicialmente, sea especializado. Los medios, aunque sean pobres para todos, deben servir a todos en bien del interés común. Si no es así, daremos un ejemplo frecuente, uno tiene un mimeografo, otro papel y un tercero tiempo pero, finalmente, si cada cual se encierra con sus medios, nadie tendrá nada que sea suficiente para difundir el más mínimo texto.

Es una regla general de eficacia: menos se dispone de medios, más deben ser ellos —no puestos en reserva— sino "reservados" de tal manera que todos pueden usarlos según las utilidades más indispensables de cada momento.

80 La especialización de algunos hombres en ciertas formas de la acción resulta, a veces, necesaria. Pero esto sólo se debe considerar cuando no es posible otra variante ya que presenta un peligro: se llega fácilmente a una suerte de funcionarismo, incentivo de una organización artificial que corre el riesgo de concretarse en un organigrama.

Ya de por sí los hombres tienen la tentación de no ejercer su

actividad contrarrevolucionaria sino en el cuadro en que mejor saben hacerlo, ya sea en razón de su especialidad profesional o en cualquier ocupación en la que se han perfeccionado.

No es esta especialización, evidentemente, la que constituye en sí misma un peligro, sino la insidiosa tentación de limitar la acción a la práctica de esa especialidad. Cada uno, entonces, pone en juego alguna de sus aptitudes, olvidando que su acción debe ser la de un hombre *total*, y que el factor humano, el valor del contacto directo y la necesidad de la irradiación personal son esenciales en la conducción de la acción contrarrevolucionaria.

Si alguien se reserva para "atender un centro permanente", si otro se acantona en la búsqueda de informaciones y un tercero en la redacción de los "papeles", etcétera, finalmente sólo quedan algunos individuos sin capacidades particulares para convencer, instruir, estructurar, *realizar*... es decir para lo esencial de la acción.

G. Demostrar inteligencia, paciencia, constancia. Llevar a cabo la acción paso a paso.

Proponerlo todo, pero no insistir sino en el acto inmediatamente factible.
No confundir contratiempo y falsa mesura, choque y violencia.

81 Cualquiera sea la fase de la acción a efectuar, ésta se aplicará siempre en beneficio de los hombres. Aunque se hubieren asimilado perfectamente los principios del empleo de los medios, la acción prácticamente no avanzará si las cualidades humanas no le dan todo su valor a esos medios para hacerlos más eficaces con respecto a los hombres a los que están dirigidos.

Va de suyo que, en el terreno personal, una fe profunda será un recurso incomparable para incitar a los hombres a la acción y, si se trata de no-creyentes, una fe absoluta en la justicia de la causa puede ser el elemento motor de su participación.

En esta misión que comienza por la reeducación de los hombres para llegar a las instituciones que surgen del orden cristiano, será preciso tener *la inteligencia* de avanzar con pasos seguros y de proponer cada vez más y mejor, las ideas que el hombre, en la actual coyuntura, aborda con reticencia. Es necesario *ir paso a paso.*

La masa está condicionada por la Revolución para rechazar a

priori todo lo que podría reconducirla al orden divino. Con *paciencia*, tacto y mesura, a través de una gradación bien estudiada, y con una *constancia* incansable, se hará mas que provocando una reacción de defensa si se exige demasiado de una sola vez.

El remedio debe ser proporcionado al efecto que razonablemente pueda lograrse. Si, por fuerza, se quiere administrar una medida que sobrepase la dosis asimilable, se obtendrán perturbaciones y, con frecuencia, una repugnancia difícil de superar.

Ciertamente, no es cuestión de presentar solamente una parte de la doctrina porque ella es una todo. Es preciso, pues, que el hombre sepa todo lo que ella contiene y propone. Pero es necesario tomar a los hombres como son. En ciertos países han caído tan bajo que, con frecuencia, hará falta ir a buscarlos más abajo, sin querer imponerles brutalmente que alcancen las cumbres luminosas que uno les muestra... tan lejanas y tan altas.

Que esos hombres comiencen por ponerse en marcha hacia esas cumbres. Que se dé un paso. Se descubrirá, entonces, que el siguiente resulta igualmente posible. ¡Pero en principio un primer paso! *Tan grande como sea posible, pero tan pequeño como sea necesario: un paso solamente a la medida de las posibilidades del momento.*

82 Si se propone lo que no resulta imposible, se tiene la fuerza que permite insistir.

Pero esta insistencia debe aliar la obstinación a la inteligencia en la elección de las formas a emplear. "Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, vitupera, exhorta con toda longanimidad y doctrina"[3].

En esa numeración de las variadas formas que se ofrecen para llegar a convencer, algunas personas parece, a veces, que sólo retuvieran el término "a destiempo". Desde ese momento ya no elijen lo que más convendría en determinadas condiciones; hacen cualquier cosa, no importa cuando ni como.

La expresión "a tiempo y a destiempo" se opone a la idea de un esfuerzo realizado de tiempo en tiempo o, solamente hecho en cada tiempo previsto en una música regularmente rítmica. A tiempo y a destiempo quiere decir: en cada momento *y también* entre cada tiempo, mucho más, pues, que si estuviera previsto normalmente. Es decir, con obstinación infatigable.

Pero no ¡cualquier cosa, ni de cualquier modo! Porque el resultado no sería entonces mejor que el que obtendría un jugador que bajase sus cartas buenas a destiempo... en un momento inoportuno.

Las diversas formas de la acción posible están bien señaladas: predica, reprende, vitupera, exhorta. Hay que hacer, pues, una elección; y es perjudicial vituperar cuando se debe exhortar.

Con toda longanimidad... Hace falta, pues, evaluar lo que es posible y aquello que resultaría prematuro. Aquí longanimidad no quiere decir "espera", sino que significa reiteración incansable, con otros medios si los primeros no dan resultado.

Y siempre instruyendo...

83 Paciencia y constancia en el esfuerzo para convencer, de ninguna manera se oponen a una firmeza que llega a reprender y vituperar.

Sólo un shock psicológico –bien calculado y sin excluir nunca la caridad– puede a veces llevar a los hombres a romper con su indolencia o su pasividad. Ese shock puede, como un relámpago, hacer tomar conciencia de ciertas evidencias, volver flagrantes las responsabilidades, imponer el camino que se ofrece y suscitar el compromiso.

Si ocurre que el shock, en ciertos casos, puede ser sustituido por la lenta persuasión será porque el espíritu, de hecho, ya está pronto para responder. No se habrá hecho, pues, ni conmoción ni violencia al espíritu. El shock es como la chispa que enciende la decisión, como la llama en un medio preparado para incendiarse.

Pero se corre el gran riesgo de usar el shock desafortunadamente. Por ejemplo en condiciones en que sería verosímil un rechazo, en caso de fracasar se reforzaría al hombre en su error, y ese primer rechazo facilitaría todos los demás. De la misma manera, si se diera la posibilidad de una aceptación rápida por parte de personas influenciables, quizá se obtendría una adhesión insuficientemente razonada, sin bases serias y, por ello, siempre cuestionable.

En términos generales, pues, esta forma de acción puede ser designada como un medio especial al que es legítimo recurrir cuando todos los demás géneros de persuasión, ejercidos con paciencia y constancia, han demostrado ser insuficientes para lograr una decisión y cuando razonablemente puede considerarse que, el

hombre a convencer, está pronto para comprometer su responsabilidad, *con conocimiento de causa*, ya sea a través de un consentimiento o de un rechazo.

La firmeza demostrada frente al interlocutor lo pone entonces contra la pared para rechazar como válida una moratoria más extensa de su parte.

84. Inteligencia, paciencia, constancia: demandan un esfuerzo distinto al que implica reunirse en petit comité de amigos para hacer la Contrarrevolución "de café".

No es que el trabajo en círculo cerrado –o casi– sea una superfetación. Por el contrario, es el buen medio para que los cuadros se formen rápidamente y para que los jefes de fila, en particular, se ciñan a confrontaciones que los maduran en la consecución del fin. Pero la acción propiamente dicha comienza a partir del momento en que los Contrarrevolucionarios se ocupan no de ellos mismos sino de los demás. Y los demás no son aquellos que *ya* han sido conquistados para la acción contrarrevolucionaria –y a los cuales conviene solamente reforzarles la formación– sino aquellos que, en el exterior, deben *también* ser llevados a la Contrarrevolución. Si no es así, la acción se limita a derribar puertas *ya* abiertas.

En razón de que la Contrarrevolución, durante generaciones, ha sufrido un retardo que no hace sino acrecentarse, salta a la vista que algo no marcha en la manera de actuar cuando deliberadamente no se reflexiona sobre ella. Y es deplorable que, muchas veces, una tan sana y alta espiritualidad no haya llegado a reanimar el eco mil veces reflejado en las ciudades y en la campaña.

Para encontrar las mejores fórmulas para la acción contrarrevolucionaria, un poco de inteligencia y de vivacidad de espíritu serán siempre útiles.

En todas partes hace falta encontrar aquello que es necesario hacer. ¡Y eso es urgente! .

H. La acción contrarrevolucionaria se efectúa de hombre a hombre. No confundir información y acción.

85 La acción contrarrevolucionaria consiste, en un determinado aspecto, en ir a buscar del lado de la Revolución a los hombres

acechados y aún influenciados por ésta, y a hacerlos pasar al campo contrarrevolucionario a fuerza de inteligencia, de paciencia y de obstinación.

Esta acción, que puede ser realizada por todos, se presenta esencialmente como una acción directa, de hombre a hombre. Existen formas de acción, literarias, psicológicas o ideológicas más vastas, como el libro, los boletines, las conferencias, etcétera. Contribuyen a una *información* contrarrevolucionaria general, pero no pueden reemplazar la acción a ejercer directamente con los hombres.

Son extremadamente útiles para preparar y facilitar la penetración de las ideas, pero por sí mismas sólo tendrán eficacia contra la Revolución en la medida en que los no-contrarrevolucionarios se pusieran, por ellos mismos, a leer esa literatura o a asistir a tales conferencias, cosa muy hipotética si nadie los incita a hacerlo. Y, aún suponiendo que no tuvieran prevenciones con respecto a esa información y que la tomaran con objetividad, se encontrarían con argumentos que podrían estar fuera de su alcance inmediato por el hecho de que estos, con frecuencia, están destinados a hombres *ya* convencidos. De ahí la utilidad de una explicación capaz de refutar sus primeras objeciones. Se vuelve siempre a la necesidad de la *acción directa* del Contrarrevolucionario frente a otros que no lo son.

La información que se dirige a la gente de manera general e impersonal, puede llegar a instruir y aún a formar a los hombres y a hacer suponer —una vez más— que estos *ya* han sido ganados para la causa. Pero ella seguirá siendo incomprendida por algunos, al mismo tiempo que otros la encontrarán por el contrario, sumaria o incompleta. Sería necesario un escrito para cada categoría humana y, aún así, se dejaría librado al azar el cuidado de dar a cada hombre la función que mejor se adaptara a cada caso particular y, también, se dejaría librada al azar la eventualidad de una lectura atenta y la evolución mental que llevarían a un hombre a pasar de una simple lectura a una adhesión a la Contrarrevolución.

El escrito sólo es un instrumento. Por perfecto que sea, *hace falta que alguien lo empuñe para utilizarlo frente a las personas a conquistar*. No se hace nada positivo si uno solamente se contenta con leerlo dando cabezazos de aprobación y pasándolo al vecino.

Por supuesto que la recepción de una hoja contrarrevolucionaria puede un día permitir a un hombre descubrir la Contrarrevolución. De esa manera el número de simpatizantes se acrecentará en una unidad; pero, prácticamente, nada habrá ganado la acción contrarrevolucionaria si a ese hombre no se lo ha determinado para que dé de sí mismo, para que sea capaz de sustraer a los demás a la captación posible o ya efectiva de la Revolución, para ocuparse de lo político y de lo social, para *realizar*...

Por todas esas razones el envío de documentación debe apoyarse siempre en la correspondencia personal. El destinatario recibe entonces una palabra que se dirige a él individualmente. El efecto en ciertos casos será considerable, porque habrá habido un intercambio humano, un contacto casi directo y personal entre el remitente y su corresponsal.

La información no participa de ninguna manera en la acción concreta a efectuar localmente por cada hombre. La información puede decir lo que hace falta hacer y cómo hacerlo, pero ella no actúa y, en particular, no contribuye a estructurar los conjuntos contrarrevolucionarios ni a operar *realizaciones* en el dominio político y social (temas que abordaremos en el capítulo siguiente).

Una *información* puede ser contrarrevolucionaria limitándose a develar la Revolución y a preconizar la Contrarrevolución. Una *acción* sólo es contrarrevolucionaria cuando *actúa contra* la Revolución: es preciso que se mida con la Revolución. Por esto la acción directa es necesaria, de hombre a hombre, de tal Contrarrevolucionario frente a tal hombre que no lo es. Y cuando los esfuerzos no trascienden de los *ya* conquistados para la Contrarrevolución, la acción ya no se mide con la Revolución, ya no es contrarrevolucionaria.

La acción no es contrarrevolucionaria si no se mide con la revolución.

II. La acción contrarrevolucionaria es efectuada exclusivamente por contrarrevolucionarios.

86 "No llevar a cabo la acción contrarrevolucionaria sino con Contrarrevolucionarios": por simple que parezca esta característica

de la acción, constituye uno de los imperativos más difíciles de hacer respetar en la práctica.

Todo el mundo comprende muy bien que la acción sólo debe ser estudiada, comprometida y vigilada por Contrarrevolucionarios formados; pero cuando se trata de pequeños detalles prácticos, los hombres que no tienen la experiencia de la acción, siempre están tentados de aprovechar las facilidades que pueden otorgarles algunas de sus relaciones. No ven en la regla precitada sino una regla estrecha e intolerante, "sin espiritu realista", mientras que ella es una condición indispensable de *la unidad* en la acción: a mayor inobservancia de la regla más brechas en la cohesión del conjunto contrarrevolucionario, brechas por las que los revolucionarios –y sus principios– no tienen más que entrar.

¡Es muy tentador confiar en una persona por la que se tiene afecto y que sólo quiere nuestro bien! . Pero si no está formada como Contrarrevolucionaria, con la mejor intención del mundo, procurará prestar el servicio apoyándose ella misma sobre su círculo y, un día, uno se da cuenta de que está comprometida la seguridad de la acción, o que la ayuda obtenida se ha pagado muy cara en razón de los inconvenientes que se descubren.

Cuando se sale del cuadro exclusivamente contrarrevolucionario, es evidente que gente con un desconocimiento total –directamente o por intermediarios– será arrastrada a entrometerse en la acción. Casi es imposible que ello no produzca inconvenientes.

La experiencia ajena, desgraciadamente, a nadie le sirve. Se la reconoce como válida sólo cuando uno mismo se encuentra sumido en dificultades que sabios consejos hubieran podido evitar. Por lo menos que cada cual, desde que esas dificultades se manifiestan, busque la causa del mal. Noventa y nueve veces sobre cien se descubrirá en el hecho de que gente que realmente carecía de espíritu contrarrevolucionario, fue llevada a participar en la acción.

Allí donde hay claudicaciones se encontrará, en alguna parte, un elemento mal formado. Allí donde surgen grandes contrariedades incumbe descubrir el elemento no contrarrevolucionario introducido en el circuito de la acción. Estas dos comprobaciones de causa efecto nunca tienen practicamente excepción.

87 De una u otra forma, la acción contrarrevolucionaria debe estar *signada* de alguna manera con el fin de ser autentificable. Ya

que no debe ser conducida sino por Contrarrevolucionarios, es preciso que los Contrarrevolucionarios puedan, entre ellos, reconocer el origen. Y de esta manera, si se cometen errores, pueden ser imputados a los responsables, y no se deja atacar la acción contrarrevolucionaria en general o incriminar a la Contrarrevolución.

Además, éste es un medio que facilita el descubrimiento de los impostores. En efecto, un anonimato completo que alcanzara a los mismos *contrarrevolucionarios*, permitiría cómodamente a los revolucionarios utilizar cualquier denominación contrarrevolucionaria no identificable para tratar de engendrar la confusión, el desorden, y aun para provocar la violencia.

88 Es difícil evitar las emboscadas que se encuentran cuando tratamos de convencer y de llevar a los hombres a la Contrarrevolución. Aun limitándose inicialmente –como debe hacerse en período de persecución solapada– a la información general en el plano ideológico y político social, ese deber de proselitismo implica aceptar riesgos (incomprensión, indiscreciones, oposiciones, maniobras falsas de gente que quiere ir demasiado rápido, iniciativas desventuradas, etc.). Pero si esos riesgos deben soportarse cuando se trata de informar y de instruir, no se pueden correr cuando se trata de conducir la acción.

Admitir la ayuda práctica en la acción, es admitir la participación –por débil que sea– en esta acción; y si, por este hecho, esa acción ya no se la conduce con un espíritu totalmente contrarrevolucionario, en parte se convierte en *incontrolable*; ella es entonces peligrosa porque fácilmente puede volverse contra lo que se busca.

La buena fe y la buena voluntad no pueden ser excusa para que se acepte la eventualidad de tales errores. Por eso cuando, a veces, algunos preguntan si se podrían utilizar los servicios de una determinada persona, la respuesta debe ser simple y clara:

"¿Esa persona es contrarrevolucionaria?

– No, pero...

– No hay "pero". O bien no es contrarrevolucionaria, y entonces no hay nada que hacer con ella; o bien es susceptible de serlo, y *por ahí hay que comenzar*: su participación en la acción sobrevendrá *después* de su formación"[4].

NOTAS

1. Estos diversos aspectos de la necesaria unidad en la acción, los retomaremos ulteriormente, especialmente en el capítulo "La Maniobra Contrarrevolucionaria" (en los párrafos 228 y 229) y en el capítulo "Defensas" (233 a 237).

2. Encíclica Quadragesimo Anno.

3. Epístola II de San Pablo a Timoteo.

4. "No conducir la acción contrarrevolucionaria sino con Contrarrevolucionarios". Retomamos este tema ulteriormente con relación a otros aspectos especialmente en los párrafos 233 a 237: "Ninguna conciliación ni colaboración con los revolucionarios o casi –revolucionarios–"

CAPITULO VI

LOS COMPONENTES DE LA ACCION

A. Los componentes de la acción: el hombre, el instrumento, el acontecimiento.

89 Para definir de qué manera puede ejercerse una acción, hace falta responder a tres preguntas:

¿Quién actúa? :

– *El hombre, los hombres.*

¿Cuáles son los medios[1]? :

–¿Cuál es el *instrumento*? (Técnicas, métodos, procedimientos, medios materiales y espirituales, instituciones, redes, hombres, etc.).

¿En qué circunstancias? :

– Hecho excepcional, ocasión, termino lógico, rutina cotidiana, la situación general, todo aquello que caracteriza el día transcurrido, en resumen: el *acontecimiento* del momento.

El hombre, el instrumento, el acontecimiento definen, pues, tres grandes familias en las cuales se puede, para facilitarlo didácticamente, clasificar el conjunto de los elementos que intervienen en la acción. Esos elementos, *hombre, instrumento, acontecimiento*, se presentan como las fuerzas (inicialmente favorables, neutras u hostiles) que es preciso saber poner a favor y utilizar al máximo para actuar bien. El concurso de esas fuerzas se traduce en una *resultante* que es la acción, manifestación de una energía o ejercicio de una actividad.

El hombre, el instrumento, el acontecimiento, son los *componentes* de esa acción resultante.

B. Ninguna clasificación rigida, pero el hombre está antes que el instrumento.

90 Los componentes de la acción escapan a una clasificación rígida. Por eso las instituciones, que están hechas y dirigidas por hombres, son a la vez un problema de *hombre* pero también un problema de *instrumento*, porque la institución es un *medio* para llegar a un fin determinado.

Asimismo, el hombre que está subordinado a un jefe es un *instrumento* de ese jefe (con la seguridad de las máximas garantías en cuando al libre albedrío que debe conservar ese "instrumento").

Lo mismo, las redes son puramente humanas y, no obstante, constituyen un *instrumento* de transmisión, de información y de formación.

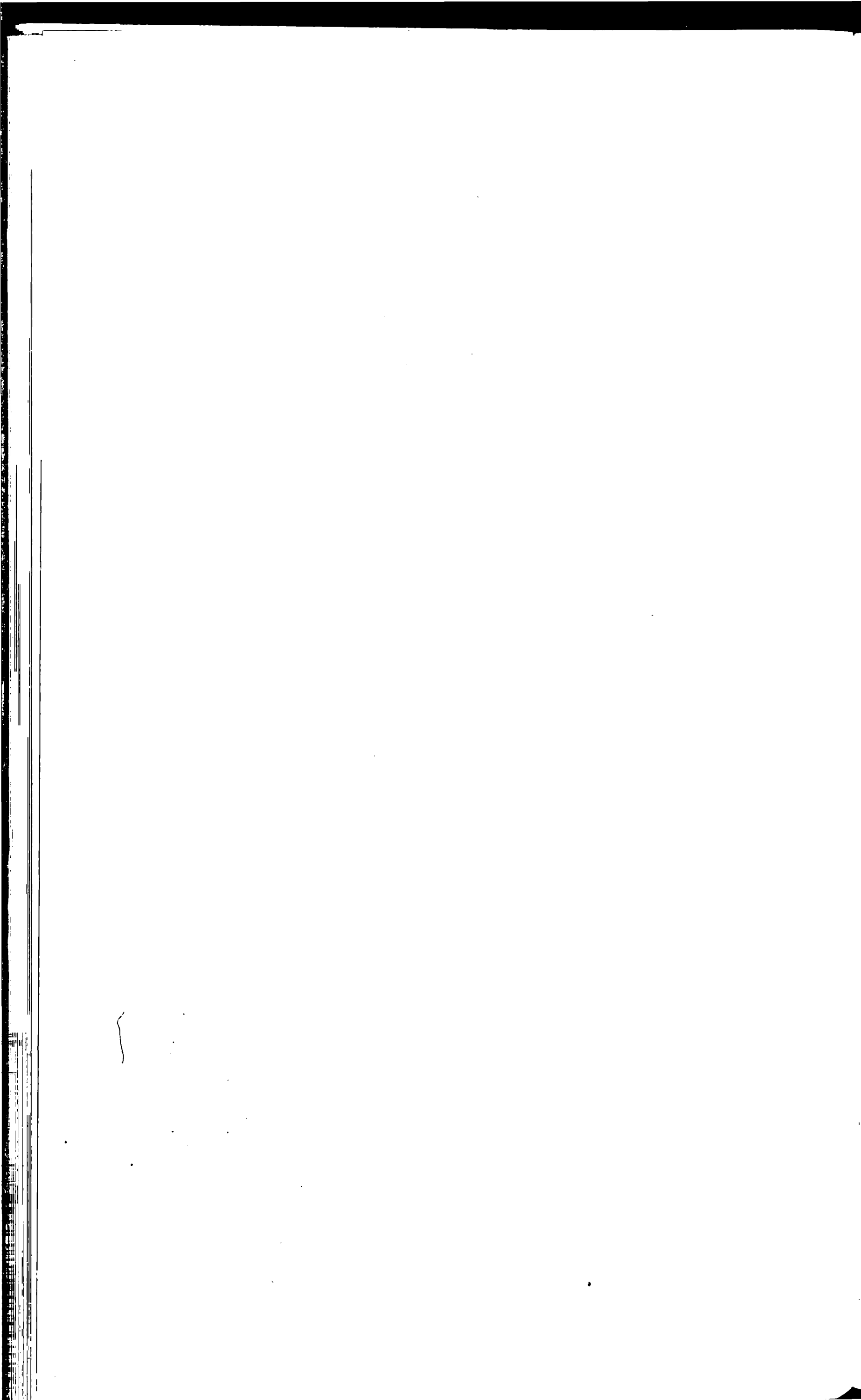
Los componentes de la acción son indisociables porque influyen unos sobre otros; pero su valor relativo es variable. Por eso un *acontecimiento* puede tener consecuencias cien veces más importantes que la acción llevada a cabo por el *hombre* durante cien años.

Una sola condición:

El hombre debe ser el beneficiario de la acción. En todos los casos él está antes que el *instrumento.*

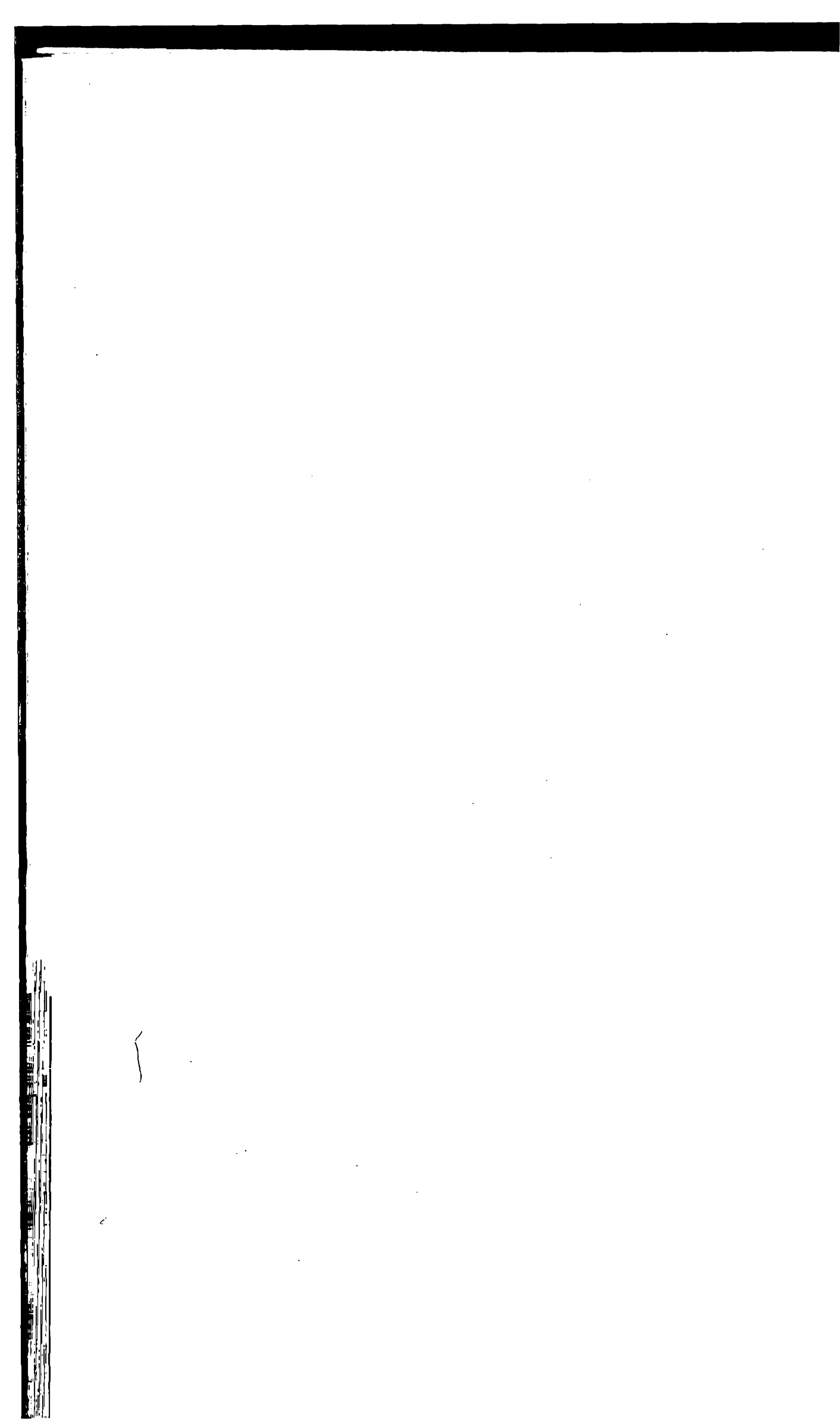
NOTAS

1. Para clarificar el pensamiento, el término "medio" será tomado en su sentido más general (en ese sentido el hombre, componente de la acción, es él mismo, un "medio" de acción); y el término "instrumento" será utilizado en el sentido más preciso de "medio a disposición del hombre".



SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE: COMPONENTE DE LA ACCION



CAPITULO VII

EL PROBLEMA DE LOS HOMBRES

A. *Diversos aspectos del hombre*

91 El hombre interviene en múltiples aspectos de la acción. Ya actúe como individuo aislado o como miembro de la sociedad y, en razón de esto último, generalmente forma parte de muchas colectividades.

Estas pueden ser agrupaciones humanas claramente organizadas con miras a un fin preciso. En esta categoría, que cómodamente podemos llamar instituciones y sociedades, se ubican todo género de sociedades, organizaciones, sindicatos, "partidos", instituciones de caridad o de enseñanza, peñas, instituciones del Estado, etc.

Pero igualmente existen otras colectividades humanas que no tienen necesidad, para ser definidas, de una organización codificada, de un organigrama que determine la posición y la función de cada uno. Esas colectividades se crean por sí mismas porque sus miembros, vinculados por las condiciones normales de la existencia (localidad, profesión, actividad deportiva, etcétera) descubren las mismas afinidades. Son las redes sociales.

Si el hombre, como componente de la acción, aparece como un elemento inteligente y voluntario cuando actúa como individuo o como miembro de una colectividad es también, sin embargo, una unidad en la masa. Este último aspecto debe igualmente ser considerado, aun en el caso de que la masa no sea sino un reservorio de hombres de todos los medios, de todas las opiniones, y cuyo conjunto sea ininteligente e inorgánico, aunque sus elementos sean capaces de unirse local y temporariamente en razón de un tema cualquiera.

B. El hombre: primer problema – El hombre con su personalidad y en su cuadro natural.

92 Cada hombre tiene su propia personalidad física y moral. Para respetar los datos del orden natural no puede considerarse al hombre como un elemento cuya presencia sólo hace aumentar en una unidad los efectivos de un grupo.

La "formación" de los hombres que realiza la Revolución tiende a despersonalizarlos, a reducirlos al estado de seres que obedecen y ejecutan y que no están autorizados a pensar sino cuando su conducta se pliega a una línea que ha sido decidida fuera de ellos y fuera de su conciencia.

El respeto a la persona humana, su dignidad, exigen por el contrario que el hombre conserve su individualidad.

El conjunto de esas personalidades crea la infinita variedad de recursos humanos al aportar cada uno su carácter, sus facultades, sus energías o sus fantasías. El nórdico y el mediterráneo no reaccionan de la misma manera, ni tampoco el intelectual y el vigoroso estibador, el explorador y el funcionario, pero unos y otros son necesarios. Las cualidades de unos completan las de los otros; las deficiencias de unos son compensadas por las capacidades de los otros.

93 Una acción que trate de no perder ninguna posibilidad, debe tomar a los hombres tal como son. A cada uno de ellos le corresponde una parte de la acción contrarrevolucionaria.

Algunos consagrarán todo su tiempo. Un gran número, sacrificará solamente algunas horas libres. Las preocupaciones familiares o profesionales obnubilarán a algunos otros.

Pero cada uno de ellos tiene una familia, amigos, colegas y relaciones de vecindad y vive en un medio que le es propio; por eso *siempre* podrá hacer algo en el marco de su vida corriente aliando los recursos de su personalidad con un consentimiento basado sobre las razones de actuar.

94 A medida que la formación personal se completa, las nociones recientemente adquiridas que, a veces, vuelven al espíritu como una idea fija, casi como una obsesión, se convierten en reflejos. El espíritu, impregnado por la Contrarrevolución, ha encon-

trado los elementos del orden natural y toma automáticamente su defensa en todas las circunstancias que suscitan los contactos humanos.

Un hombre no debe tener que preguntarse en qué instante conviene que actúe como Contrarrevolucionario. Puede que hoy esté dedicado a un trabajo determinado en beneficio de la acción, pero también fortuitamente, en el subterráneo, o comentando un incidente callejero, o ayudando a sus vecinos o enseñando a sus hijos, sus reacciones naturales deben ser contrarrevolucionarias.

Por cierto debe ser respetado el tiempo que debe consagrar a su familia, y el deber hacia los amigos que lo esperan para jugar a las bochas tiene igualmente su valor. Pero la familia y los amigos deben *también* llegar a ser Contrarrevolucionarios.

No puede perderse ningún momento u ocasión de convencer y de actuar. En el cuadro profesional y también en el marco de las recreaciones, esas ocasiones deben ser aprovechadas. "De los salones a los bares"... suele decirse. Muy buena fórmula para significar que la acción puede adaptarse a todos los ambientes. El esfuerzo no debe, de ninguna manera, disminuir durante el tiempo de vacaciones; simplemente debe acomodarse a ocupaciones diferentes; a un ritmo de vida y a un cuadro diferentes. Se ejercerá entonces en medio y junto a hombres que en otros momentos quizás no tengan ninguna posibilidad de escuchar hablar de la Contrarrevolución.

Es preciso esforzarse en un cierto *sentido de la propaganda* en beneficio de la contrarrevolución. Un espíritu siempre alerta sabrá no perder una ocasión, aunque ella sea simplemente eventual, tal como la que consiste en dejar deliberadamente en una sala de espera, en la peluquería o en el tren, una revista interesante que alguien tomará y que puede que a algunos les dé la primera noción contrarrevolucionaria.

Se cometería evidentemente un error si se tratara de actuar en un medio mal conocido y donde otros ya tienen influencia cierta. Sería comportarse como un perturbador. Más grave aún sería darle a cualquiera arbitrariamente "funciones" en un grupo humano que le sea extraño.

Sin embargo, un hombre puede ser llevado a actuar en un medio muy diferente al de su marco habitual, cuando ese medio también le es natural. Así un economista puede ser campeón de esquí y un médico tener particular preocupación por los problemas sociales.

Fuera de la economía y de la medicina, ellos pueden tener gran audiencia en las esferas deportivas o políticas.

Si, pués, es normal que la acción de un hombre se ejerza en el dominio de su predilección, en el que más eficazmente puede desarrollarse y aprovechar los conocimientos particulares que confiere una profesión, esta acción no se limita artificialmente a un cuadro determinado fuera del cual resultaría erróneo ejercer influencia contrarrevolucionaria. La personalidad del hombre es la que delimita el marco natural donde su acción resulta oportuna.

C. *Primero calidad: la cantidad "se dará por añadidura"*

95 La *cantidad* no es desdeñable. Además cuenta en la búsqueda del consentimiento popular favorable a la Contrarrevolución.

Pero la cantidad no es, por sí misma, un elemento activo. Sabemos muy bien cómo los técnicos revolucionarios llegan a imponer el condicionamiento de los espíritus y "la violación de las masas": una masa humana cuando está sometida a esas técnicas, puede muy bien con pocas razones válidas, aportar su apoyo a tal partido o, por el contrario, a tal facción opuesta.

El número no es por sí mismo un factor de progreso. Son numerosos los católicos que llenan las iglesias, o las multitudes que se deleitan en manifestaciones patrióticas; pero esta multitud no ha impedido que el ateísmo progrese ni que la idea de patria se desvalorice.

A la inversa, la influencia de sólo algunas personas puede ser decisiva cuando ellas están ubicadas en lugares hábilmente elegidos. (Tal el caso de los pocos individuos de la Liga de los Derechos del Hombre que hacen fracasar todo lo que puede ser favorable a la idea cristiana, o del masón que casi siempre –por no decir siempre– ¡dirige la Educación Nacional!)

Si los elementos de la masa no son conducidos a una *adhesión apoyada sobre la razón y libremente consentida*, nada profundo ni durable se ha realizado en ella; y ese resultado sólo puede ser alcanzado si hombres idóneos están cerca del número para informarlo y guiarlo.

Aunque se realicen múltiples conquistas, tan irreflexivas como

versátiles, que aumenten el "número" de todo un grupo de lavanderas, de un círculo de. jugadores de bochas, o de un club de espeleología, sin embargo la Contrarrevolución no habrá hecho ningún progreso. Pero si en cada uno de esos grupos hay un hombre, por lo menos, que esté en condiciones de explicar, instruir y formar los espíritus, la *calidad de un solo* individuo será suficiente para aumentar el *número* de militantes.

El esfuerzo, pués, debe recaer esencialmente en el descubrimiento de los hombres que pueden ejercer influencia en el buen sentido. Si se encuentran esos hombres de calidad, podrán ellos muy naturalmente irradiar la Contrarrevolución en su medio habitual y, al mismo tiempo, aumentará la cantidad de adeptos.

Para actuar, y actuar bien, es preciso primero buscar a los mejores entre aquellos que *quieren y pueden*. El número "se dará por añadidura".

96 Con frecuencia uno se contenta con mirar a su alrededor para buscar la calidad en lo que inmediatamente se ofrece como disponible. Esta búsqueda es necesaria ya que se debe trabajar con lo que se tiene, pero es absolutamente insuficiente porque no existe ninguna razón para que los hombres de mayor calidad estén al alcance de la mano y sea suficiente un vistazo para descubrirlos.

Por supuesto que si esos hombres están informados acerca de la acción contrarrevolucionaria están obligados a acercarse por sí mismos, pero quizás nadie ha hecho que la descubran.

También es necesario indagar, informarse, buscar, para lograr conmover a aquellos que pueden llegar a ser los mejores Contrarrevolucionarios.

Es preciso *ir a buscar la calidad allí donde ella se encuentra.*

Es evidente que a nivel de las provincias o de la nación, a nivel de las instituciones, de los sindicatos y de las grandes sociedades, el descubrimiento o la formación de esos hombres de calidad abre la perspectiva no solamente de ganar esos millares que constituyen el número, sino que además da la seguridad de que ese conjunto será animado y dirigido correctamente.

Y cuando, en los niveles más elevados, se trata de acercar a un solo hombre a la acción contrarrevolucionaria, ya no cuenta el éxito numérico, ni existe distancia excesiva, ni esfuerzo demasiado grande ni nada demasiado honeroso.

D. Poner a todo el mundo a trabajar: ofrecer a cada uno su posibilidad.

97 Todos los hombres deben ser utilizados porque todos, prácticamente, son utilizables cuando tienen un mínimo de buena voluntad.

Algunos Contrarrevolucionarios, quizá inconscientemente sólo esperan ser requeridos. Resulta suficiente incitarlos a la acción para que el campo de aplicación de ésta se extienda inmediatamente. Y si todas y cada una de esas participaciones no son sino de una pequeña utilidad para los hombres, la suma de esas utilidades hace, sin embargo, un todo de considerable importancia. Es de esta manera que, a pesar de todos los obstáculos, el espíritu de un pueblo puede ser orientado poco a poco hacia la Contrarrevolución.

Muchos, desgraciadamente, no harán de la acción contrarrevolucionaria su preocupación mayor ni constante. Existen los Contrarrevolucionarios del domingo (y también los Contrarrevolucionarios de la semana, ya que algunos ¡dejan de serlo el domingo!). Hay Contrarrevolucionarios de salón e, igualmente, Contrarrevolucionarios en pantuflas y, también, Contrarrevolucionarios "con restricciones" o "de responsabilidad limitada". Son aquellos que defeccionan cuando se les habla de un esfuerzo determinado. Pero, si se pone a cada uno en el lugar que está realmente a su altura, y sin dejarse desalentar por las manifestaciones de egoísmos persistentes será, con esos hombres tal como son, con sus posibilidades y sus caprichos, sus ambiciones y su grado de generosidad, sus horas de trabajo y sus horas de descanso, con los que la acción contrarrevolucionaria deberá jugarse.

Cada hombre puede tener influencia, directa o indirectamente, permanente u ocasionalmente. Es preciso llegar a encontrar la manera en que cada uno de ellos puede ejercer esta influencia en su círculo o en el medio que le es propio.

Si realmente existe en alguien el deseo de acción, el primer esfuerzo a exigir debe consistir en esta búsqueda.

98 Debe evitarse cualquier conclusión apresurada en cuanto a la capacidad de acción de unos y otros. A veces, a priori, pareciera que nada se puede hacer con un hombre determinado. Entonces se busca otro y se esperan prodigios de una nueva participación pero, la

experiencia muestra con frecuencia que con cualidades menos aparentes y mucho menos brillantes, algunos que habían sido desdeñados eran tan útiles o más y que, en último caso, hubieran podido perfectamente asumir otras tareas.

Esa tendencia a emitir una apreciación demasiado rápida basada sobre impresiones o subjetividades, puede privar a la acción de una increíble suma de fuerzas[1].

Deforman igualmente el juicio las afinidades de carácter o las incompatibilidades de humor. Realmente sólo a través de la convivencia e imponiéndose sinceros esfuerzos, podrá finalmente afirmarse que cualquier trabajo en común resulta imposible con ciertas personas. Y tampoco esa será una razón para privarse de sus buenas voluntades porque el fracaso viene de haberles exigido aquello para lo que no estaban hechas.

El error proviene, con la mayor frecuencia, de que sólo se piensa en los puestos que inmediatamente necesitan un titular. Pero, para poner a todo el mundo a trabajar, para ofrecer a cada uno su posibilidad, no es solamente a partir de una misión determinada que debe colocarse al hombre idóneo en un lote de hombres disponibles, es a partir de cada hombre disponible, teniendo en cuenta sus aptitudes, sus relaciones, su carácter, que debe descubrirse lo que debe hacer.

99 Es muy tentador, desde el momento en que se dispone de algunos medios financieros, asegurar el concurso de un hombre que trabaje a tiempo completo. Fácilmente se imagina que un *permanente* va a dar a la acción un impulso que de otra manera no podría tener. Con frecuencia es un error.

Algunos permanentes son extremadamente útiles y aun, con frecuencia, indispensables *en niveles elevados* que necesitan un trabajo de coordinación en beneficio de un conjunto importante o que exige sostenidos estudios sobre vastos temas, o para garantizar la marcha de organismos contrarrevolucionarios que tienen una razón comercial o social. Pero, en los demás casos, el beneficio aparente de la presencia de un permanente encierra serios peligros.

La ventaja esperada presenta a la vez el inconveniente de la *especialización* de los hombres y la de la precariedad de un sistema que exige tener *recursos* asegurados (y que al mismo tiempo impide que se le dé al dinero un destino tal vez más útil). Además, a nivel

de la acción corriente en que la coordinación, sin mayor esfuerzo, se efectúa fácilmente, la utilización de un permanente constituye un aliciente para la *centralización*[2].

La acción, en vez de originarse *a partir de cada uno de los hombres*, corre el riesgo de depender de un solo hombre. Se tomará el hábito, más que de utilizar las iniciativas, de dirigirse al permanente para que éste resuelva los problemas que se les plantean a unos y otros. En lugar de que las dificultades a vencer sean otras tantas ocasiones, para cada uno, de buscar un mayor número de personas para convencer, más medios y más gente para poner a trabajar, se esperará todo –o casi todo– de aquel a quien se le paga para trabajar.

Es posible, por ejemplo, que el permanente sea capaz de redactar escritos contrarrevolucionarios, de mimeografiarlos, de despacharlos, en suma, de hacerlo todo, en ese género de actividad, mejor y más rápido que veinte personas que sumen sus medios. Pero ese trabajo *no se mide con la revolución*, y no será porque haya sido hecho más rápida y propiamente, que un sólo hombre habrá sido ganado para la causa contrarrevolucionaria. Las veinte personas liberadas de algunas molestias materiales por el trabajo del permanente ¿habrán aprovechado ésto para ponerse a trabajar más y mejor junto a los hombres? ¿Habrán ampliado su zona de influencia? ¿Habrán ido a buscar, más lejos, dificultades de otro género? ¡No estamos muy seguros!

Sería preferible que las tareas cumplidas por el permanente continuasen demandando veinte veces más trabajo a veinte veces más hombres si cada uno de éstos trata de resolver sus problemas, no retribuyendo a un hombre para que lo haga, sino utilizando las nuevas posibilidades que proveen los hombres recientemente atraídos a la Contrarrevolución.

Este es el criterio que permite juzgar acerca de la utilidad *verdadera* del permanente: ¿gracias a él hay más gente dedicada al trabajo? ¿El dinero dispuesto para subvencionar las justas necesidades personales y familiares del permanente está compensado, no solamente por las comodidades prácticas, sino por la irradiación y el progreso contrarrevolucionario entre los hombres? ¿Se ha acrecentado el campo de acción del esfuerzo *personal*, del esfuerzo *de hombre a hombre*?.

Si no es así, el espíritu que debía guiar la acción se ha desviado,

y la acción ha perdido su carácter contrarrevolucionario. En ese caso, la fórmula del permanente sólo es una engañosa solución fácil y aun puede resultar el velo de hábitos de pereza en la acción.

100 Algunas personas se quejan porque tienen demasiado que hacer. Lamentan no poder estar al mismo tiempo en todas partes. La solución, no obstante, es simple: que pongan más gente a trabajar.

Como bien se ha dicho: para correr muchas liebres a la vez, es suficiente contar con tantos cazadores como liebres a perseguir.

Hacen falta tantos cazadores... Es decir, tantos hombres aptos para los diversos trabajos a efectuar. Y aquí encontramos otro problema porque algunos pretenden que no encuentran a nadie que los ayude (no olvidemos, sin embargo, que sólo el Contrarrevolucionario puede ser invitado a participar en la acción).

Si ellos no encuentran a nadie es porque no se han tomado el trabajo, *antes,* de formar a aquellos que ahora les resultarían útiles. De aquellos de los que con frecuencia habrán pensado: "¡Bah! Ciertamente no veo para qué podría servirme esa gente...", ¡como si en la acción, no existiera el lugar de aquellos que arreglan los caballetes de la tribuna y el de los que ocupan esa tribuna!.

Es muy normal que cada cual comience por instruir a aquellos en los que ve una utilización inmediata y que un Contrarrevolucionario con un rango social importante pueda temer desperdiciar preciosos minutos si personalmente se ocupa de esclarecer y de instruir a humildes personajes de su círculo. Pero su error consiste en no haber buscado al intermediario que pudo ocuparse de ellos. No debió desinteresarse. Faltó encontrar el medio de ponerlos en contacto con un hombre ya formado, o bien, suscitar una célula en la que hubiera sido suficiente aconsejar a uno de los miembros..., etcétera.

Cuando mañana sea preciso encontrar "buzones", propalar informaciones, tipear, disponer de conductores o agentes de enlace, y hacer frente a la necesidad de disponer de "changarines", faltarán esas personas porque se habrá dejado perder el tiempo y la ocasión de su formación previa.

El cuidado por la formación de los hombres, aun de los más simples, debe ser un acto gratuito; no hay necesidad de que se

apoye en alguna doble intención acerca de los servicios que podrán prestar. Pero, en compensación, el pago es automático, porque desde que un hombre es contrarrevolucionario resulta fácil mostrarle su lugar de trabajo.

E. Es imperioso descubrir los "casos excepcionales".

101 La formación doctrinal debería alcanzar a cualquier hombre. Todos los hombres tienen derecho a ella y, a la vez, todos son utilizables.

Cuando esa formación llega hasta los más humildes, da ocasión de que se revelen todos los seres excepcionales. Tales casos, con frecuencia, modificaron el curso de la historia; para bien o para mal según el espíritu que soplaba sobre los hombres. Pescadores analfabetos se convirtieron en apóstoles, una pastora salvó un reino, pero el viajante tendero de nombre Mahoma suscitó el Islam, y un pintor que se llamaba Hitler desencadenó catástrofes mundiales.

Si razones muy humanas pueden, a veces, bastar para motivar y explicar comportamientos imprevisibles, a fortiori, cuando una doctrina ofrece a los hombres superarse a sí mismos por la más noble de las causas, su impulso puede abrazar los espíritus y provocar arranques insospechables.

En todos los niveles habrá hombres que, desbordando su cuadro o en su mismo cuadro, estarán llamados a funciones impensables. Esas son las posibilidades que, sobre todo, no hay que dejar perder. Es preciso estar al acecho de esas ocasiones que podrían presentarse, porque el desarrollo de una red, de un movimiento, y hasta el avance rápido de la acción contrarrevolucionaria en un país, pueden depender de ellas.

Sin embargo sería ilusorio pasar el tiempo solamente buscando al hombre extraordinario que podría transformar el mundo; porque si semejantes excepciones se encuentran muchas veces en el curso de un milenio, están lejos de aparecer, sin embargo, en cada generación.

Será siempre considerando *primero* la utilización de los hombres con sus posibilidades normales y en su marco natural, cómo debe perseguirse que todos se pongan a trabajar y también la búsqueda de los casos excepcionales.

F. Importante función de la mujer.

102 En el orden natural, las mujeres tienen una igualdad fundamental con los hombres. Por esto en su esfuerzo junto al género humano, la acción contrarrevolucionaria no puede olvidar, en la persona de la mujer, a la mitad de la humanidad.

Las mujeres tienen una función extremadamente importante en la acción y, con frecuencia, podrá resultar muy útil apelar especialmente a ella.

Por otra parte, ellas son casi a priori designadas por la Revolución como Contrarrevolucionarias. "Para abatir al catolicismo es necesario comenzar por suprimir a la mujer (...) pero ya que no podemos suprimir a la mujer, corrompámosla a ella y a la iglesia[3]". "Para matar a la iglesia basta con tomar al niño y corromper a la mujer[4]". "El hombre hace la ley, la mujer hace las costumbres[5]". "Es necesario destruir (en la mujer) el sentimiento instintivo y egoísta del amor maternal...[6].

Evidentemente, la mujer, guardiana del hogar, primera educadora de los niños y a la que con suma frecuencia incumbe la responsabilidad directa de la familia y de la casa, está personalmente interesada en la seguridad temporal y en la ley moral que garantiza el respeto del orden natural. Ella constituye un elemento moderador que instintivamente se opone a la subversión.

Por el contrario, puede que sea más fácilmente engañada por las apariencias de una engañosa seguridad, de una ilusoria "estabilidad" basada sobre medidas socialmente injustas, y por los llamados a la falsa "paz" lanzados por los revolucionarios.

Sin embargo, si tiene ideas claras acerca de las cuestiones políticas y sociales, aportará a veces más idealismo y dedicación que el hombre en su participación en la acción. Y el argumento sobrenatural podrá frecuentemente conmoverla más fácilmente.

Pero hay activistas entre las mujeres como entre los hombres. Además tal vez ellas tengan una mayor tendencia a mezclar con la acción sus problemas personales, sentimentales o de sexo. En fin, ellas constituyen un sebo tentador que la Revolución sabe utilizar para aprovechar los pasos en falso o las imprudencias que pueden hacer cometer.

También particularmente hay que cuidar que su participación en

la acción se efectúe solamente en el marco de las relaciones sociales *naturales y morales.*

103 Muchos hombres tienen dificultades para conciliar el imperativo contrarrevolucionario y el imperativo del deber familiar precisamente porque sus mujeres fueron deliberadamente descartadas de las preocupaciones de la acción contrarrevolucionaria.

Las mujeres reprochan a sus esposos por el tiempo que pasan fuera del hogar, aun por un motivo justificado. Se sienten frustradas, en primer lugar porque sus maridos se les escapan, pero también porque se les niega asociarse activamente a una causa en la que presienten que podrían apasionarse tanto como el hombre.

La esposa, convenientemente instruida y formada para la Contrarrevolución, debe ser digna de formar equipo con su marido aceptando, también para sí, el contragolpe de los inconvenientes y hasta los riesgos a correr en un régimen revolucionario. A la vez ella comparte todos los méritos, que pueden ser grandes, tanto en el plano sobrenatural como en el humano. Se convierte entonces en el mejor sostén que un hombre de acción puede encontrar.

En el marco familiar –este hecho lo reconocen aún los musulmanes– la influencia de la mujer sobre el hombre es, generalmente, preponderante. La Revolución lo ha comprendido muy bien: "El que tiene a la mujer lo tiene todo, primero porque tiene al hijo, después porque tiene al marido"[7].

Existen casos en los que, en una familia, el marido se conforma, en la práctica, con las decisiones tomadas por la mujer. Y la curiosidad de ésta surge con frecuencia de la preocupación por controlar al esposo para evitarle que cometa imprudencias. Puede entonces *–en ciertos casos–* ser una buena solución considerar a la esposa –pero a veces también a la madre– como la responsable de hecho de la acción contrarrevolucionaria llevada a cabo por el equipo familiar. Si ya no tiene que actuar como freno, la mujer puede convertirse en el elemento más emprendedor de la familia pero, si asume la responsabilidad en la acción, se hace igualmente responsable de la seguridad y nadie mejor que ella tendrá en cuenta la importancia de las disposiciones prudenciales a respetar y especialmente el peligro en un clima revolucionario, de las charlatanerías y de la chismografía.

Su óptica, entonces, podrá variar totalmente, y quizás ella misma sea la que ponga reservas acerca de la oportunidad de hacer una confidencia a su mejor amiga, por esa razón que hasta el presente no había tenido en cuenta.

La mujer tiene una manera muy suya de interesar a su círculo en la Contrarrevolución. En su medio propio es la intermediaria más natural ante otras mujeres que también pueden expandir el llamado de la Contrarrevolución.

La participación activa de la mujer es indispensable. Además de su acción directa como militante, resulta un elemento de la mayor importancia para obtener un consentimiento popular favorable a la Contrarrevolución.

NOTAS

1. El Anexo 1 sobre *la célula de trabajo* recordará otros errores frecuentes, generalmente imputables a una cierta falta de psicología.

2. Acerca de la prudencia a emplear en materia de *especialización*, de *recursos* financieros y de *centralización*, ver eventualmente los parágrafos respectivos, 80, 165 y 76-77.

3. Carta de Vindice a Nubius, de Castellamare, 9 de agosto de 1898. Cf. Crétineau-Joly: *L'Eglise romaine face à la révolution.*

4. Henri Heine.

5. F. Bienvenu Martin, Junio 1906.

6. Congreso Comunista del 16-11-1922.

7. Jules Ferry.

CAPITULO VIII

EL PROBLEMA DE LOS "MIL" Y DE LOS "CIEN"

A. Encontrar de hecho cien "idóneos", y no... virtualmente.

104 Muchos se aterran cuando piensan en la tarea aparentemente sobrehumana que se ha fijado la acción contrarrevolucionaria y comprueban el reducido número que le consagra todo cuanto le es posible.

Y se oye decir que, para acercar a la población a la idea contrarrevolucionaria, harían falta decenas de miles...

Pero ¿es muy útil ser tan numerosos –al menos en un nivel importante– para animar la Contrarrevolución?

Si tomamos como ejemplo un país grande y poblado como Francia, debemos admitir que la acción se beneficiaría con un buen impulso bajo la dirección vigilante y dinámica de:

– cinco a diez hombres en el nivel más elevado,

– una treintena a continuación, para ocuparse de las diversas formas de actividad que requiere la acción según las grandes categorías sociales o profesionales y los diversos organismos a nivel nacional,

– de ciento cincuenta a doscientos como subordinados o adjuntos especializados en distintas ramas,

– y de seiscientos a ochocientos responsables de la conducción de la acción en las provincias, los centros urbanos, las grandes organizaciones, etc.

– En total, mil.

Los pesimistas deplorarán al instante que precisamente no se tengan los mil primeros... Deberían reconocer que ellos son muchos más de mil.

Entonces, si todos los pesimistas...

Por otra parte, desde el momento en que la acción contrarrevolucionaria cayera en la cuenta de que posee esos mil animadores, prácticamente ya habría ganado.

Pero, antes de poder contar esos mil, en primer lugar debe haber tenido los *cien* primeros. Y, para tener cien, antes debe haber tenido diez. Esto prueba que es suficiente que algunos hombres se den a la tarea con decisión y voluntad *definitivas.*

Esto es lo que hace falta obtener cuanto antes: por región, un Contrarrevolucionario *completo*, socialmente bien ubicado para que tenga facilidades en la acción, suficientemente disponible y obstinadamente decidido a hacer triunfar la Contrarrevolución.

Otros diez a nivel nacional o provincial.

Esto hace "cien", y no es desmesurado.

En torno a ellos, mil hombres o mujeres, viejos o jóvenes, que sepan qué es la Revolución –y la Contrarrevolución– y que *quieran* consagrar su energía y sus posibilidades a la acción contrarrevolucionaria.

No es siquiera necesario que todos tengan una situación que les acuerde facilidades exepcionales o que pertenezcan, en el plano intelectual, a un nivel realmente superior. Todo ello facilita las cosas, pero el estudio de la doctrina de la acción les habrá hecho descubrir sus verdaderas posibilidades personales y les habrá enseñado la forma de encontrar los medios complementarios que les serán útiles.

Esta base de partida se muestra accesible. Si nos hemos tomado el trabajo de señalar esa suerte de etapas, ha sido con el solo propósito de probar que todo resulta efectivamente posible para la acción contrarrevolucionaria.

105 El impulso de la acción depende de las cualidades de los jefes de fila, de los animadores a encontrar o a formar. Esos "cien" que, a la cabeza, pueden tomar la responsabilidad, no han de ser esos hombres perfectos que todo lo han comprendido pero que envejecerán sin haber hecho nada, a no ser expresar su consentimiento y lamentarse.

No serán aquellos que *quisieran* pero que, en realidad, no *querran* jamás; ni aquellos que harían la Contrarrevolución en ratos perdidos... con la condición de que no encontraran realmente otra cosa para hacer; ni aquellos que, cuando vuelven a su casa, son

fulminados por los anatemas conyugales si pretenden robar un poco de su tiempo libre para dedicarlo a la Contrarrevolución.

No será el eterno enfermo, el eterno sobrecargado de trabajo, el eterno ausente o aquel que, en todo momento, tiene algo excepcional que, justamente ese día, le impide ser útil.

Es fácil observar que ese problema de los hombres formados, disponibles y en acción permanente, siempre ha sido resuelto por la Revolución. Por eso se la puede desmantelar, cambiar sus cabezas y derribar sus gobiernos: su "Sistema" dispone a cada instante de equipos de recambio prestos a asegurar su renacimiento contra todo.

La Contrarrevolución también tiene necesidad de hombres perfectamente idóneos –efectivos y no virtualmente– que se comprometan totalmente con la acción contrarrevolucionaria.

Pero, se objetará, si los "Cien" existen, ya deberían haber encontrado los mil que ellos mismos... etc.

Efectivamente, si la Contrarrevolución no ha logrado aún la victoria, probablemente sea porque los Mil o aún los Cien Contrarrevolucionarios completos, de calidad, todavía no se han encontrado para unir sus esfuerzos.

Puede ser que la acción contrarrevolucionaria no los haya merecido porque a ella le incumbe encontrarlos y formarlos...

Los que existen pueden estar aislados y aún aparentemente *solos* y hace falta establecer vínculos con ellos y entre ellos. Pero si son dignos de pertenecer a los "Cien", es evidente que no han tenido en vista trabajar en sentido contrarrevolucionario. A su acción sólo le falta manifestarse bajo la *expresión* contrarrevolucionaria.

A buen número de los que han de formarse, verdaderos hombres de acción, les será suficiente conocer la Contrarrevolución para que su sentido de la acción encuentre la base y el fin que buscan desde hace mucho.

De cualquier manera, revelaría un proceder artificial, contar *primero* con una élite numéricamente definida que se debe formar y recién *después* pasar a la acción.

Hace falta, como preocupación esencial, ocuparse de la formación de animadores de primer plano, lo que de ninguna manera quiere decir que sea preciso comenzar por tener los "Cien" antes de hacer algo.

B. ¿Cómo tener los "mil" y los "cien"? Encontrar las "élites" y los "hombres de acción" que deben ser formados doctrinalmente. Una osmosis entre "hombres de doctrina" y "hombres de acción".

106. Para asegurarse los "mil" y los "cien" se podría pensar en reunirlos en verdaderas escuelas de cuadros de hombres previamente seleccionados, y en formarlos doctrinalmente para luego repartirlos en las plazas a cubrir.

Es el método que emplean los revolucionarios y sus defectos hacen que lo rechacemos. En efecto, para que esos hombres puedan ejercer la mayor influencia natural en los puestos importantes en los que convendría ubicarlos, deberían estar profesionalmente preparados para esas funciones. Pero la formación profesional y el acceso a cargos elevados exigen largos años de estudio y de experiencia. Para sortear esta dificultad, la fórmula revolucionaria consiste en poner *al lado* de un técnico, de una personalidad importante o de cualquier jefe, una suerte de comisario político especialmente adoctrinado. El conjunto de esos comisarios constituye un encuadramiento "especial" cuya autoridad es arbitraria. Las rivalidades personales, las luchas de influencias, las destituciones y los conflictos internos son los efectos más pequeños de esas *jerarquías paralelas.*

Ese procedimiento no produce ninguna mejora; *revoluciona.* Ocasiona un grave perjuicio a los cuadros sociales naturales. Los radía de la vida política y social y los reemplaza por agentes "para todo servicio" de una secta partidaria.

Es preciso, pues, operar de otra manera:

Entre los cuadros *ya* técnicamente calificados, sea en sus puestos o para un importante cargo futuro, hace falta descubrir las personas que están a punto para ser doctrinalmente formadas. En consecuencia, nada se modifica, nada se deforma en la estructura social. Y, de la manera más simple, esos hombres podrán tener la mayor influencia en los medios en que viven o trabajan.

En una sociedad aproximadamente normal esos cuadros existen y muy pronto uno se da cuenta de que, con frecuencia, sólo tienen necesidad de un simple complemento de formación doctrinal. A veces bastará hacerles retomar interés por la acción política y social de la que sus preocupaciones inmediatas los tenían alejados.

Así, pues, no resulta necesario formar *técnicamente* a un futuro especialista en Economía nacional o a un futuro director del

personal militar. Hay gente profesionalmente calificada para asumir esas responsabilidades. Basta encontrar, entre ellos, a los que pueden ser *doctrinalmente* formados en la Contrarrevolución.

De esta forma, respetando el orden social natural, la acción contrarrevolucionaria hace una considerable economía de tiempo, de esfuerzos y de dinero para formar sus "Mil".

107. Para descubrir esos hombres idóneos que realmente puedan asegurar el impulso de la acción contrarrevolucionaria, es preciso tener en cuenta sus efectivas capacidades como hombres de acción. Un hombre, en efecto, puede muy bien ser una "élite" particularmente calificada en su medio profesional o social, y puede además adquirir la formación doctrinal necesaria sin ser por ello un conductor de hombres, ni un hombre de acción y ni aún gustarle la acción. Si, pues, son necesarios los "Mil" como cuadros listos para asumir importantes responsabilidades técnicas, *hacen falta cien,* además o incluídos en esos "Mil", *que carguen especialmente con las responsabilidades de la acción,* para animar la acción contrarrevolucionaria.

Pero ¿qué es un hombre de acción? Es aquel cuyo temperamento, el gusto por las realizaciones concretas, la aceptación de responsabilidades prácticas –y para los *jefes naturales,* la irradiación humana y el gusto por el mando– son tales que predisponen al hombre a actuar. Cualidad por lo común innata y tanto más preciosa por cuanto no es igualmente accesible a todos.[1]

108. La urgencia de formar doctrinalmente hombres de acción es tan grande como la urgencia de formar doctrinalmente élites técnicamente calificadas. Se puede además, ser una y otra cosa, y es el ideal al que es preciso tender. Pero, con igual formación doctrinal, se puede ser "élite" y no tomarse el trabajo de actuar en pro de la acción contrarrevolucionaria; por el contrario, si se es hombre de acción aunque no se pertenezca a la élite, se realizará igualmente una *acción* de la que la Contrarrevolución se beneficiará.

Sin embargo, para que esta acción sea totalmente fructuosa, es necesario que cada cual pueda llevarla a cabo en su dominio social o profesional particular y que conozca, pues, los fines a alcanzar en ese dominio. Así, un hombre versado en cuestiones económicas que conozca la doctrina de la acción, no podrá aplicarla con frutos en su

especialidad si ignora las bases del orden social cristiano tal como derivan del orden natural y tal como se las expone especialmente en las Encíclicas. De la misma manera, un político puede haber aprendido a actuar pero, igualmente, debe poseer los conocimientos fundamentales de la política que realmente toma en cuenta al Hombre y a la comunidad humana (tal, por ejemplo, como surge del *Syllabus* del que decía García Moreno que era "la carta magna de salvación de las naciones modernas").

El teórico debe serlo, pues, para evitar a unos y a otros los titubeos, las investigaciones y los estudios personales que exigirían años. Debe masticarle el trabajo al hombre de acción, al hombre de buena voluntad que, en su esfera normal de actividad, quiere actuar como Contrarrevolucionario.

Si el hombre de acción tiene necesidad de asimilar la doctrina, a la inversa, el teórico no puede limitarse a la teoría ni desinteresarse de la aplicación de las reglas que él enseña, porque entonces su acción se reduciría a una forma totalmente libresca.

La ósmosis debe realizarse entre las élites doctrinales y las élites actuantes y quien pretendiera ser solamente "de acción" o "de doctrina", no podría formar parte de los Mil o de los Cien.

109 La acción contrarrevolucionaria, en su búsqueda de auténticas élites, sin desdeñar a nadie, debe sin embargo apuntar alto: en cuanto más elevada sea la posición que ocupe la individualidad susceptible de convertirse en animadora contrarrevolucionaria, más posibilidades hay de que su influencia sea considerable, porque ella llegará igualmente a la élite en general y al número por añadidura y, también, porque no son despreciables las facilidades que brinda la situación profesional o social eminente.

"Si yo lograse ganar un Rey, escribía Alfonso de Ligorio, habría hecho más por la causa de Dios que si hubiese predicado centenares y miles de misiones".

1. Va de suyo que en razón de que es un deber nadie puede sustraerse a la *acción* contrarrevolucionaria con el pretexto de que no cree tener especialmente las cualidades de un "hombre de *acción*". Son dos nociones diferentes: el deber no está solamente reservado a los "hombres de deber" ni la práctica del bien a los "hombres de bien".

CAPITULO IX

LOS INTERMEDIARIOS ENTRE LA "CABEZA" Y LA BASE HUMANA

A. Grupos humanos organizados. Cuerpos intermedios. Redes.

110 La transformación profunda de la humanidad debe operarse con la necesaria prudencia y paciencia lo que no excluye, con el debido cuidado de perturbar lo menos posible, las realizaciones urgentes que deben emprenderse.

La acción conveniente a este efecto puede aplicarse en condiciones óptimas tomando como intermediarios a los grupos humanos constituidos naturalmente, ya respondan a un fin preciso con miras al que fueron concebidos (sociedades, asociaciones de cualquier género, instituciones, etc.), o reunan a las personas animadas únicamente por aspiraciones comunes (redes).

Las instituciones y las sociedades son instrumentos de acción particularmente eficaces porque sus organizaciones han sido previstas para llegar y satisfacer a sus miembros ampliamente, a sus clientes, a sus administrados. Por eso pueden ejercer una influencia considerable y directa sobre un conjunto de hombres.

Sin embargo esos grupos humanos dependen, en gran parte, de su órgano director, es decir al fin de cuentas, de algunos hombres. La acción contrarrevolucionaria puede, en esos grupos, encontrar rechazo cuando las ideas subversivas –entre otras, liberales o progresistas– han comenzado a corromper el pensamiento de sus dirigentes.

Si, en principio, las instituciones de inspiración católica ya participan en la acción contrarrevolucionaria, eso no impide que resulte útil reforzar –o aún despertar– en algunas de ellas el espíritu contrarrevolucionario.

En particular resulta deplorable que la gente joven salga de esas instituciones de enseñanza sin tener la menor formación cívica y aún sin conocer la existencia de una doctrina política y social sobre la que deberían reglar su vida.

No asombra que los establecimientos laicos que dependen de gobiernos revolucionarios omitan enseñar el orden natural que rige el mundo. Pero ¡cuántos futuros ciudadanos que proceden de institutos cristianos son lanzados al mundo sin saber lo que debe inspirar su deber de acción, sin haber asimilado las referencias que les permitirían juzgar acerca del valor de las decisiones sociales a preconizar o a combatir! En el mismo momento en que son asaltados por las preocupaciones de orden profesional o familiar que determinarán su futuro, por sí mismos tendrían que ponerse a buscar la verdad, a encontrar la documentación necesaria y a sumergirse en un estudio vacilante. Esto, desgraciadamente, es pedir demasiado al común de los hombres.

La incuria inicial que conduce a ese estado de cosas, es suficiente por sí sola para explicar el progreso revolucionario.

El jefe de un grupo humano, el personal directivo de una institución o de una sociedad, faltan a su misión natural frente a los elementos del cuerpo social del que son moralmente responsables, si no contribuyen a asegurar una instrucción que dé a cada cual la posibilidad de cumplir correctamente su deber cívico.

111 Entre los grupos humanos organizados, *los cuerpos sociales intermedios,* entre el individuo (o la familia) y el Estado, tienen un lugar privilegiado. Aunque su existencia puede a veces aparecer como singularmente codificada, esos grupos sociales surgen naturalmente de la voluntad de los hombres de unirse y de organizarse en todos los niveles y en las más diversas formas de las actividades humanas (aspecto familiar, cívico, social, profesional, cultural, deportivo, recreativo, regional, religioso, etc.). Ellos permiten a los hombres alcanzar más fácilmente sus fines temporales y espirituales según el orden natural.

La acción contrarrevolucionaria es tanto más normal, posible y necesaria en el seno de los cuerpos intermedios, por cuanto ellos están estimulados *desde el interior:* se han creado naturalmente *a partir de los hombres* y están animados por las iniciativas de sus miembros. Están, pues, especialmente abiertos para la acción con-

trarrevolucionaria ya que ésta también se ejerce a partir de cada hombre.

Además, cuando no se los ha abandonado al dominio de los gobiernos o de los partidos políticos, cuando, en consecuencia, no se han desviado de su misión original, gozan de una autoridad, de responsabilidades y de legítimas prerrogativas que les confieren, en lo externo, una eficaz autonomía. Pueden ser, pues, poderosas palancas de la acción social. (¡De ahí los ingentes esfuerzos de los gobiernos revolucionarios para desnaturalizarlos o demolerlos!)

Los cuerpos intermedios tienen entre ellos, además, una recíproca acción supletoria. *El principio de subsidiaridad* preside sus relaciones mutuas así como también sus relaciones con el hombre o el Estado.

De este suerte, tanto por su función natural esencial como por las interacciones de unos con respecto a los otros, los cuerpos intermedios constituyen campos de aplicación excepcionalmente favorables para la acción contrarrevolucionaria.

112 Ya se trate de esos grupos humanos cuyo funcionamiento normal resulta indispensable en un verdadero orden social, o de instituciones de carácter más artificial, siempre la acción contrarrevolucionaria podrá ejercerse más fácilmente a través del juego de las *redes sociales naturales.* Es el *instrumento* que mejor permite la *acción capilar* porque llega a establecer contacto hasta con los menores elementos del pueblo para esclarecer y vivificar los espíritus[1].

B. *Las redes sociales naturales*

1. *Característica y personalidad moral de una red.*

113 Las redes sociales naturales son colectividades sin organigramas pero que unen a las personas que tienen un carácter común (una misma profesión, o fábrica, o región, o actividad deportiva, etc.). *y las mismas aspiraciones.*

Es importante precisar inmediatamente que la acción contrarrevolucionaria se apoya sobre auténticas redes *sociales naturales* porque vincula, en la vida corriente, a seres humanos socialmente en contacto.

No se trata, pues, de un "cuadriculado" de vínculos arbitrariamente establecidos —como en ciertas "redes de resistencia"—, cuadriculado que, además, en condiciones determinadas conserva algún valor. Menos aún de un conjunto de personas que sólo tienen en común el hecho de estar inscriptas en una misma lista de abonados aunque esta vinculación artificial pueda, no obstante, por otra parte tener utilidad.

114 El carácter social del medio en que se ramifica una red es una *característica* de esa red. Así, por ejemplo, una red de médicos y otra de representantes del comercio tienen, una y otra, una característica muy diferente.

La aspiración común de los miembros de una red es la que le da su *personalidad moral*.

La *característica* de la red da idea de su importancia humana; por el contrario, su *personalidad moral* define su valor absoluto, puede decirse, si se toma como referencia el *fin* que se propone la red.

Así, en el medio médico puede existir una red de adeptos al yoga y una red contrarrevolucionaria. Tienen la misma característica social, pero su personalidad moral es muy diferente.

Así aún, una red del ministerio de Educación, por ejemplo, supone una posible acción en una esfera social más influyente que la de una red de jugadores de pelota-paleta. Pero si la primera aspira solamente a organizar la recreación del personal del ministerio, su personalidad moral tiene mucho menos valor que la de la red de pelotaris si ésta aspira a la aplicación de la doctrina contrarrevolucionaria. En efecto, ese último *fin* es mucho más elevado y tiene un campo de acción mucho más vasto.

•

115 Las personas que componen una red tienen conciencia de una misma voluntad. La red aparece, así, como una voluntad razonada inserta en un medio social. Es, por una causa determinada, el elemento motor de ese medio social.

Cualquier hombre puede tener, como mínimo, tres redes sociales naturales a su disposición (y con frecuencia podrían determinarse con impulso contrarrevolucionario). Son ellas: una red profesional, una red afectiva o personal constituída por los parientes o amigos

frecuentados corrientemente y una red geográfica o local, definida por el lugar en que vive el hombre, barrio o pueblo, loteo o inmueble, donde conoce a sus vecinos, a los comerciantes, clientes y "habitués"...

2 Sin Organigrama...Pero Jerarquizada Naturalmente: Los Jefes Naturales.

116 La acción a efectuar "entre los laicos y por laicos" se apoya especialmente sobre las redes sociales naturales. Estas inicialmente se forman por el simple descubrimiento que ciertas personas hacen de sus afinidades. Frecuentemente será en el marco de una red social ya existente donde algunos miembros descubrirán su misma aspiración contrarrevolucionaria.

Una red social natural escapa a cualquier organigrama pero, no por eso, deja de beneficiarse poco a poco con cierta jerarquía que se crea *naturalmente.*

En efecto, si podemos hablar de efectivos con respecto a una red, cierto es también que si una red reúne a una veintena de personas, esas veinte personas no tienen las mismas aptitudes prácticas, intelectuales y morales. Algunas toman iniciativas aunque más no sea pasando diarios a otros, llamando la atención sobre determinado artículo; a otras se las escucha cuando comentan la actualidad; se recurrirá a otra para solicitarle un buen consejo; etcétera. Se encuentran, por lo tanto, individuos a los que sus allegados se reportan, muy naturalmente. El día en que esas personas tengan ocasión de confrontar sus opiniones con respecto a la Contrarrevolución, comprobarán igualmente que, entre ellos, algunos están ya mejor informados y que otros están en condiciones de imaginar lo que podría hacerse. Con la buena voluntad de todos, algunos serán designados tácitamente para prestar servicios al conjunto, para organizar una célula de trabajo por ejemplo, después para sugerir una forma de acción, es decir para tomar responsabilidades.

Todo esto se hace naturalmente. Cuando un grupo, al discutir acerca de la oportunidad de un acto, comprueba que termina siempre por adherir a la opinión de algunos de sus componentes, aquello que inicialmente fuera decisión estudiada en común se convierte en delegación de autoridad conferida a esos componentes.

Cuando esas personas traten de hacer conocer la Contrarrevolución, contactarán "hacia arriba" y "hacia abajo" elementos favorables de los cuales, poco a poco, algunos tomarán también su lugar en el conjunto.

En consecuencia, la red es el término de un lento trabajo de contactos humanos en cuyo transcurso se perfila una estructura interna: cada cual encuentra un lugar definido para lo que puede hacer y una jerarquía de jefes naturales arma el todo.

Fenómeno tan natural como, por ejemplo, el acercamiento de los padres de alumnos con dificultades escolares que deciden estudiar los remedios y encargar a las personas más calificadas dirigir su grupo con miras a conseguir las mejores soluciones.

117 La jerarquía de los jefes naturales, que no tienen ambiciones personales con respecto al rango en la red, no debe quedar librada al azar. Hombres emprendedores, listos para entusiasmarse por una organización en la que ya visualizan su lugar, activistas en busca de pretextos y hasta gente que hace una profesión del inmiscuirse en todas partes, encontrarían entonces la oportunidad –con la cubertura de tendencias contrarrevolucionarias– para tomar la dirección de la red y desviarla de su línea.

Por eso, aquél que parecería tener que imponerse en razón de sus reales cualidades de hombre de acción y de su espíritu con tradición católica, nacional, etcétera, puede no ser forzosamente el Contrarrevolucionario que sería menester encontrar. Se pueden tener las cualidades innatas de un jefe y, además, haber recibido una educación que debería predisponer para la acción contrarrevolucionaria y, sin embargo, ser un revolucionario.

Igualmente es necesario precaverse contra la aceptación sin dificultades de una jerarquía preestablecida. El caso puede presentarse frecuentemente en ciertos medios profesionalmente muy jerarquizados, por ejemplo, en los medios militares o de funcionarios. En cuanto un jefe directo parece favorecer las aspiraciones de la red, resulta muy cómodo tomarlo inmediatamente como autoridad moral de la que, en adelante, se esperan las directivas. Esta solución fácil es condenable porque puede traicionar el sentido de la acción deseada.

Aún en el plano simplemente humano, el acceso a un nivel profesional superior no prueba, en nuestra sociedad actual, que eso

corresponda al mejor conocimiento de los problemas morales ni a un sentido preciso de las verdaderas responsabilidades. No se duda de la influencia que puede tener, en ciertas promociones, el pertenecer a determinado partido político o secta. En consecuencia, cuando se establece una jerarquía en una red, debe estar fundada sobre valores estimados tomando la doctrina como primer punto de referencia y, a partir de esto, a través de la evaluación de la aptitud de cada uno como animador y como hombre de acción. Actuar de otra forma llevaría, en muchos casos, a dejarse guiar por hombres tal vez honestos pero no dispuestos a buscar la solución contrarrevolucionaria de los problemas políticos y sociales y que aún quizá tengan razones, aunque se consideren honestos, de preferir soluciones revolucionarias.

Es preciso, pues, no dar ninguna responsabilidad a gente poco segura, como lo son aquellos que no tienen ninguna noción (fuera de su oficio) acerca de la manera de conducir la acción o de preparar el futuro, como asimismo quienes, a fortiori, son miembros (inconscientes) de ciertas sociedades de inspiración revolucionaria. Todos estos personajes se encontrarían finalmente munidos de poderes que podrían usar contra la autoridad contrarrevolucionaria.

No obstante, será grandemente alentador encontrar al animador de un grupo contrarrevolucionario que, a la vez, sea uno de los superiores de ese personal en su medio profesional o social común. En una sociedad ordenada y con el cuidado de los auténticos valores, debería ser lo normal.

118 Un grupo de Contrarrevolucionarios no debe cometer el error de querer a cualquier precio designar un jefe antes de emprender algo. Puede ocurrir que momentáneamente nadie pueda asumir completamente esas funciones, pero la buena voluntad de todos servirá de paliativo a esta situación.

Es posible, a la inversa, que personalidades con igual fuerza se acomoden en una suerte de dirección en común. Pero esta última concepción corre muy seriamente el riesgo de desviarse hacia una dirección colegiada: mínimo provisorio que favorece las discusiones estériles, exige mayor cantidad de encuentros, consume más tiempo y desemboca en la fórmula del voto y en la irresponsabilidad.

La adopción de una dirección colegiada sólo es, a veces, la manera cómoda de escapar a las responsabilidades. Cuando todo va

bien, cada uno de los directores encarna la autoridad total; pero ante la menor dificultad, cada uno puede atrincherarse detrás de la responsabilidad dividida entre los directores que componen la colegiatura, o bien puede escudarse en un desacuerdo personal... que sin embargo no le ha impedido aceptar el acuerdo formulado por la mayoría.

En materia de acción, la noción de dirección colegiada se opone a la noción de jefe natural.

119 Nada debe ser más natural que ese descubrimiento del Contrarrevolucionario que toma la cabeza y... la responsabilidad.

El jefe, antes de ser reconocido como tal, –y antes de que él mismo sepa que llegará a serlo en el cuadro de la acción contrarrevolucionaria–, tiene en primer lugar una *función de coordinador.* En el ejercicio de esa función contribuye a poner a trabajar a todos y al descubrimiento de las personas que están en condiciones de tomar responsabilidades y, al mismo tiempo, encuentra su propio lugar dentro de esa jerarquía natural.

3 La Elección de los Hombres. No dejarse engañar. Incorporación colectiva, trabajo negativo.

120 Una red social natural es un *instrumento* al servicio de todos sus miembros: sirve a la *aspiración* que le ha dado nacimiento y que le confiere su *personalidad moral.*

Cuando esa personalidad moral es la ordinaria, generalmente los miembros de la red no son quisquillosos con respecto al estado de espíritu de estos o de aquellos. Si una persona de la red no participa de la aspiración común, se retirará de la red por ese mismo hecho, como sería el caso de un jugador de rugby de quince que decidiera enrolarse en un equipo de rugby de trece. Por otra parte, si un miembro de la red se convierte en un perturbador con respecto a la aspiración común, serán los demás miembros los que tomarán la iniciativa de descartarlo.

La red contrarrevolucionaria en nada difiere de esas redes naturales. Pero mientras tiene poca importancia que una red ordinaria sea desquiciada por cualquier perturbador, no se puede admitir

que una red contrarrevolucionaria pueda sufrir el desorden que provocaría un espíritu no contrarrevolucionario.

Los miembros de una red contrarrevolucionaria deben, pues, tener enorme prudencia. Una red cualquiera, de folkloristas por ejemplo, puede cometer el error de aceptar a un recién llegado que se dice tal. Si, en realidad, esa persona no puede pretender ese título, la impostura se descubrirá fácilmente sin consecuencias graves. Pero si fuese suficiente llamarse contrarrevolucionario para entrar en una red de *acción* contrarrevolucionaria, la aspiración de esa red se vería muy pronto traicionada desde su interior.

Nadie puede *de derecho* pretender formar parte de una red. Ella no es una organización en la que se entra comprando un carnet de adherente. Es un vínculo entre particulares que deben imponerse la selección si quieren llegar al *fin* que se propone su colectividad y si no quieren correr el riesgo de ser importunados por las pretensiones de algunos hombres. El método más seguro consiste en no hablar jamás de red ante quien no se conoce. Para que la red exista de ninguna manera tiene necesidad de concretarse a través de ese término.

La elección de los hombres que puedan integrar la red debe estar guiada, no por la imagen que quieran dar de sí mismos, sino por la apreciación objetiva a la que se tiene derecho acerca de esos personajes, deduciéndola de sus opiniones, de sus reacciones y de su conducta anterior. Un diputado se dice simpatizante contrarrevolucionario pero ¿vota contra la enseñanza libre? ¡Se lo debe rechazar! ¿Un amigo católico quiere servir a la Contrarrevolución pero forma parte ya de una agrupación pseudo-revolucionaria? ¡Descartarlo! ¿otro se dice contrarrevolucionario pero anteriormente, en una época particularmente crítica, tomó una posición de transacción? ¡Eliminarlo!

"El árbol se conoce por sus frutos". No hay ninguna razón para pensar que en un período de crisis un hombre dejará de comportarse como ha demostrado hacerlo.[2]

Debemos admitir que, hombres que fueron engañados en el pasado, pueden reconocer sus equivocaciones. El error accidental es comprensible, sobre todo en aquellos que no tuvieron la posibilidad o la capacidad de continuar formándose personalmente. Mucha gente puede haber actuado durante mucho tiempo en ciertas

organizaciones pensando sinceramente que estaban en el buen camino.

Pero muchos de aquellos que debieron ser sus guías, prácticamente no pueden justificar su obstinación en el error y menos aún las volteretas que los llevan de una concepción política con *apariencia* nacional, a otra combinación igualmente poco consciente del auténtico interés nacional, en razón de que no se opone más que la precedente al sistema revolucionario. Esos hombres reconocerán cada una de sus anteriores equivocaciones, pero eso no les impedirá volver a sumergirse en la primera fórmula novedosa con la misma falta de reflexión que antes.

¡Vaya reclutas para la acción contrarrevolucionaria! Y si ellos son, finalmente, movidos por la gracia o simplemente conquistados por la razón, lo que nunca queda excluído, que comiencen *primero* por formarse como contrarrevolucionarios, después que participen en la acción *como hombres* y no con las pretensiones de un diputado, por ejemplo, o de un antiguo jefe de organización.

Puede imaginarse fácilmente la confusión que tales hombres acarrearían a la acción contrarrevolucionaria si se vanagloriaran de tomar parte en ella y procedieran como lo hicieron en el pasado.

Sólo hay una puerta para entrar en la Contrarrevolución, es la puerta de la humildad. Aquél que no entre por ella, cualquiera sea su posición social, aquél que se presente con la idea de que merece un lugar especial, ése está *a un costado* de la Contrarrevolución y constituye un peligro para la acción contrarrevolucionaria.

Tiene poca importancia prescindir de un hombre. De cualquier manera no se corre el riesgo de privarse de uno de los "Mil" o de los "Cien", porque si ese hombre pudiera serlo, no podría ser objeto de duda.

La confianza de todos los miembros de una red se refuerza singularmente cuando cada uno sabe que puede contar con su vecino sin la menor sombra de duda.

Esta mutua confianza total es un factor de éxito mucho más precioso que ver acrecentar el número en una unidad, por lisonjera que sea la anexión.

121 El Contrarrevolucionario debe temer siempre dejarse engañar en razón de que la honestidad es su regla y de que está, a priori, dispuesto a fiarse. La experiencia le demostrará que esto ocurrirá

demasiado a menudo. Debe, pues, hacer abstracción de sus inclinaciones personales para decidir *con toda objetividad y con todo rigor* acerca de aquellos a los que otorgará su confianza. Ni la amistad ni la benevolencia deben prevalecer frente a las consideraciones de seguridad que deben garantizar la rectitud de la acción dirigida por una red.

Pero esa objetividad debe ser *real* y la obsesión por no ser engañado no debe llevar a la suspicacia enfermiza, como suele ocurrir a veces. En este caso, el más mínimo gesto de un hombre es interpretado peyorativamente. ¿Conoce éste a algún personaje dudoso? En seguida se deducirá que está en contacto con él; después, que trabaja con él; después que "chapoteaba" en su ambiente. Sin embargo, sólo se trata de un hombre honesto que ha estado en contacto, involuntariamente o por deber, con personajes dudosos.

Un conjunto de suposiciones arrastra fácilmente a presunciones que terminan por transformarse en conclusiones. Nos encontramos entonces con que, aún en un medio contrarrevolucionario, cada hecho o información se transmite deformado, y esto termina por crear una atmósfera de desconfianza muy desfavorable para un trabajo eficaz.

La Revolución sabe aprovecharlo para practicar en las filas de los Contrarrevolucionarios *El Juego de la Denigración Sistemática*. Esto es muy fácil porque siempre habrá individuos que difundirán cualquier habladuría.

Mientras se dude de ciertos hombres, la prudencia ordena separarlos; pero toda información infundada, en tanto no existan pruebas, debe ser considerada como un posible infundio.[3]

122 Sería un error tomar una red constituída con una aspiración definida –aunque sea de "tendencia" contrarrevolucionaria, como ciertas redes nacionales de resistencia a los abandonos–, y declarar que en lo venidero será contrarrevolucionaria; no se cambia así, de la noche a la mañana, una personalidad moral.

La toma de posición de los dirigentes puede ser muy honesta, pero tampoco es menos cierto que algunos elementos de esas redes no tratarán de comprender la Contrarrevolución y su presencia constituirá un foco nocivo dentro del conjunto. Esas "redes", además, en general son creaciones artificiales; carecen de la característica social; no son redes sociales naturales. Sin embargo, esto no

excluye el interés por el trabajo que puede emprenderse en razón de la influencia que los Contrarrevolucionarios podrían ejercer en su seno gracias a los contactos humanos ya establecidos. Se ha de tratar de ganar a los hombres –y si es posible a los jefes– para la Contrarrevolución; pero, por el contrario, habrá que oponerse firmemente a la más mínima tendencia a que los hombres lleguen al campo de la acción contrarrevolucionaria por imitar simplemente a sus camaradas.

Muchos no hacen sino seguir a sus antiguos guías y les confían a ellos el cuidado de juzgar...En esas adhesiones no hay ni razonamiento ni convicción; no se apoyan en la aceptación inicial y definitiva de la doctrina; están subordinadas al capricho, a una pretensión personal o a un desplazamiento. No valen nada y sus efectos serán extremadamente nefastos.

Una incorporación "colectiva" es trabajo negativo.

No se ha conquistado a un hombre para la acción contrarrevolucionaria cuando el lazo que lo une a esta acción es únicamente la confianza personal que le brinda a un jefe. El hombre debe ser ganado por la doctrina y sólo en función de la doctrina debe después acordar su confianza a un jefe.

Las redes contrarrevolucionarias deben pues, para ser homogéneas y sólidas, encontrar, de hecho, su origen únicamente en su aspiración. Si aprovechan vínculos ya existentes entre ciertos hombres, es indispensable desde el comienzo una rigurosa decantación, con respecto a ellos, que deberá proseguir enérgicamente.

Es inútil creer que se gana tiempo con medios artificiales. Será perderlo porque en el momento crítico uno se dará cuenta de que en la trama de la red que no fue tejida con hilos únicamente contrarrevolucionarios, los otros hilos se distendieron o se rompieron.[4]

•

123 El conjunto de las restricciones destinadas a garantizar redes sanas y seguras, de ninguna manera es excluyente. Si, por prudencia, ha parecido preferible no asociar a un hombre a un grupo de aspiración contrarrevolucionaria, esa persona, si realmente es contrarrevolucionaria, siempre podrá encontrar un quehacer útil en beneficio de la Contrarrevolución.

La Contrarrevolución tiene ya demasiados enemigos en el exterior como para correr el riesgo de hacerlos entrar en sus propias filas.

"¿Pero cómo piensan conseguir algo, dirán algunos, si eliminan a todo el mundo? ". Esa reflexión carece de fundamento. No podemos suponer, en efecto, que los eternos revolucionarios que presiden los destinos de un país, lo sacarán un día del pantano revolucionario en el que ellos lo hunden; de igual forma no podemos apoyarnos en individuos que, sin tener la etiqueta revolucionaria, sin embargo siempre se han dejado tentar por las combinaciones inspiradas por los primeros. Nada en su comportamiento anterior puede hacer creer que, de la noche a la mañana, sabrán oponerse categóricamente, total y definitivamente a la Revolución.

¿Por qué habría aún que contar con esos mismos que se consideran seres irreemplazables porque se les hace suponer que no hay nadie más que ellos?

¡Cómo si los únicos elementos disponibles para la acción política y social debieran tomarse entre gente discutible! Hay miles de hombres perfectamente claros que se comprometerán en la acción contrarrevolucionaria cuando reconozcan que con ella se efectúa un cambio.

Ciertas almas sensibles lamentan que posibles buenas voluntades puedan ser "arrojadas a las tinieblas exteriores". No se las arroja. La doctrina no ha estado esperando el desarrollo de un movimiento o la influencia de una red para proponerse a esas "buenas voluntades"; les pertenece como a todo el mundo.

¡Ojalá la hubieran seguido!

Estas consignas de suma prudencia en la elección de los hombres adquieren un rigor muy particular cuando se entra en una era de persecución. Cuando ésta se manifieste será demasiado tarde: la Revolución, introducida en las redes, podrá hacer estragos.

Es necesario en esto adoptar una resolución: la elección de los hombres se planteará siempre como una cuestión delicada y aún, a veces, como muy difícil. Pero, con frecuencia, la agudeza del problema provendrá tan sólo del deseo de resolverlo rápidamente. Mientras haya imprudencia no habrá nunca real urgencia.

4 La red, de esencia natural (por oposición al partido, creación artificial).

124 Se suele utilizar el término *célula* para designar la reunión de carácter habitual de algunos miembros de una red. La célula evoca la idea de estudios efectuados en común sobre problemas

elegidos. Por el contrario, el término *red* da la imagen de vínculos a crear entre los hombres para difundir la *tesis* y extender la acción.

Se habla más fácilmente de red que de célula, porque la célula generalmente dispone de pocos medios y porque su acción no puede tener así todo el desarrollo deseable.

Sea como fuere, las células, o la red –podría hasta hablarse de redes de células– se constituyen de una manera natural *a partir de todos los hombres*, con la condición, evidentemente, de que se trate de *redes sociales naturales*.

El partido, por el contrario, es una creación artificial centralizada en algunos individuos.

Estos, con suma frecuencia, pretenden que su autoridad les ha sido conferida por la voluntad de la mayoría, lo que hace que los hombres tengan la ilusión de que toman parte en las decisiones del partido.

Los adherentes son reclutados generalmente a través del cebo de programas demagógicos en los que habitualmente se hace relucir lo "social" pero, omitiendo y con razón, definir la base doctrinal que comenzaría por garantizar la justicia social.

La teoría del partido, además, es sólo una cuestión de los cuadros dirigentes. Muy poco se preocupan de que el militante de base la conozca; sobre todo se le exige obedecer a los jefes que le son impuestos, plegarse a la consigna del día, y soportar la "verdad" del momento.

El adherente, cuando acepta el programa, queda sometido a la teoría y a la jerarquía del partido y, aún, en los partidos totalitarios, al espionaje recíproco y a la autocrítica condicionada.

Abandona su libre albedrío por la "disciplina del partido", es decir, admite que otros le impongan su manera de pensar. Aparece claramente la influencia nefasta que ejerce esta disciplina que excluye el juicio personal, en gente que uno podría haber creído inteligente y honesta: ... ¡el día en que solicitan los sufragios de los electores! .

El partido es, en consecuencia, una amalgama de seres disminuídos hasta la irresponsabilidad mental –pero no moral– y despojados de su individualidad en beneficio de una autoridad arbitraria.

Así considerado, el partido es contrario a la ley moral. Es el escollo que aguarda a cualquier acción política o parlamentaria cuando ella coloca ciertas consideraciones partidarias por encima del respeto al orden natural.

Por el contrario, la red social natural se forma tan *naturalmente* que llega a darse el caso de personas que forman parte de una red y que, sin embargo, no se dan cuenta claramente de ello. Es suficiente encontrar las palabras que expresen la aspiración común para que la red tome conciencia de sí misma.

Pero eso, es probable que algunos Corsos socialmente unidos llegaran a asombrarse de oir que ellos pertenecen a una red. Y sin embargo la aspiración que concede a su red su personalidad moral, es la fidelidad a la patria chica y la ayuda mutua entre Corsos. (La red sólo se convierte en "maffia", en el sentido peyorativo, cuando adquiere el carácter de exclusividad sin ninguna relación real con la aspiración común).

Si, pues, al mencionar las redes, se utilizan los términos jefe, jerarquía y aún disciplina porque resultan cómodos y aún irremplazables, su exacto sentido debe entenderse con los matices que derivan de la doctrina, muy alejada por cierto de cualquier caporalismo.

El haz de voluntades dispuestas a asegurar la victoria de la Contrarrevolución de ninguna manera se encuentra coronado por autoridades humanas deseosas de reservarse prerrogativas particulares, ni sometido a presiones que harían del hombre sólo una unidad dentro de una masa ciega. En las redes contrarrevolucionarias cada hombre ocupa el lugar que exactamente le corresponde y cada uno conoce la doctrina que debe inspirar sus actos, como así también las decisiones de los responsables de la conducción de la acción común.

En fin, ya se trate de redes o de células, la unidad que existe entre sus miembros está basada sobre un consentimiento razonado, otorgado con conocimiento de causa a los fines fundamentales perseguidos. Cada Contrarrevolucionario conserva su plena libertad de juicio, su individualidad sin mengua y, por lo tanto, también su responsabilidad de hombre total.

5 El ejercicio de la autoridad en el cuadro de las redes. Autoridad y Responsabilidad.

125 Los miembros de las redes (como los de las *verdaderas guerrillas* en período de resistencia armada contra la Revolución) están en condición *de igualdad* porque todos son igualmente voluntarios. Por eso cometerían un error aquellos que transladaran a

las filas contrarrevolucionarias los hábitos fáciles de una autoridad a la que se le reconociese el grado o la función que ocupa en la vida corriente.

La autoridad debe hacerse reconocer en forma *natural:* basta que corresponda a una capacidad general indiscutible en el marco de la acción contrarrevolucionaria.

Por cierto que esa autoridad debe ser muy exigente en la acción y en el ejercicio de sus responsabilidades. Pero, fuera de la acción o de la esfera de responsabilidad de cada individuo, se encuentra en presencia de hombres que han hecho los mismos sacrificios y que tienen el mismo mérito, ya sirvan humildemente o sean jefes. Las relaciones entre esos hombres deben permanecer impregnadas del deseo de reconocer en el otro a un igual en el plano humano.

La jerarquía que se establece de común acuerdo es tan natural que ninguna delegación de autoridad puede ser considerada como un rango al que el interesado tendría *derecho* de ahí en más. Tampoco el reemplazo de un hombre por otro más idóneo debe plantear cuestiones personales. Todo esto es posible, si para cada uno, la única ambición personal consiste en servir más y mejor.

Así, por ejemplo, puede que a alguien se le sugiera que anime la acción contrarrevolucionaria en una provincia, una fábrica o en una asociación de ex-alumnos. La persona a la que se le ha hecho la sugerencia tal vez asuma provisoriamente la jefatura de la acción contrarrevolucionaria en ese medio. Y puede ser que se convierta en el jefe natural reconocido; pero también es muy posible que al extender su acción descubra a otro mejor ubicado y más apto para asumir esas responsabilidades.

No existe, pues, una *designación del jefe* propiamente dicha —porque esa designación correría el riesgo de oponerse arbitrariamente a la promoción natural de un jefe todavía mejor— pero hay, sí, *atribución de responsabilidad.* Y esa responsabilidad, si es aceptada como se debe, llevará a algunos a trasladar la autoridad de la que parecían ser los titulares a otros hombres a los que ellos mismos decidirán subordinarse.

126 Si se proyecta hacia arriba la acción efectuada por las redes, la autoridad, a medida que se sitúa en niveles superiores, deberá presentarse cada vez más definidamente como expresión de la fuerza, del deber y del derecho que emanan de la doctrina.

La autoridad es personal porque ella compromete la responsabilidad bien determinada de las personas que la detentan. Pero la autoridad no debe ser la manifestación de un poder personal. No existe poder "personal" justificable, porque nadie puede pretender que el origen y la legitimidad de su autoridad se encuentran en su propia persona. Esas concepciones, en efecto, desembocan en toda clase de arbitrariedades y, generalmente, son las que ubican a las dictaduras en oposición con el verdadero principio de toda autoridad.

Por el contrario, una *sola* persona en ciertos casos puede tener que soportar la responsabilidad total en un nivel elevado, pero eso debe ser en nombre de la doctrina y para que esa doctrina sea respetada.

Su autoridad, no cabe duda, revestirá entonces un carácter muy *personal* porque toda la *personalidad* del hombre estará comprometida. Así debe ser cuando un hombre pone todas sus facultades, toda su fuerza y todo su cuidado con el fin de *servir.*

127 La autoridad bien comprendida no tiene ninguna relación con esa forma de orgullo que lleva al hombre a imaginar que detenta por sí mismo la verdad porque está investido de autoridad. Cualquier hombre tendrá menos posibilidades de equivocarse en sus decisiones si sabe escuchar las opiniones de los demás. Y ahí interviene la responsabilidad del jefe, porque en última instancia es él quien decidirá si tiene en cuenta las opiniones emitidas, si han de servirle como inspiración o si las rechaza.

Algunos creen reforzar su autoridad aferrándose en demostrar que deciden solos. Piensan que el hecho de solicitar una opinión es un signo de debilidad y, por principio, rehusan reconsiderar una decisión aunque el error sea flagrante. Pero la actitud autoritaria nada tiene que ver con la autoridad: ésta es mucho más real cuando es tan fuerte que hasta puede manifestarse por la sonrisa.

Por otra parte, nadie casi nunca tiene a mano el conjunto detallado de los datos que le permitirían decidir con absoluto conocimiento de causa; y si los tuviera podría asimismo equivocarse acerca de la importancia relativa que debe darse a cada uno de ellos. Por eso, la preparación de las decisiones de autoridad no encontrará sino ventajas en las discusiones previas, en las que se abrirá ampliamante a todos los puntos de vista.

Si, a pesar de todo, se comete un error, la responsabilidad moral del que detenta la autoridad, encuentra entonces circunstancias atenuantes.

Pero no existe auténtica autoridad sin la aceptación de las correspondientes responsabilidades.

128 Son numerosos aquellos que, tal vez deformados por experiencias anteriores, desconfían de cierta perfección que les parece inaccesible. Sin embargo, la definición de las relaciones que deben existir entre los hombres comprometidos en la acción, no constituye una nueva experiencia a intentar. Ya ha sido puesta a prueba en todas las épocas en que los hombres debieron acercarse; en aquellas en que debieron, frente a una mayoría hostil, conservar la libertad de acción de su minoría y cuando debieron mantenerse a pesar de fuerzas adversas numérica, material y orgánicamente muy superiores. La vida en las catacumbas, la forzosa clandestinidad en países oficialmente revolucionarios, la eficacia de las *verdaderas guerrillas* están ahí para atestiguar, bajo diversas formas, que la acción social o política debe tomar como basamento las redes sociales naturales, si quiere ser sana y sólida aún en épocas de crisis agudas[5].

La acción contrarrevolucionaria no puede adoptar ninguna otra fórmula porque ésa es la única natural y segura y, a la vez, invulnerable y eficaz en tiempos difíciles.

También es equivocar el camino obstinarse en reecontrar esas jerarquías artificiales, frecuentemente bautizadas "redes de mando y de acción", construídas sobre una concepción arbitraria del superior y del subalterno y que se satisfacen de la sequedad de la orden y de la sanción.

Algunos hombres, por ejemplo, dicen estar prontos a todo "con tal que reciban órdenes". Para satisfacerlos sería preciso que recibieran las órdenes directamente ¡del jefe de rango más elevado! . Pero, en la acción, aquel que puede dar una orden con conocimiento de causa, debe estar en su lugar y juzgar acerca de lo que es posible. El nivel superior no está ya en circunstancias de apreciar las condiciones prácticas de ejecución de la acción. Además cometería un error si sustituyera la autoridad de sus subordinados por la suya. Debe, pues, limitarse a dar directivas, a no ser, evidentemente, que se trate de órdenes muy generales y especialmente de órdenes de interdicción.

(En un nivel elevado, no podrían darse órdenes particulares a un equipo de acción sino cuando este equipo, saliendo de su marco social habitual, debiera desempeñar una función excepcional, por ejemplo, de interés nacional).

Si, a nivel superior, bastare dar órdenes para que todo marchara, todo sería muy fácil. Pero aquél que quisiera contentarse con dar órdenes, rápidamente estaría obligado a recordar que también debe dar los medios para ejecutarlas.

El ejercicio de la autoridad contrarrevolucionaria exige una gran flexibilidad porque, además, en todas partes será necesario vencer con medios insuficientes. Pero, allí donde las "órdenes" hubieran producido una reacción que demostrara que son inejecutables, la explicación de aquello a lo que se debe llegar, dando las razones y su valor, conducirá por el contrario a prodigios de ingenio y de dedicación.

Para obtener lo imposible, es menester no exigirlo.

129 La disciplina de la acción contrarrevolucionaria tiene el mayor respeto por la libertad individual. Se apoya en el sentido de la *responsabilidad* que los hombres deben poseer con respecto a la acción. A esa libertad que cada uno conserva, debe corresponder una mayor sumisión en el libre consentimiento a esta disciplina.

Nadie duda de que ésta puede tener cierta rigidez en época de crisis, cuando todos estrechan filas ante el peligro, y cuando la responsabilidad del mando aceptado por unos se apoya en el deber de obediencia reconocido por los otros.

Este sentido de la disciplina no es otra cosa que la exacta comprensión de la manera de servir mejor. Así, cuando los hombres llegan a contactarse en razón del tema de la acción contrarrevolucionaria sin que antes tuviesen ocasión de conocerse y de estimarse, pueden surgir dudas y reservas que son normales. Pero esas fricciones desaparecerán cuando unos y otros aprecien el interés del trabajo a realizar, las dificultades de ese trabajo y el cuidado constante de administrar los riesgos según la importancia exacta del trabajo encarado.

Entonces cada cual toma su lugar en un cuadro disciplinado, con el único deseo de efectuar mejor la acción común.

Para que todo marche bien, *es suficiente que cada uno piense en servir a la contrarrevolución antes de pensar en sí mismo.*

6 Llevar adelante la estructuración activamente... Pero no apresuradamente.

130 Resultaría tan torpe lanzar la idea de una red en un medio que no estuviese preparado, como dejar de acelerar el descubrimiento y la unión de las personas que tienen aspiraciones contrarrevolucionarias.

Es preciso facilitar los acercamientos. De otra manera se deja librado al azar el cuidado de establecerlos. Las semanas, los meses y los años transcurren como tiempo totalmente perdido. ¿Quién no ha notado que, en un mismo inmueble, los vecinos de piso se ignoran y que transcurren años antes de que se presente la ocasión de conocerse?

También es menester, para suscitar esas ocasiones y tomar las oportunidades que se ofrecen, aprovechar el hecho de que los medios de actividad de cada uno dan más facilidades de encuentro.

Los Contrarrevolucionarios deben buscar en todas partes, pero particularmente deben tener el cuidado de *buscarse por arriba,* porque así podrán tejer mallas con personas socialmente bien ubicadas y que tienen mayores posibilidades para que la Contrarrevolución irradie con más influencia y más ampliamente.

Si esto se hace, el medio Contrarrevolucionario poco a poco se ensanchará y se extenderá y encontrará en sí mismo, los elementos de estructuración interna[6].

131 En sentido corriente, la estructura de una cosa es la manera en que está dispuesta, ordenada, la manera en que se disponen sus partes. La estructuración es, a la vez, la acción que consiste en estructurar (sentido dinámico) y el grado alcanzado en el establecimiento de las estructuras (sentido estático).

La estructuración de una red es la disposición natural, evolutiva, flexible, discreta, por no decir no aparente, que se establece por sí sola cuando cada cual descubre y tiene su lugar en la red. Desde ese momento la red puede expresarse colectivamente a través de cada uno de sus miembros (pero éste no se expresará forzosamente como colectividad).

Aquello que un hombre sólo no hubiera podido hacer, se vuelve realizable –y el hombre toma conciencia de ello– en el marco de su red.

Aparece entonces un sentimiento de solidaridad con miras a la realización de la aspiración común. Cada uno tiene la seguridad de que no actúa sólo porque ve a otros alrededor suyo que, a través de un trabajo muy concreto, demuestran que también están definitivamente comprometidos en la acción.

La estructuración es un grado de perfeccionamiento, una cualidad interna que adquiere una colectividad natural cuando conoce su ideología común, su poder de acción y su obligación de actuar: toma de conciencia de un cuerpo social cuyos miembros ocupan su lugar natural según las aptitudes de cada uno y comienzan a funcionar para el conjunto.

Una red está estructurada cuando el conjunto de los medios particulares puede disponerse para la acción común y cuando, por eso, no se recae siempre en los mismos cuando hay que tipear, hospedar, transportar o pagar en razón de actividades que a todos interesan.

Una red está estructurada cuando cada uno sabe a qué aferrarse y no tiene necesidad de correr a derecha y a izquierda para saber qué puede esperarse de un determinado acontecimiento, qué es necesario decir, qué es necesario hacer en esas circunstancias.

A través de los medios de enlace y de contacto adoptados, la estructuración hace posible la necesaria explicación de los problemas del día vistos a la luz de la Contrarrevolución. Sólo ella permite asegurar la difusión de la doctrina en las mejores condiciones y, por ello, activar la adhesión del pueblo a la causa contrarrevolucionaria.

En la lucha de influencias entre la Revolución y la Contrarrevolución, la estructuración natural de las redes constituye el contrapeso a la organización artificial de los partidos.

En el terreno práctico que interesa a la actividad de las redes, gracias a la estructuración es posible repartir las tareas de manera normal y corriente y, en consecuencia, poner a todo el mundo a trabajar provechosamente.

Además la estructuración proporciona el medio para organizar los recursos (en materiales o en dinero) y facilita la ayuda mutua.

Finalmente, en época de persecuciones, permite adoptar disposiciones que contribuyen a la seguridad de los miembros de la red.

132 La estructuración de las redes debe realizarse activamente —pero no apresuradamente— con voluntad de buscar hacia arriba,

hacia los costados y hacia abajo, los contactos serios que puedan transformarse en verdaderos vínculos contrarrevolucionarios.

Hace falta dejar de lado a los "militantes" que pretendan hacer sólo lo que les place y cuando lo creen conveniente. Si existen numerosos entusiastas, debe procederse con cautela. Ha ilusionado a muchas colectividades el número de simpatizantes que a veces se manifiesta. Si la estructuración de las redes no es seria, fácilmente se cree poder contar con cien hombres, cuando sólo habrá diez para trabajar... y noventa para aplaudir.

Semi-Estructuración = Ilusión.

Será más útil tener en una fábrica un sólo taller estructurado que diez únicamente favorables; porque en el terreno político y social, la realización de la acción es posible a partir del primero y no a partir de los otros diez.

Toda estructuración montada apresuradamente y, en consecuencia, con cierta artificialidad, encontrará su sanción en los disgustos que sorprenderán, como siempre, en los momentos más difíciles.

7 *Red sin Estructuración = Cabeza sin cuerpo*

133 Una red sin estructuración es una cabeza sin cuerpo; está dotada de ciertas aspiraciones pero le falta todo lo que es necesario para actuar: armazón ósea, músculos y nervios. Millares de redes semejantes no servirían para nada.

La voluntad actuante de cualquier minoría se impondrá siempre a la mayoría si ésta no está estructurada. Así, aunque en numerosos países los católicos constituyen una inmensa mayoría, demuestran frecuentemente su incapacidad de hacer progresar —o aún de proponer— una fórmula política y social porque no los une ninguna estructuración y no les da la posibilidad de hacer sentir la influencia de una fuerza ordenada, concertada y apoyada sobre disposiciones prácticas. Y, por esas razones, millones de católicos permanecen sometidos a algunos pocos revolucionarios.

Otro ejemplo característico de la impotencia de las redes no estructuradas fue dado por el Ejército Francés entre los años 1958 y 1962.

Se puede haber estado de acuerdo o no acerca de la necesidad de conservar a Argelia como provincia francesa. El problema que estudiamos actualmente no es ése. Unicamente en el aspecto *técni-*

co de la acción, los hechos son los siguientes: salvo muy pocas excepciones, *la totalidad* de las fuerzas armadas estaban *a favor* de la Argelia francesa. Ello no impidió que esas Fuerzas fuesen incapaces de imponer su voluntad porque las "redes" del ejército eran simples correas de transmisión de papeles: vínculos sin consistencia que reposaban, no sobre una jerarquía "Argelia Francesa" natural, es decir, surgida de la aspiración de la red, sino sobre el principio del respeto a priori de una jerarquía preestablecida, la de los grados, que era absolutamente artificial con respecto a la aspiración "Argelia Francesa".

Por eso la angustia de cada militar era muy grande ya que ninguno sentía a su alrededor una fuerza coherente, unida en todos los niveles, que estuviera dispuesta a sublevarse. Todos, tomados individualmente, con buena voluntad querían... "pero no los primeros;... primero tales unidades;... partiremos con todos los demás... y... a último momento...".

Hubiera sido suficiente, sin embargo, que se levantaran *todos juntos* y en ese mismo momento, casi sin otro gesto, su Argelia francesa se hubiera salvado. Pero todos permanecieron sentados en sus sillas, moviendo la cabeza de derecha a izquierda para ver si el vecino esbozaba el movimiento.[7]

La estructuración de las "redes Argelia Francesa", deformada en su espíritu por esta jerarquía profesional, no existía. En una misma unidad no había ninguna coordinación eficaz entre las buenas voluntades que hubieran podido constituir una red estructurada, como si el trabajo hubiera terminado a partir del momento en que esas buenas voluntades se reconocieron entre ellas. A fortiori, las "redes" de las diferentes unidades estaban lejos de poder encarar una acción concertada entre sí.

Con mayor razón aún, en la totalidad de Argelia resultaba una herejía con respecto a la acción, imaginar como posible una cohesión que hubiera unido *en la acción* a elementos separados por centenares de kilómetros y sin que mediara entre ellos ningún contacto directo, "de hombre a hombre".

Por cierto era lógico que, en razón de la acción a efectuar, una autoridad "Argelia Francesa" diera sus directivas y coordinara; pero lo que fue llamado "red militar", tal como fue fabricada, para nada se apoyó en esas redes mucho más restringidas que deberían haberse

creado naturalmente en las diversas unidades pequeñas o en los sectores territoriales, para dar una estructura de acción a la voluntad de decenas de millares de simpatizantes y de militantes dispuestos.

En resumen, en lugar de una estructuración hecha *a partir de los hombres* en cada una de las *verdaderas* redes naturales, existía un sistema centralizador anónimo, aún cuando terminara en jefes conocidos.

Existía la cabeza, pero no tenía cuerpo y la casi totalidad de las fuerzas armadas fueron asfixiadas por un puñado de personas de las que aún algunas, sólo hubieran exigido dejarse forzar la mano.

Inversamente, unos pocos elementos de "La Organización Clandestina (comunista) del contingente" fueron suficientes para realizar, en el interior de las unidades, la disgregación del magma de veleidades opuestas. Esos individuos no se contentaron con estar de acuerdo para que Argelia fuera "argelina" (puede que ni aún les importara mucho); sino que, a través de una acción concertada –aún cuando fuera improvisada en la ejecución– operaron como un elemento dotado de voluntad y de cohesión, es decir, con armazón, con nervios y estructurado.

8 La Estructuración: herramienta para forjar el "consenso".

134 *El consenso* popular, con respecto a la Contrarrevolución, es el consentimiento libre y razonado de la opinión, en su conjunto, destinado a poner la suerte del país en manos contrarrevolucionarias. Debe reconocérsele al término, si en principio puede sorprender, el mérito de evitar una confusión con el "consentimiento" del que suelen valerse algunos gobernantes cuando realizan la comedia de someter su política a los votos de la mayoría.

El consenso es una adhesión explícita o tácitamente dada por un pueblo y puede efectuarse pese a la hostilidad de quienes, en ese pueblo, gritan más fuerte o se agrupan en mayor número.

Es preciso señalar que la Contrarrevolución no puede quedar satisfecha con la convicción generalmente compartida de que es necesario un cambio político-social, porque ese simple deseo de cambio sólo es un argumento que puede ser igualmente explotado por todos aquellos –aunque fuesen revolucionarios– que propusieran algo nuevo. Se trata de llevar al pueblo a desear el orden contrarrevolucionario y no una fórmula cualquiera porque es diferente a la precedente.

En un país cuyas instituciones están inspiradas por la Revolución, existirá el consenso cuando millares de hombres, en las provincias y en las ciudades, establezcan una relación entre sus dificultades y las decisiones de la política revolucionaria. Cuando sepan que tienen el derecho a exigir la salvaguarda de las empresas de carácter familiar o artesanal, una política agrícola preocupada por las organizaciones que hagan rentables las pequeñas explotaciones y no que las hagan desaparecer en beneficio de grandes agrupaciones anónimas, una concepción social respetuosa de la persona del trabajador, el derecho a un justo salario vital y familiar, etcétera, porque todo eso está en el orden natural.

Estas razones pueden parecer muy prosaicas pero con frecuencia serán las primeras que harán reflexionar a la población y la conducirán a mirar un poco más alto, hacia una moral olvidada y una fe desaparecida.

A esos millares de personas que descubrirán los fines de la Contrarrevolución, no se les exige inicialmente una participación *activa* –aunque no obstante sería de desear–. Se les pide simplemente comprender y aprobar, lo que muy naturalmente, se traducirá en actos en los hombres de acción.

Para lograrlo, hace falta que todos aquellos que han comprendido, se obstinen incansablemente, todos los días, en hacer comprender a los otros, a todos los demás, qué es la Contrarrevolución. "...En cada localidad es preciso que se conozcan, que se vean, que se unan... No debe haber una ciudad, una población que no tenga su núcleo... No son más que una docena...; no importa..."[8]

Cuando haya, en cada población, una o dos docenas de Contrarrevolucionarios decididos, unidos, actuantes, es decir, formando un conjunto estructurado, se puede estar seguro de que el consenso popular favorable a la Contrarrevolución pronto se realizará.

135 Aunque notables personalidades o dirigentes políticos tomaran partido en un país por la Contrarrevolución, no por ello se habrá conquistado el consenso popular. Ese consenso supone un conjunto humano; es asunto de todo un pueblo. Es pues, particularmente, gracias a la acción capilar que efectuan los miembros de las redes estructuradas, como puede lograrse.

A través de esta acción capilar, la tesis contrarrevolucionaria debería, idealmente, alcanzar a toda la población. La Contrarrevolu-

ción habría entonces ganado la partida. No resulta imposible, en efecto, que sólo el poder de persuasión de la acción contrarrevolucionaria llegue a esta solución óptima; pero podemos dar por cierto que la Revolución no dejará hacerlo sin reaccionar y, sin embargo, a pesar de esa reacción, será necesario proseguir los esfuerzos para instaurar un orden cristiano.

La obtención del consenso permite, precisamente, encarar ciertas perspectivas que permanecen *interdictas* hasta que el posible desencadenamiento de perturbaciones no sea dominado por esperanzas razonables de mañanas constructivos. El mínimo de estructuración a alcanzar en las redes es el que realiza ese consenso favorable a la Contrarrevolución y, por lo mismo, abre mayores posibilidades a la acción contra la Revolución.

136 No es fácil evaluar el consenso logrado en un momento dado. No puede imaginarse a partir de esas falsas "consultas" populares del tipo de los referendums políticos, sobre todo porque no puede tomar como base la opinión expresada por la prensa. Su apreciación debe tener en cuenta, sobre el particular, la medida en que se le unan los indecisos y los pesimistas y, también, la medida en que la opinión adversa se vuelque hacia el buen lado si no está condicionada por los artificios de la propaganda revolucionaria.

La evaluación del consenso es tanto más difícil en razón de que la elección –libre y razonada– que deberán efectuar los hombres con respecto a una solución a largo plazo, se verá perturbada por la perspectiva, a corto plazo, de graves desórdenes revolucionarios.

El consenso responde, poco más o menos, a la respuesta global que se obtendría si individualmente se planteara a los hombres la siguiente pregunta: "Suponiendo que el cambio pueda efectuarse sin choques, sin perturbaciones, ¿Ud estaría a favor del posible ejercicio de un poder contrarrevolucionario? ".

137 El grado de estructuración de las redes suministra un índice precioso acerca de los progresos realizados en la opinión pública. En efecto, da una apreciación de conjunto acerca de la extensión que puede tener la acción capilar efectuada por las redes; además determina la importancia de la participación *activa* que puede esperarse de los militantes y de parte de los simpatizantes.

Paralelamente a la acción contrarrevolucionaria, la Revolución

hará grandes esfuerzos para reforzar las milicias que opondrá a los partidarios del orden cristiano. No obstante, aunque puedan manifestarse como muy numerosas y virulentas, carecen de gravitación frente a un real consenso popular. (Por supuesto, evidentemente que su número debe tomarse en cuenta para tener una idea exacta de las dificultades a vencer.)

Cuando el espíritu de una población se vuelve favorable a la Contrarrevolución, se ofrecen nuevos derechos a la acción contrarrevolucionaria.

NOTAS

1. "Acción capilar", expresión de Pío XII al dirigirse a los hombres de Acción Católica de Italia el 20-10-1952.

2. La *elección de los hombres* fue tratada en términos generales en el *Manifiesto Político y Social*. Resulta indispensable, sin embargo, retomar aquí algunos elementos que son parte integrante del problema de los hombres y de las redes.

3. "Una palabra que se inventa hábilmente y que se tiene el arte de difundir en algunas familias honestas elegidas, para que de ahí descienda a los cafés y de los cafés a las calles, a veces una palabra puede matar a un hombre". *Instrucción Secreta*: Documentación revolucionaria publicada por Crétineau-Joly, Archivos de la Biblioteca del Vaticano.

El mejor servicio que se le puede prestar a una persona difamada sin pruebas, es exigir el origen de la información pertinente y remontarse hasta la fuente. Si se desemboca en un individuo que muy fácilmente se atrinchera detrás de la promesa de no revelar a su informante, es justo forzarlo a tomar responsabilidades y de hacerle saber, en esa oportunidad, su culpabilidad en la propagación de rumores que atentan contra la reputación de un hombre.

Es evidente que si uno de los informantes no es contrarrevolucionario puede ser muy imprudente atenerse a lo que dice.

Cuando uno no quiere arriesgarse a contribuir a la difusión de una calumnia, la más elemental honestidad consiste en no hablar, *aún "con toda reserva"* de lo que no está bien fundamentado.

4. ¿Cuál debe ser la conducta a seguir, se preguntarán algunos, si un hombre considerado en cierta época como "activista" pide unirse a la acción contrarrevolucionaria con sus hombres y sus medios?

La respuesta es simple:

La Contrarrevolución se alegra de todas las incorporaciones o adhesiones sinceras y las desea numerosas. Para ella no hay casos particulares; tiene necesidad de *Contrarrevolucionarios y de medios contrarrevolucionarios*, eso es todo.

a) Si un hombre, pues, cualquiera fuese, quiere actuar en el marco de la acción contrarrevolucionaria, lo primero que debe hacer es formarse como Contrarrevolucionario, y, en cuanto más influencia pueda tener sobre otros hombres, más sólida y completa debe ser su formación.

b) El problema de los hombres que él puede traer a la acción contrarrevolucionaria debe resolverse con el mismo criterio; no hay incorporación colectiva que valga. Cada hombre tomado individualmente debe formarse como Contrarrevolucionario o alejarse. (Ver igualmente, sobre el tema, en el capítulo XVIII-A-4° "Una federación de esfuerzos que respete todas las aspiraciones legítimas pero que exija puntualizaciones").

c) La función que se confiará a un jefe que se suma así a la acción contrarrevolucionaria, tampoco es un caso particular. Entra en el caso general en que se encuentran todos los jefes naturales contrarrevolucionarios, es decir que ese jefe –en su medio y en su nivel social– comenzará por encargarse de la formación doctrinal de las personas que lo rodean, hará irradiar la Contrarrevolución a partir de esas personas, activará la estructuración de las redes, realizará, etcétera...

Ese jefe sólo tendrá una ventaja: podrá explicar cómo, anteriormente, se engañó acerca de la verdadera acción constructiva y esta explicación puede tener un gran alcance.

Será fácil juzgar acerca de la buena voluntad real de semejante candidato. Si estima que tiene "derechos" a cierto lugar y si pretende que, desde el comienzo, se le debe confiar una función "a su medida", es porque no ha comprendido la acción contrarrevolucionaria.

Para ésta no juega la ley de la oferta y la demanda; ni se pesa ni se negocia su entrada. El lugar de cada uno es el que él mismo se forja –ni más, ni menos– según sus reales aptitudes, en el marco de la acción contrarrevolucionaria.

5. *La Confrontación Revolución-Contrarrevolución* (que se editará ulteriormente) muestra cómo esas formas de resistencia activa, que son las diversas guerillas, sólo pueden ser eficientes contra la Revolución si respetan escrupulosamente las reglas de la doctrina de la acción. Ella denuncia los errores cometidos, en otros tiempos, por ciertas concentraciones de hombres que pretendían llevar la vida de campamentos clandestinos y hacer la guerrilla. Fuera de sus errores prácticos y tácticos, estas concentraciones fueron frecuentemente sólo una desfiguración de las organizaciones guerrilleras y desembocaron en la creación de verdaderos campamentos militares o en la preparación de reservas de hombres y de materiales para fines políticos de post-guerra.

6. No existe ninguna contradicción entre *la preocupación de buscarse, de facilitar los acercamientos* y la *compartimentación* necesaria en la acción, muy

particularmente en un período de persecución abierta o solapada. (Ver ulteriormente *La Confrontación Revolución-Contrarrevolución).*

La "compartimentación" es un dispositivo de seguridad que instantáneamente recomienda que cada uno no sepa sino lo que le es indispensable para la conducción práctica de su propia acción. Es una medida de precaución y no una limitación de la acción. Los Contrarrevolucionarios deben continuar "coordinando", "tendiendo puentes", "buscando a los hombres acechados por la Revolución", etcétera... Veremos más adelante (231 y 232) que es preciso tender "a una expresión contrarrevolucionaria pública pero a una acción inasible".

7. No parece útil insistir acerca de las excusas que en estos casos pueden darse: denuncias, copamientos, el juego dilatorio de los "jefes". El puñado de individuos que, en las unidades de combate, estaba incondicionalmente en pro de la solución gubernamental, hubiera tenido excusas mucho más válidas si no hubiera triunfado.

Cuando no hay dificultades, no hay problemas...ni mérito.

8. Don Félix Sarda y Salvany: *El Liberalismo es Pecado.*

CAPITULO X

LAS REDES COMO MEDIOS DE ACCION

A Acción Múltiple e Interpenetración de las Redes.

138 Los hombres pueden encontrar, en sus redes sociales naturales, facilidades particulares para instruirse, formarse, desarrollar su personalidad y pasar a la acción. Por consiguiente la red actúa en su propio seno en beneficio de sus miembros y su influencia interna es tanto más fuerte cuanto más se afirma su *personalidad moral.*

Pero las redes sociales naturales están igualmente predispuestas para ejercer una acción externa en razón de su *característica social.* La red se revela, pues, como un medio de acción que pone múltiples posibilidades a disposición del hombre.

139 Una misma persona puede pertenecer a una red ministerial y, al mismo tiempo, a una red de pelotaris. Podría igualmente existir una red contrarrevolucionaria en una red más general de padres de alumnos, por ejemplo. Acá se revela el hecho de que un hombre no se interese por una sola red sino por múltiples redes que se yuxtaponen, se completan y se entremezclan. Cuando su personalidad moral es la misma, su acción común en el exterior recuerda un "plan de fuegos" cuyas trayectorias se entrecruzan y en el que las zonas alcanzadas tienen áreas de superposición.

Conviene señalar la posición absolutamente preeminente de las redes de acción contrarrevolucionaria: como su aspiración no puede ser más elevada ni más universal –aún cuando el campo de acción de cada uno lo constituye en primer lugar su propio país– allí donde uno esté, en cualquier parte del mundo, al hacerse reconocer como miembro de tales redes, deben abrírsele las puertas.

B Animar todas las redes posibles. Hacerlas "Mayores de Edad".

140 Las redes no dejan de constituir un medio, un *instrumento*, aunque en razón de su carácter esencialmente humano se las deba tratar en el capítulo del hombre. Los principios del empleo de los medios se aplican, pues, a su utilización.

La característica de multiplicidad y de complementariedad de los medios exige que la acción anime *todas* las redes posibles.

Si, con el pretexto de la complementariedad, se creyese conveniente asociar solamente los esfuerzos de *dos* redes con características efectivamente complementarias –como las de fuerzas armadas y las de sindicatos– no resultará de ello ningún orden verdadero. Una fórmula de ese tipo, de aspecto "social-nacionalista", basada sobre la exaltación artificial de dos fuerzas únicas, se establecería en detrimento del conjunto.

Esa complementariedad no es completa si no se tiene en cuenta *todo* lo que hace una nación. No existe una sola esfera de la actividad humana y de la vida social en la que no deba ejercerse la acción contrarrevolucionaria.

El mismo campo del enemigo no es inaccesible. Sería inadmisible que, en ese dominio, los Contrarrevolucionarios tomaran como invencible lo que a los revolucionarios les parece posible. Estos han buscado siempre tener jefes de Estado que trabajen para su facción y se puede afirmar que lo han logrado. En cuanto a sus esfuerzos para corromper al clero, llegan a buscar "el papa con tiara y capa" que les haga el juego.

No está vedado llegar a descubrir y a convencer a los hombres honestos perdidos en las filas de los revolucionarios. Como nada es despreciable ni debe ser despreciado, debemos asimismo crearnos la obligación de buscar *también* en ese campo.

141 Las redes deben nacer en todos los medios y su acción capilar ramificarse al máximo para llevar la doctrina a todos los hombres de buena voluntad.

Todas las redes tienen su utilidad; todas deben encontrar sus animadores y éstos no deben darse por satisfechos hasta que su red –importante o muy modesta– no sea de alguna manera "mayor de edad", es decir, cuando alcanza el punto en que plenamente hace frente a lo que se espera, a saber, en particular: *facilitar* la

instrucción doctrinal y político social de sus miembros, *formar en la doctrina de la acción* a los elementos más adelantados y a los cuadros naturales que se descubran, *poner a todo el mundo a trabajar.*

C Las Redes: tener en cuenta su importancia respectiva, saber diferenciar la excepción y las importancias ocasionales.

142 La unidad y la armonía que caracterizan a la acción contrarrevolucionaria exigen el respeto a la jerarquía de las redes entre sí.

Algunas redes tienen la mayor importancia en razón de la categoría social en que se desenvuelven, de las funciones de sus miembros y de las facilidades de contacto o de acción que ellos pueden otorgar: así las redes que se crean entre los hombres que pertenecen a las grandes administraciones, a la magistratura, a la Universidad, a los sindicatos, a las fuerzas armadas, etcétera, así también las redes que pueden tener influencia sobre la opinión pública, como las de información y de prensa, las de escritores e, igualmente, las de clérigos.

Pero otras redes, tal vez de apariencia más modesta pueden, en compensación, aprovechar ocasiones excepcionales que derivan de su característica social, aunque más no sea para multiplicar los contactos directos; así las redes de médicos, de representantes del comercio, de docentes, etcétera.

A veces ciertas redes están únicamente constituídas por un grupo de parientes o de amigos; otras sólo son los *encuentros* en torno a un solo hombre. Sin embargo, todas son valiosas y, si no son muy utilizables inmediatamente, por el solo hecho de existir cumplen una función. Puede ser que sea suficiente un pequeño empujón para que esas redes así mantenidas tomen conciencia de todas sus posibilidades de acción.

Para apreciar una red de acuerdo con su importancia, es conveniente representarse la amplitud de la acción que podría efectuar en el campo social y político; pero hace falta igualmente tener en cuenta la psicología de los miembros, su voluntad *contrarrevolucionaria*, sus recursos de generosidad, sus tendencias en cuanto al espíritu de clase, etcétera.

Aunque se piense especialmente en aquellas que son más directamente influeyentes, más importantes, también se les debe dar la parte que les corresponde a las más humildes, a las que están más alejadas o son muy discretas y, también, a aquellas redes que trabajan en medios hostiles.

143 La importancia relativa de las redes no puede ser objeto de una clasificación rígida: su jerarquización debe siempre tener en cuenta las circunstancias.

Una red hasta este momento secundaria puede tomar, casi de la noche a la mañana, una posición excepcional, como por accidente. Bastará un hecho económico o social, un malestar en el campesinado, un invierno particularmente riguroso o una huelga, para que pueda esclarecerse la opinión pública en razón de acontecimientos precisos. La acción de las redes interesadas en esas diversas ocasiones, puede tomar entonces un valor muy especial.

De esa manera al menos, redes adormecidas –como las de ciertas resistencias nacionales que se oponen a la Revolución– podrían, en algunos países, retomar una función primordial.

Es útil pensar desde el comienzo en las redes que sólo tienen una importancia potencial, porque con frecuencia será suficiente muy poco para despertar su dinamismo y hacerlas participar nuevamente en la acción.

D Unión espiritual necesaria entre redes con igual personalidad moral.

144 La unidad y la armonía de estos medios de acción –las redes– exigen voluntad de comprensión y unión espiritual entre ellas.

Las redes se entrecruzan y así realizan una cierta complementariedad de sus esfuerzos. Es necesario que esta comunidad de acción se prolongue a través de una real comunidad de espíritu.

Si, en una misma región, existen dos redes contrarrevolucionarias, por ejemplo una de textiles y otra de mineros, no deben descuidarse las ocasiones de conocimiento, de comprensión mutua y aún de ayuda recíproca.

Debe nacer, de la comprobación de que su aspiración común es más extensa, un sentimiento de seguridad y de fuerza que, en la

acción, es una valiosa carta de triunfo. Células de trabajo hasta entonces vacilantes y redes apenas estructuradas que se detienen ante las primeras dificultades, verán duplicarse su confianza cuando se den cuenta de que forman parte de un inmenso conjunto que cubre su país y el mundo y cuya fuerza es insospechable.

Un primer efecto de esta necesaria unión espiritual será la atenuación de ciertos particularismos excesivos. Decimos, tal red es demasiado "exclusiva", aquella otra demasiado "de Iglesia", tal otra demasiado "doctrinaria". Sin embargo todas esas redes existen; todas pues, con sus caracteres propios, constituyen el vínculo conveniente para unir a los hombres contra la Revolución; todas son legítimas; todas son necesarias.

El mejor medio para que se estimen y demuestren su unidad consiste en que sus animadores prueben, por los hechos, su voluntad personal de cooperación en razón de un Fin que es común y que ninguna red puede alcanzar por sí sola[1].

NOTAS

1. Tiene gran importancia la unidad que se debe realizar con redes que tienen una fuerza espiritual muy particular, como las redes de eclesiásticos. Veremos este aspecto más adelante.

CAPITULO XI

LA BASE HUMANA Y LA OPINION PUBLICA

A El Pueblo y la Masa.

145 La base humana ofrece dos aspectos muy diferentes según se considere a los hombres como individuos conscientes y capaces de organizarse, como elementos componentes de un pueblo, o bien al número, a la multitud de esos mismos hombres que forman una masa.

Un pueblo es una comunidad consciente de ciertas aspiraciones que le son propias, entre ellas la aspiración a constituir una nación. A través de los hombres que la componen y de sus grupos sociales percibe, comprende, se expresa y, el consenso popular, especialmente, es una expresión de su conciencia.

La masa, multitud sin forma, no personifica a un conjunto humano. No actúa por sí misma; es movida desde el exterior; es un instrumento cuya manipulación tiene sus reglas y sus peligros.

Aún en los casos de expresión de sentimientos colectivos, de manifestaciones de multitudes que desbordan todos los cuadros, la masa generalmente no se expresa sino en razón de que previamente ha sido condicionada (con todo el sentido peyorativo que puede encerrar ese término) para actuar en tal sentido.

Con respecto a la acción, la diferencia entre pueblo y masa reside especialmente en la forma en que ese conjunto humano es requerido. Si se actúa *con los hombres* como seres racionales y socialmente cargados de responsabilidades, se quiere llegar al pueblo. Por el contrario, si la acción es exterior, está encargada sólo a algunos mentores, si se esfuerza no en convencer sino, antes bien, en

motivar las emociones o las reacciones primarias de la mayoría, entonces se intenta accionar a la masa.

La masa es la clientela anhelada por la Revolución porque no reflexiona. A veces los gobiernos revolucionarios no hacen sino movilizarla contra la mejor parte de un pueblo.

B Una tropa instruida. La doctrina asegura la unidad de mando.

146 La eficacia de la acción que debe prolongarse hasta la base humana, dependerá en gran parte de la vitalidad de las redes y de los esfuerzos realizados para efectuar su estructuración.

Es muy cierto que a los Cien y después a los Mil idóneos, seguirán millones porque esos Mil, precisamente, podrán actuar sobre los diversos grupos humanos –instituciones y sociedades de todo género– y sobre las redes, con miras a determinar una acción profunda sobre el pueblo entero.

Sería, sin embargo, contrario a los principios del empleo de los medios, descuidar la base con el pretexto de que todo se puede esperar de la acción de los Mil y de los Cien que constituyen la cabeza. Como la acción debe ensayarse en todos los flancos a la vez y con las formas más variadas, debe también emprenderse y proseguirse la formación doctrinal popular.

La base humana tiene la fuerza que le da su número. Pero sus guías sólo pueden utilizarla si está instruída, pasablemente formada y si es coherente. Sólo así puede comprender las razones de sus jefes de fila y actuar en el espíritu de las directivas recibidas. Se convierte entonces en militante, aún cuando cada uno de los individuos que la componen no militen constantemente. A través de su aprobación libre y razonada consagra la legitimidad de la acción contrarrevolucionaria en sus fines políticos a nivel nacional.

Es muy posible, en razón de la carencia de "élites" en ciertas épocas, que gracias a la acción sobre la base se llegue a desprender de ésta una primer élite auténtica que descubrirá, constituirá y hará marchar a los Mil. No se excluye que la "tropa" pueda por sí misma descubrir y designar a sus jefes. Así hicieron los Vandeanos que llegaron a amenazar a ciertos nobles en sus castillos para obligarlos a ponerse a su frente. (Para ellos entraba dentro del orden natural de las cosas que sus jefes tradicionales los dirigieran en el combate).

El deber primordial de hacer conocer la verdad a todos los hombres está compensado por la contribución activa que así pueden aportar hasta los hombres más humildes.

147 La base humana sobre la que se apoyará la acción contrarrevolucionaria debe ser instruida desde el comienzo y sin esto no valdrá nada en manos de quienes la guíen en la acción.

Esa base humana contrarrevolucionaria encuentra en la doctrina los elementos que aseguran su comunidad de espíritu y su unidad de acción. Un revolucionario escucha voces de orden que pueden ser contrarias a las de la víspera: no trata de comprender. Cualquier Contrarrevolucionario, por el contrario, sabe exactamente lo que pueden decirle sus jefes: la verdad de mañana será la misma de hoy.

En consecuencia esa presencia de la doctrina compensa en gran parte la dificultad del ejercicio del mando humano.

Un jefe y una dirección de mando son aconsejables. En período de crisis deben poder concretarse en algunos hombres. En un período "normal" no son absolutamente indispensables para informar al pueblo y orientarlo hacia la Contrarrevolución. Una tropa instruída, en efecto, puede ser formada por instructores calificados sin la presencia de aquellos que la encuadrarán en el combate.

En todo momento, a pesar de la evolución de las circunstancias, a pesar de la incertidumbre de poder garantizar siempre ese encuadramiento tan deseable, está ahí la doctrina para asegurar la unidad de mando.

C No dejar librada la opinión pública únicamente a la influencia revolucionaria. A falta de formar, informar a la masa.

148 Lo que llamamos opinión pública sólo responde muy poco a un esfuerzo mental del pueblo. Esta opinión no se forja forzosamente a partir de un juicio que tome como base ciertos valores morales. Se forma a partir de "razones" –verdaderas o falsas– que se proponen al pueblo y que se ajustan a presiones ejercidas para influenciar a la masa. Con frecuencia no es sino el reflejo de argumentos más o menos exactos a los que se da relieve a través de medios artificiales.

Esta opinión pública es muy influenciable; se la puede orientar muy fácilmente en uno u otro sentido; es versátil. Si se tienen los medios de que dispone el gobierno –prensa, radio, televisión, manifestaciones organizadas– sólo son necesarios algunos días de campaña bien orquestada para movilizarla.

No obstante, en razón de su poder de masa, la opinión pública puede ser determinante si se dan ciertas condiciones. No es posible, pues, abandonarla a la influencia de la Revolución, porque si la presión revolucionaria se ejerce sola sobre millones y millones de hombres, bastará un período de crisis para que algunos individuos decididos, astutos y sin escrúpulos, impongan el régimen político de su elección.

Después ya no podría contarse, durante mucho tiempo, con una influencia apreciable sobre la opinión pública porque todos los procedimientos revolucionarios –hasta el terror– contribuirían a reforzar la posición del "poder establecido".

149 La masa, a secas, la masa como número, sin embargo no es desdeñable. De ella puede surgir una base simpatizante más vasta; y ella representa, en parte, la opinión de la nación.

La acción capilar efectuada por los Contrarrevolucionarios llega hasta los elementos de esa masa; sin embargo sólo los toca lentamente, individuo por individuo. Método seguro y de durables resultados, pero no podríamos esperar contrarrestar el ascendiente revolucionario sobre la masa si fuera preciso actuar sobre los hombres uno por uno. Son necesarios, pues, procedimientos más generales que se dirijan a la *multitud* de hombres que deben ser informados.

En tiempos normales, resultan utilizables los medios que producen grandes efectos: periódicos, radios, films, concentraciones, etcétera. Pero cuando la Revolución controla un régimen, esos medios casi no son posibles, por lo menos con la amplitud conveniente.

La Contrarrevolución, en particular, sabe muy bien que todas las facilidades para poder expresarse le son retiradas. En torno a ella se hace *la conspiración del silencio*: todos los organismos de información tienen la consigna de callar...[1]

Quedan, afortunadamente, posibilidades. Por cierto que no tienen el rendimiento de los grandes medios pero, en compensación, tienen la ventaja de movilizar, en forma artesanal, la buena voluntad actuante de miles de individuos.

Es, una vez más, la estructuración de las redes la que permitirá poner en acto esas posibilidades. A través de ella, la información contrarrevolucionaria podrá continuar instalándose en el pueblo; dará un sostén psicológico indispensable a los simpatizantes; conducirá a los otros a plantearse preguntas; y, cuando se ha despertado el interés, ya tienen el camino preparado las explicaciones posteriores.

Es evidente que se habrá transpuesto un hito cuando el hombre de la calle se pregunte: "¿Pero qué es la Revolución? ¿Y la Contrarrevolución? ¿Y el orden natural? Porque en muchos países sólo hay un hombre entre mil que sea capaz de responder.

Cuando, a falta de estar formada, la opinión pública sea objetivamente informada acerca de este tema, se habrá aplicado ya un duro golpe a la Revolución.

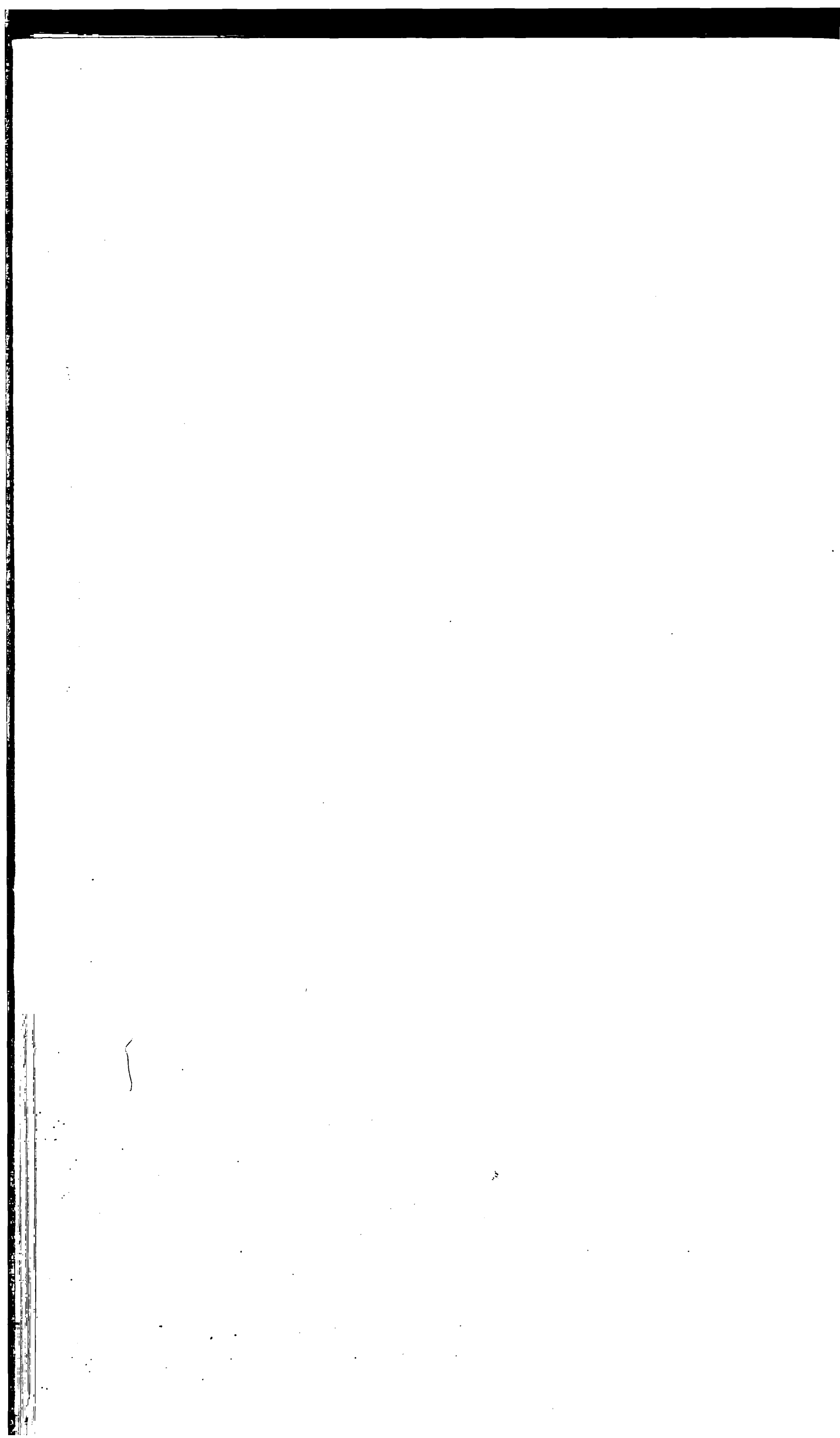
NOTAS

1. "Cuando él (el revolucionario) se encuentra con un adversario que lo enfrenta con firmeza y valentía, se calla y organiza *la conspiración del silencio*. Un silencio en el que se percibe el discreto rumor de la calumnia o algunos murmullos contra "el exceso de lógica" del adversario, es cierto; pero un silencio vergonzoso y confuso nunca roto por ninguna réplica valiente".

–*Plinio Correa de Oliveira: Revolución y Contrarrevolución.*

TERCERA PARTE

EL "INSTRUMENTO": COMPONENTE DE LA ACCION



CAPITULO XII

LA JERARQUIA DE LOS INSTRUMENTOS SEGUN SU VERDADERO VALOR.

150 *El instrumento*, componente de la acción, designa todo aquello que el hombre puede tener a su disposición, ya sea un medio material o espiritual, un procedimiento, una técnica, una organización, un método, etcétera, con miras al *fin* buscado.

A. Diversos valores de los instrumentos posibles. "Colocar lo de arriba, arriba"

151 Ya que, bajo pena de contradicción, los medios utilizados para un *fin* deben ser conformes con ese *fin*, ciertos *instrumentos* son posibles y otros prohibidos en razón de ese *fin*. Estos últimos son los medios y procedimientos de esencia revolucionaria que se oponen, pues, a la ley moral y, de manera más general, que contrarían el orden natural.

Entre los *instrumentos* posibles, unos tienen un rendimiento poderoso, otros son poco rentables. Además, algunos son de elevado nivel porque se dirigen a la razón y al espíritu y, otros, quedan en una estimación mediocre.

Para actuar *bien y eficazmente*, es necesaria una justa apreciación del valor de los *instrumentos*. Esa apreciación, evidentemente, no puede establecerse sino teniendo en cuenta los datos del orden natural. En consecuencia, aquello que es más elevado según ese orden debe permanecer por encima de lo que es inferior o secundario.

Por esta razón, además, el *fin* debe ser considerado en primer lugar y los *medios* deben subordinarse a ese fin. De esta manera, el

hombre está antes que el *instrumento* que emplea. Por eso, también, la sociedad es un *medio* a disposición del *hombre* –y no el hombre un instrumento explotable por la sociedad– etcétera.

Es una regla general: Es preciso *enganchar las cosas por la parte de arriba. Colocar lo de arriba, arriba.*

Entonces, de arriba hasta abajo, todo se encuentra en su verdadero lugar.

152 En consideración al fin perseguido, un *instrumento* adquiere todo su valor según la forma en que es utilizado. Una jerarquía de los *instrumentos* no puede establecerse, pues, sino se tiene en cuenta aquello que, en su empleo, concurre más seguramente y con mayor eficacia a la obtención del *fin*.

Al respecto, para "colocar lo de arriba, arriba", hace falta reconocer la preeminencia de los medios que se dirigen a la razón sobre aquellos que se dirigen al sentimiento:

La sensibilidad de un auditorio, la emoción creada por una brillante perorata, dan con frecuencia la impresión de un éxito inmediato. Pero ese éxito es efímero. Si se presenta otro buen orador que emociona y le "habla al vientre", suscitará una conmoción psicológica análoga a la primera, mientras que un razonamiento que se dirige a la inteligencia, que demuestra y convence, puede arrancar una adhesión definitiva.

Es muy corriente el ejemplo de esas reuniones públicas y contradictorias en las que la asamblea oscila de una tendencia a otra sin lograr determinarse porque es requerida por emociones contrarias sin que se le demuestre nada.

Es fácil sacudir los nervios del oyente o del espectador apelando a la pasión o a la violencia, al temor o al orgullo. Las fuerzas emocionales así despertadas velan la clara visión de las cosas e impiden juzgar en función de los verdaderos valores. Por eso crean un clima psicológico propicio para el revolucionario.

La emoción, no obstante, no debe rechazarse; pero sólo tiene un efecto positivo y durable cuando se convierte en el complemento de un lenguaje que se dirige a la razón.

La razón y los sentimientos, el alma y el cuerpo, *todo* debe ser requerido, pero sabiendo apreciar los *instrumentos* a emplear y siguiendo el orden de su jerarquía natural.

B ¡Llegar a todo el hombre, pero... en orden! Colocar lo espectacular en su lugar.

153 La acción contrarrevolucionaria no renuncia a ninguno de los medios posibles. Quiere utilizarlos todos porque apela a todo el hombre y quiere ganarlo en todos los aspectos de su persona moral y física. El hombre es accesible en todo momento: cuando trabaja o se distrae, cuando actúa como padre de familia o como hombre público y aún cuando está perdido en la masa.

No obstante esa masa, conjunto humano que carece de una facultad propia de razonamiento, es fácilmente conmovida por efectos espectaculares que impresionan el oído, la vista o la imaginación, mientras que el hombre, elemento racional de esa masa, necesita argumentos convincentes.

Si solamente lo "espectacular" es utilizado, su valor de persuasión es prácticamente nulo. Así, una emisión radiofónica imprevista –una emisión "pirata" dirían algunos– podrá colmar de estupefacción los espíritus y desencadenar vítores, pero su efecto profundo y durable sólo residirá en los argumentos importantes que puedan haber sido retenidos, es decir, muy poca cosa en general.

De la misma manera podríamos imaginar que haremos aparecer, en el cielo y en los muros de las grandes ciudades, expresiones de estilo publicitario en favor de un movimiento contrarrevolucionario. Pero el hombre sensato no puede encontrar en eso ninguna razón válida para adherir a la Contrarrevolución, y no importa que cualquier organismo revolucionario pueda hacer lo mismo ya que sólo se trata de una cuestión de dinero a disposición de algunos audaces.

Lo *prestigioso* se sitúa mucho más alto si el prestigio toma su esplendor en la afirmación de los *verdaderos* valores. Así, el éxito de un congreso de importancia internacional no es forzosamente espectacular, pero puede constituir un acto prestigioso.

En cambio, conocemos muy bien las ofensas contra el Hombre y contra los pueblos que pueden producir ciertas "políticas de *prestigio*". En cuanto a los llamados gastos de prestigio indican con mucha frecuencia la misma sinrazón que pretende justificar ciertas "razones de Estado". Es un testimonio de impotencia exigir al dinero "comprar" el prestigio que se ha sido incapaz de hacer nacer por vías normales y sólidas razones.

La gente, atraída por un "espectáculo" o por un "prestigio" de mala ley, puede plantearse problemas –o aún aplaudir– pero no por eso irá a trabajar junto a aquellos que se manifiestan ruidosamente ante la atención pública.

Los españoles, los italianos, los irlandeses, los canadienses, los franceses y todos los demás, dicen que la mentalidad de sus compatriotas es muy particular y que necesita efectos impresionantes. Cada uno se cree un caso especial y cada uno, sin embargo, pide lo mismo que los otros: el uso de lo espectacular, de la fuerza, "para, dicen ellos, despertar los espíritus, recordar a los mejores sus deberes y convencer a los pesimistas de que todo no está perdido". ¡Todos quieren atraer a una cierta clientela proponiéndole cosas que hagan "boom"! Despertarán, en efecto, cierto activismo, cosa que resulta infantil en todos los países del mundo y comprobarán muy pronto que una multitud de gente dirá que es de los de ellos, pero no por su doctrina sino por el pretexto que le han dado a cada uno de permitirse su pequeño "boom" particular.

Algunos dicen que su fuerza es real y su acción conocida. Al escucharlos parecería que sólo hiciese falta una nada (que haga cierto ruido) para obligar al pueblo a tomar conciencia. ¿Cómo se explica entonces que aún no hayan alcanzado ese resultado? No cabe duda de que su acción presenta alguna laguna si el pueblo no ha respondido y sería muy imprudente esperar que una fuerza mecánica o una gruesa suma de dinero reemplazara a una fuerza de persuasión que ha demostrado ser insuficiente.

Es un error frecuente creer que en materia política, para hacer conocer algo, ¡"lo esencial es que se hable, bien *o mal*, pero que se hable! ".

Para justificar esta opinión algunas personas dicen que es una manera de romper la *conspiración del silencio*, que es la primera táctica que usa la Revolución contra sus adversarios. Pero si se justifica que "lo esencial es que se hable", deberá justificarse el empleo de lo espectacular "por sí mismo" y no se estará muy lejos, entonces, de querer justificar en razón de su fin ¡el empleo de cualquier medio!

Pretender "hacer conocer" la Contrarrevolución por semejantes métodos, revela un espíritu desvirtuado, y ese es el caso, especialmente, de aquellos que en esto sólo ven un trampolín político utilizable para fines sobre todo personales. A estos, evidentemente,

poco les importará que pueda hablarse *mal* de la Contrarrevolución.

Es cierto que a veces llegaremos a regocijarnos de los excesos que los revolucionarios proferirán acerca de la Contrarrevolución porque su designio malevolente no escapará a la categoría de hombres de buena fe que tratamos de convencer. Pero, en general, debe reconocerse que cualquier razón que justifique realmente alguna *desaprobación* es contraria al fin buscado porque éste quiere obtener la *aprobación* de los hombres.

154 Algunos actos sólo son accidentalmente espectaculares. Esto ocurre, en particular, cuando la firmeza de una actitud conduce a tomas de posición públicamente manifestadas.

Por eso para un hombre, oponerse física, ostensiblemente a la inmoralidad y a la subversión siempre será meritorio si las consecuencias prácticas de su comportamiento no desembocan en resultados opuestos al buscado. Es preferible agregar al coraje personal, la inteligencia de una acción coordinada con la de muchos otros. Porque lo que era espectacular cuando sólo se trataba de un hombre, se vuelve entonces expresión de una voluntad colectiva y esta expresión se legitimará tanto más en razón de que estará en condiciones de dictar su conducta a una autoridad decadente, con miras a hacer respetar la ley moral o a combatir el error.

Se puede señalar, como ejemplo, la reacción de fuerza en extremo valerosa de católicos que se oponen a conferencias de inspiración progresista en los locales parroquiales de ciertos curas de espíritu descarriado. Estas acciones tienen valor porque, más allá de lo espectacular a lo que ocasionalmente pueden dar lugar, en primer lugar se dirigen dentro del orden, a los espíritus y a los corazones.

Si, pues, lo espectacular no está excluído sistemáticamente, sin embargo su empleo no puede ser considerado como un medio inicial y corriente, apto para forjar un verdadero poder de convicción. Por el contrario, si los *instrumentos* son utilizados cuidando su orden y su respectivo valor, alcanzarán a todo el hombre, y la suma de personas de calidad adquiridas, de este modo, definitivamente para la causa, representará tal fuerza que podrá permitirse manifestaciones en las que el coraje moral y físico de cada una de ellas podrá holgadamente demostrarse.

Desde ese momento ya no será útil buscar lo espectacular por sí mismo. Ese aspecto secundario –pero no despreciable– se ofrecerá con la mayor frecuencia por añadidura.

C Valor y peligros de la llamada acción psicológica.

155 La acción contrarrevolucionaria, cuando se trata de hacer comprender y de convencer, toma ciertos aspectos de lo que comúnmente se llama acción psicológica, que aparece, efectivamente, como uno de los instrumentos posibles. Pero, como todos los *instrumentos*, esta acción toma su valor de la forma en que es utilizada.

Si recurre únicamente a la sugestión, a la repetición, a la obsesión, a la emoción o a la pasión, entonces llega a forzar las conciencias sin haberlas convencido. Es una violación al espíritu.

Por eso la acción psicológica es inaceptable si nos atenemos a cierta definición (americana) que autoriza todas las prácticas: "empleo planificado de la propaganda y de otros medios con el fin de influenciar las opiniones, las emociones, las actitudes y el comportamiento de los grupos humanos". [1]

Así, aunque para numerosos periódicos el único fin a alcanzar sea puramente comercial y financiero, no por eso deja de ser un hecho la acción psicológica realizada por la prensa que, con mucha frecuencia, es excepcionalmente nociva. Porque, mientras que la prensa debería tener como preocupación esencial informar *objetivamente* a sus lectores, en la práctica se transforma muchas veces en un verdadero agente de la propaganda revolucionaria que sirve al poder establecido y, además, para vender el máximo de papel, no hesita en publicar aquello que por cualquier medio pueda seducir al público.

Entre esos medios, uno de los más seguros consiste en buscar el schock psicológico. Muchos periodistas no tienen necesidad de estar convencidos de lo que escriben. Lo esencial es sorprender al lector proponiéndole algo "asombroso". En cuanto a la masa, basta empaparla de temas que producen entradas: la vida privada de las vedettes, lo pintoresco del "medio", los escándalos pasionales, etcétera.

Esa es la base de una acción psicológica destinada a embrutecer a un pueblo.

Sin embargo, una acción psicológica sana puede esclarecer, informar e instruir. Deja al hombre su libre albedrío porque se lo incita a determinarse con conocimiento de causa. Ella produce,

pues, una adhesión razonada, apuntalada por argumentos y basada sobre auténticos valores.

¡Está muy lejos de los reflejos condicionados por motivaciones más o menos animales!

156 Algunas personas dicen que la expresión "acción psicológica" es esencialmente revolucionaria y ello implicaría creer que la acción psicológica no está permitida. De esta manera se refuerza una suerte de complejo generalizado de "mala conciencia" que la Revolución logra suscitar entre hombres honestos para reservarse el beneficio de campos de acción particularmente preciosos. ¡Podríamos asombrarnos de que esos hombres osen, entonces, hablar y escribir, porque esas simples acciones son de orden psicológico!

Para la acción contrarrevolucionaria se trata, en los hechos, de la aplicación de la ciencia psicológica para convencer los espíritus y conquistar los corazones. En lo referente al valor del procedimiento, se encuentra en la misma acción psicológica como también lo está, por ejemplo, en la acción balística. Existe una acción psicológica revolucionaria, como existe una acción balística criminal cuando utiliza un proyectil para asesinar a alguien. También existe una acción psicológica contrarrevolucionaria así como hay una acción balística salvadora cuando ella emplea un cañón lanza-cabos para salvar a los hombres.

Una acción psicológica bien efectuada se basa sobre un profundo conocimiento del ser humano y esto motiva estudios y supone hombres que lleguen a especializarse en el problema. Un ejemplo simple, voluntariamente tomado de los revolucionarios porque en sí mismo no tiene nada de inmoral, puede que haga reflexionar acerca del necesario esfuerzo a realizar para aplicar la psicología a la acción.

Muchos se regocijan ante ciertas publicaciones panfletarias o discos que ridiculizan las pequeñas extravagancias de ciertas personalidades actuales y se asombran de que no se las prohiba. Pero los psicólogos revolucionarios saben que siempre fue un buen remedio dar válvulas de escape a los malos humores *cuando no se tiene la intención de remediar sus causas.* ¡Así, los motivos serios para rebelarse contra la política de esas personalidades, se olvidan en razón de la satisfacción de una pequeña venganza sin alcances!

Sería suficiente pensarlo, pero haría falta ver el *sentido* de la acción psicológica.

Es más fácil denigrar esta acción –cuyo campo de aplicación es asombrosamente vasto– que admitir el esfuerzo de la inteligencia y el trabajo necesario para utilizar este *"instrumento" honestamente y a fondo.*

NOTAS

1. En oposición a esta concepción de la acción psicológica puede mencionarse la que fue adoptada por algunos hombres, civiles y militares, en Argelia en 1957-1958. Para convencer los espíritus y ganar los corazones, esos hombres buscaron las bases fundamentales sobre las que podían apoyar su acción y encontraron que, para salvar nuestra civilización cristiana, era preciso remontarse hasta Dios. (Cf.: *Notre Doctrine face au communisme, em 8, SDRR, Lyon).*

Su acción psicológica produjo rápidamente sus frutos y finalmente los hombres tuvieron la posibilidad de comprender el sentido de la guerra que se les hacía realizar. Pero a partir del 16 de setiembre de 1959 (fecha decisiva en el renunciamiento que dejaría a Argelia librada a la Revolución) esa acción psicológica que atacaba la base misma del problema y... al marxismo, se encontró expuesta a todas las calumnias.

Aunque se evite apreciar si hubo relación de causa a efecto, hubiera sido fácil comprobar sin embargo que, casi de la noche a la mañana, la difusión de folletos como "*El derecho natural, fundamento de toda civilización y salvaguarda del hombre libre*" cesó, se disolvieron las oficinas de acción psicológica y los ciclos de estudio acerca de la guerra subversiva fueron borrados de los programas de ciertos cursos militares.

CAPITULO XIII

INSTRUMENTOS DE LA ACCION DIRECTA
(auditivos, visuales, audio-visuales)

A Superioridad de los encuentros. Buscarles formas variadas con efectos complementarios. "Dar su máximo".

157 La acción directa es la que se ejerce *de hombre a hombre*[1]
Para dirigirse *directamente* a los hombres es preciso llegar al oído o a la vista, recurrir pues, a los medios auditivos, visuales o audio-visuales.

Esos medios *permiten* una acción directa. No obstante, una acción no es "directa" por el solo hecho de recurrir al oído o a la vista. Así un volante (medio visual) o una banda magnetofónica (medio auditivo) sólo son *intermediarios* al igual que el alfabeto Braille (medio táctil) utilizado por los ciegos. En rigor sólo se podría hablar de acción directa con respecto a escritos o grabaciones, si se tratara de cartas personales o de emisiones grabadas por un corresponsal determinado para un destinatario determinado.

Sin embargo, aunque por esos medios no hay acción directa de hombre a hombre, todos esos *instrumentos* facilitan la transmisión directa del pensamiento contrarrevolucionario. Desgraciadamente no todos están en disponibilidad porque algunos exigen recursos seguros y otros, como la televisión, pueden estar lejos del alcance inmediato. Estamos, pues, obligados a elegir los instrumentos que den mejor rendimiento entre aquellos que estén al alcance de las posibilidades reales.

158 Para convencer a los hombres, para formarlos, para llevarlos a la acción y para "realizar", nada es superior a los contactos personales, a los encuentros que además tienen la ventaja de hacer

jugar a la vez los medios auditivos y los medios visuales permitiendo el mayor rendimiento posible; directamente de hombre a hombre, hablando y mirando, escuchando y viendo.

El contacto directo da ocasión de descubrir aquello que realmente puede pensar un hombre, aquello a lo que aspira, lo que no capta, lo que le molesta. Media hora de explicaciones puede esclarecer una situación o una actitud incomprensible durante meses.

La discusión permite la réplica. En un mínimo de tiempo se exponen las afirmaciones y las objeciones con el fuego o los matices que precisan el pensamiento. Además, a medida que prosigue la conversación, se revela el espíritu y el carácter de los individuos.

Encontrarse es la mejor forma de comprenderse y de conocerse.

159 a) La discusión entre varios, la instrucción en reuniones íntimas, el trabajo en células, los círculos de estudio, los cursos, las charlas, conferencias, clubes, reuniones de grupos humanos, todo debe utilizarse según las posibilidades, la rentabilidad y las circunstancias.

Pero, para sacar el mayor provecho de esos contactos directos entre hombres, es conveniente determinar la forma de reunión que pueda resultar más afortunada. Porque no todas tienen igual valor según el número o la calidad de las personas a abordar, o según el efecto buscado, o según se trate de un primer contacto, de una reunión de información general, del estudio de un tema preciso, etcétera.

El ambiente creado debe ser propicio para los intercambios de ideas o para persuadir. Conocemos la importancia de las "comidas de negocios". También sabemos que una reunión de más de seis personas en torno a una mesa degenera con frecuencia en palabras tan estériles como animadas, en el curso de las cuales los más tímidos o los más educados no hablan. Por el contrario, si la discusión se dirige con algún rigor, la expresión pierde espontaneidad.

La personalidad de los interlocutores también interviene. La circunspección o el desenfreno de algunos, de diferente educación, instrucción o nivel social, pueden minimizar considerablemente el resultado esperado. Por eso es preciso prever el desenvolvimiento probable del encuentro imaginando las posibles variantes.

Si se trata de personas simples, nada mejor que las pequeñas

pláticas familiares, en las que todo el mundo se sienta cómodo. En ellas deberemos esforzarnos, particularmente, en emplear términos y expresiones que estén al alcance de todos.

No obstante, si las reuniones se limitaran a una audiencia restringida, podrían llegar a crear una suerte de clan entre hombres o grupos. Convendrá, entonces, alternarlas con reuniones más vastas. Pero si se multiplican las fórmulas de reagrupaciones más amplias, esos contactos perderán también su virtud y nuevamente será útil alternarlos con reuniones de carácter más limitado.

La acción contrarrevolucionaria deberá utilizar ambas formas de reuniones: poner en juego las formas más diversas y complementarias en sus efectos.

b) La fórmula clubes, círculos, etcétera, facilita grandemente los encuentros y la información y brinda comodidades para la formación de los hombres. La misión permanente que consiste en "expresar la Contrarrevolución" para convencer y reunir las buenas voluntades, encuentra enormes ventajas en esta fórmula.

Si esos clubes fueron creados con una inspiración contrarrevolucionaria, rápidamente podríamos llegar a considerarlos como redes y ello encierra un peligro cierto. En efecto, aún cuando se tomaren medidas para permitir solamente el acceso a personas de confianza, seguiría siendo inevitable –sin hablar siquiera de la infiltración policial– que, en sociedades de ese tipo, pudiera deslizarse algún hombre con cierto espíritu revolucionario. De todas maneras, además, siempre se encontrarán inconscientes, charlatanes o imprudentes.

Pero, aunque se ejerciera un control que descartara esos peligros, se desembocaría, de cualquier manera, en el error de oficializar realmente la existencia de una red contrarrevolucionaria.

De esa forma de encuentro puede también sacarse provecho, pero de otra manera. Los Contrarrevolucionarios activos y circunspectos deben reconocerse entre ellos y su red estará, así, creada *en el seno del club*.

Si son responsables de la dirección de su círculo pueden, evidentemente, tomar algunas medidas discretas que faciliten, por una parte, la exclusión de los indeseables y, por otra, la orientación ideológica de su grupo. Sin embargo, aunque no sean sino miembros ordinarios del club, su red puede insuflar su espíritu al conjunto. Bastará que la célula que está a la cabeza prevea y dirija la acción

para que los demás miembros de la red constituyan las antenas que lleguen a los otros afiliados.

Además es así como una red ejerce su influencia en cualquier sociedad o agrupación humana.

160 Los contactos directos entre los hombres son ocasiones en el curso de las cuales se develan las cualidades humanas de cada individuo. Esas cualidades adquieren valor si uno se esfuerza en "personalizar" los encuentros, es decir que la personalidad de cada uno pueda encontrar en ellos ocasión de afirmarse, de desenvolverse, de aprovechar al máximo los aportes que unos y otros hacen en esos intercambios humanos.

Aquel que quiere instruir o convencer puede descubrir ahí posibilidades incomparables. Pero debe saber que sus interlocutores esperan algo de él. Podrá conocer perfectamente su tema y tener mil veces razón, pero si no sabe adaptarse a su auditorio —por restringido que sea— decepcionará. En el plano personal, la importancia no es grande; en el plano de la conquista de los espíritus y de los corazones, puede serlo. El encuentro debe por esto prepararse y ser ocasión muy particular de dar el máximo esfuerzo.

B Efecto preeminente de los medios auditivos.

161 Si se trata de un sordo y de un ciego, será este último el que mejor conservará el contacto directo "de hombre a hombre". Gracias a los medios auditivos, el ciego descubre el pensamiento del prójimo, expresa el suyo y puede discutir; se da un auténtico intercambio entre los interlocutores. Por el contrario, el sordo, aunque disponga de medios visuales, permanece separado de los hombres que hablan y esto explica, generalmente, el carácter más taciturno de los sordos que de los ciegos.

La palabra, por sí misma, tiene una fuerza de persuasión que no tiene el texto escrito. Por matizada que sea una frase, cuando se expresa verbalmente surgen matices suplementarios. La sola entonación de la voz permite completar la idea o hacerla comprender mejor indicando asombro, insistencia o duda. A tal punto que un texto sin ninguna ambigüedad puede, a veces, según el espíritu de quien lo pronuncia, tener un sentido completamente deformado.

Sin embargo, el impreso conserva una ventaja: se lo puede dejar y retomar, releerlo y referirse a él. Como instrumento de estudio sigue siendo incomparable.

En el terreno práctico, es preciso señalar que una hora de trabajo sólo permite someter a la vista del corresponsal un texto de cinco o seis páginas, mientras que el mismo tiempo hubiera permitido hacerle escuchar el contenido de veinte a treinta páginas.

La banda magnetofónica es un intermediario de extraordinario valor entre lo auditivo puro y el contacto personal entre seres humanos. Presenta además la ventaja de poder ser reescuchada como se relee un libro. Diez amigos reunidos imprevistamente pueden escuchar a un hombre que tal vez conocen y que se dirige a ellos para decirles en una hora, y de una manera totalmente personal, lo que tal vez no hubiera podido expresarse por escrito en ocho horas.

En fin, como nada está excluído a priori, la televisión tiene un campo de influencia mucho más grande aún, y la presencia del personaje se hace sentir tan vivamente que han llegado a comprobarse efectos hipnóticos en los telespectadores.

Si se combina lo auditivo y lo visual, es muy amplia la elección entre todos esos medios, desde la carta personal hasta la conferencia, desde el volante hasta el panel de fotos, desde el curso para cuadros hasta el cineclub, desde la música hasta el periódico.

Lo importante es saber que nada vale tanto como el contacto directo y que, entre dos medios, auditivo o visual, que lleguen a las mismas personas durante igual tiempo, el auditivo es más completo, más eficaz y de un rendimiento muy superior.

NOTAS

1. La acción directa ya fue tratada en el parágrafo 85: "La acción contrarrevolucionaria se efectúa de hombre a hombre. No confundir información y acción".

CAPITULO XIV

EL INSTRUMENTO "DINERO"

A Encontrar dinero: un deber.

162 El dinero es el *instrumento* más polivalente y más flexible que existe. Facilita la obtención de los medios materiales necesarios y puede, de esa manera, hacer ganar mucho tiempo. Además permite poner a las personas a trabajar sin tener que pedirles –de ahí en más– un esfuerzo financiero especial que, a la larga, podría representar para ellas una pesada imposición.

Cuando se dispone de dinero pueden, fácilmente, establecerse previsiones con respecto a la conducción de la acción y ésta puede ser impulsada con mayor seguridad. Finalmente, el dinero es la reserva gracias a la cual los acontecimientos adversos no adquieren forzosamente caracteres de catástrofe.

La Contrarrevolución será siempre pobre, dicen. La frase es exacta en el sentido de que la Contrarrevolución jamás tendrá a su inmediata disposición, el dinero que precisaría para hacer frente a su tarea aparentemente desmesurada. Para aquél que se espante ante semejante desproporción entre el fin a alcanzar y los medios que se poseen y dude en comprometerse en la acción, al comparar lo que puede hacer y lo que querría hacer, existen no obstante seguridades. Basta, en primer lugar, respetar las reglas que impone esta aparente pobreza, y además, hace falta saber que los medios financieros pueden llegar, con la condición de buscarlos en forma conveniente.

B El dinero sirve de regulador de la acción, pero la falta de dinero no restringe los límites de la acción.

163 En primer lugar, *arrancar modestamente es marchar con*

toda seguridad. Basta que el primer paso sea "tan grande como sea posible pero tan pequeño como sea necesario". Así vemos a veces a algunas personas reunirse para volver a copiar tres páginas y mandarla, cada una, a tres destinatarios; de esta manera la gelatina copiativa reaparece como una invención moderna para aquellos que pensaban que nada podía hacerse sin comenzar por comprar una máquina.

Así como el dinero es indispensable para dar las mayores posibilidades de productividad a la acción, sin embargo puede actuarse lo mismo si no se lo tiene. Mucha fe para convencer al prójimo será suficiente para arrancar aunque ni siquiera se puedan comprar algunas estampillas o los boletos de ómnibus que, con frecuencia, representan los primeros gastos de la acción.

La pobreza agudiza el ingenio. Fuerza a buscar aquellas fórmulas que siendo las menos costosas tienen el más alto rendimiento.

Es, además, un seguro en los períodos difíciles porque cuando es menester permanentemente adaptar lo deseable a lo que solamente es posible, se corren pocos riesgos de cometer groseras imprudencias.

Si se conservan estas disposiciones de espíritu, el dinero se convierte en el regulador que asegura el equilibrio entre la prudencia que incita a la acción y la prudencia-temor.

El establecimiento de un presupuesto con mucha justeza y que prevea los convenientes márgenes de seguridad también ayuda a que no haya lugar para las inquietudes paralizantes, porque por una parte no se preocupa por la realización de beneficios y, por otra, la acción a encarar está calculada de manera que no exija medios que sobrepasen las posibilidades previsibles.

164 Se cree frecuentemente poder contar con hombres que dan muestras de su abnegación y aún, dada la ocasión, de entrega. Pero cuando ocurre que tras un período favorable, la adversidad obliga a privarlos de las facilidades que se había tomado el hábito de consentirles, entonces se devela su verdadera naturaleza y nos damos cuenta frecuentemente de que sólo esas facilidades –con la perspectiva de futuras ventajas– los retenían.

Los tibios se alejan, los simuladores huyen. Se corría, pues, el riesgo de comprometerse en una acción sin tener los hombres moralmente calificados para llevarla a término. El dinero, felizmente

—o la falta de dinero— restablece la acción previsible en sus dimensiones exactamente posibles.

Arrancar pobremente es una suerte —una gracia— que sobrepasa en valor a todas las riquezas futuras porque todo aquello que se hubiera arrastrado junto a sí durante años antes de percibir que era posible, en un momento crítico, que nos abandonase o traicionase, todo lo que es falso, dudoso o solamente incierto, todo queda descartado de la manera más radical. Entonces, desde el comienzo, se construye con hombres y con medios que no fallarán.

La pobreza inicial es una garantía de seguridad para la solidez de las realizaciones futuras.

Es tan normal que una acción contrarrevolucionaria parta de "cero" que siempre podremos extrañarnos e inquietarnos cuando esa acción pueda en alguna parte disponer, de entrada, de medios holgados. No se excluye la hipótesis, pero siempre podrá sospecharse si los beneficiarios de tales medios no han caído en una atrayente trampa montada por el adversario. De todas maneras como no habrán podido evitar, desde el comienzo, las innumerables emboscadas tendidas a su paso, puede temerse que descarrien una acción repentinamente importante con combinaciones que llevan a las peores desviaciones o que terminan en espectaculares caídas.

165 Aunque sea necesario encontrar dinero, no es una paradoja decir que, para la acción general y común conducida con espíritu contrarrevolucionario, la pobreza es una preciosa ocasión de progreso.

En efecto, el hecho de no tener los medios necesarios obliga a buscar a las personas que pueden proveerlo. Esas personas deben ser ganadas para la causa; deben, pues, ser informadas y convencidas. Es preciso hacerles aceptar la verdad antes de pedirles su participación y sus medios. De esta suerte, la pobreza fuerza a ese trabajo esencial de la acción contrarrevolucionaria que es el proselitismo y aún el apostolado.

En cambio, desde que se dispone de medios, se olvida fácilmente esta misión primera. Se explotan las posibilidades prácticas —los "mimeógrafos" zumban— y se cae rápidamente en los defectos de esas organizaciones que creen hacer un trabajo en profundidad mientras que sus medios materiales sólo obtienen un resultado tan superficial como extenso.

En la mayoría de los casos es nocivo comprometer fondos para establecer medios u organismos que ya existen. Es preciso convencer a los hombres para que hagan participar a esos organismos en pro de las necesidades de la acción contrarrevolucionaria (además es así como se pone a trabajar al mayor número de gente). El dinero disponible no debe servir sino para obtener lo que los demás hombres no pueden dar o pagar: por ejemplo un pasaje o los gastos de un viaje inmediatamente necesario. Pero utilizar el dinero para montar, por ejemplo, una suerte de agencia de informaciones o de noticias en beneficio de la acción, sería un error. En efecto, si las noticias son indispensables, no es sin embargo admisible que el éxito de la acción contrarrevolucionaria se subordine a la condición de poder cubrir los gastos de una agencia de ese tipo. Esa concepción caería en las irregularidades que presentan todas las organizaciones artificiales.

La verdadera solución, por regla general, no consiste, pues, en pagar informantes o permanentes encargados de reunir noticias, sino en descubrir y traer a la causa contrarrevolucionaria a los hombres –y especialmente a los especialistas o profesionales de la información– que con toda naturalidad podrán aportar su participación en ese dominio.

El dinero podrá procurar resultados inmediatos y concretos de los que con frecuencia nos felicitaremos, mientras que corrientemente habría que desconsolarse cuando su mal empleo sólo conduce a una solución engañosa y elimina la acción verdaderamente provechosa: aquella que se ejerce de hombre a hombre y que requiere el compromiso de todos.

Aún cuando se adquieran facilidades, es también indispensable conservar el espíritu de pobreza. Comprar algo sin verdadera necesidad priva de tener que solicitarlo. Así se eliminan razones que podrían haber impulsado un esfuerzo particular para llevar a la Contrarrevolución a aquellos que podrían aportar su ayuda o suministrar sus medios. Además, la acción en los niveles más elevados se encuentra privada de recursos que podrían haberle sido reservados y por cuya falta, ciertas empresas a nivel nacional e internacional, no podrán ser llevadas a buen término.

166 Es posible que los medios financieros –materiales– en busca de los que se suspiró durante mucho tiempo, lleguen cuando la tarea que hubieren facilitado esté prácticamente terminada. Para

no desconsolarse será suficiente pensar en todos los hombres que fueron ganados y puestos a trabajar para superar las dificultades. Porque ello representa la ganancia más preciosa de la Contrarrevolución y si no se siente esa satisfacción es porque la acción ha sido mal comprendida.

167 La necesidad de convencer, la manera de efectuar la acción, la forma de obtener y de emplear los recursos, todo se encuentra lógica y coherentemente en los dictados de la doctrina. Ahí está la mejor respuesta para aquellos para los que nada es posible si, desde el comienzo, no se tienen medios.

Ellos, en efecto, necesitan muchos medios financieros o materiales porque les faltan los medios espirituales iniciales que, por su fuerza de convicción, son suficientes para conquistar todos los *instrumentos* necesarios.

C. El dinero a dar: deber de todos.

168 Para encontrar dinero es preciso curar la ignorancia de aquellos que *deberían* dar y no tienen la idea de participar por ese medio –no más que por otro– en la acción contrarrevolucionaria. Esas personas, en razón de sus convicciones, *deberían* prever en su presupuesto un porcentaje honesto para contribuir en un esfuerzo político y social que se ejerce en la orientación que comparten.

Es preciso, también, vencer la incomprensión de aquellos que *podrían* dar, que dan, aquí y allá, de tiempo en tiempo, para desembarazarse de un importuno o para acallar su conciencia.

Con frecuencia, algunos darían... *con la condición de...* Por cierto que no siempre la cuestión se plantea tan crudamente; pero ofrecen dinero para que sea empleado de la manera que previamente determinan, sin estar informados de las prioridades a las que debe hacer frente la acción.

Aquellos que, sin ninguna segunda intención, quieren ayudar a la acción contrarrevolucionaria, deben comprender ciertamente que el hecho de imponer una condición a cambio de una donación es con frecuencia querer explotar el esfuerzo contrarrevolucionario para fines que, forzosamente, no son lo que la acción puede inmediatamente perseguir.

Es necesario, pues, *emprender la educación de aquellos que pueden dar*.

Algunos, con seguridad, responderán que ya dan...

¿A quién? ¿Y para qué? ¿Para los pobres? ¿Para los hospitales? ¿Para que las escuelas donde se enseña moral cristiana puedan sobrevivir?

¡Todo eso constituye un deber absoluto! (Por otra parte resultaría curioso comparar las sumas "fabulosas" así dispensadas, con la renta mensual de aquellos que las donan).

¿Y para lo "político" y lo "social" conformes con lo más anhelable, se puede no dar nada? El orden cristiano que quiere establecer la acción contrarrevolucionaria tiene, precisamente, la preocupación por esa caridad cuyo ejercicio sirve de pretexto a algunos para no ayudar a la acción. Ese orden condiciona, además, todo el resto que no puede ser por más tiempo descuidado, y que surge por otra parte igualmente, de la virtud de la caridad: la verdadera libertad de los hombres, la justicia social, la salvaguarda de la nación, de los hombres íntegros ligados a instituciones respetuosas del orden natural... Para todo esto *también* cada hombre tiene el deber de dar.

169 Tres nociones particulares contribuirán a perfeccionar la educación de los que pueden dar:

(Pero será conveniente, antes, recordar a algunas personas que si los hombres tienen *derecho* a la propiedad de sus bienes, ese derecho se legitima por un *deber*: el de usar esa propiedad para contribuir al *bien común*, del que la acción contrarrevolucionaria toma la defensa. Cualquier neglígencia en ese dominio es contraria a la caridad y a la justicia social y contraviene la noción fundamental del *destino universal de los bienes terrestres*.)

a) La acción contrarrevolucionaria, en la medida de lo posible, debe ser sostenida por un aporte *regular* de fondos, seguridad que le permite un desarrollo osado. Esto no excluye las donaciones excepcionales que suelen llegar en los momentos más críticos.

b) Los hombres comprometidos en la acción necesitan la confianza de los que donan, confianza que puede acrecentarse por el cuidado de mostrar a los donantes el razonable empleo dado a su dinero.

c) Una comprensión muy clara debe establecerse entre aquellos que dan y aquellos que actúan. Sus aportes son complementarios y sus respectivos méritos sólo pueden apreciarse por comparación de los esfuerzos *humanos* consentidos.

D Prever los recursos a partir de una base segura: los mismos contrarrevolucionarios, pero todos.

170 Un procedimiento de financiación en beneficio de la acción no puede establecerse sobre bases inciertas. La única base segura en la que los Contrarrevolucionarios pueden tener total confianza, son ellos mismos.

El origen de los recursos debe preverse, pues, a partir de los mismos militantes y podrá extenderse *prudentemente* hasta los simpatizantes. Esos recursos, además, no consisten únicamente en dinero. Comprenden todos los medios materiales que pueden ser necesarios. Pero todo el mundo no tiene estampillas, papel o nafta, mientras que todo el mundo puede dar dinero para comprarlo.

No puede resultar extraño que aquellos que participan en la acción deban contribuir además financieramente. *¡Extraño e ilógico sería creer que la gente que no milita en la acción contrarrevolucionaria se preocupara por sus necesidades!* Puede ser que algo den, pero cualquier día esto les molestará o se olvidarán... ¡así no podrá asegurarse un aporte serio y regular!

Algunos, es cierto, tendrán escrúpulos en pedir una participación en dinero a militantes que, sin reclamar nada, pagan desde hace mucho el precio de los viajes, de la impresión y de la difusión necesaria. Pero precisamente es anormal e injusto que los que aporten los medios sean siempre los mismos. Resultaría equitativo que ellos finalmente pudieran deducir todos esos gastos, que soportan solos, del monto de la contribución voluntaria que se hubieran fijado —como todos los demás— en la honesta medida de sus posibilidades personales.

El espíritu que anima la acción contrarrevolucionaria debe suscitar *todos* los concursos, por pequeños que sean en su aporte, y no respaldarse perezosamente en algunos individuos más generosos o más consagrados.

171 La búsqueda y la utilización de los recursos constituyen un medio a disposición de la acción, como es un medio la organización de la información o la organización de la instrucción.

A nadie se le ocurriría que la información contrarrevolucionaria pueda no ser dispensada por los mismos militantes contrarrevolucionarios que siempre han de estar con las manos en la masa. Ningún ser sensato imaginará que la instrucción contrarrevolucionaria puede quedar librada a la iniciativa de los no-contrarrevolucionarios. De la misma manera, es a los Contrarrevolucionarios, y sólo a ellos, a quienes corresponde asegurar sus medios financieros poniendo la mano en su billetera. Deben quitar de su espíritu, una vez por todas, la creencia de que fuera de los militantes se encontrará gente que, en lugar de ellos, desembolsará de manera cierta y regular.

Si hombres que se dicen inquietos por la Contrarrevolución, estiman que pueden aceptar o rechazar –según su conveniencia– un medio sin embargo eficaz, se puede afirmar que la acción contrarrevolucionaria no sacará ningún provecho de su individualismo. Su importuno estado espiritual se encuentra siempre en aquellos que todo lo quieren hacer... salvo, precisamente, lo que se les pide. Si, en lugar de dinero –que sólo es un medio de cambio para obtener lo necesario– se les pidiera otra cosa igualmente necesaria, ya sea una contribución con algún material, o tiempo, o trabajo, probablemente tendrían una nueva razón para explicar que eso les resulta justamente imposible, pero que, con seguridad, se puede contar con ellos para cualquier otra cosa...

172 La prospección de los recursos puede extenderse a los simpatizantes. Es preciso ensayar con gran prudencia y siempre individualmente. Se debe recordar que, si el militante está formado y ha aceptado definitivamente las directivas hechas para él –porque se considera ligado por un ideal y por un fin–, en cambio el simpatizante sólo representa aún una vaga buena voluntad más o menos instruída que posiblemente conserve una gran parte de indiferencia y de egoísmo.

173 Es menester habituar a *todos* los militantes a realizar el esfuerzo que está a su alcance. Si no, el día que se los despierte para partir en misión, permanecerán en el lecho escuchando cómo los otros –los mismos, siempre los mismos– salen a la calle. Y la

culpa será de sus jefes si esos militantes han terminado por creer que su participación podía limitarse a un consentimiento mental sin contribución práctica.

Esa contribución práctica en forma de donaciones en especies entra en el marco de la formación para la acción; es un aspecto de la disciplina libremente consentida que es preciso obtener.

Constituye una prueba concreta, un test acerca de la medida en la que una red puede ser eficaz en la acción práctica. (Si se nos dice: "Cien personas dependen de mí", preguntemos inmediatamente, de ellas, cuántas contribuyen personalmente o con dinero. Sólo ese número debe tenerse en cuenta. Y si sólo son diez sobre cien es porque no sirve la estructuración de la red.)

Para asegurar a la continuidad de la acción un aporte regular de recursos ciertos, no existe método que se aplique con menor perturbación, con más lógica y naturalidad y con más seguridad, que el que se apoya en los mismos Contrarrevolucionarios y les solicita todo.

Pero si alguno conoce, por ahí, una fórmula más segura, encuentra el Creso gracias al que la acción podrá contar con todos los medios necesarios, o descubre una mina de oro, todo el mundo se alegrará sinceramente.

E Respetar el voluntariado. Regularidad y automatismo para "solicitar a cada uno lo suyo".

174 No se pretenda comprender que la doctrina de acción contrarrevolucionaria exige una contribución financiera. Ninguna doctrina impone ese medio particular.

No; si alguien no quiere pagar, no paga. La regla del *voluntariado* debe ser imperativamente respetada.[1]

En el marco de la acción contrarrevolucionaria, así como no se mendiga, tampoco se fuerza. Solamente se pide una participación en una forma particularmente útil y, cada cual, tiene la libertad –pero también la responsabilidad– de su decisión.

Algunas personas dirán, pero ¿por qué no hacer una colecta y por qué no, de puerta en puerta? Porque esas son fórmulas que no se apoyan en redes sociales naturales. Son artificiales, vulnerables y le dan al adversario una pieza fácil.

Esas fórmulas, no obstante, siguen siendo posibles en circunstancias bien determinadas y cuando el medio y el ambiente han sido preparados a ese efecto. Es el caso, por ejemplo, de kermeses, de ventas de caridad o de reuniones privadas que reúnen a personas que previamente aceptaron esa participación.

Pero, en general, ¿por qué pretender que alguien dé dinero para la acción contrarrevolucionaria si no sabe qué es o si esas no son sus ideas? El recaudador reuniría algunos fondos el primer mes (dados para desembarazarse del pedigüeño) y, el segundo mes o el tercero, será echado posiblemente hasta con la policía a su zaga.

La idea contrarrevolucionaria nada ganará. El procedimiento permitiría, además, a cualquiera que se dijera contrarrevolucionario, hacer otro tanto. Manera muy práctica para los revolucionarios, usando por añadidura la amenaza, de desacreditar la acción contrarrevolucionaria.

Por otra parte ¿quién hará la colecta? ¿Siempre los mismos sacrificados? . En lo referente a la colecta entre los militantes, constituye la puerta abierta a la fantasía y a la incertidumbre con respecto a los resultados. Además no suscita ese carácter de acto personal reflexivo, calculado y que compromete. Asimismo puede acarrear reacciones por parte de vecinos hostiles y, en época de apremios políticos, presenta serios peligros.

175 Una contribución regular solicitada (individualmente) a *todos* los militantes de *todas* las redes (y muy prudentemente extendida a los simpatizantes), es la fórmula verdadera y sólida para asegurar los recursos.

La *regularidad y el automatismo* en la colecta deben garantizar la continuidad indispensable en el sostén de la acción. Las colectas serán fructuosas, fáciles y seguras en la medida que, en intervalos que se respeten celosamente, los mismos individuos tomen contacto siempre con las mismas personas: parientes, amigos o camaradas de su total confianza. Y cada uno de éstos debe hacer lo mismo: *a cada uno los suyos.*

Cuando el carácter *natural* de esas relaciones se deforma, resulta un *artificial* que se venga. Así, ciertas buenas voluntades que querrían hacer demasiado bien, tomarán contacto personalmente con demasiada gente. Cuando lo que deberían hacer es descentralizar sus acciones y poner a cada cual a trabajar, llegarán a pedir

directamente a personas que no conocen bien. Este método, al cabo de dos o tres meses, se habrá convertido en una carga para el solicitante y para los requeridos y, con el menor pretexto, tambaleará toda la organización.

En lugar de hacer funcionar entre ellos los verdaderos lazos humanos, la colecta se habrá transformado en un sistema impersonal rápidamente impopular que justificará el control, recibos, etcétera.[2]

Por el contrario, apoyándose en los lazos sociales reales entre personas que se tienen mutua confianza, cada uno sabe a quién da su dinero y cada uno puede, además, rechazar a cualquier otra persona que se presentara invocando la acción contrarrevolucionaria.

La seguridad y la confianza recíprocas quedan, así, totalmente preservadas.

F La regla del 1% ó ¡"5 minutos por día para la contrarrevolución!"

176 Ninguna regla práctica puede a priori determinar la contribución que cada uno *debería* imponerse por sí mismo.

Pero se puede, imaginando por ejemplo que se adopte la "regla del 1%", tener una idea del sostén que podría aportar el conjunto de contribuciones así recibidas.

En principio no parece que nadie pueda encontrar exagerado dar un porcentaje del uno por ciento (1%) de su salario mensual. Puede señalarse que ese porcentaje corresponde, poco más o menos, a volcar en beneficio de la acción, la remuneración de una media hora de trabajo por semana, o aún de *5 minutos por día.* Es difícil, por regla general, encontrar razones válidas para negar ese mínimo del 1% ó de 5 minutos por día para la contrarrevolución.

La justa adaptación al caso particular de cada uno debería, con frecuencia, hacer aceptar el 1,5% ó el 2%... ¡o más! Es evidente que las fortunas sólidas y las personas que viven holgadamente deben preocuparse por determinar su contribución según la amplitud de sus medios, fijándose a sí mismas una tasa que resuelven respetar. Hay en eso una medida de justicia, una noción de equitativa participación de las cargas en el deber social, que se deja a la estimación de las conciencias.

En cambio, existen casos sociales particularmente delicados que

justifican una participación más débil y hasta puramente simbólica.

Aún los Contrarrevolucionarios que participan materialmente en la acción deben apreciar que la regla común también les es aplicable; así probarán su rechazo a admitir que el conjunto contrarrevolucionario pueda estar escindido en dos categorías: de un lado los que pagan, del otro lado los que actuan...

177 Para ver los posibles resultados de la aplicación de una regla como la del 1%, resulta interesante y muy instructivo hacer un cálculo simple, que aplicaremos por ejemplo a Francia, con cifras voluntariamente muy reducidas.

Si suponemos solamente que veinticinco asalariados por pueblo de 5 a 10.000 habitantes contribuyen para la acción y que solamente hay ocho pueblos de esa importancia, nada más que en sesenta departamentos (en lugar de noventa), serían 12.000 asalariados. Si suponemos un sueldo de 1.000 francos y una participación, en consecuencia de 10 francos, 120.000 francos alimentarán la acción todos los meses.

Cada cual puede tomar el problema como quiera, ya sea a partir de la población de las grandes ciudades, de la cifra media de los "participantes" de un cantón o a partir del número de católicos ("en principio", pues, contrarrevolucionarios). Los resultados del cálculo demostrarán ¡que la acción contrarrevolucionaria debería beneficiarse con decenas de millones por mes y, aún, de centenas!

G *Pagar es "actuar"*

178 Hay personas a las que les produce repugnancia hablar de dinero. Sin embargo, el hecho de pedirlo en nombre de la acción contrarrevolucionaria permite conservar la sonrisa y expresarse suelta y firmemente porque ninguna cuestión personal se vincula con el asunto.

Antes de preocuparse seriamente del problema, algunos afirman que prefieren trabajar en su pequeño grupo "como lo han hecho siempre", es decir, gracias a recursos mínimos pedidos a derecha e izquierda (¡probablemente siempre a los mismos!).

Esa es una concepción estrecha que, con toda seguridad, no hará avanzar con soltura la acción del grupo. Este ha olvidado que debe

tratar de convencer y de conducir a la Contrarrevolución al máximo de personas. ¿Qué acción puede imaginarse si cada grupo, aunque sea valiente y consagrado, se repliega sobre sí mismo y decide actuar solamente en la medida de los medios ya adquiridos? Esto recuerda, en el plano colectivo, la actitud de mucha gente que quiere ser Contrarrevolucionaria... con la condición de que serlo no sobrepase su pequeña contrarrevolución personal.

Además, esta actitud se opone a la solidaridad de la acción del conjunto contrarrevolucionario. Porque ese grupo *debe* participar en la acción común que exige medios y fondos de los que se beneficiará su propia acción.

En cuanto a aquellos que fácilmente dicen que no se hace nada (quizá porque ellos mismos casi no son utilizables en las actividades corrientes), podrán regocijarse de la perspectiva que se les ofrece de actuar en beneficio de la Contrarrevolución, no media hora por semana, o cinco minutos por día, sino tanto como les dicte su voluntad de acción, porque *pagar es "actuar"*.

Esta será también una ocasión para dirigirse a aquellos que se dicen muy apurados: "¿Quieren que la Contrarrevolución vaya más rápido? Es muy fácil. ¡Paguen! ¡Y paguen más! Paguen en la medida de su prisa para ver establecerse la solución contrarrevolucionaria.

179 Pagar es "actuar" en el sentido de que pagar constituye una manera de aportar su contribución a la acción práctica efectuada por otros. Pero esta forma de acción financiera no es contrarrevolucionaria por sí misma porque no se mide con la Revolución y no dispensa de ninguna manera de las otras formas de acción.

Así como todos los Contrarrevolucionarios deben participar en los recursos, así también –es menester no olvidarlo jamás– todos deben "ponerse a trabajar". Sin esto se llega muy rápidamente a la fórmula, muy conocida, de aquellos que se contentan con pagar y siempre encuentran que los que trabajan –y también pagan, además– nunca hacen bastante.

180 Hay mucha gente que dice estar deseosa de actuar "si tuviera la posibilidad". Pero le falta tiempo o no aparecen las ocasiones... El servicio a prestarle consiste, entonces, en sugerirle

que fije por sí misma el tiempo cotidiano mínimo que le parece normal consagrar a la acción y pedirle que transforme ese tiempo en dinero, al precio que tenga su tiempo profesional.

Si hace sus cálculos quizá encuentre que el 2 o el 3% de su respectivo sueldo es muy elevado para su presupuesto. Pero si quiere *realmente* ayudar y verdaderamente no tiene otro medio ¿por qué no realiza horas extras de trabajo y reserva su pago para la Contrarrevolución? ¿Su buena voluntad no da para eso? Entonces se le puede sugerir la concesión de *cinco minutos* de trabajo por día o sea el 1% de su mensualidad...

¿Es mucho aún? ¡Poco importa! Que sean, entonces, dos minutos o un minuto por día –o sea el 4 por 1.000 o el 2 por 1.000– si así queda su conciencia en paz.

Lo esencial es que la participación se convierta en un acto voluntario permanente, un hábito de acción, un verdadero *compromiso.* El estado espiritual así creado es tan importante para el desarrollo de la acción contrarrevolucionaria como el dinero entregado.

Es preciso acorralar a todos aquellos que se dicen contrarrevolucionarios para que fijen por sí mismos un mínimo que se *comprometan* a entregar regularmente.

¡Y que no crean que alguien tiene el deber de recordárselo! Son ellos los que deben pensarlo y realizar el primer gesto. Si no, ya no son contrarrevolucionarios, como no son auxiliares los que dan su óbolo a la Cruz Roja cuando, por azar, encuentran a las enfermeras que hacen la colecta.

H. Buscar con insistencia las ayudas excepcionales.

181 Algunas personas piensan que la acción contrarrevolucionaria busca dificultades al atacar *a la vez* al marxismo, a las sectas y al capitalismo liberalista. "Se privan, dicen, de la posibilidad de obtener fondos de éste o aquél; y se hacen enemigos en todos los campos".

Es posible, pero eso forma parte del combate contra la Revolución[3]

Todo el dinero, afortunadamente, no se encuentra en el clan revolucionario. Existen grandes fortunas y sólidas empresas que no

son capitalistas en el sentido peyorativo del término[4]. Además las pequeñas y medianas empresas de las que el orden natural toma la defensa, *deberían* participar financieramente en la acción contrarrevolucionaria.

Se puede, pues, encontrar ayudas excepcionales. Existen en las ciudades, en el campo y en ultramar. Por otra parte se ponen de manifiesto frecuentemente en el plano material: ayudas para hacer impresiones, para la difusión, los transportes, el alojamiento, etc.

Hay personas y organismos que, no pudiendo participar personalmente en la acción querrían en compensación, contribuir a acrecentar los recursos. Se debe tomar contacto con esas personas, si es posible a través de militantes que, como mínimo, pertenezcan al mismo nivel social y financiero. No es el caso del pobre que pide la caridad del rico; es la acción contrarrevolucionaria, representada por un intermediario del mismo rango que la persona a la que se solicita, la que pide a ésta su participación.

Siempre que sea posible, si no existe una información directa previa, toda diligencia debe estar precedida del envío sucesivo de documentos que hagan conocer la Contrarrevolución. Así, según el espíritu de la acción contrarrevolucionaria, se da antes de pedir y la donación, en consecuencia, se hace con conocimiento de causa.

Esta manera de actuar constituye asimismo una aclaración necesaria para evitar ofrecimientos que pueden ocultar una doble intención. De la misma forma puede frustrar ciertas maniobras, ya que es una táctica habitual de la Revolución iniciar proposiciones de ayuda financiera o material aparentemente honestas, presentadas por intermediarios de apariencia santurrona, para comprometer a los Contrarrevolucionarios, desacreditar su acción y atarles las manos.

En cuanto más tentadora sea una proposición, tanto más dudosa es.

En todos los casos resultará conveniente no aceptar sin tener previamente la prudencia de munirse de pruebas. La Contrarrevolución sólo recibe *sin condiciones.* Su riqueza es su total libertad. Todo lo pide, pero nada debe. El único compromiso de la acción contrarrevolucionaria es con su doctrina.

182 La contribución de personas morales, como sociedades, empresas, etcétera, no constituye un acto gratuito: sólo es justicia. La doctrina defiende los intereses legítimos de esas sociedades, al

igual que defiende los verdaderos intereses del hombre. Es, pues, *normal* que esas personas morales aporten su participación. Para ellas esto equivaldría a normalizar lo que debe ser, es decir, reservar junto con sus gastos de publicidad, gastos generales o gastos de representación, un rubro particular que corresponda a los "gastos de contrarrevolución, 1 %".

183 Los revolucionarios y los que los ayudan, no carecen de dinero. Las cuestiones financieras, en efecto, se resuelven fácilmente cuando se ignora qué es un compromiso moral, cuando se admiten los arreglos de cualquier "da y te doy" o cuando bastan las ilusiones acerca de una falsa oposición a la Revolución.

Esos mismos revolucionarios, sin embargo, jugarán con el escrúpulo o con la sujeción de la gente que no le gusta hablar de dinero, dejando entender que la acción contrarrevolucionaria, cuando busca medios pecuniarios, sólo es una empresa como las demás... ¡como las de ellos!

Todo sería más fácil si aquellos que disponen de recursos tomaran por sí mismos, a su cargo, la organización de las ayudas excepcionales. Esa es una forma de acción que se les ofrece directamente, porque es lógico que sea gracias a *la iniciativa* de aquellos que tienen medios, que el dinero se convierta en una de las fuerzas de la acción contrarrevolucionaria.

l. Hacer "remontar" el dinero.

184 La acción contrarrevolucionaria no es solamente una yuxtaposición de acciones individuales o locales, es también una expresión coordinada que debe favorecer vinculaciones y un trabajo de conjunto en los niveles elevados. Sin esto, la Revolución sólo sería atacada por esfuerzos dispersos.

Así como es cierto que el esfuerzo contrarrevolucionario se ejerce a partir de cada hombre, también es verdad que, en ese conjunto, los jefes naturales tienen un lugar natural en los niveles superiores y que sus necesidades para la acción son mucho más importantes a medida que es mayor su responsabilidad.

"En el nivel superior los hombres no son tan numerosos, piensan algunos, y no tienen nuestros problemas de todos los días". Esta

visión simplista de la cuestión no tiene en cuenta los gastos cuya importancia resulta del nivel en el que se presentan las dificultades, ya se trate de desplazamientos que deben efectuarse, de trabajos a realizar o de personas que deben utilizarse a tiempo completo.

De esta manera, por ejemplo, el problema de los "permanentes" se plantea en los niveles más elevados. Una decena de Contrarrevolucionarios seleccionados debería estar constantemente en camino, para entrevistarse con ciertos responsables, hablar con todos, conocer las dificultades, sugerir, ayudar... Hacen falta también permanentes para realizar estudios a largo plazo, mantener estrechos contactos con los grandes organismos, federaciones, sindicatos, movimientos, etcétera, para asegurar enlaces —en lo que concierne a Francia, por ejemplo— con los agricultores bretones, los viñateros del Mediodía, los argelinos franceses, los mineros del Norte, etc.

Harían falta permanentes para un diario, para un mínimo de organización logística...

También hay necesidades de dinero proporcionadas a las preocupaciones de cada nivel. Hacen falta fondos para poder jugar con los medios que acentuen el esfuerzo sobre actividades que toman una importancia excepcional. Hacen falta fondos para lanzar ediciones de miles de ejemplares; harán falta si un día se quiere utilizar la radio; hacen falta para ir a buscar muy lejos esos recursos excepcionales, algunos de los cuales sólo pueden ser solicitados por la cabeza. Hacen falta también para las relaciones indispensables con los movimientos contrarrevolucionarios del extranjero, para despertar a aquellos que parecen adormecidos y realizar con ellos un bloque que haga realmente el esfuerzo común del que todos se beneficiarán.

Todo eso exige millones por mes...

Y aún no hemos traído a colación los problemas de la clandestinidad a la que puede verse obligada la acción contrarrevolucionaria muy contra su agrado. Esa clandestinidad, en los niveles superiores, reduce con frecuencia la eficacia de la acción a la vigésima parte de lo que podría ser (y a veces fuerza a perder el tiempo y el dinero de un viaje para ir simplemente a decir lo que, en tiempos normales, hubiera podido escribirse y no costar más que la estampilla de una carta).

Nadie debe engañarse: si la "cabeza" no funciona libre y fácilmente, los niveles más modestos sufrirán las consecuencias en el desarrollo de su acción.

Se espera mucho de esa cabeza y, con frecuencia, aún se espera de ella que haga lo que podría —y entonces debería— hacerse con igual eficacia en el nivel de abajo... ¡con un poco de iniciativa!

Escuchamos por todas partes: "Haría falta un semanario; haría falta que nos vengan a ver; haría falta tomar contacto con tales organismos... etcétera".

Haría falta, es cierto... por eso *hacen falta* recursos financieros. *Hace falta* remontar el dinero hasta arriba, sabiendo bien que ese dinero sólo sirve para facilitar el trabajo de todos y que todos están directamente interesados en el esfuerzo intenso que debe realizarse en el nivel más elevado.

185 Algunas personas dudan en ocuparse de una colecta entre sus allegados porque no saben como hacer "remontar" el dinero. Pero descubrirán el medio a medida que se desarrolle la estructuración y se favorecerán de los vínculos que se establezcan hacia arriba. En ese momento quizá sea su aporte acumulado al correr de los meses, el que sacará al nivel superior del marasmo en el que está atascado por falta de medios suficientes.

Muchos hombres, además, descubrirán nuevas posibilidades de acción en el momento que encaren recolectar dinero y lamentarán entonces —pero muy tarde— no haberse dedicado con anterioridad a reunir fondos que súbitamente resultan indispensables... Comprenderán entonces que es más necesario, aún, que los recursos remonten hasta las personas que tienen las mayores responsabilidades.

J. Ni "organización" ni organigrama. Pero saber organizarse contra la Revolución.

186 La acción concomitante de los diversos grupos estructurados, muy particularmente cuando ella se preocupa del problema del dinero, pareciera tender hacia una verdadera "organización". Sin embargo no es así:

Las redes tienen necesidad de dinero como cualquier otra colectividad. Nunca se impedirá que un grupo de enfermeras se cotizen para comprar discos, un equipo de jugadores de bridge para formar un pozo, o a amantes del aire libre poner sus fondos en común para el camping de vacaciones.

Si encontramos que esas personas tienen las mismas ideas acerca de la Contrarrevolución y que sus recursos sirven para la compra de libros, para la correspondencia o la ayuda mutua, nada habrá cambiado; sus redes conservan su carácter natural sin que sean necesarias adhesiones explícitas, miembros reconocidos, organigramas o reglas codificadas.

El vínculo es la doctrina, eso es todo.

De la misma manera, el vínculo entre las redes y el nivel posible de las directivas, es la doctrina. Y si, por azar, los Contrarrevolucionarios de una red no desean participar en un fondo común de dificultades –y también de ciertas facilidades– podrán muy bien tomar directamente a su cargo el ejercicio de todas las actividades precedentemente mencionadas (contactos, información, ediciones, etc.).

Pero con toda verosimilitud siguen existiendo tareas que no podrán cumplir cómodamente (vinculaciones con grandes organismos, defensa de la acción contrarrevolucionaria a nivel nacional, preparación del futuro, estudios, directivas, etcétera). Pueden, pues, relacionarse con quienes están mejor ubicados para ocuparse de esas cuestiones y pueden participar en los fondos que deben preverse para tal efecto.

No hay, pues, "organización".

Solamente unidad y armonía bajo la regla de la doctrina; y acción coordinada por la fuerza de las cosas en razón de que los fines de todas las redes con aspiración contrarrevolucionaria son los mismos.

187 La acción contrarrevolucionaria no rechaza, por principio, la eventualidad de una representación organizada y oficial. Son múltiples las ventajas de tener una casa propia, no para consolidar una cabeza centralista y autoritaria, sino para disponer de medios que facilitan el desarrollo de la acción: permanencias, oficinas de prospectiva, servicios de información y de orientación a disposición de todos.

En tiempos normales las agrupaciones humanas de inspiración contrarrevolucionaria pueden tener sus estatutos registrados y aún algunas deberían ser reconocidas de utilidad pública.

Pero ¿qué es el tiempo "normal"? Es ese durante el cual el hombre tiene derecho a expresar la verdad sin correr el riesgo de ser

vigilado por la policía o de que se abra su correspondencia o se intercepten sus comunicaciones telefónicas, ése en el que abiertamente se puede proclamar en *pro* del orden natural y *contra* la Revolución.

Y el tiempo "anormal" es ése que obliga a temer que el solo hecho de hablar de Contrarrevolución sea una manera de exponerse a los golpes de los revolucionarios.

Pero el derecho de escuchar y de propagar la verdad es sagrado; y cuando los gobiernos se colocan fuera de la ley moral, es deber de los Contrarrevolucionarios rebelarse contra las disposiciones gubernamentales que impiden al hombre el ejercicio de ese derecho[5].

Es preciso entonces *organizarse* para poder continuar actuando:

Cuando, por ejemplo, es imposible comunicarse libremente, es preciso organizarse para transmitir la correspondencia, efectuar desplazamientos, etcétera.

De la misma manera cuando se vuelve imposible reunir fondos abiertamente, es preciso organizarse entre sí para lograr los recursos necesarios para la acción.

NOTAS

1. Al respecto el espíritu de los franceses puede estar algo deformado por un período en el que cualquier organización que quería defender a las personas, los bienes o las tierras de los franceses, podía con toda facilidad imponer a todos una cierta contribución. La "colecta" así practicada no es un medio conforme a los fines contrarrevolucionarios.

2. En ciertos niveles un revisor de cuentas podrá ser útil, pero mucho más como consejero que como financista. Gracias al test a que da lugar la recaudación, ese consejero podrá fácilmente darse cuenta de la debilidad de la estructuración de ciertos grupos contrarrevolucionarios o de los insuficientes progresos de cualquier categoría de posibles simpatizantes. Podrá entonces sugerir los medios y las personas con respecto a los cuales hay que intensificar la acción.

3. El *Manifiesto Político y Social* dice que es necesario pensar: No se combate la Revolución tratando con miramientos uno de sus aspectos subversivos y menos aún tratando de apoyarse sobre uno de ellos.

"Hay quienes piensan que no es oportuno resistir de frente la iniquidad poderosa y dominante (...). Nada más impropio que semejante prudencia para disminuir el mal..." León XIII, *Sapientiae Christiannae.*

4. Todos los ricos no son capitalistas en el sentido liberalista del término. Inversamente se puede no ser rico y, sin embargo, comportarse como "capitalista".

El capitalismo es revolucionario cuando desconoce las reglas de la justicia y de la caridad social, cuando erige en primer principio el derecho a la libertad más completa. Al rechazar, así, la ley natural, puede planificar la economía para que desaparezcan las pequeñas empresas, las explotaciones de carácter familiar, para imponer sus precios y sus salarios, favorecer sus mercados, explotar al hombre como a un instrumento de producción del que sólo se preocupa para obtener el máximo rendimiento.

Esta concepción de la explotación del hombre también la encontramos en pequeños patrones.

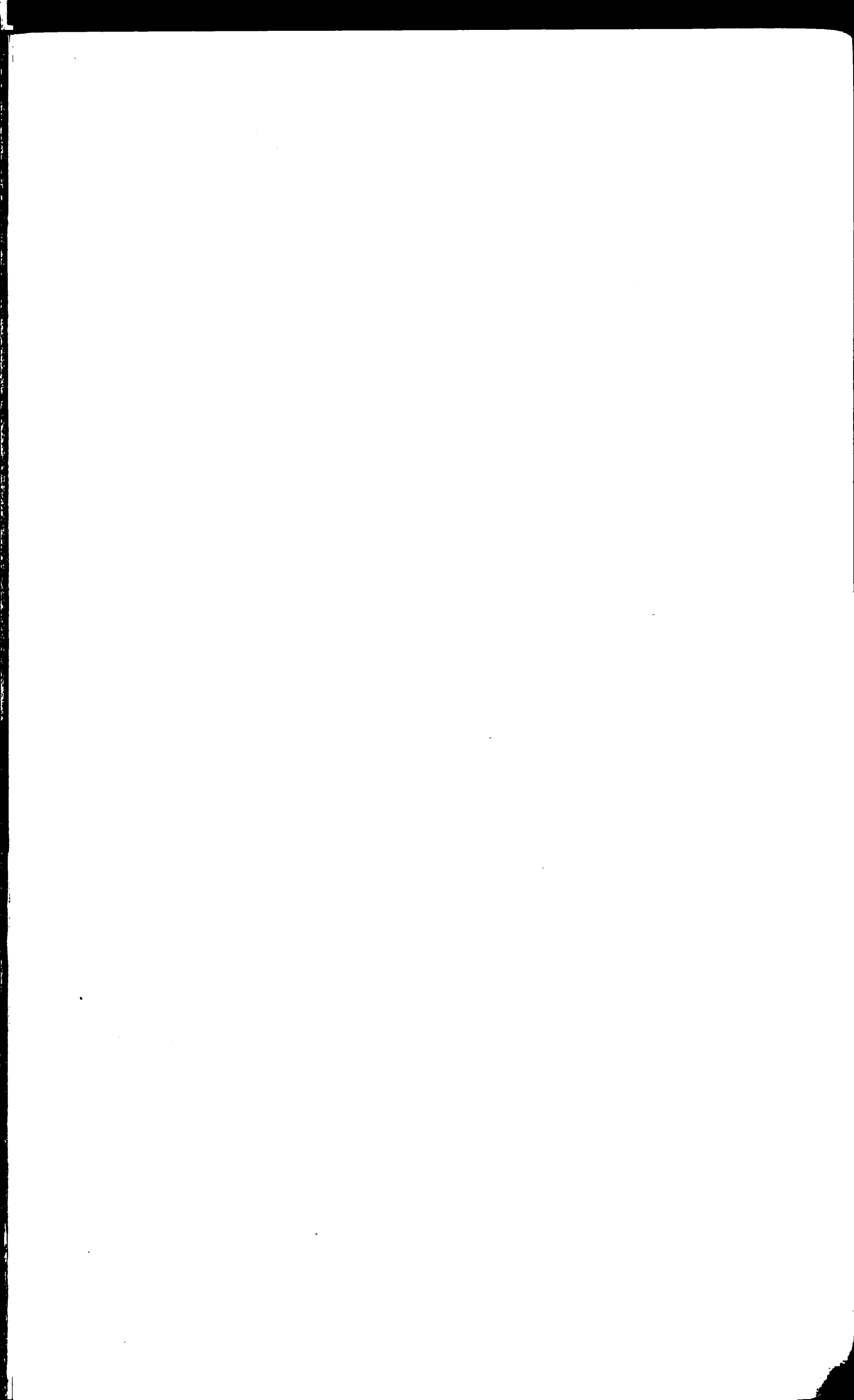
A veces los pequeños capitalistas –a nivel regional o nacional– se conmueven ante la brusca invasión de los trusts internacionales y simultáneamente se ven estrangulados por la súbita paralización –aparentemente incomprensible– de las facilidades bancarias de las que hasta ese momento fueran beneficiarios.

Es la ley del más fuerte, que ellos conocen muy bien por haberla utilizado, quizá, con hombres de situación más modesta. Pero ellos también pueden ser devorados por otros más grandes que ellos ya que ese es el futuro previsto por la Revolución: un poder mundial en manos de los más fuertes y, por debajo de ellos, esclavos, nada más que esclavos, que se envilecerán hasta aceptar esa condición por un poco de dorado en sus cadenas.

5. "Si ocurre, pues, que los dirigentes dictan leyes o toman medidas contrarias a ese orden moral y, en consecuencia, a la voluntad divina, esas disposiciones no pueden obligar a las conciencias porque "se debe obedecer a Dios antes que a los hombres". En ese caso, además, la autoridad deja de serlo y degenera en opresión". Encíclica *Pacem in Terris, Juan XXIII*, 11 de abril de 1963.

CUARTA PARTE

EL “ACONTECIMIENTO”: COMPONENTE DE LA ACCION



CAPITULO XV

¿COMO SE IMPONE EL ACONTECIMIENTO?

A. Acontecimiento-tiempo y acontecimiento-instante. Dificultad para poseer el "sentido" del acontecimiento.

188 *Acontecimiento* designa todo aquello que caracteriza, en un momento dado, las circunstancias en que debe aplicarse la acción. Pero la palabra "circunstancia" es demasiado general. En la elección del término "acontecimiento", existe la voluntad de realzar el hecho importante en esas circunstancias que pueden ser viejas o fortuitas.

El "acontecimiento" se opone a la idea común " ¡nada nuevo! " muy fácil de pronunciar para excusar la rutina. En el espíritu dinámico que debe animar la acción, siempre hay algo nuevo. Lo "ya conocido" de una circunstancia es un hecho del día porque es en función de esa circunstancia caracterizada por su duración que es preciso actuar hoy. El acontecimiento puede ser la cosa que ya no vemos porque durante demasiado tiempo hirió los ojos. Ejemplo: el signo de la Revolución en la corrupción general de los espíritus.

Existen acontecimientos que señalan verdaderas épocas, como la Revolución llamada francesa: acontecimiento-tiempo[1]. Otros sólo son incidentes cotidianos o locales, llamaradas cuyo efecto no dura sino un instante, como la censura impuesta a un periódico, una huelga de veinticuatro horas en las minas de Asturias o una manifestación de separatistas italianos en el Alto Adigio: acontecimientos-instantes.

El acontecimiento-tiempo parece, a priori, más importante porque surge del hecho de la *duración de circunstancias*. Pero ciertos

acontecimientos-instantes dan lugar a *ocasiones* que pueden ser determinantes. Hay muchos acontecimientos que toman de improviso y de los que, después, puede decirse: "Si en el minuto en que aquello pasó, si en ese instante hubiéramos tenido a tal hombre o hubiésemos tomado tal decisión... si hubiéramos pensado en..., todo habría cambiado".

El acontecimiento debe ser atrapado al vuelo; hace falta comprenderlo, imaginar los efectos, tener la intuición de la forma en que puede desenvolverse.

Aunque el acontecimiento sea a menudo imprevisible y fugaz, los actos que puede determinar, a veces corren el riesgo de tener tan grandes consecuencias que exigen una preparación moral en aquellos que deben decidir.

No cabe duda de que en ciertos momentos el hombre responsable –que siempre está sólo en la hora de las grandes decisiones– si está bien equilibrado espiritualmente, deseará solicitar una asistencia superior para ser esclarecido.

Pero también uno se prepara intelectualmente para saber jugar el acontecimiento. La capacidad de previsión, la práctica de un método para "hacer elección", el estudio y la reflexión son necesarios para desarrollar esta forma tan sutil de la inteligencia que se llama el *sentido* del acontecimiento.

B. Hombre e instrumento deben estar listos para el acontecimiento.

189 Los principios del empleo de los medios imponen utilizar *todo* lo que se ofrece. No se cometerá, pues, el error de esperarlo todo de un acontecimiento. *Todos* los acontecimientos posibles deben ser materia de previsión y de acción.

La actualidad ofrece muchos ejemplos de personas que esperan no queriendo prever o preparando solamente *un* acontecimiento y si se dan cuenta de que *ese* acontecimiento es demasiado difícil de suscitar, ya no saben que hacer. Se obstinan, van de fracaso en fracaso y, durante ese tiempo, olvidan trabajar para un futuro sólido y mejor.

El hombre puede haber previsto y aún preparado el *acontecimiento*. Pero éste puede producirse de una manera inesperada y también pueden sobrevenir otros acontecimientos. De suerte que, si

el *hombre* y el *instrumento* no pueden siempre influir sobre el *acontecimiento*, éste en cambio, siempre tendrá un efecto sobre el *hombre* y una consecuencia en lo que concierne al empleo del *instrumento*.

La mejor manera de estar preparados para soportar un acontecimiento desfavorable es, evidentemente, haber previsto lo peor. Si, desde un comienzo, ha sido compuesta una lista objetiva de las eventualidades más penosas –y es preciso esforzarse en imaginar las posibles catástrofes–, cuando ellas se producen, el espíritu está psicológicamente preparado para soportar el choque y no juega más el efecto de la sorpresa: "Esta previsto, no es pues nada asombroso. Se trata de una posibilidad que fue encarada, no hay razón, entonces, para dejarse abatir".

Si bien puede comprobarse que los golpes duros son inevitables, también es necesario admitir que la ocasión favorable, propicia, *única*, puede igualmente presentarse. Si no se la aprovecha ¿de qué habrá servido formar hombres y preparar medios con miras a la acción?

Frente a los hombres y los medios que no se organizan y perfeccionan sino lentamente, la eclosión del *acontecimiento* es caprichosa y su explotación debe poder ser inmediata. El *acontecimiento* exige, pues, que el *hombre* y el *instrumento* estén listos en todo momento.

NOTAS

1. **"La revolución llamada francesa". La expresión es de Pio XII.**

CAPITULO XVI

¿COMO MANEJAR EL ACONTECIMIENTO?

A. Preverlo todo para manejar el acontecimiento. La información La táctica de la acción.

190 Ya previsible con mucha antelación o fortuito, el *aconteci- miento* se presenta como una *ocasión* que no debe desperdiciarse, ya sea para defenderse de él estando en buenas condiciones, o para beneficiarse. La facultad de previsión encontrará ahí un campo de aplicación de importancia excepcional: *todo habrá que preverlo.*

Aunque un acontecimiento sea fortuito, no implica que sea inexplicable. Un mejor conocimiento del ambiente y de las circuns- tancias quizás hubiera permitido preverlo.

Para manejar el *acontecimiento*, con seguridad sería ideal que la fase en que nos encontremos permitiera una tan buena preparación que se pudiera pasar a la fase siguiente conduciendo el *aconteci- miento* como se desea. En la práctica, a veces resultará posible producir el acontecimiento a encargo, en el tiempo propicio y en condiciones favorables (por ejemplo: expresión masiva en forma de concentración, proyecto de ley que deberá someterse cuando se de un determinado clima social o se ubiquen algunos hombres). Pero, en la mayoría de los casos, el *acontecimiento* no dependerá de una sola voluntad humana. También hace falta *preverlo todo:*

– ya sea para suscitar el acontecimiento a voluntad o, al menos, para dirigirlo durante cierto tiempo,

– sea –en caso de no haberse tomado la iniciativa– para no dejarse sorprender por él y para intentar oportunamente influenciar en su curso,

–o ya sea, como mínimo –en caso de sorpresa– para no dejarse desbordar por el *acontecimiento*, oponerle una defensa apropiada y aprovechar las debilidades del dispositivo revolucionario. En resumen, adaptarse rápidamente a las circunstancias con miras, si es posible, a explotarlas en el sentido contrarrevolucionario.

La manipulación adecuada del *acontecimiento* exige, pues, un trabajo previo de información, un análisis en profundidad del *acontecimiento* para tomar conciencia, para determinar las causas profundas que lo suscitaron, para saber lo que representa exactamente y las consecuencias próximas o lejanas que puede acarrear.

191 Para estar en condiciones de preverlo todo, es menester estar bien informado. La búsqueda de la información debe, pues, convertirse en una preocupación corriente desde que se emprende la acción, aún en los grados más simples. Por eso es preciso informarse con anterioridad acerca de las personas con las cuales se desea establecer contacto. A fortiori es indispensable, en un nivel más elevado, conocer exactamente los pormenores, las teorías y los hombres, las tomas de posición y los actos de un determinado grupo social, de aquél elemento político o de esta sociedad internacional de carácter filantrópico, etcétera.

A nivel de células y de redes, la información se reduce habitualmente a puntos limitados que no necesitan ningún medio excepcional. Es sabido que la búsqueda de la información deforma fácilmente los espíritus. Algunos hombres llegan así a hacer de ese trabajo un fin. Olvidan la acción constructiva y pasan el tiempo "pescando información", acumulando fichas y legajos sin dudar de que las informaciones por ellos recogidas –en los periódicos, con mucha frecuencia– carecen de utilidad en su nivel.

La búsqueda de la información debe estar orientada, pues, por aquellos que la necesitan para preparar los acontecimientos que les conciernen. La mejor fórmula consiste en definir el fin general al que debe servir esa información y en confeccionar una lista de preguntas precisas que necesitan respuesta, indicando el grado de urgencia.

En la búsqueda y utilización de las informaciones es indispensable la mayor objetividad: simplemente la manera de pedir una información y de dirigir un cuestionario –con respecto a un hombre particularmente– puede influir sobre la fuente de la información si

no se trata con gente serena, y no se puede dar valor a una información si el propio valor de la fuente, y su objetividad, no son previamente conocidos.

192 Para maniobrar bien frente a un acontecimiento, es preciso organizar tácticamente el empleo de los medios de acción.

La táctica consiste en "el arte de emplear los medios". (Puede así concebirse la doctrina de la acción, en uno de sus aspectos, como un tratado de táctica contrarrevolucionaria). Pero ese arte no reside tanto en la persecución ocasional de "la buena solución" como en la aplicación permanente de un *sentido táctico* que deriva del espíritu de la doctrina.

Existe una diferencia esencial entre una táctica y una regla de acción: cualquiera sea la acción a efectuar, las características y principios a observar –y que constituyen la regla de la acción– son imperativos; siempre son buenos, eficaces, necesarios y no respetarlos perjudica el fin que persigue la acción. Se pueden, pues, considerar esas características y principios como *tácticas* absolutamente seguras.

Por el contrario lo que se llama una táctica en sentido corriente es un modo, una progresión, una idea directriz que uno se ha fijado en el empleo de los medios para llegar a resolver un problema. Pero, mientras no puede haber libre opción para aplicar o no los principios de la acción, en cambio pueden tenerse ideas muy diferentes acerca del mejor modo, de la progresión más eficaz o de la idea directriz más segura, ideas todas que también deberán respetar las sanas reglas de la acción.

Si se cotejan las tácticas empleadas con éxito contra la Revolución, de tal manera que se descubra lo que ellas tienen en común, comprobaremos que todas consisten en la observación de las características de la acción contrarrevolucionaria y en la aplicación de las reglas relativas al *hombre,* al *instrumento* y al *acontecimiento.*

Si, ante una cuestión embarazosa no se llega a descubrir una táctica que satisfaga, lo primero que deberá hacerse es *buscar a través de qué medios se respetarán mejor las directivas generales y las reglas de la acción.*

Sería muy cómodo tener solamente que abrir un libro –como el diccionario– para encontrar en tal página, la táctica que se debe adoptar ante un determinado problema. Pero los problemas huma-

nos tienen una variedad infinita y nada puede sustituir el esfuerzo necesario para encontrar en cada caso la mejor solución particular.

A aquellos que desearían, perezosamente, que se les develen "tácticas" que les evitarían toda búsqueda personal, es preciso repetirles que la acción contrarrevolucionaria no consiste en hacer algunas buenas sopas cuyas recetas se transmiten en secreto y que todo el mundo aprecia, sin conocer los componentes. La doctrina hace conocer esos componentes y la buena manera de emplearlos. Corresponde a los hombres demostrar voluntad, inteligencia, imaginación y prudencia para descubrir las mejores fórmulas.

Un ejemplo demostrará la imposibilidad de definir con antelación la táctica apropiada para un caso cualquiera:

El gobierno de un país satélite de la U.R.S.S. expresó un día la intención de atribuir un sueldo mensual a los eclesiásticos. Además del medio de presión sobre el clero, la maniobra revolucionaria tendía a dividir a los sacerdotes entre aquellos que estimaban aceptable esta medida –en razón de la enorme miseria en que vivían– y aquellos que a todo precio querían conservar su libertad frente al Estado. La división parecía inevitable cuando los obispos descubrieron la buena táctica: ordenaron a los sacerdotes aceptar pero rechazaron, para ellos, una ayuda que los hubiera colocado en un cierto estado de subordinación con respecto al gobierno. Así desaparecía cualquier causa de división y, a la vez, los sacerdotes y los obispos conservaban su libertad moral. El gobierno, de pronto, no insistió más.

En este ejemplo es difícil saber cómo surgió la idea capaz de oponer una defensa a los designios revolucionarios. Pero se pueden descubrir los principios rectores que pudieron conducir hasta ella:

– primero oponer a la disociación querida por el adversario una voluntad de coordinación y de unión.

– luego tomar el problema por la cabeza (enganchar las cosas por arriba), liberar, pues, a los elementos subordinados, de la dificultad de una elección y aceptar "para la cabeza" las consecuencias de un rechazo al mismo tiempo que la responsabilidad de una decisión que convenía tomarla a ese nivel.

Casos muy semejantes pueden presentarse en muchos otros países, por ejemplo, con motivo de la ayuda a las escuelas privadas...[1]

En todos los niveles –y aún para el hombre aislado, en la vida

corriente— el *acontecimiento* del día puede dar lugar a una reflexión, a una maniobra. Pero cuando el *acontecimiento* es un fenómeno complicado, especialmente los propios del dominio político y social, es muy útil prever hombres que, sin descuidar por ello la acción personal que cada uno debe efectuar directamente a su alrededor, se especialicen en el estudio del *acontecimiento.*

Trabajen solos o en grupo, el *comité de reflexión* que representan (algunos dirían el "brain-trust"), tiene la misión de hacer una obra inteligente, con imaginación, intuición y... realismo, porque su trabajo desemboca en el cúmulo de soluciones que deben proponerse para la mejor explotación de cada eventualidad.

Es la buena manera no solamente para no estar constreñidos por cualquier acontecimiento a una posición defensiva —y por lo tanto a una situación de inferioridad— sino aún para aprovechar el beneficio de la iniciativa o, al menos, del contra-ataque.

B. La estrategia del acontecimiento. Armar un plan de progresión adaptable a todas las hipótesis. No reglamentar el juego de los detalles. ¡De ningún modo "programas"!

193 El *acontecimiento*, tomado en su totalidad, no tiene límite definido; a veces sigue jugando durante decenas de años y sobre los continentes. Hay una *estrategia del acontecimiento* que es el arte de combinar los acontecimientos o, más modestamente, el arte de combinar las acciones en función de los acontecimientos. De ahí la importancia de los planes que deben elaborarse para tener en cuenta acontecimientos a suscitar o a soportar, es decir, planes que puedan adaptarse al carácter evolutivo de las condiciones de la acción política y social en particular.

Como es absurdo dejarse sorprender por lo peor, esos planes se apoyarán sobre un conjunto de previsiones estudiadas de manera que en todo momento se pueda *hacer frente a la hipótesis más desfavorable.*

Esos planes no tendrán por fin fijar etapas que se señalarían para obtener progresos determinados de antemano. Definirán una orientación de la acción y una progresión que siga *todas* las vías que parezcan favorables y que imagine las situaciones de repuesto y las variantes posibles. Propondrán etapas próximas pero teniendo en

cuenta que en el momento de alcanzar el objetivo intermedio ya deberá haberse preocupado por llegar más lejos.

Los planes no deben, pues, regentear estrictamente ni la elección ni el juego de los detalles. La preocupación por la previsión no debe sobrepasar el límite de lo que puede ser posible, en los medios o en el tiempo. (Inútil será, por ejemplo, prever el *acontecimiento* de una emisora contrarrevolucionaria, si ni siquiera se pueden prever los medios que permitirían disponer de ella).

Esos planes, sobre todo, no deben caer en la ilusión de los programas. Un programa puede parecer magnífico pero, si es perfecto, es igualmente inaccesible de un solo salto y a corto plazo. Cuando logremos aproximarnos habrán cambiado las condiciones y ya no será lo ideal. Un programa, también puede ser un mínimo provisorio accesible y si sólo es eso ¿por qué encerrarse en una fórmula que puede ser sobrepasada? ¡Su realización bastaría para paralizar las energías de gente que creería haber alcanzado el *fin*!

194 Si hemos hablado de táctica de la acción y de estrategia del acontecimiento, porque corresponden a concepciones intelectuales diferentes –ésta combina las operaciones, aquélla dispone el empleo de los medios– es preciso, no obstante, guardarse de toda preocupación por saber cuándo una u otra intervienen *en la acción corriente*. Cuando se combinan las acciones y los medios en función de los acontecimientos se hace estrategia y táctica en todos los niveles. Pueden asociarse una y otra hablando simplemente de *idea de maniobra*.

Si no se quieren abandonar los acontecimientos al azar de su eclosión, de su evolución o de la explotación que de ellos puede hacer el adversario, es preciso tener una *idea directriz* acerca de la forma de *maniobrar* contra la Revolución[2] .

NOTAS

1. En el último capítulo sobre el *Hombre, el Instrumento, el Acontecimiento*, el parágrafo "Para ganar tiempo sólo hacer lo seguro" (206) puede

también ser considerado como una recapitulación de las *tácticas* que es preciso no olvidar. De hecho no se trata sino de la evocación de algunos principios esenciales que deben ser satisfechos por la acción.

Además, el Anexo I sobre "La célula de trabajo" agrega al tratamiento de ciertas características de la acción, algunos consejos que pueden ser otras tantas tácticas.

2. Es ese sentido el que inspira el término "maniobra" empleado en la última parte: *Maniobra, Defensas y Argumentos* y especialmente en el capítulo: "La Maniobra Contrarrevolucionaria".

CAPITULO XVII

EL FACTOR "TIEMPO"

A. Si el tiempo juega en favor de la revolución ¿de quién es la culpa?

195 El *acontecimiento* depende estrechamente del factor "tiempo".

El *acontecimiento* debe preverse, prepararse y, una vez transcurrido el lapso en que podía utilizarse o ser influenciado, el acontecimiento pertenece ya a un pasado del que sólo se puede sufrir las consecuencias.

El tiempo es uno de los elementos del *acontecimiento*. Es preciso saber utilizarlo como un *instrumento* posible para maniobrar con el *acontecimiento*.

Pero es uno de esos pocos instrumentos que el dinero no compra. Sin embargo, es también muy importante en particular economizarlo, ganarlo y aún reservarlo.

Todo cambia según se tenga tiempo o se carezca de él. Tener tiempo es una de las cosas más indispensables porque, cuando es demasiado tarde, se ha perdido la partida.

Aquello que no haya sido ganado durante los años que cada uno tiene por delante, ya nunca se lo ganará. La generación desaparecerá; habrán muerto los hombres sin haber avanzado el paso que hubieran debido dar. Luego otros hombres jugarán otra partida, pero ella correrá el riesgo de ser aún más difícil. Y, en ese combate, cada hombre habrá ganado o perdido su "mano" y después será muy tarde para volver sobre ella.

Los optimistas dirán, sin embargo, que los esfuerzos realizados en parte se transladarán a la generación siguiente... ¡Pero lo mismo

ocurrirá con lo negativo de todos los esfuerzos que no hayan sido hechos! Y así podemos comprobar que el tiempo casi nunca ha jugado en favor de la Contrarrevolución.

Inmediatamente después de 1789 –cincuenta años después de haber sido descubiertas–, cuando fueron comprendidas las maquinaciones de las sectas y las sociedades secretas, cuando fue desenmascarado el fenómeno de la Revolución y se explicó su proceso, la élite espiritual de la época lanzó voces de alarma. La alerta no ha cesado de sonar, pero el pensamiento cristiano ha proseguido declinando mientras que las ideas revolucionarias han continuado disolviendo a las élites contemporáneas.

Faltó poner, en el tiempo preciso, algunas bolsas de arena contrarrevolucionaria para tapar las brechas en el dique cristiano. Hubiera sido preciso hacerlo *a tiempo*, y eso que no fue hecho, permitió a las inflíltraciones revolucionarias convertirse en arroyo, cascada, torrente.

También aquellos que, porque la Contrarrevolución sobrepasa el tiempo presente, piensan que lo que no se hace hoy podrá muy bien realizarse y será más perfecto *mañana*, están muy equivocados. Mañana... las bolsas de arena serán colocadas con veinticuatro horas de retraso y es posible que no puedan impedir algunas catástrofes, ya se trate de revoluciones, guerras o pueblos llevados a la esclavitud.

Es mejor lo imperfecto –pero seguro– que llega a punto, que lo perfecto que llega demasiado tarde.[1]

B. El tiempo es neutro.

196 Es menester jugar muy ajustadamente con el tiempo, *instrumento* que está a disposición de la acción. El tiempo es neutro; es del que sabe ganarlo: si uno no lo pone de su lado, lo tiene contra sí.

Fácilmente pueden observarse algunas tácticas políticas que comprueban cómo la Revolución tiene el cuidado de *ganar el tiempo*. En Francia, por ejemplo, en un momento en que los franceses, inquietos por un brusco cambio político que conmovió a la opinión pública, estaban a punto de reaccionar en un sentido

antigubernamental, bastó el anuncio de un discurso para que todas las almas buenas se pusieran a esperar. El discurso sólo produjo asombro y decepción pero, una vez más después de transcurrir algunas semanas, todo eso había jugado en provecho de los hombres en el poder. Después fueron los "Referendums" y, otra vez más, todo el mundo esperaba.

Los inconscientes sólo piden tener pretextos para esperar; se les puede proponer cualquier cosa: "Pórtense bien, les dicen, y los prisioneros políticos se beneficiarán con la amnistía; pero, por supuesto, primero deben esperar las conclusiones de los tribunales especiales; después podrán ser considerados los casos de los civiles que..., después los de los militares que...; de suerte que quizá en un año o dos... si se portan bien..."

"Esperen, dicen asimismo, ¡no hay peligro! La "coexistencia pacífica" lo arreglará todo, o bien, China y los Soviets se desgarrarán. Esperen".

"Esperen, se les repite a los trabajadores obligados a recurrir a la huelga para obtener el estudio de sus reivindicaciones, en algunos días más una comisión especial hará conocer su informe". Y, a fuerza de esperar, llega fin de mes: sin dinero y sin nada para comer... La huelga se rompe por sí sola y el "Sistema" ganó la partida.

O la Revolución de *dos* pasos hacia los Urales y, cuando se reacciona, vuelve a dar *un* paso hacia el Atlántico gritando que se la *calumnia*... ¡Y las almas buenas, vuelven a adormecerse!

Todo eso, es tiempo ganado durante el cual los revolucionarios anidados en el queso del poder establecido, hacen avanzar audazmente sus proyectos. Han neutralizado toda posible oposición poniéndola en la expectativa. Se deja pasar. Se espera... ¿Qué?

Si a veces se esboza alguna reacción, rápidamente es sobrepasada por contra-medidas revolucionarias y nada se hace contra la Revolución al paso del tiempo que transcurre.

Este paso, para la Revolución, ha sido definido por etapas en el *Memorandum de Mao Tse-Tung* de 1932:

"Conquista del mundo árabe y del mundo africano: esta tarea deberá estar terminada en 1965. Entonces una ola de revoluciones alcanzará a todo el continente africano y arrojará definitivamente al mar a los imperialistas occidentales. Ese movimiento podría ser desatado con anterioridad.

"Conquista de Europa: Asia y Africa disociadas de los países capitalistas, en Europa occidental se producirá un naufragio económico total. Se producirá la capitulación.

"Conquista de las Américas: El naufragio económico y la paralización total de las industrias seguirán a la crisis europea y a su capitulación. Canadá y América del Sur se encontrarán arrastradas hacia una misma situación fatal".

"En 1973 *La Revolución deberá ser un hecho concluído*"[2].

Pero ese tiempo, tan bien utilizado por la subversión "roja", también es muy bien empleado por la subversión "blanca", el Capitalismo liberalista. En forma más anónima, jugando en la Economía, las Finanzas, las grandes sociedades internacionales y los organismos europeos supranacionales, juegan de plano día tras día la vida de las pequeñas empresas, la suerte de los agricultores y, mañana, la de los mineros y los obreros.

¡Hace tiempo, pensarán algunos, que se nos pronostican catástrofes! Es probable que haya sido igual en todas las épocas y, sin embargo, el mundo continúa.

¡Efectivamente el mundo continúa, con una revolución por acá y una guerra por allá! Y lo que también continúa es la aceleración de las actividades humanas, el terrorífico acrecentamiento de las armas destructivas y la puesta a punto de los procedimientos revolucionarios para la explotación de las masas humanas.

¿Quién puede decir si le queda un "plazo" de algunos años a la acción contrarrevolucionaria? Un hecho es cierto: la puja de esfuerzos entre las dos grandes formas de la subversión en su deseo de asegurarse la dominación mundial.

¡Sólo aquellos que deberían afirmarse como Contrarrevolucionarios parecen disponer de todo el tiempo!

C. El tiempo perdido por aquellos que se dicen los más apurados.

197 Aquellos que se dicen los más apurados, a menudo, pueden clasificarse en una de las tres categorías siguientes, tan detestables unas como otras. Primero aquellos que están apurados para que *los demás* hagan algo; luego los que confunden la agitación con la acción; finalmente aquellos que encuentran en la prisa de que hacen gala, una excusa para no hacer nada.

Entre estos últimos se encuentran, por ejemplo, aquellos que consideran la multiplicación de los documentos contrarrevolucionarios de base, muy extensa como para ser emprendida ¿Piensan, entonces, que la solución política y social con la que sueñan habrá llegado antes de que hayan transcurrido las semanas y los meses necesarios para ese trabajo?

Si no pueden esperar encontrar estos documentos ya impresos antes de que transcurra mucho tiempo, ¡qué pongan cuatro, cinco o diez equipos a trabajar! Serán otros tantos hombres que completarán su formación actuando.

Igual defecto, o tal vez más grave, el del político que había encarado, en primer lugar, un trabajo de formación personal contrarrevolucionaria que le hubiera dado a su acción una base sólida. Pero luego renunció "porque, dice, no tenía más tiempo y porque hace falta atender lo más urgente".

Han pasado quince o veinte años... ¿En qué terminó?

No era demasiado tarde... Y en cuanto más tarde sea, más necesario será apresurarse para pasar a la acción *emprendiéndola de la única forma verdaderamente positiva*.

Nos encontramos con hombres que se vanaglorian de sus afanes políticos —a veces abogados, profesores, periodistas, médicos—, y que llevan una vida trepidante. Nos demuestran que vamos demasiado lentamente, que no hacemos lo que se debe; siempre están preparados para dar consejos acerca de la acción, para reclamar dinamismo, para decidir sobre las urgencias... Todo lo saben, todo lo hacen, para todo tienen tiempo, salvo para lo esencial, porque son incapaces de precisar el fin y los medios para actuar. Ni perciben su incoherencia y si se les prueba la esterilidad de una acción que carece de una base sólida, dirán simplemente que no encuentran un minuto para estudiar cualquier problema serio ni para *hacer un balance*.

No hacen nada (constructivo), pero lo hacen "ligero", no van a ninguna parte, pero allí van "ligero".

Pierden su tiempo en estar apurados.

Para otros, además, todo va demasiado lentamente según su gusto, y no vale la pena engancharse en una tarea de la que piensan, no verán los resultados personalmente.

Deplorable estado espiritual que hace pensar que es inútil interesarse por ellos si no fuera preciso, refutando su argumentación,

ponerlos frente a sus errores: ellos mismos contribuyen al triunfo de la Revolución.

Es natural que el hombre de acción desee ver coronados sus esfuerzos. Pero, precisamente, si todos aquellos a los que carcome el frenesí de la acción, se pusieran a trabajar de una manera constructiva, pondrían a su favor todas las posibilidades de hacer aquello que muchos desesperan alcanzar, a saber, una confrontación aguda entre Revolución y Contrarrevolución: una acción de fuerza.

Quizá supongan que la demostración de fuerza está reservada a la iniciativa de la Subversión cuando, *con ciertas condiciones*, podría depender de la acción contrarrevolucionaria. Por eso "esto no les interesa".

Así se entiende que no encuentren nada "divertido" tomar su parte en la lenta e ingrata preparación que requiere esta forma de acción si no queremos que sea, una vez más, un recalentamiento estéril de los espíritus y de los músculos para obtener un resultado negativo.

Lo que les gusta es "jugar a los vigilantes y ladrones". Confunden agitación y acción.

Además ¿saben qué tiempo queda? ¿No resulta ya fácil imaginar un acontecimiento que sea aprovechado por la Revolución para apoderarse plenamente del poder? No se dan cuenta de que la acción contrarrevolucionaria *deberá sufrir* ese acontecimiento si no está preparada para reaccionar con verosímiles posibilidades de éxito. *Y, por su culpa*, puede no estar preparada. Después de eso será mucho más duro luchar contra la Revolución.

No comprenden que es una carrera contra reloj entre la Revolución y la Contrarrevolución y que, esperar como ellos lo hacen para emprender la partida, aleja mucho más el momento en que la Contrarrevolución dominará a la Revolución.

Cuando se les recuerda que el plazo normalmente aceptado como necesario para llegar a crear un simple partido es, poco más o menos, de siete años, encuentran ya excesivo ese tiempo. Pero ¿quién ha encontrado la fórmula para ganar y ganar rápido? Si existiese, hace mucho que, precisamente, algún partido la hubiese empleado.

La acción contrarrevolucionaria, que es algo muy distinto a un partido, no debe trabajar para ganar en cien años, ni en diez, ni aún

en cinco. No se fija plazos; ganará a partir del momento en que se haya asegurado poder hacerlo y nadie lo desea más que ella.

Pero estos que pierden su tiempo diciéndose muy apurados, alargan los años de ese plazo en la medida de su inconsecuencia.

D. *Poner el tiempo a nuestro favor. Ganar los minutos.*

198 Para poner el tiempo a nuestro favor es preciso, primero, no ser sorprendidos por los acontecimientos adversos, porque durante el tiempo que se pierde para adoptar las disposiciones que no fueron previstas, el mal castiga y puede agravarse, de suerte que las disposiciones de emergencia pueden ser inmediatamente insuficientes.

Prever es ahorrar tiempo.

Resulta igualmente una manera de ganar tiempo, de ir más ligero, hacer trabajar a todo el mundo con más medios. Esta puede ser, pues, una cuestión de dinero, pero en primer lugar la cuestión reside en la aplicación estricta de todos los principios de la doctrina de la acción. Cuando al respecto, todo ha sido respetado, solamente entonces es válida la referencia a la falta de medios financieros.

Se ganará o se perderá el tiempo en la acción efectuada solidariamente por un grupo, según el animador de ese grupo sepa o no organizarse. ¡A veces un hombre se ausenta y todo se detiene! Basta para evitarlo un mínimo de previsiones: la elección de interinos, la determinación de los enlaces que deben ser asegurados aún en caso de ausencia o de defección, consignas a aplicar en determinada circunstancia, etcétera.

Cuando un negocio está bien montado, su patrón puede ausentarse porque el negocio continuará su curso.

Cada uno personalmente debe economizar el tiempo. Es muy fácil decirlo y más difícil, según parece, realizarlo. Sin embargo, siempre podemos ganar minutos. *Una posible economía consiste en no perderlos.*

A todo el mundo le ocurre dejar pasar ocho días antes de ponerse a escribir una carta urgente. Cuando la redacción de esta carta constituye por sí misma un acto contrarrevolucionario, ese retardo es grave. Imaginemos que un estudio debe llegar a una decisión después de trabajos sucesivos o parciales de tres o cuatro

personas, y que esa misma decisión requiere la atención de otras tres o cuatro personas para concretarse en una determinada aplicación. Todo ello implica, pues, seis u ocho personas. Si cada una emplea en su trabajo diez días en vez de dos pierde, pues, ocho días, lo que totaliza dos meses perdidos, la sexta parte del año durante la cual la Contrarrevolución no habrá hecho los progresos que *debió* hacer. Y si se piensa que, en los detalles de la ejecución mucha gente puede perder otro tanto, *he ahí exactamente los meses que faltan: los meses que encadenados finalmente hacen años.*

Nadie admitiría perder, por negligencia, dos meses de trabajo y de salario por año. Pero cuando se trata de la acción contrarrevolucionaria, por negligencias acumuladas, se le hacen perder años. ¡Cómo se puede pretender que, en esas condiciones, venza la Contrarrevolución y venza rápido!

El tiempo no ganado es terreno perdido.

Es preciso adquirir el reflejo de ganar los minutos:

Ganar minutos para ganar horas que harán días y meses.

E. ¿Los "plazos"? Dependen de nosotros.

199 Pregunta planteada con frecuencia: "¿Cuánto tiempo falta aún? ..."

Pregunta a la que no se puede responder y que es necesario dar vuelta:

"¿Pregunta cuánto tiempo falta para hacer *qué* exactamente?"

Porque algunos, aunque no lo confiesen, sólo esperan de la acción un cambio político y exigen, por sobre toda otra cosa, que sea inmediato. Pero contra la Revolución no existe ninguna solución real que pueda consistir, únicamente, en una forma política de recambio.

Ciertamente que no está vedado apostar a la solución contrarrevolucionaria considerando únicamente el problema político y social porque resulta sano que esta solución sea reconocida como la mejor por la gran mayoría. No está vedado, tampoco, imaginar que un día — ¡con la condición de estar listos! — la explotación de un acontecimiento favorable pueda traducirse en un primer acto que, aseguran-

do la libertad de acción, permita la ubicación de hombres idóneos y la reforma de las instituciones. También es útil recordar que la acción contrarrevolucionaria puede tener que hacer frente a una explosión revolucionaria –oficial o no– de la que no saldrá sin pérdidas ni luchas.

Pero ya sea que la Contrarrevolución gane por la persuasión o como consecuencia de una prueba de fuerza, en primer lugar le es necesario haber tomado las disposiciones –haberse beneficiado, pues, con los plazos necesarios– para responder a las posibilidades de desenlace de su acción. Y ese desenlace no es *una* solución política, sino *también* el aporte de una solución política al mismo tiempo que el principio de solución de los diversos problemas humanos y sociales.

Para que una salida feliz esté convenientemente garantizada, es necesario:

– estar seguros de que la acción no se reducirá a una agitación perturbadora que sólo acrecentará los males de los hombres y conducirá así a un futuro que seguramente será peor que el presente,

– haber previsto las bases políticas y sociales a establecer y estar preparados para asumir las correspondientes responsabilidades;

– haber preparado con seriedad las condiciones del triunfo. Entre ellas, en particular, una opinión favorable a la acción contrarrevolucionaria porque es preciso estar razonablemente seguros del consentimiento de la Nación.

Todo eso exige tiempo... y la evaluación es muy difícil.

Pero, tomando el problema desde un ángulo muy práctico, es más fácil ver si la estimación de los plazos puede deducirse. Plazos que definiremos como aquellos necesarios para que la acción contrarrevolucionaria pueda *encarar*, contra los amaños revolucionarios, una resistencia activa generalizada (el pasaje a la práctica evidentemente exige, por añadidura, una preparación igualmente práctica).

En principio ¿tenemos los "Mil" o los "cien" que realmente pueden animar la acción contrarrevolucionaria?

¿Cuánto tiempo se necesitaría para tener cincuenta? ¿Cuánto tiempo haría falta para que ellos, a su vez, encuentren o formen a los demás?

¿Cada uno no cree conocer realmente a *uno*? ¿Quizá sea

posible admitir que ya existe un término medio de uno o dos por departamento o por provincia? Entonces hace falta conocerlos, vincularlos, coordinar sus acciones... Los plazos, no obstante, parecen ya menos vagos.

Luego, ¿en qué está la estructuración? ¿Las redes han tomado conciencia de sí mismas y de sus alcances? ¿Esa estructuración se traduce en un resultado con respecto a los recursos, test difícilmente recusable?

Queda el consenso popular ¿es difícil de obtener? Se habrá logrado cuando en relación a cada uno, su vecino, el vendedor de diarios, la panadera, etcétera, tengan una noción de lo que es la Revolución y la Contrarrevolución, sepan que la Revolución actúa contra los intereses del hombre y, por lo tanto, contra ellos y contra Dios.

Esa es una cuestión de explicaciones simples que están al alcance de todos.

Todo esto parece muy posible. Voluntariamente hemos presentado el cuadro de manera optimista. Pero la Revolución no dejará de luchar. Y si no se ha puesto en marcha un esfuerzo considerable y perseverante contra ella, si la voluntad de triunfar no se pone a prueba cualesquiera sean las dificultades, entonces el tiempo continuará jugando contra la Contrarrevolución.

Desde este momento no hay más necesidad de plantearse preguntas, porque cada uno puede ahora responderlas juzgando por sí mismo acerca de lo que queda por hacer y del tiempo que estima necesario.

200 Los plazos en los que se piensa con frecuencia –y que dependen sobre todo del adversario– son aquellos anteriores al estallido de violencias revolucionarias generalizadas. Pero los plazos en los que haría falta pensar –porque dependen de nosotros– son aquellos necesarios para que la acción contrarrevolucionaria se encuentre preparada para hacer frente a cualquier eventualidad.

Aquellos que encuentran demasiado largos los "plazos", inevitablemente son atraídos por los hombres que afirman la inminencia de graves acontecimientos.

Esos hombres pueden muy bien estar en la verdad. Pero sus argumentos se dirigen más al sentimiento que a la razón cuando se apoyan sobre esa concepción de plazos *forzosamente* muy cortos

como para que la acción contrarrevolucionaria pueda cambiar algo de la situación presente antes de una prueba de fuerza.

No es de extrañar que ciertas personas llevadas de esta manera a una cierta forma de acción política, poco a poco se desliguen. Cuando se acumulan los años durante los cuales se ha dicho sin cesar a los hombres que mañana comenzaría una era de grandes perturbaciones y, cuando esos hombres comprueban que nunca pasa nada, terminan por no creer en aquellos que aparecían convidándolos a una fase de "acción" muy particular, sin incitarlos primero a la simple acción de todos los días.

Nadie puede decir –ni tiene derecho a decirlo– que sólo se cuenta con diez, cinco o dos años... Es faltar a la prudencia atribuir dimensión a los plazos. La única actitud razonable consiste, pues, en prever que los plazos pueden ser cortos, pero al mismo tiempo negar a esta hipótesis el valor de un hecho cierto y, entonces, prever igualmente que puedan ser largos.

La eventualidad de los plazos cortos sólo puede ser planteada con muchas reservas o se correrá el riesgo de engañar a los hombres; en ningún caso puede ser un argumento para moderar la preparación profunda y la seria formación para la acción general y común, o para desdeñar las *realizaciones* –por mínimas que sean– a efectuar por cada uno todos los días.

Es preciso admitir el avance sin otra recompensa que el mérito adquirido: avanzar *a pesar de todo*. Es en ese espíritu que un día de victoria se convertirá en un día de gloria tanto para los ausentes como para los presentes. Porque en un día así nadie podrá negar el título de vencedores a Bonald, Saint-Bonnet, Balmès, García Moreno y tantos otros que consagraron su vida a la Contrarrevolución sin actuar jamás con la esperanza de triunfar en vida.

Así considerada, la acción se sitúa en su verdadera perspectiva. Ya no está determinada arbitrariamente por "plazos" subjetivamente calculados; trabaja para hacer frente a acontecimientos que pueden estar muy próximos y, con esa intención, se esfuerza *desde hoy* por substituir en todas partes lo revolucionario por lo Contrarrevolucionario. Y, por eso mismo, también prepara condiciones favorables y hombres que estarán listos para afrontar los acontecimientos, e igualmente preparados para las reconstrucciones a prever más allá de los acontecimientos.

F. Negarse a pronunciar la palabra "esperar".

201 Nunca es necesario "esperar". Esto no quiere decir que a cualquier precio haya que hacer cualquier cosa o actuar prematuramente. Muchas veces, evidentemente, la paciencia será necesaria para recoger informaciones, para estar en condiciones de disponer de los medios que faltan, para verificar la proximidad de un acontecimiento o para que ciertas acciones hayan producido su efecto. Pero el plazo así impuesto debe aprovecharse para prever más totalmente, para combinar más hábilmente, preparar mejor y ya comenzar con lo que se dispone.

"Esperar" es una actitud pasiva. Frente a un enemigo que avanza cada vez más rápido y fuerte es una solución *negativa.*

Algunos esperan que se les hagan los contactos, esperan que se les diga qué deben hacer, esperan que se los venga a tomar de la mano. Pero la acción contrarrevolucionaria debe ser asunto propio de todos los Contrarrevolucionarios, y es su asunto *personal* tanto como lo es para aquellos que se consagran totalmente.

Otros esperan que se les de una suerte de fianza: "Sí, son de "tendencia" contrarrevolucionnria; sí, son contrarrevolucionarios; no lo duden más". Algunos, quizá por escrúpulo, esperan recibir una especie de autorización para permitirse hablar de la Contrarrevolución; si alguien adopta honestamente y a fondo las bases de la acción contrarrevolucionaria debe arrancar por sí solo. Si respeta las reglas de la doctrina no podrá cometer errores groseros.

Otros esperan que su vecino realice algo en su beneficio. Pero comprueban que nada ocurre, que su vecino está muy atado, que además tiene muchas ocupaciones absorbentes o que no tiene más posibilidades que ellos mismos. Así comprobarán claramente que no han tenido razón para esperar y que no deben perder un solo minuto más para retomar a su cargo lo que no pudo cumplir el vecino.

Algunos, ya reunidos en número de tres, cuatro o cinco (y aún si están solos) esperan, para organizar sus recursos en beneficio de la acción contrarrevolucionaria, con el pretexto de que no los urge una necesidad inmediata. Si reflexionaran, no obstante, se darían cuenta de que el día en que tengan necesidad o el día en que se les pida su *ayuda urgente en tal sentido será demasiado tarde para recobrar todo cuanto pudo ser recaudado en los meses precedentes.* ¡Cada

familia, cada célula, debería tener su alcancía "contrarrevolucionaria"!

Más tiempo perdido.

Más iniciativas y responsabilidades que deberían comprometerse por sí mismas y que también se pierden. Más actos y progresos contrarrevolucionarios que no se habrán realizado.

El retardo de la acción está constituído por la suma de esos retardos, de esas faltas de ganancia.

202 No hay como el adversario para incitar insidiosamente a "esperar". ¿Cuántas veces se nos ha aconsejado esperar con el pretexto de que "no es el momento"...?

Para algunos *nunca* será el momento. Siempre habrá algo que se convertirá en un motivo para dejar para más tarde el cumplimiento de cualquier realización. Ya se trate de las próximas elecciones, de una difícil fase económica, o de excepcionales medidas de jurisdicción... Siempre habrá algo que no se presentará como se desea.

Por cierto que es conveniente elegir el tiempo, pero es preciso reaccionar contra esa sistematización que quiere hacer coincidir un acontecimiento cualquiera con una época teóricamente más favorable. ¿Acaso se puede garantizar que la época así prefigurada será ciertamente más favorable? ¿Podemos afirmar que acontecimientos fortuitos no la harán menos propicia de lo previsto? ¿Se ha pensado *también* en las ventajas de no esperar? ¿y también en los inconvenientes de esperar?

Cuando con el pretexto de efectuar ciertas acciones en las condiciones más oportunas, se subordinan las posibles realizaciones inmediatas a aleatorias circunstacias futuras, existen muchas posibilidades de que ello no sea sino una mala razón para diferir las dificultades a vencer.

203 Nunca debemos contentarnos con esperar. Para no ceder a esa tentación es un buen medio negarse a pronunciar la palabra "esperar" ¿Viene la palabra a la mente? Se la rechaza y se la reemplaza por lo que se debe hacer durante el tiempo en que se esperaría. (Y, además, inmediatamente uno se encuentra forzado a reflexionar acerca de aquello que, precisamente, puede ser hecho).

La receta vale oro porque jamás la palabra "esperar" corresponde a la actitud activa, dinámica y realizadora propia de la acción.[3]

G. Para ganar tiempo, hacer sólo lo seguro. Atreverse pero no arriesgar.

204 Las faltas con respecto a los principios de la acción, la aplicación incorrecta o incompleta de esos principios, las imprudencias, hacen perder un tiempo considerable. En pocos instantes pueden anular los beneficios de muchos meses de trabajo. Por eso, para poner el tiempo a nuestro favor, sólo debe hacerse aquello que es sólido y seguro.

Hacer lo seguro, no significa de ninguna manera que no se deba actuar sino cuando se está seguro de llegar a través de los caminos escogidos. Hacer lo seguro es adoptar caminos que contribuyen seguramente a acercarse al fin buscado, aquellos que, por lo menos, no pueden —aún en caso de temporarios fracasos— alejar de ese fin.

Si se tienen dudas al respecto, es preciso, con esfuerzo –y ¡sobre todo sin esperar! – buscar otra solución segura. Quizá sea ésta menos brillante que la primera o probablemente imperfecta. De este modo, por ejemplo, sólo nos apoyaremos inicialmente en dos o tres hombres de auténtica calidad aunque se hayan propuesto otros veinte, quizás utilizables, que por el momento no conocemos sino superficialmente. Igualmente, entonces, una acción local podrá sólo extenderse lentamente porque nos negaremos a colaborar con hombres no ganados para la acción contrarrevolucionaria aunque ellos le sean favorables en razón de fines políticos personales.

Hacer aquello que resulta seguro es negarse a inciertas soluciones fáciles que al fracasar tienen un efecto negativo.

205 "Hacer lo seguro" no quiere decir que es preciso evitar cualquier solución que implique algún riesgo porque esta actitud conduciría a la inacción. Pero es necesario captar la diferencia entre dos géneros de "riesgos": un riesgo que se lo toma a tientas y a suerte y un riesgo calculado que se acepta soportar.

El primero es tirar los dados, el golpe de suerte para iniciar una acción que puede ser brillante si triunfa pero que, también, puede ser un fracaso que conduzca a una situación menos favorable que la precedente.

Uno se arriesga a ganar, pero también a perder. Es una actitud que suele parecer valiente, pero el valor jamás ha justificado la indolencia, la imprevisión, la pereza intelectual. El verdadero coraje,

en todos los casos, consiste en tomarse el trabajo para encontrar, elegir y seleccionar una solución cuyo balance, en ningún caso, pueda ser negativo.

La seguridad de un paso adelante vale más que el riesgo que quizá permitiera un avance de diez pasos pero que también podría terminar en el retroceso de un paso: no se conduce la acción como se juega a la lotería.

No correr un riesgo –aún prometedor– cuando el resultado también puede ser negativo.

Esto de ninguna manera conduce a no hacer nada; es preciso simplemente actuar *de otro modo.*

En su segundo aspecto, el riesgo en que se incurre se traduce en la eventualidad de la solución menos favorable (*pero no obstante favorable*), es decir, el riesgo a correr de no ganar más que "tanto". En la evaluación del *pro* y del *contra* que implica el riesgo, las eventuales desventajas son, pues, sobrepasadas por las ventajas seguras; el resultado sólo puede ser positivo y es preciso entonces *atreverse* a soportar el riesgo de la solución menos favorable, con todos los inconvenientes que la acompañan.

Algunos reivindican el derecho de correr riesgos "a título personal", dicen. Pero en la acción contrarrevolucionaria el deber de cada uno está siempre en armonía con las exigencias de la causa. Muchas veces un hombre tendrá el deber de correr el riesgo de que lo maten; pero también muchas veces el deber consistirá en soportar los sarcasmos reservados para los "tranquilos", para aquellos cuya misión exige la apariencia de total falta de relieve.

De cualquier forma, siempre habrá riesgos en la acción: los que hace correr un adversario que no retrocede ante ningún medio. Es una razón más para evitar cualquier acción azarosa.

Un hombre puede, ocasionalmente, permitirse alguna imprudencia cuando ésta sólo compromete sus propios intereses. Pero no tiene derecho a hacer correr riesgos a algo que no le pertenece, a saber: el desarrollo de la acción contrarrevolucionaria a la que, por el contrario, debe esforzarse con esmero en darle seguridad.

206 Es preciso hacer lo seguro por medio de la calidad de los hombres:

- Buscar, ir a buscar y formar a los mejores Contrarrevolucionarios.

– Calidad, en primer lugar; la cantidad "será dada por añadidura".
– Comenzar por instruir a los hombres antes de exigirles servir.
– Los hombres en su medio natural y con su personalidad.
– No llevar a cabo la acción sino con Contrarrevolucionarios.
– Poner a todo el mundo a trabajar. Descubrir los "casos excepcionales".
– Dar su lugar a la "función importante de la mujer".

Es preciso hacer lo seguro por medio de la calidad de la acción:
– Acción *una* y completa.
– Respetar la jerarquía de valores en los hombres, las redes y los medios.
– Medios múltiples, variados y complementarios.
– Ensayar en todos los flancos a la vez. Avanzar todos los peones.
– *Realizar*
– Una progresividad a respetar en el desenvolvimiento de la acción.
– "Dar antes de pedir".
– Buscar la comodidad.
– Respetar las legítimas responsabilidades y prerrogativas–. Descentralizar.
– Ganar minutos.

Es preciso hacer lo seguro por medio de la prudencia que evita los golpes rudos.
– Preverlo todo. ("Prever lo imprevisible").
– Elegir a los hombres y con más razón a sus propios jefes naturales.
– Ninguna colaboración con quien puede estar del lado del enemigo[4]
– Tener una constante preocupación por la invulnerabilidad.
– Atreverse pero no arriesgar.
– Expresión contrarrevolucionaria pública, pero acción ina·sible[4]

Es preciso hacer lo seguro por medio del espíritu que debe guiar la acción:

- Enganchar las cosas por arriba ("colocar lo de arriba, arriba").
- Los medios en conformidad con el fin.
- Coordinar, "tender puentes".
- Progresividad, evolución y no revolución. Proponerlo todo, pero sólo insistir sobre lo inmediatamente franqueable–. Un paso tan grande como sea posible, pero tan pequeño como sea necesario.
- Dar muestras de inteligencia, paciencia y constancia–. Buscar la iniciativa.
- "No dejarse encerrar":...
- ...en la rutina; (¡tener imaginación!);
- ...en lo que es estéril o ilusorio (por ejemplo, los "programas", los "plazos");
- ...en las complicaciones, las "obligaciones", el entorpecimiento;
- ...en una toma de posición o en una situación; en una maniobra revolucionaria (¡prever las defensas!)[4]
- Formar un bloque; esgrimir la Contrarrevolución; desenmascarar la Revolución oficial en los hechos[4].
- No disociar lo espiritual de lo temporal[4].

En cuanto más apurado se está por llegar, más necesario es poner a buen seguro el tiempo que se gana, más preciso resulta *hacer sólo lo seguro.*

•

NOTAS

1. Fórmula en que no puede prevalecer el activismo, en que las acciones inconsideradas no tienen ninguna seguridad y no pueden llegar "a punto" porque frecuentemente están en oposición con el fin que se proponen.
Para continuar la imagen mencionada más arriba, el activista pretenderá

obstruir una brecha echando tierra desordenadamente o abriendo otras con el pretexto de tapar la primera.

2. Resumen del Memorandum de Mao-Tsé-Tung, 1932, *Revue de Défense Nationale*, mayo 1956.

"Aún admitiendo, como ciertos occidentales pretenden, que el Memorandum sea falso, sin embargo resulta claro que ese 'plan de conquista mundial' conocido en 1953-1954, se está aplicando en su espíritu y en su letra. ¿Quién puede negar que es un hecho que se ha llevado al fracaso la influencia occidental por todas partes del mundo en beneficio del mundo comunista? ¿Entonces como negar que ése era un plan juiciosamente preparado?" *Comprender el comunismo, E.M. 8 S.D.R.R. Lyon.*

El hecho, brutal, está a la vista: en 1847, 200 marxistas; en 1943, el mundo comunista está encerrado en las fronteras de Rusia, 200 millones de habitantes; en 1958, el mundo comunista engloba catorce países ¡abarcando mil trescientos millones de habitantes, la mitad del mundo! No opinamos con respecto a los años venideros...

3. a) El comentario (Anexo II) sobre "un acontecimiento tipo a preparar: las elecciones", ilustra la importancia de la preparación *sin esperar*, de la posible explotación de los acontecimientos que se ofrecen.

b) El espíritu de espera está muy bien caracterizado en una frase que todo el mundo ha escuchado a su alrededor en una u otra forma: *"no hay nada que hacer* antes del año que viene,... nada que hacer antes de las elecciones,... nada que hacer antes que Fulano desaparezca..."

Si al menos, pudiera pensarse que la gente que así se expresa emplea la expresión "nada que hacer" en el sentido "nada que esperar"... ¡Pero ocurre que en la práctica efectivamente no hacen nada!

"No hay nada que hacer antes de diez años" decía un político que se había destacado por su actividad y su coraje en acciones de fuerza que fueron otros tantos fracasos. "Nada que hacer", dice, cuando todo le queda por hacer; pero probablemente no piensa sino en el género de "acción" que él conoce. Esperará y luego se levantará, en la primera oportunidad, para reivindicar *su* lugar como si durante todo ese tiempo hubiera trabajado para preparar un futuro mejor. De nuevo pretenderá dirigir a los hombres y ejercer una acción política, cuando durante diez años no hizo ni aprendió nada, ni aún la lección de sus fracasos.

4. Esas nociones, que además ya han sido mencionadas, derivan simplemente de la *unidad* de una acción coherente, completa, segura, pero se las retoma en los capítulos siguientes para explicitarlas desde el punto de vista de la maniobra y de las defensas contrarrevolucionarias.

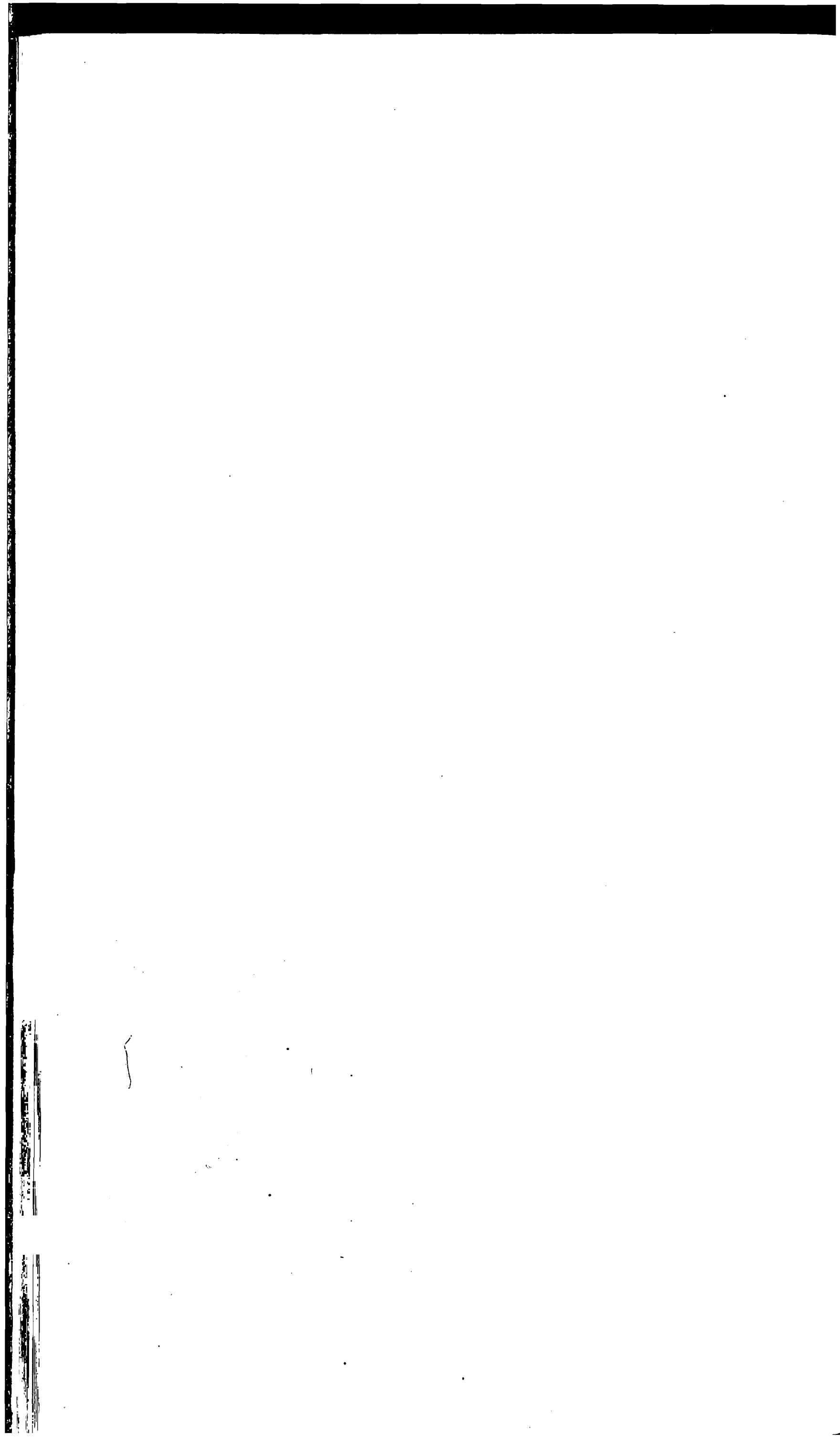
"No dejarse encerrar"... Esta idea táctica volverá a encontrarse evidentemente en la obra siguiente: *La Confrontación Revolución-Contrarrevolución*, pero ella tiene un alcance práctico en la acción de todos los días. Sabemos, por ejemplo, que el adversario utiliza frecuentemente el procedimiento que consiste en crear primero una *provocación* (que le permite hacer explotar su

"indignación" o gritar que se lo degüella). Entonces pasa a la *explotación* del acontecimiento y esto le brinda argumentos para la tercera fase, la de la *reivindicación.*. Se caerá en su juego si nos dejamos encerrar en la polémica que él produce. Si es necesario contra-atacarlo, es conveniente hacerlo en un terreno diferente al que ha elegido.

De igual manera nos dejaremos encerrar en una posición de inferioridad si nos obstinamos en convencer a la gente acerca de ideas que parecen buenas pero que no pertenecen a la esencia de la doctrina: No se debe forzar los espíritus para que adhieran a puntos que no están obligados a aceptar.

QUINTA PARTE

MANIOBRA, DEFENSAS Y ARGUMENTOS



CAPITULO XVIII

LA MANIOBRA CONTRARREVOLUCIONARIA

A. *Una maniobra con el espíritu de un contraataque.*

207 La directiva general: *formación de los espíritus, reconstitución de los vínculos sociales, adaptación de las instituciones al orden cristiano*, debe encontrar aplicación en el curso de las mil *realizaciones* que se ofrecen a los hombres tanto en la vida corriente como en materia política y social.

Pero esta directiva seguiría siendo solamente teórica si la actividad que propone no lograra superar ciertas dificultades que se presentan en una realidad bien concreta: la formación de los espíritus no puede hacerse sino en la medida en que se ganen los espíritus; la reconstitución de los vínculos sociales no puede operarse si no se reduce a la impotencia a quienes los rompen; la adaptación de las instituciones no es posible si ya no se ha conquistado un lugar que permita ejercer influencia sobre esas instituciones.

En consecuencia, a cierto nivel, resultaría ilusorio proponerse cualquier directiva si uno, al mismo tiempo, se niega a hacer pie en el terreno político y social y a rechazar al adversario que obstaculiza el orden cristiano.

Ni las exhorataciones al bien, ni las tentativas para hacerles comprender este orden cristiano les han faltado al adversario; pero nos encontramos con que ellos, particularmente necesitados de oir la buena argumentación, se niegan a escucharla. En razón de que sería un disparate esperar que los revolucionarios se preocupen por el bien, ya no hace falta esperar para oponérseles allí donde actúen mal.

En el transcurso de los diversos acontecimientos que ocurrirán en el dominio político y social o que manejaremos en la vida corriente, la *maniobra* contrarrevolucionaria apuntará, pues, por una parte a convencer a los hombres de buena voluntad y, por otra, a rechazar a los revolucionarios. Se trata de conquistar posiciones nuevas o más fuertes y de contraatacar allí donde se han perdido las posiciones. La maniobra, pues, se caracteriza por una *actitud ofensiva* que se puede definir así (las expresiones siguientes son retomadas y comentadas en el curso del capítulo):

– esgrimir la Contrarrevolución,
– desenmascarar la Revolución oficial en los hechos,
– sacar del medio revolucionario a los Contrarrevolucionarios que en él se han extraviado,
– formar un bloque - descartar a los revolucionarios y a los "neutros".

Pero la Revolución, durante ese tiempo, multiplicará sus esfuerzos y sus artificios contra todo lo que se levante delante de ella. Defensas seguras se ofrecen a los Contrarrevolucionarios. Consisten –lo veremos más adelante– en:

– una acción inasible
– el rechazo de toda colaboración o compromiso con el Enemigo
– el perfeccionamiento en la formación doctrinal

Es muy posible que encontremos otros términos para definir la maniobra y las defensas contrarrevolucionarias. Lo que importa en la materia es hacer resaltar cómo debe ser el comportamiento contrarrevolucionario frente a los hombres de buena voluntad y frente a los hombres que permanecen atados a la causa del mal. Comportamiento en que debe descubrirse el respeto a todas las enseñanzas de la doctrina; comportamiento que, por ello, debe ser intransigente pero no intolerante y que, especialmente, intentará siempre reunir, unir, coordinar...

Al respecto, la Contrarrevolución se presenta como el *todo* que engloba al conjunto de los factores de la acción "antirrevolucionaria" que pueden reconocerse en tales o cuales tendencias de algún valor; es, de alguna suerte, el múltiplo común de todas esas tendencias.

B. La contrarrevolución, común múltiplo para la unidad de la acción

1. Miseria de los contrarrevolucionarios potenciales

208 "Son *potencialmente* contrarrevolucionarias las personas que, por inadvertencia o por cualquier otro motivo ocasional, participan de las opiniones y de las maneras de sentir de los revolucionarios, sin que el fondo mismo de su personalidad se encuentre afectado por el espíritu de la Revolución. Asistidas, esclarecidas y orientadas, esas personas adoptan fácilmente la posición contrarrevolucionaria[1]".

De esta manera, encontramos definidos como *contrarrevolucionarios potenciales* a numerosos hombres ligados a su país, sus tradiciones y sus creencias. Se los encuentra en todos los medios, allí donde son capaces de negar su apoyo a los partidos, a los hombres o a un gobierno inspirado por la Revolución. Los hay entre los independientes honestos, entre los hombres preocupados por la socialización y entre los capitalistas cuando no son revolucionarios.

Son igualmente Contrarrevolucionarios potenciales algunos movimientos nacionales, ciertas asociaciones provinciales, profesionales, culturales, y, en general, todas las agrupaciones deseosas de conceder al *hombre* su verdadero lugar en la sociedad.

Este conjunto humano tiene una grave responsabilidad política y social porque esos hombres, no obstante próximos en el plano ideológico, en general se muestran incapaces de asegurar la más mínima cohesión en sus acciones. Prefieren sus divisiones, sobre temas en realidad menores, a la unión en razón de un fin más elevado. Unos defienden solamente la república; otros preconizan el nacionalismo; algunos reclaman un sistema de refundición de las estructuras, o la salvaguarda de los intereses profesionales; otros son fieles a la idea monárquica. Para cada uno de ellos ninguna perspectiva parece más importante que determinar, en principio, la forma de los gobiernos que vendrán.

Quieren que los demás hagan un trecho de camino con ellos en la persecución de un resultado parcial común, pero con la condición de que en el futuro, el sombrero que coronará el todo lleve únicamente su color.

Todo ocurre como si su éxito particular tuviera más valor que la salvación nacional.

Los revolucionarios crean un frente cada vez que aparece una amenaza contrarrevolucionaria. Por el contrario, en los demás, subsiste la división frente a la Revolución y desembocan en la impotencia porque ninguno de ellos es capaz de ganar sólo. Además, es muy normal que ninguno de esos Contrarrevolucionarios potenciales dispense su confianza al vecino porque, si cada uno tapa las fallas de sus propias concepciones político-sociales, en cambio es intransigente con los defectos semejantes que señala en los demás.

2. Un terreno de entendimiento

209 La división de los espíritus y de los esfuerzos es tanto más deplorable por cuanto existe un terreno de entendimiento entre los Contrarrevolucionarios potenciales.

Estos, en efecto, se encuentran frecuentemente separados por una disputa de términos, de programas y de definiciones prematuras, mucho más que por una incompatibilidad fundamental.

Así, por ejemplo, dos concepciones tan opuestas como la de la "república" y la de la "monarquía", nada tienen que pueda definitivamente levantar a los hombres unos contra otros –con la condición, entendámoslo bien, de que esos hombres no tengan prejuicios ni posiciones tomadas– porque sólo se trata de apreciar el valor de una fórmula política en función de los fines que realmente le propone al Hombre, es decir, en último término, en función del respeto al orden natural.

Si los sostenedores de la monarquía pretenden que ningún otro régimen se aproxima más al orden natural, eso no impide que descubramos monarquías revolucionarias, príncipes franc-masones, pretendientes liberales o progresistas y, por lo tanto, revolucionarios. El orden natural y el divino se encuentran, pues, muchas veces traicionados por esos mismos que fácilmente se dicen partidarios de una monarquía "de derecho divino".

Viceversa, hay muchos hombres que se creen firmemente republicanos, muy simplemente porque han recibido en sucesión una república y no han descubierto la Revolución en el origen de esa herencia transmitida por las generaciones precedentes; sus convicciones no son forzosamente las de los revolucionarios y sus soluciones políticas no deben ser rechazadas sistemáticamente.

Además casi no es necesario recordar que los gobiernos y los

partidos que reivindican abiertamente la defensa de la democracia, son casi siempre aquellos que ejercen la dictadura más insoportable contra el pueblo.

Importa poco, en consecuencia, que a un régimen se lo llama "republicano", "monárquico", "democrático", o de cualquier otro modo. Todo depende de las realidades que se encuentran detrás de las palabras y, por ello, no es preciso batirse por las palabras sino por las ideas realmente esenciales que cubren.

Esas ideas son, justamente, las que constituyen el terreno del entendimiento.

Ellas están en muchos programas y, si bien puede dudarse de la sinceridad de esos programas, en último caso son ellas las que reciben la aprobación unánime del sentido común popular.

¿Qué quiere el pueblo? La justicia, el respeto a la dignidad del hombre, la preocupación por las mejoras sociales, la defensa de los intereses de los pequeños contra la potencia de los demasiado grandes, la seguridad del futuro, la posibilidad de educar convenientemente a sus hijos, instituciones honestas, un clima de seguridad dentro de la nación, razones para estar orgulloso del país.

Pero todo esto es propio del orden natural; todo esto es contrarrevolucionario o todo, por lo menos, de tendencia contrarrevolucionaria. Y es en el tema de la Contrarrevolución, que trasciende a los hombres y a los partidos y que puede satisfacer a todos los no-revolucionarios, donde inmediatamente se descubre el terreno del entendimiento.

3. El común múltiplo de las tendencias antirrevolucionarias.

210 Ciertos Contrarrevolucionarios potenciales que no saben que lo son, se llaman antirrevolucionarios así como podrían proclamarse anticomunistas; pero eso de ningún modo define la manera en que combaten ni lo que proponen contra la Revolución o el comunismo.

Las tendencias "antirrevolucionarias" generalmente están orientadas solamente contra uno de los rostros de la Subversión. Con frecuencia, ellas mismas sufren el contagio revolucionario porque se apoyan a menudo en el clan *subversivo* que hace pareja con el que combaten.

Carecen de una plena noción acerca de lo que es la Revolución

y, en consecuencia, de ese todo que es la Contrarrevolución, el único que permite luchar eficazmente contra el conjunto de las variadas expresiones de la Subversión. Ese todo se les escapa.

Esas tendencias buscan entre ellas a veces, un denominador común capaz de servir de base a la unidad de la acción. Pero no lo encuentran porque cada una está encerrada en su concepción harto estrecha.

Hacia abajo los Contrarrevolucionarios potenciales nunca encontrarán los factores de una posible unidad, sí *hacia arriba*. Tendrían que admitir un múltiplo común del cual ellos mismos no fueran sino un elemento.

Por eso, colocar por encima de cualquier otra consideración la idea monárquica es un error; tomar la defensa de la república como panacea es otro error; apoyarse solamente en la idea de nación es una laguna; aferrarse a la salvaguarda de los intereses profesionales y artesanales es incompleto; trabajar por la reforma de las estructuras es ilusorio sin una base ideológica completa. No obstante cada una de esas tendencias contiene en potencia algo bueno. Y todo eso bueno se encuentra en la Contrarrevolución y, en su totalidad, solamente en la Contrarrevolución. Las "doctrinas" de cada una de esas expresiones político-sociales sólo tienen cierto valor en la medida en que son fragmentos de la doctrina contrarrevolucionaria. Por el contrario, todo lo que no está contenido en ésta debe rechazarse como contrario al bien común de los hombres.

No hay nada que inventar al respecto. Las relaciones que deben existir entre los hombres se encuentran perfectamente definidas en el orden natural; como los elementos de este orden son fundamentales, todo aquello que no los tiene en cuenta es un error. "La verdad es de todos los tiempos"[2].

La doctrina contrarrevolucionaria expresa esta verdad. No es imposible, pues, que las diversas tendencias antirevolucionarias lleguen a reconocer esta doctrina como la doctrina *completa* que deben adoptar, pero esto no excluye de ningún modo que cada tendencia pueda orientar su esfuerzo particular hacia lo "nacional", los oficios, las estructuras o su preferencia por un régimen determinado.

No solamente no disminuirán sus responsabilidades sino que, por el contrario, se verán acrecentadas por la aceptación de una responsabilidad suplementaria con respecto a la doctrina. Además

engrandecerán sus respectivas personalidades por la adopción de una base más amplia y más sólida sobre la que fundamentarán su acción.

4. Una federación de los esfuerzos que respete todas las aspiraciones legítimas pero que exija ajustes.

211 Si los movimientos en los que reconocemos tendencias contrarrevolucionarias toman a la Contrarrevolución como común múltiplo de una Carta que federa sus acciones, se habrá dado el paso más importante: el de la unidad de doctrina adoptada como base de una acción política y social capaz de salvar un país.

Entonces sólo permanecerá en pie una cuestión de aplicación práctica y los esfuerzos de todos deberán ejercerse permanentemente para descubrir y adaptar a la actualidad las distintas soluciones que respetan la doctrina contrarrevolucionaria.

Pero es absolutamente necesario rechazar la idea de que la unión así realizada puede ser una de esas "santas alianzas" destinadas a hacer masa buscando las ventajas del mayor número. Ese sería un error monstruoso: introduciría en bloque, en los cuerpos contrarrevolucionarios, una multitud de elementos incapaces de plegarse a las reglas de la acción y mucho más nocivos por cuanto los menos instruídos son, por lo común, los más activistas.

Es preciso intentar convencer acerca de la Contrarrevolución a los jefes que, en esos movimientos diversos, no tienen tendencia revolucionaria y, de hecho son pues, Contrarrevolucionarios potenciales. Y por ellos la acción en profundidad debe ejercerse en sus propias filas.

Pero si algunos no quieren dejarse convencer, pensemos que particularmente los jóvenes que ellos se obstinan en ilusionar, verán con claridad más rápidamente, porque la juventud tiene esto en común con la acción contrarrevolucionaria: es generosa e intransigente. Ella exige otro tanto de aquellos en quienes pone su confianza.

212 No hay duda de que para ciertos jefes de movimientos políticos o de agrupaciones humanas, Contrarrevolucionarias potenciales, realizar esa unidad doctrinal de la que personalmente no están muy alejados les acarreará inconvenientes, trabajos y dificultades. Probablemente les resultaría más fácil operar cambios bruscos y violentos (*revoluciones*) pero así sólo lograrán cambios espectacu-

lares que no producen ninguna transformación profunda en los espíritus. Deben, por el contrario, intentar conducir a las personas hacia una *evolución* inteligentemente perseguida que obtenga adhesiones realmente razonadas.

Los mejores, cualquiera sea el nivel en que esten ubicados, deberán ser los más perspicaces, los más obstinados, los más sólidos y deberán agrupar a su alrededor a los futuros Contrarrevolucionarios. En sus cuadros encontrarán oposiciones. Descubrirán también a los enemigos infiltrados que los gangrenaban desde hacía mucho tiempo. Deberán eliminar sin piedad a los que no quieren comprender y, sin embargo, pretenden conservar sus puestos . Deberán realizar una decantación *que hará falta activar* en detrimento del volumen pero en beneficio de la solidez. Fracciones enteras de sus dispositivos podrán desplomarse; pero, de todas maneras, esas fracciones se habrían desplomado en el momento más crítico, aplastándolos.

Puede ser que esos mismos jefes deban separarse de lo que fue su obra para volver a partir sobre bases sanas... Pero lo que les quedará en las manos será claro y firme y solamente sobre ello es posible contruir el futuro.

213 Si las diversas tendencias potencialmente contrarrevolucionarias hacen evolucionar el espíritu de sus miembros hacia la Contrarrevolución (múltiplo común que los une a todos por arriba), entonces no puede haber oposición fundamental entre ellos. La unidad contra la Revolución llegará a ser efectiva y una inmensa esperanza podrá apoderarse del país.

Los primeros puntos, en el marcador contra la Revolución, en el dominio político y social serán otras tantas victorias para todos. Si por el contrario debe sufrirse una acometida revolucionaria más violenta, la unidad en la defensa y en el contraataque estará por fin asegurada. Sin prejuzgar acerca de las dificultades venideras, llegará un momento en que el orden cristiano plantará sus primeros jalones y asegurará sus posiciones.Las aspiraciones de unos y otros serán progresivamente satisfechas puesto que ese orden defiende los intereses profesionales y artesanales, desambaraza las estructuras de la podredumbre del “Sistema”, permite la elección del régimen más apropiado, autoriza –en sus legítimos límites– la exaltación de la nación y coloca a las autoridades que se pretenden supranacionales bajo el control de la ley moral.

Y si ocurre que, en ese esfuerzo común, el señor X tiene finalmente más audiencia que el señor Y, en realidad poco importa que sea él quien tome la delantera con respecto a los demás, si al mismo tiempo, se ha convertido en el mejor defensor de la Contrarrevolución.

Que el mejor vaya a la cabeza, pero que los esfuerzos de todos sólo estén dirigidos a lograr que en primer lugar y definitivamente triunfe la Contrarrevolución[3].

Una vez más habrá quienes griten la utopía: "Todo eso sería tan bueno que sólo es una quimera...".

Pero entonces ¿de quién se burlan? A todos los hombres que quieren lo que es limpio sólido, nuevo... ¿qué les proponen? ¿No abusan de su confianza esos jefes de fila que en el fondo de ellos mismos no creen en las posibilidades de una verdadera renovación nacional?

¿No es, acaso, la única utopía, la única ilusión y el único engaño, dejar creer a los hombres que cualquier fórmula política –por nacional y social que se pregone– puede triunfar contra el sistema revolucionario sin combatir la Revolución?

C. *La Contrarrevolución, común múltiplo para una acción internacional*

214 La acción contrarrevolucionaria es universal. Obtiene ese carácter de la doctrina que la inspira.

Trasciende todas las teorías y programas políticos; preconiza el orden social que realmente tiene como objetivo el bien común de los pueblos.

La Contrarrevolución no conoce fronteras. Es la única base sobre la que podría fundarse una autoridad supranacional[4].

A nivel internacional, la Contrarrevolución es el común múltiplo de todas las fuerzas que luchan, aquí, contra el comunismo o contra un tirano, allí, contra el liberalismo, el progresismo, la tecnocracia, etcétera.

La Contrarrevolución plantea reglas de acción que se imponen entre las naciones así como se aplican entre los hombres, las redes, los grupos humanos:

Acción *una* y variada y por lo tanto armoniosa entre las

acciones contrarrevolucionarias nacionales; complementariedad de sus medios y de sus esfuerzos; unidad espiritual que se traduce en los hechos por una *cooperación efectiva...*

Esta unidad en la acción debe ser muy real porque *ningún país se salvará sólo*: el desenvolvimiento de una fase revolucionaria en uno de ellos constituye una advertencia y una amenaza para todos los demás. Cuando la Revolución se impone en una nación, todas las demás se dan cuenta de que su tarea se ha vuelto más difícil aún. En cambio, una acción contrarrevolucionaria que progresa en un país refuerza las posibilidades de las acciones contrarrevolucionarias efectuadas por otros pueblos. Pero el efecto de ese contragolpe no debe dejarse librado al azar: se podrá explotar mucho más esa interacción si las fuerzas contrarrevolucionarias nacionales están unidas entre sí por lazos verdaderamente eficaces.

La Revolución, por intermedio de los revolucionarios de los diversos gobiernos, procede mucho más fácilmente contra las expresiones contrarrevolucionarias aisladas de cada país. Con toda su fuerza las ataca a cada una separadamente y cada una de ellas está sola para defenderse y sufrir sin poder siquiera elevar su voz.

Los revolucionarios saben pregonar la ayuda que se prestan mutuamente de nación a nación, o de nación a hombre, y así manifiestan la unión que hace la fuerza. Si un revolucionario es expulsado de un Estado, inmediatamente será amparado con grandes demostraciones de satisfacción por algún otro gobierno revolucionario. Le serán dadas todas las facilidades para que prosiga su propaganda subversiva por el mundo. En esto la acción de los revolucionarios es, frecuentemente, más coherente que la de ciertos Contrarrevolucionarios. Los gobiernos o las expresiones nacionales de tendencia contrarrevolucionaria tienen muy a menudo los mismos defectos que los hombres. Son veleidosos; pregonan buenas ideas pero consienten una "neutralidad" que juega siempre a favor de sus enemigos. El menor argumento los detiene: el miedo a las reacciones políticas, el temor a las represalias económicas, razones todas que sólo tienen un valor secundario, ya que siempre es la Revolución la que saca provecho para asegurar cada vez más su dominio en esos países que terminarán por perderlo todo porque han emprendido el camino de los abandonos.

215 Para juzgar acerca del valor de una política es necesario referirse primero a la posición que ella toma frente al orden natural y, en particular, el lugar que concede al hombre en la sociedad. Pero es preciso también observar si esa toma de posición no se contenta con ser una actitud pasiva y si efectivamente produce actos concretos de inspiración contrarrevolucionaria. En efecto, al igual que hay hombres que se dicen cristianos pero que no obedecen a su deber de acción contrarrevolucionaria, también hay Estados que disponen de instituciones cristianas pero que nada positivo hacen contra la Revolución. Sus jefes –todos aquellos que detentan una parte de la autoridad del poder establecido, pero también todas las individualidades que ejercen influencia sobre el espíritu de un pueblo– serán responsables de los tiempos revolucionarios que infaliblemente sufrirán sus países.

Un jefe de Estado –o de gobierno– debe tener una política que no solamente se inspire en la ideología contrarrevolucionaria sino que aplique las reglas de la doctrina de la acción frente a las demás naciones como en el interior del Estado.

De esa manera los fines de su política, conformes con la doctrina especulativa, serán perseguidos a través de medios, de planes y de alianzas también conformes con los principios de la acción. En ese caso la política del Jefe es precisa, firme, consecuente; nunca será sorprendida en falta por los acontecimientos; además será coherente. Lógica en su aplicación, con sus grandes ideas directrices, no dará el espectáculo de una nación cuyas Instituciones son cristianas, por ejemplo, pero que deja a la subversión progresista la posibilidad de propagarse, o que acepta la plaga social del liberalismo. Por fin estará en armonía con todas las acciones políticas contrarrevolucionarias, en el extranjero o en el interior del país.

En el plano internacional esta política tiene el verdadero sentido de la asistencia que debe brindar a los países necesitados. No es a fuerza de dinero o de técnicos como forzosamente debe traducirse esa ayuda porque así proceden las distintas subversiones a nivel mundial para *comprar* la clientela de los países en vías de desarrollo. Para proporcionar a los pueblos el verdadero remedio para la mayoría de sus males, es preciso ayudarlos a romper el grillete revolucionario que los estrangula y estarán tanto más incitados a

ello cuanto más evidentes les resulten las causas materiales de sus desgracias: el derroche de los recursos desviados de su destino natural que es el bien común del pueblo, la dilapidación de los fondos públicos en gastos de actividades y de medios que amenazan la paz. Por lo tanto hay que poner a su alcance la Contrarrevolución, y ninguna mejora podrán esperar hasta que no hagan pie en el país cuadros con espítitu contrarrevolucionario para emprender una acción en profundidad.

Con respecto a esos pueblos y a sus dirigentes sólo hay una política: una política *Contrarrevolucionaria.* Ella es, imperativamente, el múltiplo común que deben admitir todas las naciones que realmente quieran oponerse a los progresos del dominio de la Subversión sobre los pueblos.

Si el mundo ha caído tan bajo que ya no hay ningún gobierno contrarrevolucionario capaz de respetar la doctrina, existen de todas maneras Estados en los que pueden aún expresarse las acciones contrarrevolucionarias nacionales. A ellas les incumbe entonces mostrar la Contrarrevolución como el común múltiplo de todas las acciones nacionales que quieren salvar un orden cristiano.

216 La acción contrarrevolucionaria tiene necesidad de una *base de sostén* a nivel mundial. Sería de esperar que esa base pudiera tomar forma en muchos países determinados y concretarse a través de financiaciones, de medios materiales, de órganos de enlace, etcétera. Pero, sea como fuere, el sostén que se espera, como mínimo, puede consistir en el ordenamiento de las posibilidades que se encuentran en cada país para permitir una mejor disposición en común.

Esto implica una armonización de los esfuerzos que puede justificar grandes esperanzas porque, entonces, una realidad contrarrevolucionaria internacional estará en condiciones de hacerse escuchar, de denunciar las maquinaciones de la Subversión mundial, de coordinar las reacciones contrarrevolucionarias y de forzar a los gobiernos a tenerla en cuenta.

Aquello que los jefes contrarrevolucionarios de una nación no puedan obtener directamente, quizá logren realizarlo indirectamente permitiendo a sus vecinos dar un paso adelante. Lo que unos no puedan ya decir en un país, otros deben decirlo en su lugar y hacerlo saber a través de sus medios de expresión y de difusión.

Las vinculaciones internacionales deben tomarlas a su cargo aquéllos que aún pueden libremente franquear las fronteras. El dinero que unos no pueden recaudar debe venirles de los países en que los hombres tienen aún libertad para contactarse y reunir fondos.

Esas acciones contrarrevolucionarias tienen una base doctrinal común y fines comunes. ¿Qué les falta? Que sus medios y sus esfuerzos sean igualmente puestos en común. Si no, como les ocurre a esos hombres que no quieren poner en común sus medios polivalentes para una acción multiforme, ciertas acciones nacionales dispondrán de dinero, otras de libertad de movimientos, otras de escritores, de pensadores, de una prensa y de una radio favorables, pero nada se hará porque nadie tiene todo eso a la vez.

Los Contrarrevolucionarios de todos los países deben prohijarse totalmente unos a otros.

D. *Esgrimir la Contrarrevolución*

217 La *Contrarrevolución*, base común y fin común:

Desde que esto se admite es posible levantar contra la Revolución un frente sólido apoyado sobre una amplia base. Y, en todos los países, las buenas voluntades atraídas por diversas tendencias pero intransigentes en cuanto a sus direcciones del inicio de marcha, ya no tendrán una elección imposible.

¿Cómo puede, además, encontrarse a la gente buena? ¿Cómo pretender que el hombre medio, cuya educación política se encuentra frecuentemente falseada en forma deliberada por una "información" gubernamental revolucionaria, pueda realmente optar por una fórmula político-social?

Hasta que no se le ponga a la vista una solución de evidente valor, el pueblo continuará buscándola en vano. No la encontrará por sí mismo. Y los hombres, a la desesperada como siempre, se orientarán hacia las promesas políticas que más los lisonjean o que parecen poner más energía en la defensa de sus intereses. Se dirigen, así, a las palabras simples con aire de contener algo: "socialismo" o "comunismo". Esas palabras se convierten en su programa y en su acto de fe.

Propongamos a esos hombres algo igualmente simple, igualmente

vasto: una voz de orden, no obstante precisa: *la Contrarrevolución.*

¿No saben qué es? Poco importa porque, antes que nada, se comenzará por enseñarles. (¿Sabían con anterioridad, y saben ahora qué es el comunismo?).

Es preciso dar a los hombres la respuesta que esperan a la pregunta siempre planteada: "Es necesario que esto cambie... Sí, ¿pero *cómo*? ". *Por la Contrarrevolución.*

Al esgrimir la Contrarrevolución los hombres sabrán por fin *contra* qué y *para* qué es preciso comenzar a actuar:

– *Contra la Revolución.*

– *Para la Contrarrevolución, a la vez doctrina, orden social y principio de acción*[5].

218 Basta que se hable de "esgrimir la Contrarrevolución" para que un viejo fondo de activismo se despierte en aquellos que gustan actuar exteriorizándose ruidosamente.

Debe quedar muy claro, para esta gente, que se trata de esgrimir una doctrina, un orden social y un principio de acción, y no de esgrimir una palabra o un slogan para gritarlo sobre los techos.

Existen buenas razones para creer que el término "contrarrevolucionario" tendrá un atractivo que sobrepasará en mucho al que muchas veces ha conocido el término "revolucionario". Es otra imperiosa razón suplementaria para desconfiar de quienes pretenden darle un mal uso.

¡Encontraremos hombres que se jactarán de ser contrarrevolucionarios cuando ni siquiera tienen ninguna noción de lo que es el orden natural que debe defenderse contra la Revolución! Pero no será grave si sólo se trata de esos millones de personas, obreros de la última hora, que se suman a un consenso ya adquirido de hecho. Lo importante es que esos millones no puedan manifestarse antes que el país disponga de una estructura contrarrevolucionaria interna adecuada para contenerlos y dirigirlos.

No es, pues, el *término* contrarrevolucionario lo que hace falta esgrimir a todos los vientos; es preciso tener la inteligencia de no proponerlo a aquellos que no están en condiciones de comprender su contenido. Hacerlo equivaldría a acrecentar el *número* sin tener los hombres de *calidad*, los únicos que pueden hacer de cada elemento de ese número otras tantas adhesiones razonadas y definitivas. Es preciso recordar que los hombres simples –o de espíritu deformado–

imaginarán fácilmente que se han convertido en Contrarrevolucionarios por el sólo hecho de autodenominarse contrarrevolucionarios, exactamente como se proclamarían "demócratas-socialistas" o "republicanos-populares" simplemente porque han adquirido una tarjeta de esos partidos.

Ciertos animadores creen haber encontrado una táctica feliz para evitar proponer la Contrarrevolución a gente que no sabe lo que es: emplean términos más vagos para definir la base ideológica que sirve de fundamento a sus concepciones político-sociales.

Se puede descubrir ahí, en algunos de ellos, una loable preocupación con respecto a la prudencia, particularmente cuando su acción se ejerce en países donde casi en cada estación se oye hablar de una nueva revolución. Sin embargo la reflexión fuerza a reconocer que, por muchas razones, esos animadores cometen un error que no compensa la prudencia de la que dan prueba. En efecto, nada reemplaza a este todo *–uno*, coherente, completo– que es la Contrarrevolución. Si se propone a los hombres una concepción político-social basada sobre la "comunidad" por ejemplo, los hombres dirán ser –y llegarán a serlo– comunitarios (o comunitaristas). Sus agrupaciones y sus redes se constituirán alrededor de ese tema. Los hombres no estarán forzosamente más cerca de la Contrarrevolución porque ella les resultará una noción diferente de la que se les propuso; quizá se sientan incitados a alejarse porque nada le impide a cualquier comunitario ser revolucionario.

La prudencia que ejercitan los jefes de esos movimientos proviene sobre todo del miedo a ser desbordados por una masa de hombres que esgrimirían el término contrarrevolucionario inoportunamente. Temor perfectamente justificado porque el error fundamental que cometen esos responsables con respecto a la doctrina de la acción consiste probablemente en dejar emplear a su alrededor medios que apuntan a "ganar la masa" y a "ir ligero" en detrimento de lo *seguro.*

Por esto deben temerle al costo de un éxito rápido pero ilusorio. En lugar de "efectuar la acción de hombre a hombre" para llegar a disponer de militantes formados, se contentan frecuentemente con dispersar una información general e impersonal. Esta les produce verosímilmente una cierta clientela política y numerosos simpatizantes; pero ahí reside el peligro porque se tendrá toda clase de sinsabores si se cree poder contar con simpatizantes ignorantes de la

doctrina y que no están encuadrados por jefes naturales que sean verdaderos Contrarrevolucionarios. Y ese peligro es tanto mayor cuando los simpatizantes son numerosos porque entonces es imposible evitar las nefastas iniciativas, el desviacionismo, el desborde. En esas condiciones, muy rápidamente dirige el hombre de la calle; la acción efectuada se revela negativa y los hombres de buena voluntad descubren que han sido engañados.

Esgrimir la Contrarrevolución no significa alborotar a los hombres jugando con lo espectacular; porque la multitud así reunida nunca será el elemento de base de ningún progreso; por el contrario puede convertirse en el instrumento de las peores vicisitudes.

Esgrimir la Contrarrevolución es explotar todas las ocasiones propicias para proponer a los hombres la doctrina, el orden, el principio de acción contrarrevolucionario; es partir a la búsqueda de los cuadros sociales, de las élites intelectuales, de los hombres de acción que instruirán y formarán a los Contrarrevolucionarios a su alrededor, que los insertarán en una estructuración natural y que impulsarán hacia las realizaciones prácticas a entablar "a partir de cada hombre". Y todo esto puede hacerse con la mayor discreción si es necesario.

Esgrimir la Contrarrevolución es atraer la atención de los hombres hacia el uso que debe hacerse del "instrumento" contrarrevolucionario, es comprometer la acción en todas partes *como se debe*, para que vaya tan rápido como sea posible (pero tan lentamente como sea necesario).

Si se respetan las fases progresivas del desarrollo de una acción sana no debe temerse que el empleo intempestivo del término contrarrevolucionario sirva a los designios del enemigo, porque los hombres llamados a utilizar corrientemente ese término estarán ya aferrados por la doctrina.

219 Algunos hombres desearían que la Contrarrevolución se hiciese sin que se hablara de ella: "Trabajemos, pero evitemos hablar de la Contrarrevolución para no atraer una atención malévola..." Pero –lo hemos repetido con mucha frecuencia–, ha sido preciso que algo no marchara bien en la acción contrarrevolucionaria para que la Revolución desenmascarada hace dos siglos, continúe progresando y arrastrando a los hombres hacia un abismo que no ven. El tiempo ha transcurrido con creces en que uno quizás haya podido

imaginar planes muy hábiles y discretos para demoler la Revolución sin que ella lo perciba. (Si no es esto una pura construcción mental y suponiendo que hayan sido suficientes algunos hombres para ocuparse de ello, casi no es posible prever cómo podrían hacer frente a la Revolución sin movilizar a los hombres a su favor, a las élites espirituales e intelectuales, a la Autoridad de la que depende que los espíritus y las instituciones sean preservados de la Subversión).

Algunos tal vez quisieran ahora exigir a los hombres que combatan a la Revolución ¡disimulando que ella existe!

¿No hablar de la Contrarrevolución? Entonces, ¿proponer qué? ¿Un retorno masivo al catolicismo? "¿Católicos de todos los países, uníos? ..." Cien veces ha sido lanzado ese grito desde lo alto de los púlpitos, pero los hombres, una vez que salen de la iglesia, vuelven a encontrarse solos; ya no están reunidos; no han encontrado a sus jefes. En consecuencia, a la salida de la iglesia, en la plaza pública, entre laicos y por laicos, es preciso recordarles a los humanos sus deberes como seres políticos y sociales.

Puede que los hombres estén corriendo el riesgo, en algunos países, de estar en los últimos años de una civilización cristiana. Es necesario, entonces, que la idea contrarrevolucionaria en su totalidad entre en combate sin esperar más. ¿Algunos dirán que ya está? Para la mayoría de los hombres apenas se ve: batirse en el silencio, permaneciendo en su rincón, no lleva a nadie al combate porque nadie sabe que el combate existe.

Hay hombres y mujeres que sólo piden "oir los cañonazos" para marchar; pero ¡haría falta que los oyeran!

220 Muchas veces a algunos crisitanos les parece inútil prevalerse de la Contrarrevolución porque ya forman parte de otros grupos, "acciones", o círculos de estudio, y porque siempre se han interesado por sus deberes de ciudadanos. De hecho, en efecto, siempre han actuado como Contrarrevolucionarios pero, podríamos decir, a título personal.

No obstante, como la unidad de la acción cívica a realizar no puede ser sino contrarrevolucionaria, y como una acción política y social eficaz no puede ser el resultado de actitudes únicamente individuales, también ellos deben agregar públicamente el peso de sus esfuerzos a la acción contrarrevolucionaria.

Sistemáticamente deben convertirse en guías y animadores para que esta acción adquiera una fuerza tan influyente como sea posible. El solo hecho de que se digan *también* Contrarrevolucionarios y de que orienten a los demás hacia esta acción, tanto más la refuerza.

Si no lo hacen, además, pueden hacer suponer que esas diferentes acciones no tienen en realidad el mismo *fin* y de ese modo perjudicarán el espíritu de coordinación que a todas debe animar.

Hace falta esgrimir la Contrarrevolución para separar, en el terreno de la acción, a aquellos que conocen la verdad pero que hacen de ella letra muerta, de aquellos que, quizá más ignorantes, quieren sin embargo *actuar bien*.

Hace falta esgrimir la Contrarrevolución para que, bajo ese signo, aquellos que están comprometidos en la acción, en cualquier medio, movimiento o tendencia a la que pertenezcan, se reconozcan entre sí.

Hace falta esgrimir la Contrarrevolución para realizar a través de ella una unidad de *intenciones* y de *acción.*

La alternativa es ahora inevitable: o bien obrar tímidamente y entonces la Revolución continúa avanzando, o bien hacer el esfuerzo más valeroso, sin timidez ni complejos, a pesar de las previsibles reacciones.

Esta segunda solución se impone porque sólo ella puede llegar a vencer.

221 Podría inquietar el hecho de que al esgrimir la Contrarrevolución se develara al enemigo una acción contrarrevolucionaria metódicamente conducida y que ello pudiera constituir un error de táctica o una imprudencia. Nada de eso.

En primer lugar la acción contrarrevolucionaria nada tiene que disimular con respecto a sus fines, a sus métodos y a su empleo.

Además, los revolucionarios no ignoran qué es el orden natural y la ley moral y no hay nada en ella sobre esos temas que no puedan encontrar en la doctrina cristiana o que no se recuerde particularmente en las encíclicas y en algunas obras contemporáneas.

En cuanto a las consideraciones de orden práctico, la Revolución casi no tiene necesidad de lecciones en ese dominio. Ella conoce la necesidad del "trabajo personal", de la "formación de cuadros"; ella pone de manifiesto las taras del "tran-tran rutinario", de la "buro-

cracia", de la "demora"; ella recuerda la ventaja del "contacto directo", la importancia de los hombres colocados en los "puestos clave", etcétera, términos todos que se vuelven a encontrar en la pluma de los teóricos del "Partido", y que se repiten, por ejemplo, en los "cursos de la Escuela Elemental del P.C. francés".

Esgrimiendo la Contrarrevolución –lo que constituye una *necesidad* para el progreso contrarrevolucionario– no se corre el riesgo de cometer una imprudencia al divulgar métodos o tácticas ignoradas por el enemigo: las conoce bien... ¡desde el tiempo que trata de aplicarlas!

Por más que la Revolución haga, por el hecho mismo de sus falsas teorías de base, no puede aplicar los *principios* de la acción según el espíritu de la doctrina contrarrevolucionaria, lo que equivale a decir que le están vedados los beneficios de esos principios.

Es cierto que la aplicación correcta de los métodos de trabajo y de planificación corrientes le permite, como a cualquiera, una eficacia inmediata y una actividad acrecentada. ¡Pero la diferencia es grande en cuanto a los resultados obtenidos! Así, por ejemplo, cuando la doctrina exige "poner a todo el mundo a trabajar", significa que hace falta haber convencido los espíritus y ganado los corazones de mayor cantidad de personas y que jefes naturales más numerosos habrán sido descubiertos o formados en los cuadros sociales naturales. Y esa acción de conjunto habrá sido *una* y armoniosa, coordinadora, etcétera.

En el polo opuesto, cuando la Revolución acrecienta sus efectivos, ya no tiene cuadros sociales naturales ni apenas adherentes que hayan realmente reflexionado acerca de sus convicciones revolucionarias. Ella aumenta su número a través de sus consuetudinarios procesos antinaturales. Engaña a una masa más grande y le dobla el lomo mediante la sujeción a "jefes" impuestos, por una disciplina que no es libre, por una teoría que prohibe el razonamiento, por órdenes que no admiten explicación. Su estructuración artificial propensa a resquebrajarse, en períodos críticos, sólo puede mantenerse por la adopción de métodos cada vez más repugnantes.

Ciertamente, esa masa engrosada representa un peligro inmediato mayor en cuanto a la posible explotación revolucionaria de un acontecimiento fortuito, y es de tal calibre que la acción contrarrevolucionaria no podrá oponérsele. Pero si imaginamos que ésta progresa, es decir, que el tiempo no juega ya sistemáticamente en su

contra (y no es indispensable que su curva ascendente sea tan rápida como la de los efectivos alistados por la Revolución), al cabo de un cierto tiempo el conjunto contrarrevolucionario se beneficiará con un aumento de fuerza real, humano, social, espiritual, estructurado naturalmente, mientras que la masa revolucionaria sólo representará un número acrecentado, artificialmente encuadrado.

Por consiguiente, entonces, la regla que recomienda la más amplia descentralización resulta inaceptable para los revolucionarios porque se apoya sobre el reconocimiento de las legítimas responsabilidades de los individuos y de las comunidades. Cualquier descentralización es además imposible cuando los hombres deben referirse en primer lugar a un escalón superior para saber cuál es la "verdad del día" en la que les está permitido creer. Bajo semejante régimen no existe ninguna directiva general y permanente que no pueda ser cuestionada, ninguna autoridad que no sea precaria, ninguna iniciativa que no corra el riesgo de ser acusada de desviacionismo.

El fundamento de la autoridad, el respeto a las prerrogativas naturales, la libertad que conserva siempre el individuo, la observancia de la ley moral, la preocupación por la justicia, etcétera, son otros tantos elementos y principios con los que tropieza la acción revolucionaria. No es de temer, pues, que la Revolución explote en su provecho las reglas de la acción contrarrevolucionaria. Además, no podríamos sino regocijarnos de verla conformar sus procedimientos a la ley moral: pero ella es prisionera de teorías *fundamentalmente* opuestas y sufre los efectos de sus propias contradicciones.

222 La acción contrarrevolucionaria, *en tiempos normales*, no tiene ningún interés en una discreción que minimice su influencia y sólo puede encontrar inconvenientes en la clandestinidad. Por el contrario será necesario que el maximum de los Contrarrevolucionarios se anuncien como tales, que conferencias públicas expliquen la Contrarrevolución, que haya movimientos que se inspiren en la acción contrarrevolucionaria.

Todo esto, hasta que no se pruebe lo contrario, no cae bajo las sanciones de la ley. Porque en la mayor parte de los países en los que unos pueden decir que son progresistas, comunistas o liberales, los demás deben poder proclamarse antimarxistas, antiliberalistas, contrarrevolucionarios.

Debe entenderse bien que no se trata de hacerse los petulantes, de buscar lo espectacular e inútilmente provocar los golpes. Pero es preciso hacer todo lo que se debe hacer y sin pusilanimidad. Como siempre, será conveniente perturbar al mínimo, pero nos ilusionaríamos si pensáramos que la Contrarrevolución puede obrar eficazmente sin perturbar todo aquello que es más o menos revolucionario, por lo tanto, sin que su acción sea criticada.

Es necesario hacer conocer la Contrarrevolución por todos los medios posibles, explicando incansablemente.

Es necesario decir a los jóvenes que la Contrarrevolución necesita de ellos. Que los estudiantes y las estudiantes se pongan a trabajar, pero también los profesionales liberales, los militares y los comerciantes. Que hablemos de ella en el taller y en los campos; que por todas partes la acción contrarrevolucionaria aparezca como la empresa *que debe y que puede* asegurar la salvación de los pueblos y de las naciones.

223 Una tradición contrarrevolucionaria debe renacer en los países en que ha desaparecido.

Pero una tradición no se forja ni se mantiene sin que los hombres sin cesar contribuyan; si no, degenera en recuerdos más o menos sentimentales y en hábitos que han perdido la fuerza que emana de la fuente espiritual de origen.

(Por eso, para muchos, la sola "tradición" católica legada por la generación precedente se reduce únicamente a "costumbres" —como, para ellos, la asistencia a Misa— que los jóvenes, en la edad de su emancipación, olvidan en algunas semanas de libre arbitrio).

No es por una simple tradición que los niños deben ser educados en la verdad y, en consecuencia, en un ambiente contrarrevolucionario. Pero la tradición constituye un apoyo y, a veces, se convierte en un recurso si reposa sobre los verdaderos valores espirituales y si está desembarazada de nociones secundarias que han podido injertarse en los principios esenciales intentando suplantarlos.

La tradición debe ser muy fuerte para que, si ya no nos sometemos a los valores que la crearon y le dieron su nobleza, no la sintamos decaer. Así, la fuerza de la tradición puede despertar el sentido del deber en los padres que rehuyen sus responsabilidades con respecto a sus hijos. Con frecuencia se los oye declarar, a propósito de los deberes morales o religiosos que deberían imponer

a sus hijos: "Más tarde ellos elegirán..." ¿Conocemos muchos jóvenes que encuentren el tiempo y se tomen el trabajo de abocarse a estudios personales para buscar la verdad en la edad en que están en condiciones de razonar? ¿Conocemos muchos padres que lo hayan hecho? ¿Y a los hombres que intelectualmente no están en condiciones de hacerlo, se los condena a la ignorancia de lo que es bueno y verdadero? Respuestas negativas a las que corresponde una sola afirmación: es un deber transmitir la verdad; es un deber hacer vivir a los niños según los preceptos de la verdad.

Se manifiesta la inspiración de la Revolución, claramente, en esa pretendida "elección" diferida por la que los niños pueden ser dispensados de ciertos deberes. ¡Vemos, además, los efectos! Ya que los mismos padres dan a sus hijos argumentos para dudar de las bases espirituales que proponen, ¿por qué los niños no han de resistir obedecer el carácter legítimo de su autoridad? ¿Y por qué prohibirles las negligencias, las "facilidades", los desórdenes que los atraen, si se admite que más tarde pueden rechazar esas bases?

Es preciso proceder de una manera absolutamente inversa. Por eso, en todo el pasado que pueda alcanzar la memoria de los niños, no deben poder encontrar una sola época en que su vida no haya sido bañada en la verdad que se les enseñaba. Por tradición, aún antes de que sepan lo que es reflexionar, ya deben haberse depositado los principios espirituales en sus almas; la noción de bien y de mal en sus acciones cotidianas ya debe haber impregnado su naturaleza; deben haber tomado el hábito indiscutido de someterse a ciertos deberes.

Los niños deben crecer en un ambiente en que jamás sean cuestionados los preceptos morales y religiosos. No se les puede prestar un servicio mayor ni existe mayor *deber* frente a ellos que educarlos en esa fe. Si, más tarde, algunas cuestiones los preocupan, tendrán la más total libertad para profundizarlas estudiando lo verdadero y lo falso, pero ya estarán en el camino de la verdad, y el resto competirá solamente a su responsabilidad ya que ellos habrán recibido, por lo menos por tradición, el depósito sagrado que sus padres debían transmitirles.

Se comete falta si se deja a los hombres de las generaciones futuras la ocasión de orientarse hacia el mal o el error. Aunque los

padres se crean indignos de predicar la verdad, cuando conocen fehacientemente los errores personales que consienten, aun cuando sus hijos descubran la incoherencia de hecho entre ese comportamiento y los principios que exaltan, esos padres tienen el deber de permanecer fieles a esos principios. Y que falten a ciertos deberes no constituye una razón para dejarse apartar, para "desengancharse" y abandonar otros deberes –con frecuencia los más simples– que no obstante pueden cumplir.

Con toda seguridad que el espíritu revolucionario está ahí para preguntarles con qué derecho pregonan la moral cuando, por sí mismos, no la respetan; y en nombre de esta "lógica" subversiva, los hombres que sin embargo saben dónde está el bien –a pesar de sus debilidades humanas– ¡son invitados a dejar la plaza librada al mal y a la Revolución!

A falta de esta coherencia que podría hacer santos a todos los Contrarrevolucionarios, es útil tomarse, al menos, de la Tradición. ¡No desenganchar! Rechazar esa monstruosidad que consiste en admitir que el Error tendría el mismo derecho que la Verdad en la elección de los niños.

Es preciso transmitir la Tradición; una tradición de verdad y de acción. En las familias, en los grupos sociales, la tradición contrarrevolucionaria debe pasar más fiel y más fuerte de los viejos a los jóvenes, de los padres a sus hijos e hijas. Así los jóvenes encontrarán la respuesta a sus necesidad de creer en algo válido, de consagrarse, de actuar por un ideal, en resumen, de expresar toda su personalidad poniéndola al servicio de la mejor causa.

Aún antes de estar cargados de responsabilidades, los Contrarrevolucionarios de la joven generación deben tener la altivez de espíritu que los conduzca muy naturalmente a esgrimir la Contrarrevolución[6].

E. *Desenmascarar, en los hechos, a la Revolución oficial*

224 A excepción de los países cuyas autoridades e instituciones apelan a ideas revolucionarias, en general los gobiernos no son oficialmente enemigos de los principiso cristianos. Constituiría un error táctico de su parte desenmascararse como tales. De tal suerte

que, si la Revolución se revela en sus revolucionarios (aquellos que hablan o que escriben) y en su juego político, sin embargo no aparece oficialmente —aunque lo sea en los hechos— en los gobiernos que inspira. Estos pueden, pues, continuar haciendo el mayor mal y engañando a los pueblos bajo apariencias no hostiles a un orden social cristiano.

Cuanto antes se arranque esa máscara, antes podrán comprender los hombres y más rápidamente el mal podrá ser detenido.

De ahí la extrema importancia, para desenmascarar a la Revolución, que tiene *llamarla por su nombre y* no contentarse con una oposición que pareciera solamente acometer contra puntos políticos y sociales particulares, contra hombres determinados o contra expresiones gubernamentales anónimas.

La Revolución, en efecto, cambia sus métodos, sus equipos, sus hombres, desde que comienza a debilitarse su eficacia. Se discute con los representantes de un gobierno revolucionario olvidando que esa gente ha sido ubicada para asegurar el "progreso" revolucionario deseado por ese gobierno. Si su influencia se vuelve insuficiente con respecto a los hombres que deben engañar, no importa, otros los reemplazarán con la misma misión, ¡y se recomenzará a discutir con esas nuevas cabezas!

Y si por azar —como ocurre— uno de esos ministros, de esos presidentes de comisión, de esos prefectos —y hasta de esos gobernadores o de esos altos-comisarios— terminan por comprender en el curso de esos contactos directos con los hombres, se ha hecho cómplice de una mala causa e inmediatamente será totalmente desplazado. La Revolución explotó el crédito personal que podía tener y lo rechazó en el momento en que ese crédito ya no servía a sus designios.

Nos desgañitamos contra los agentes conscientes o inconscientes de la Revolución, pero los esfuerzos para oponerse a su acción maléfica prácticamente no sirven porque, en cada cambio, todo vuelve a estar por hacer. Nos oponemos en los detalles a los elementos subversivos pero sin nombrarlos como tales porque silenciamos la Subversión. Todo el mundo denuncia los efectos y las consecuencias del mal pero sin designar la causa permanente de ese mal; y el pueblo aún no comprende dónde está la falla del sistema precedente cuando ya se recomienza a explicarle las fechorías del sistema presente, pero sin indicarle el origen.

Algunos hombres que se preocupan por actuar en el dominio político y social, como es su deber, comprenden que es necesario actuar contra la Revolución, pero no saben por donde comenzar. Temen muchas veces que su formación sea muy incompleta, o los retiene una suerte de timidez cuando comprueban sus debilidades personales, o simplemente no osan –como ciertos periodistas o ciertos religiosos– "marcarse" abordando la cuestión de la Contrarrevolución. Que comiencen, pues, por lo que está a su inmediato alcance: que primero hablen de la Revolución; que muestren, en su entorno, sus manifestaciones flagrantes; que demuestren sus atentados contra el derecho antural; que la develen en esa inmoralidad muchas veces tan públicamente admitida que la hace aparecer como manifiestamente fomentada; que señalen como revolucionarios a todos aquellos que explotan a sus semejantes y desprecian los *verdaderos* derechos de los hombres; que desenmascaren a la Revolución en los personajes, en los planes y los sistemas de la Subversión oficial.

La injusticia legalizada, la amoralidad oficial de la enseñanza pública, los precios artificialmente establecidos para favorecer los trusts, la explotación de los trabajadores, la sistematización de las concentraciones urbanas que hacen del trabajo cotidiano una pesadilla, todo ese mal que proviene de la acción de los hombres, todo eso que va mal y que se sufre injustamente, todo eso es la Revolución. Que la denuncien sin tregua. A falta de esgrimir la Contrarrevolución, es éste un comportamiento que los hará concurrir eficazmente a la acción más completa de los Contrarrevolucionarios más seguros de sí mismos. Y un día, muy naturalmente serán llevados, si su espíritu es coherente, a exponer qué es la Contrarrevolución frente a la Revolución.

•

225 Algunos intelectuales que pretenden ser pensadores puros, se satisfacen creyendo que las teorías marxistas ya no ilusionan a nadie. Concluyen que ya no se debe temer al comunismo. No ven que, perimido o no, es el *vector de una fuerza revolucionaria* –comunista u otra, poco importa– que ejerce una acción cada vez más opresora sobre el mundo. Olvidan también la eventualidad de un brutal despertar comunista, siempre preparado en los países donde el hombre sufre como consecuencia del liberalismo.

Como no han descubierto la Revolución, creen que la subversión está vencida porque su forma más inmediatamente tremenda, para ellos ha perdido su valor como teoría. No saben que la Revolución se burla de eso que, en sus expresiones actuales, se llama comunismo o liberalismo. Cuando esas armas estén melladas, buscará otras y nuestros pensadores creyéndose vencedores, volverán la espalda en el momento en que la Revolución golpeará con un arma nueva.

Se defienden contra el puñal, pero no alcanzan al enemigo que lo esgrime. Porque no atacan a la Revolución, su combate debe recomenzar siempre.

Apenas han demolido el colectivismo cuando están forzados a escribir miles de páginas contra el progresismo y, aún no habrán terminado de hacerlo, cuando ya la Revolución habrá encontrado otra cosa. Siempre están demorados con respecto a la subversión, como otros están demorados con respecto a una guerra porque nunca llegaron a la síntesis de todos esos males: la Revolución.

226 Quizá algunos se asombren de que lleguemos a personificar esta Revolución, cuando a su alrededor no ven en qué hombres ni en qué organismos se concreta[7].

La Revolución no se ve, como no se ve la Patria o el Bien, pero sin embargo sabemos reconocer a la Patria o al Bien a través de ciertos arrebatos, ciertas ideas o ciertos actos. Tampoco vemos la Revolución, pero inspira a los hombres, habla por la voz de los revolucionarios y actúa a través de las diversas subversiones.

La Revolución se personifica en esa no declarada sociedad de doctrinarios, de politiqueros, de aprovechadores, de intelectuales que se encuentran para concebir una sociedad inhumana destinada a servir sus designios. Y cuando se dice: "La Revolución sabe lo que hace" es porque, en efecto, para dirigirla existen hombres poseídos por el espíritu del mal. Alrededor de ellos otras decenas de hombres –o centenas– actúan *conscientemente* según el mismo espíritu. Pero existen centenas de miles, más o menos inconscientes, más o menos ignorantes, que son impulsados por cualquier interés personal –material, político, literario u honorífico– a actuar en el mismo sentido.

Esas centenas de miles, accionadas por los primeros, dan a la Revolución su engañosa fachada. Son los sentimientos humanitarios y las preocupaciones filantrópicas de éstos los que disimulan el verdadero rostro de la Revolución. Entre ellos se encontrará a ese

alto dignatario de la franc-masonería "que ha defendido con tanto corazón a aquél gran patriota cristiano...", a ese presidente, a ese diputado, "que se ocupan con tanta solicitud de interesantes casos sociales", a ese juez "cuya integridad no puede ser puesta en duda", personajes todos que juegan a ser hombres honestos pero que, socialmente, están sometidos a las voluntades de aquellos que tienen la inteligencia de la Revolución.

En su barrio o en su círculo se los puede considerar como muy respetables, ¡pero muchos traficantes de drogas, proxenetas o dudosos financistas, también tienen una apariencia honorable! Unos y otros son igualmente enemigos de sus semejantes al contribuir a que domine sobre los hombres el "orden" revolucionario.

Algunos quizás hayan sido considerados como grandes servidores de su patria (en Francia, Clemenceau o Jules Ferry), pero, al mismo tiempo que defendían su país o extendían su imperio, minaban con ensañamiento las bases de la moral y de la sociedad y preparaban así el futuro derrumbe de lo que hubiera podido ser una gran obra.

No podemos asombrarnos ingenuamente de que la Revolución no se lea en el rostro de los revolucionarios, porque aún aquellos que tienen conciencia de servir a la iniquidad están obligados a respetar *aparentemente* los valores y las leyes sobre los que aún reposa la sociedad; si así no fuera se *vería* en ellos a los enemigos y se los rechazaría.

Son suficientes algunos hombres de inteligencia retorcida y de una malignidad perversa, en la sombra de un gobierno o en un organismo de información –¡y qué decir si se trata de un ministro de Asuntos Culturales o de Educación y, a fortiori, de un jefe de Estado! – para que los espíritus sean orientados de manera insinuante y lacerante en sentido revolucionario. Todo el resto se encadenará automáticamente porque millones de oportunistas siguen inmediatamente el sentido que se les sugiere.

Desde ese momento nada puede asombrarnos. Día tras día, libros, periódicos, radios, televisión, comentarios de actualidad, interpretaciones de hechos políticos y sociales ponen a los hombres en condiciones de aceptar todos los abandonos a favor de la Revolución. La enseñanza oficial, en algunos países desde la escuela primaria, se encarga de influenciar los espíritus en ese sentido; el estudio de la moral cede su lugar a una tendenciosa instrucción

cívica; los manuales de historia, de literatura o de filosofía son escritos por revolucionarios; la adjudicación de empleos, distinciones, premios "literarios", etcétera, todo confluye para beneficiar el desarrollo del espíritu revolucionario. Hasta en el dominio científico, los puestos clave, los honores, las ayudas oficiales, recaen siempre en gente que sirve a la Revolución.

Así se encuentra fácilmente la respuesta a las preguntas que en este o en aquel país, los hombres muchas veces se plantean con sorpresa. ¿Cómo es posible que la prensa tenga una incomprensible indulgencia con respecto a tales reuniones de jóvenes en cuyo transcurso se producen escenas de pública inmoralidad? ¿Por qué tales cantores, escritores o pintores reciben el apoyo de la propaganda oficial? ¿Por qué razón la obra filosófica de Santo Tomás de Aquino, que desafía los siglos, es ignorada deliberadamente en Educación? ¿Por qué el *Manifiesto del Partido Comunista* figura entre las obras que deben estudiarse para el examen de ingreso en ciertas escuelas? ¿Por qué cúmulo de circunstancias toda la prensa reproduce una determinada frase de una alta autoridad espiritual mientras silencia el contexto antiprogresista del que fue extraída? ¿Por qué en nombre del "sentido de la historia" debe ser abandonado ese pedazo de territorio nacional? ¿Por qué las masacres en los países revolucionarios no provocan ninguna protesta oficial?

¿Por qué tales influencias, tales desórdenes, tales alianzas, tales políticas? Porque en todo eso se encuentra la Revolución. Disimula, pero está muy *presente* en todos los dominios.

Encarnada por los revolucionarios se personifica como una voluntad que tiene la inteligencia del mal.

227 Los hombres, en general, no dedican tiempo –además muchos no tienen la posibilidad– para formarse política e ideológicamente por sí mismos. Es preciso, pues, facilitarles el trabajo empalmándoles los fenómenos políticos y sociales del momento con los *datos permanentes*; es la única manera de que esos hombres comprenden algo y puedan en esa forma tomar partido.

La Revolución es uno de esos datos permanentes.

Es preciso transladar a la Revolución todo aquello que en ella encuentra su origen, su inspiración y sus motivos de acción.

"La Revolución ha progresado a fuerza de ocultar su rostro total, su verdadero espíritu, sus objetivos últimos".

"El medio más eficaz de desacreditarla (...) consiste en mostrarla toda entera, ya sea en su espíritu y en las grandes líneas de su acción o en cada una de sus manifestaciones o maniobras aparentemente inocentes o insignificantes".

"Arrancarle de esta forma los velos es darle el más duro de los golpes"[8].

Es necesario repetir qué es la Revolución, dónde se esconde, el mal que hace. Es preciso tomar todos los casos sociales particulares y demostrar que todo lo que no marcha es, casi siempre, imputable a la Revolución. Es necesario exponer el peligro "europeo", abrir los ojos acerca de la supresión de hecho de las libertades esenciales. Es necesario señalar como revolucionarios a aquellos que lo son aunque no lo sepan, a todos aquellos que la Revolución maneja teniendo gran cuidado de que lo ignoren los títeres que ella hace gesticular y de cuyos hilos tira.

Es necesario... Es preciso... Todo eso no se hace en el silencio.

Si hay golpes, es inevitable. Será preciso soportarlos.

¿Habrá mártires? *¡Evidente!*

Si la acción contrarrevolucionaria fuera ineficaz, los revolucionarios no se tomarían ningún trabajo contra ella. Los ataques que deberá soportar serán la prueba de que desenmascara, de hecho, a la *Revolución en su existencia oficial.*

F. *Sacar del medio revolucionario a los contrarrevolucionarios que se encuentran en él*

228 Tienta creer que introduciéndose entre los revolucionarios, trabajando con ellos, se podrá orientar su acción, o por lo menos, minimizar su nefasta influencia.

Es una engañifa con la que los revolucionarios ganan doblemente:

La colaboración de los Contrarrevolucionarios permite a la Revolución exhibir una fachada honesta que muy hábilmente le proporciona el medio de tener una audiencia mayor, hasta con respecto a aquellos que deberían combatirla si tuviera descubierto el rostro. Por ejemplo, un procedimiento empleado corrientemente por cierta prensa periódica consiste en dejar pasar, de vez en cuando,

algún artículo que podría estar firmado por un contrarrevolucionario. Pero ese artículo de ninguna manera contrapesa la opinión insidiosamente destilada a través de los demás números. Ese procedimiento hace creer en la "objetividad" de la información brindada por esa prensa, y retarda aún más la toma de conciencia del peligro revolucionario en una población cuya facultad de juzgar sanamente disminuye muy rápidamente. La Contrarrevolución gana un punto a la vez que pierde diez más.

Además, la Contrarrevolución se priva así del aporte personal y de fuerzas que hubieran tenido, en su beneficio, una influencia amplia y profunda si se hubiera ejercido directa y únicamente en el marco de la acción contrarrevolucionaria.

Con seguridad, retomando el ejemplo de la prensa, que aquellos que tratan de orientar al espíritu público en el buen sentido, objetarán que la acción contrarrevolucionaria sólo tiene medios débiles de expresión y que, antes que nada, es mejor actuar con los otros. Seguramente. Pero es muy probablemente porque esos hombres —con otros que también se encuentran en el mismo caso— así piensan, que la acción contrarrevolucionaria no tiene suficientes posibilidades de expresión.

Porque uniendo sus esfuerzos, al correr del tiempo, con medios ciertamente más reducidos al iniciarse, podrían montar un órgano de difusión animado por el espíritu contrarrevolucionario. Y, al mismo tiempo, el éxito que contribuyen a proporcionar a esos otros periódicos dejaría de crear ilusiones.

Existen, así, católicos cuyo solo nombre debería ser sinónimo de tradición cristiana pero que sólo son prestanombres que sirven de fachada al judaísmo y a las sectas. Ellos son directamente responsables del mal al que contribuye la nocividad de los artículos escritos en los periódicos que les pagan.

A pesar de su buena apariencia y de sus declamaciones acerca de la honestidad y del honor, son testaferros comprados por la Revolución.

Aquellos que ayudan a la Revolución deben tener conciencia de lo que hacen.

Todo un potencial contrarrevolucionario se encuentra disperso entre los revolucionarios. Representa una fuerza considerable casi totalmente perdida. Los hombres, las voluntades así desperdiciadas,

deben reagruparse y volver a comenzar sólo con sus medios por mínimos que sean.

Tanto peor, si, al comienzo, son poco numerosos. Lo esencial es que un alma popular contrarrevolucionaria tome conciencia de sí misma y el principal obstáculo se encuentra en la confusión de los espíritus mantenida por quienes, en lugar de actuar en las filas contrarrevolucionarias, sirven como referencia y sostén de la Revolución trabajando para ella[9].

Trabajar con los revolucionarios es ayudar a la Revolución, aún si se combate a la Revolución.

G. *Hacer un bloque - Descartar a los revolucionarios y a los neutros*

229 Es preciso formar un bloque contra la Revolución. Esto abarca, a la vez, la unidad a efectuar entre los Contrarrevolucionarios y el descarte de los revolucionarios y de los "neutros".

Pueden traerse a colación cien ejemplos si tratamos de imaginar la fuerza que puede tomar entonces la Contrarrevolución. Con seguridad que esta política a seguir –sea dentro de la familia, de la profesión o del gobierno– exige cierta continuidad en las ideas, pero las aparentes dificultades o los "sacrificios" que en un principio han de soportarse, pronto se ven compensados por innegables ventajas. Tal puede ser el caso de países que, de común acuerdo, suspendieran la concesión de facilidades a organismos revolucionarios extranjeros. También sería el caso de las familias que se organizaran para preservar a sus hijos de las taras de la enseñanza "laica" según la importen los revolucionarios. Tal, aún, el caso de los comerciantes, de los artesanos y de los pequeños industriales que se solidarizacen contra la presión de la competencia liberalista.

"En nuestros negocios, gemirán algunos, debemos trabajar con X o con Y opositores a nuestras ideas pero cuyas condiciones son más ventajosas que las que ofrece Z que es Contrarrevolucionario".

Ahí está el ejemplo por antonomasia de la solución fácil, porque si se realizara una efectiva y concreta ayuda mutua entre los Contrarrevolucionarios de cada medio profesional, les aportaría reales compensaciones, entre ellas en primer lugar, la seguridad de contar con todos los demás Contrarrevolucionarios como clientela.

230 Los Contrarrevolucionarios deben reservar a los Contrarrevolucionarios las posibilidades de que puedan disponer en sus respectivos medios sociales. Cada uno debe rodearse de Contrarrevolucionarios y tener el cuidado, cuando puede prestar un servicio, de elegir a un Contrarrevolucionario para beneficiarlo. Allí donde se haya ubicado a un Contrarrevolucionario, se habrá efectuado una *realización* y se hace avanzar la Contrarrevolución.

Es inadmisible emplear revolucionarios o neutros cuando se pueden encontrar Contrarrevolucionarios de igual competencia. Es contrario a la unidad de la acción, es incoherente ayudar a los hombres que por su parte ayudan a la Revolución[10].

Lo normal es que los revolucionarios sufran por estar del lado de la Revolución. Así sufrirían la sanción natural a sus errores[11]. Se falsea el juego inmediato de esa sanción cuando se conceden a quienes están en el bando enemigo, ventajas que deberían estar reservadas para aquellos que están del buen lado.

La unión espiritual de los Contrarrevolucionarios sería una palabra vacía de sentido si no se resolviera en una *voluntad* de apoyarse, de solidarizarse tanto en las dificultades *como en las facilidades* de la existencia.

Además de ese aspecto de caridad bien ordenada, la seguridad de la acción se acrecienta grandemente cuando los Contrarrevolucionarios descartan resueltamente de sus relaciones a los revolucionarios o a quienes, deliberadamente, se proclaman "neutros".

Así cada cual vive en un medio en el que reina la confianza, en el que se facilitan los encuentros y donde, en período de vigilancia policial, el adversario muy difícilmente puede ejercer su espionaje.

Si los Contrarrevolucionarios no forman un bloque unido y activamente compacto, siempre estarán inquietos, siempre a la defensiva, siempre deberán vivir reparando las brechas hechas entre ellos por los revolucionarios. En cambio, nada podrá resistir a los hombres, a las colectividades y a los países contrarrevolucionarios cuando ellos constituyan un bloque en la vida corriente y en su política permanente.

NOTAS

1. *Revolcuión y Contrarrevolución*, por el profesor *Plinio Correa de Oliveira.* Este autor señala además la diferencia con aquellos que él denomina los semi-contrarrevolucionarios, que ya son revolucionarios aunque puedan "por cualquier juego de circunstancias o de coincidencias, como una educación en un medio fuertemente tradicionalista o provisto de buena moral, conservar en uno o en varios puntos una actitud contrarrevolucionaria. En suma, aquellos con los que debería haber podido contar la acción contrarrevolucionaria pero que se han dejado arruinar por las ideas o por los métodos revolucionarios.

De hecho, cuando uno se opone a cualquier punto de la doctrina de base de la Contrarrevolución, se encuentra en rebelión contra ciertos elementos del orden natural; se es, pues, un revolucionario. No existe el semi-revolucionario. Y el término "semi-revolucionario" *a fortiori* puede falsear las ideas de esos revolucionarios proponiéndoles una definición con la que podrían sentirse satisfechos porque no parece colocarlos en el ala revolucionaria. El término "casi-revolucionarios" podría ser empleado, al respecto, con más exactitud.

Casi-revolucionario: persona que, sin adoptar explícitamente la totalidad de las teorías revolucionarias, se comporta sin embargo como un revolucionario aunque pueda "por cualquier juego de circunstancias, etcétera...".

Para resumir, se pueden precisar de la siguiente manera las dos posiciones inestables fácilmente reconocibles entre Contrarrevolucionarios y revolucionarios:

1o. El *Contrarrevolucionario potencial* (es decir: "que sólo está en potencia") es de tendencia contrarrevolucionaria pero puede cometer errores de corte revolucionario. Esclarecido e instruido, adopta la Contrarrevolución.

2o. El *casi-revolucionario* es de tendencia revolucionaria pero puede, en ciertas ocasiones, tener una reacción en sentido contrarrevolucionario. Sin embargo, aún esclarecido e instruido, persiste en jugar su juego del lado de la Revolución. (Esto se traduce generalmente en el plano político y social a través de colaboración y compromisos con el enemigo, de ilusiones en cuanto a la posibilidad de hacer algo constructivo jugando al más astuto con los revolucionarios, de la obstinación en el empleo de métodos revolucionarios, etcétera).

Es evidente que la clasificación esquemática expuesta debe comprenderse agregándole otros mil matices porque un revolucionario, poco a poco, puede convertirse en Contrarrevolucionario.

La "tendencia" en cuestión indica la tendencia del momento en un individuo y no una suerte de predeterminación a ser revolucionario o contrarrevolucionario.

2. *Balmes*, filósofo español contrarrevolucionario (1810-1848).

3. Una carta que federara todos los esfuerzos en sentido contrarrevolucionario requeriría una adhesión razonada, definitiva, por parte de los diversos organismos que toman a la Contrarrevolución como común múltiplo. De esa

manera los jefes comprometerían su responsabilidad personal, la de su política y la voluntad de sus colaboradores debidamente informados.

Un control de la formación doctrinal y de la línea seguida debería asegurarse *en beneficio de esos jefes*, en el caso en que sus organismos no pudieran por sí mismos delegar inmediatamente ese control en un Contrarrevolucionario "completo". Además puede pensarse que muchos contrarrevolucionarios que jamás quisieron aproximarse a movimientos cuya ideología no era muy clara, no dudarían en venir a engrosar las filas de algunos de esos movimientos.

En una época en que, en ciertos países, quizá ni un hombre de cada diez cree en su propia palabra, es importante insistir acerca del rigor del compromiso moral que implica una carta de esa naturaleza; además el carácter de juramento que se le deberá dar es una *condición indispensable* de la unidad en la acción.

Irían a un fracaso seguro –y arrastrarían a todos los que guían– aquellos que guardaran el pensamiento secreto de desviarse y de retomar, en un momento dado, una libertad de acción de inspiración revolucionaria.

Al respecto los jefes deberán comprender muy bien la *imposibilidad* de incorporaciones colectivas (ver capítulo IX-3, 120) y el rechazo de cualquier política de conciliación y de colaboración con los revolucionarios o casi-revolucionarios (ver capítulo XIX-B, 233 a 237).

4. Una nación está sometida a una autoridad superior que es la ley moral. (Ver eventualmente el *Manifiesto Político y Social*). Esto se encuentra en el orden de la Creación y es la única garantía que tiene el hombre para que los deberes y los derechos de la persona humana sean respetados dentro del marco de la nación.

"...Ninguna autoridad humana, ningún Estado, ninguna comunidad de Estados, cualquiera sea su carácter religioso, puede dar un mandato positivo o una autorización positiva de enseñar o de hacer lo que es contrario a la verdad religiosa o al bien moral. Tal mandato o una autorización de ese género no tendrían fuerza obligatoria y carecerían de eficacia". (Pío XII a los miembros de la Va. Asamblea Nacional de Juristas Católicos Italianos, 6/12/1953).

Una autoridad supranacional sólo puede concebirse, sometida *también* a la ley moral y haciendo respetar esa ley moral.

Cuando, como en Europa, buen número de los gobiernos están inspirados por la Revolución, los organismos supranacionales que suscitan no pueden sino encubrir designios liberalistas o colectivistas perjudiciales al bien común de los hombres.

Es evidente que una "Europa" es posible, pero nunca será viable, sana y sólida hasta que el orden natural sea respetado en los Estados y en las Instituciones. La única y verdadera solución europea se encuentra, pues, en una Europa contrarrevolucionaria.

5. En algunos países la Contrarrevolución es la base ideológica tradicional que se mantiene en ciertos medios y en algunas grandes corrientes del pensamiento nacional.

A esas influencias pueden realmente atribuirse las expresiones contrarrevolucionarias muy vivas en los países de América del Sur que fueron conducidos a la civilización cristiana por los españoles y los portugueses.

Entre los españoles, los carlistas consideran la guerra de 1936-1939 contra el comunismo, como la tercera insurrección contrarrevolucionaria en la historia de España.

Tal vez podría, pues, plantearse un problema en tales países entre Contrarrevolucionarios deseosos de asociar sus esfuerzos y los de un movimiento contrarrevolucionario *que sería el único existente*, sin que esos Contrarrevolucionarios quieran sin embargo ser carlistas, por ejemplo.

Ese problema no es de ninguna manera insoluble. En efecto, si los Contrarrevolucionarios tienen el derecho a dar su preferencia inmediata a una fórmula que llamarían "republicana", eso no impide que, *cuando se trata del combate contra la Revolución*, su acción deba soldarse a la de los demás Contrarrevolucionarios aún de tradición monárquica, o no son verdaderos Contrarrevolucionarios.

Sin embargo, como es un deber hacer todo lo necesario para atraer al mayor número de hombres a la Contrarrevolución y realizar así la acción coordinadora que reclama la doctrina, no es deseable que Contrarrevolucionarios choquen, en ocasión de entrar en un Movimiento Contrarrevolucionario, con características que no están obligados a preferir. (Por otra parte, no puede acpetarse que esos hombres quieran determinar de antemano, con referencia a cada actividad del Movimiento, si se trata de una actividad más específicamente carlista –de la que pueden dispensarse– o de una actividad contrarrevolucionaria –que requiere su participación).

La Revolución, además, puede explotar cierta confusión que se produce al emplear el término "carlista". El Carlismo, siguiendo el espíritu del más fiel tradicionalismo, se identifica con la causa de la Contrarrevolución, al punto que un carlista que no es contrarrevolucionario no puede ser considerado como un *verdadero* carlista. Y, sin embargo, otros también se dicen los "verdaderos" carlistas porque están apegados a esa continuidad dinástica...

Se puede exigir que un hombre comprenda la diferencia entre el verdadero Carlismo (en el sentido de la tradición contrarrevolucionaria) y los demás; pero no se puede exigir que un hombre medio descubra cuáles son los verdaderos y los falsos cuando delante suyo se presentan hombres –y hasta pretendientes– que se dicen todos "carlistas". Entonces, ya que la *esencia* del verdadero Carlismo es la Contrarrevolución –y eso es lo que cuenta– sólo hay una manera de salir de ese embrollo: reunir a los hombres alrededor de la Contrarrevolución y proponerles la única denominación contrarrevolucionaria.

(Esto de ninguna manera excluye, para algunos, una inteligente fidelidad a la tradición monárquica. Además es posible que Contrarrevolucionarios potenciales, una vez formados en la Contrarrevolución, descubran en el Carlismo fiel a la ideología de su tradición, el espíritu que presenta en España la mejor garantía contrarrevolucionaria.

Siempre debe ser la fracción que constituye el núcleo contrarrevolucionario duro entre los más fieles guardianes de la Tradición, la que debe desembarazar su herencia espiritual de lo que poco a poco la ha recubierto

deformando su contorno. Para hacer revivir el espíritu puro de la tradición en el nuevo impulso político y social que debe animar constantemente, esta fracción sólo puede encontrar ventajas en esgrimir *la Contrarrevolución* y *únicamente* la Contrarrevolución. Ganará una mayor audiencia y se elevará de pronto al plano internacional que es el de la Contrarrevolución.

Este problema español, presentado como un ejemplo concreto, se da con diferentes aspectos en muchos otros países y en muchos movimientos; señala la ventaja que ofrece requerir a los hombres en razón de lo *esencial,* al evitar que se opongan argumentos –a veces no desprovistos de valor– con respecto a puntos secundarios.

Esgrimir la Contrarrevolución es "enganchar las cosas por arriba".

6. La actitud contrarrevolucionaria contrasta con el comportamiento frecuentemente molesto, embarazoso y hasta vergonzoso del revolucionario cuando está frente a hombres íntegros.

El revolucionario en efecto, es:

– o bien un ser esclavizado por el mal,
– o un individuo engañado por otros revolucionarios,
– o un ignorante.

Pero en los dos últimos casos, el revolucionario no duda de que es un instrumento manejado por otros hombres, con fines que probablemente no aprobaría si tuviera el coraje de buscar la verdad: de ahí un complejo –justificado– de culpa.

Los hombres que rechazan abiertamente cualquier compromiso con la ideología que determina sus actos, molestan mucho a la Revolución, por lo que ésta intenta contra ellos su habitual maniobra de denigración sistemática.

Así los "cristianos" (generalmente progresistas) que tienen vergüenza de su propia actitud frente a la doctrina cristiana han recogido con prontitud el término "integrista" inspirado por la Revolución, para designar a *quien rechace cualquier disminución de la verdad.*

En su carta pastoral del 7 de julio de 1961, el Cardenal *Siri* denunciaba con los siguientes términos, la deshonestidad de esos "cristianos":

"No faltan las tentativas de sembrar la división entre nosotros y de volver inoperantes las mejores fuerzas por el sádico empleo de una terminología ligera, ya se trate de "integridad" o de otro término bien conocido..." "El uso de ese término procede de la intención deshonesta de crear un complejo de necedad y de ridículo, es decir, un complejo de inferioridad, y de imponer así un estado de flexibilidad o de inacción, no por convicción razonada sino por pura emotividad (...)."

7. La historiadora *Nesta Webster* relató la experiencia que tuvo de la "presencia" de la Revolución en el dominio filosófico y literario. "En la época en que comencé a escribir sobre la Revolución, un editor de Londres muy conocido me dijo: 'No olvide que si adopta una actitud antirrevolucionaria tendrá contra Usted a todo el mundo literario'. Eso me pareció increíble (...). Ahora ocurre que, a pesar de los artículos muy elogiosos de la prensa, mi libro provoca críticas que toman formas que jamás hubiera podido prever. Ni

una sola vez se trata honestamente de refutar ya sea mi *Revolución Francesa* o mi *Revolución mundial,* por los métodos habituales de la controversia. Aseveraciones fundadas en documentos sólo encuentran una pura y simple contradicción sin ninguna prueba que la apoye. En general, el plan adoptado es el siguiente: Ni siquiera se busca refutar, sino que más bien se desacredita mi obra, comprendiéndola intencionalmente al revés, atribuyéndome concepciones que jamás he tenido o atacándome personalmente (...). Es interesante señalar que esta misma táctica fue adoptada, hace cien años, contra el profesor Robinson y el abad Barruel cuyos trabajos acerca de las causas secretas de la Revolución hacían sensación en su época.

–Secret Societies and Subversive Movements, Prólogo, Edit. Boswel, Londres.

El *Manifiesto Político y Social*, la *Doctrina de la Acción Contrarrevolucionaria* y posteriormente *La Confrontación Revolución-Contrarrevolución,* probablemente no escaparán a una hostilidad semejante cuando la táctica de la "conspiración del silencio", inicialmente previsible al respecto, se vuelva inoperante.

8. *Revolución y Contrarrevolución*, Plinio Correa de Oliveira.

9. "Si todos los malvados estuvieran de un lado y todos los buenos del otro, no existiría ningún peligro de que los elegidos pudieran ser engañados por falsos prodigios" (p. Faber). Así, además, la "buena simiente" estaría separada de la "cizaña": ¡prescripción muy conocida pero muy poco respetada!

10. Quizás no sea inútil recordar, en el tema, lo que ya hemos escrito acerca de la caridad:

"Es evidente que la caridad que cada hombre debe a su prójimo no podría ser tomada como una incoherencia cuando también se aplica a un revolucionario: asistir a una determinada persona que lo necesita particular o familiarmente no es forzosamente ayudar a la Revolución; por el contrario, ayudar materialmente a alguien cuando se sabe que la asistencia brindada facilitará además una acción en sentido revolucionario, eso es una incoherencia".

11. "Toda falta lleva en sí su castigo". Hubert Moeuvres, *Les chemins du réel*, Ed. du Faseau.

CAPITULO XIX

DEFENSAS

A. *Pública expresión Contrarrevolucionaria, pero acción inasible*

231 Las instituciones de un país (leyes, justicia, organización social, fuerzas llamadas "del orden", etcétera) no ofrecen a los hombres ningún recurso posible contra la Revolución cuando ésta se encuentra oficializada en los hechos, aunque el poder establecido todavía no la reconozca abiertamente. Día tras día los valores que deben salvaguardarse son minados por la misma autoridad legal. Cuando se ha llegado a tales condiciones es preciso encarar, con sangre fría, su verosímil final: la persecución declarada.

Al aproximarse esos penosos momentos, los Contrarrevolucionarios se encuentran en una difícil situación. Fieles a sus convicciones deben continuar atrayendo a los hombres hacia la Contrarrevolución, pero, al mismo tiempo, no deben exponer a la atención pública las actividades necesarias para la acción: fase delicada en que la expresión contrarrevolucionaria se realiza al descubierto mientras que la acción se torna inasible.

Es necesario *expresar la Contrarrevolución sin revelar la acción.*

Si un Contrarrevolucionario, pues, es llevado al tema de la Contrarrevolución por una persona de la que no está seguro, conviene que responda acerca *del plan general* con el fin de esclarecer y de instruir, porque esto es un deber, pero debe permanecer mudo acerca de los medios, de la práctica de la acción, porque también es un deber impedir al adversario toda posibilidad de conocer las vinculaciones, los desplazamientos, las reuniones, las facilidades materiales y las disposiciones preventivas gracias a las

cuales la tesis de la verdad se extiende y podrá continuar extendiéndose a pesar de la persecución.

A medida que esta persecución se torna más neta, la acción debe tender con todas sus fuerzas a mantener, por lo menos en algunos, una fe muy viva y a asegurar su transmisión, aunque puedan ser muchos los años difíciles. Es preciso "mantener", porque "nada se ha perdido mientras las doctrinas verdaderas permanezcan íntegras". Con ellas, tarde o temprano, todo se rehace, los hombres y las instituciones, porque uno siempre puede volver al bien cuando no ha dejado lo verdadero[1]".

232 Para echar por tierra a la Revolución, lo ideal sería *desarmarla sin que ella pueda saber cómo ha ocurrido*. El hecho de tornar inasible la acción contrarrevolucionaria no sólo es, pues, un medio indispensable para parar los golpes del adversario, sino también una táctica apropiada para la ofensiva contra la Revolución.

La invulnerabilidad de la acción, aliada a su eficacia, debe traducirse en el hecho de que los periódicos, en sus titulares acerca de los diversos hechos, no encuentren material para citar una actividad contrarrevolucionaria notable, mientras que por todas partes no se oirá hablar sino de Contrarrevolución.

¿La acción contrarrevolucionaria? – Nadie la ve, pero todo el mundo la siente a su alrededor.

¿Pero dónde están sus oficinas? – No las tiene.

¿Dónde está su material? – Nada posee en propiedad.

¿Quiénes son sus miembros? – No tiene ni adherentes ni fichas de inscripción.

¿Cómo trabaja? – En todas partes y con la ayuda de todos.

¿Quién la dirige? – Una doctrina.

¿Quiénes son sus jefes? – No se designan jefes[2].

¿Conviene que la acción contrarrevolucionaria sea "firmada"...? [3] – El amigo que habla, escribe, explica, el animador que se ocupa de la formación doctrinal, el hombre responsable de una red, son personas muy determinadas que comprometen su responsabilidad frente a aquellos a los que todo esto se dirige. Frente a éstos su acción nada tiene de anónima. La acción debe estar "firmada" para los Contrarrevolucionarios y no para el adversario. Así cada cual hace frente personalmente, a las responsabilidades que

toma en su acción y esto permite, al mismo tiempo, descubrir fácilmente a los eventuales impostores.

Pero ¿quién da las directivas relativas a la actualidad? – La doctrina contiene en sí misma las directivas generales y permanentes de las que derivan para cada uno, en las circunstancias particulares, lo que debe hacer y cómo debe hacerlo. La acción se realiza a partir de cada hombre y cada uno se burla de un sistema revolucionario que finalmente llega a encontrarse impotente, paralizado, vencido por la disciplina de una acción inasible.

B. Ninguna conciliación ni colaboración con los Revolucionarios o Casi-revolucionarios

233 Podría parecer suficiente que se haya comentado el principio de *unidad* que siempre debe guiar la acción, que además se haya insistido, a propósito de la *maniobra* contrarrevolucionaria, acerca de la necesidad de "sacar del medio revolucionario a los Contrarrevolucionarios que se encuentran en él", de "formar un bloque" y de "descartar a los revolucionarios y a los neutros", para no tener que repetir que ninguna conciliación ni colaboración es posible con los revolucionarios o con los casi-revolucionarios.

Pero hay hombres que, en la práctica, creen que pueden respetar el principio de unidad, preservar la coherencia de sus acciones y la intransigencia doctrinal "ensayando" acciones *en el límite* de lo que les parece permitido.

Cometen un error: *con el enemigo no hay "nada" que hacer*; no existe, pues, un límite de lo posible que deba buscarse de ese lado.

Resulta indispensable que ésto quede bien determinado y que esa conducta a mantener sea definida como *una defensa sin la cual se extravía la acción.*

Las tentaciones pueden provenir tanto del fuero interno de cada uno como ser propuestas por el adversario o por los "neutros". Los siguientes ejemplos mostrarán formas múltiples y pondrán en guardia contra aquellos que hacen una especialidad del estar "al margen" de toda acción sana.

234 Para determinar quién merece propiamente ser designado como *enemigo*, es preciso referirse a su definición en sentido

ideológico: enemigo es aquél que obstaculiza la *tesis* y aquél que propaga el *error*. Así, además de los organismos y de los hombres que son abiertamente revolucionarios (por ejemplo, los liberales y los progresistas), deben considerarse *enemigos* los periódicos o las radios, las sociedades con fachada filantrópica, los medios culturales o los órganos políticos, etcétera, desde el momento que contribuyen a la expansión de las ideas revolucionarias: la libertad de opinión no es un derecho al error[4].

No es un enemigo "a título personal" y, aunque se manifestara como tal, aún tendría derecho a la caridad cristiana (el amor al prójimo). En ese enemigo no se encuentra el hombre atacado como persona sino como vehículo del error. "Es propio de la justicia distinguir siempre entre el error y aquellos que lo cometen (...). El hombre sumergido en el error sigue siendo siempre un ser humano y conserva su dignidad como persona que siempre será preciso tener en cuenta. Nunca el ser humano pierde el poder de liberarse del error(...)[5]."

El revolucionario, enemigo en el sentido ideológico del término, se convierte en un malhechor y con frecuencia en un criminal cuando lleva a la práctica sus teorías contra la justicia y contra el hombre. Se coloca, por ello, fuera de esa ley natural y moral que debería respetar para los otros y que, normalmente debería protegerlo a él mismo.

Finalmente, para situar mejor al enemigo, conviene recordar que en el plano ideológico no hay neutros. El enemigo, pues, tiene un pie en todo lo que no está en *pro* de la Contrarrevolución.

235 Pretender apoyar la acción contrarrevolucionaria en la colaboración con el enemigo constituye una falta con respecto a la doctrina y un grosero error en el plano humano. Una de las más simples razones se asienta en el hecho de que siempre el enemigo obtiene las mayores ventajas.

Algunos imaginan frecuentemente que, conociendo al adversario, les bastará estar en guardia para no dejarse engañar. Eso ocurre con quienes entran en combinaciones políticas de las que saben muy bien que los hombres no son aceptables. Esos ingenuos piensan neutralizar en tiempo útil a esos hombres con los que colaboran. Pero éstos piensan exactamente lo mismo y, consecuentemente, han

tomado sus prevenciones y; como no tienen moral estricta ni escrúpulos en el empleo de los medios, es inevitable que ganen.

La imagen de los dos equipos adversarios que un día colaboraron, ilustra las culpables ilusiones de algunos:

El equipo de los obreros "blancos" no era lo suficientemente numeroso como para comprar y transportar las maderas necesarias para el sostén del maderamen de una catedral. Los "rojos", por su parte, no tenían la posibilidad de ubicar en su lugar toda la madera necesaria para incendiar la iglesia. Asociaron sus esfuerzos, sin dudar sin embargo que podían tener ideas diferentes.

¿Quién podría extrañarse de que *forzosamente* ganaran los rojos?

Hay gente honesta que muchas veces orienta su espíritu hacia planes complicados que se inspiran en Maquiavelo o en una novela policial. El ejemplo más benigno consiste en querer deslizar a los Contrarrevolucionarios en ciertos organismos "con el fin de saber qué pasa en ellos". Efectivamente, es importante estar bien informados, pero a veces se descubren extraños proyectos en los que uno ya no sabe quién monta la maniobra y menos aún quién será el verdadero beneficiario.

El cálculo frecuentemente va demasiado lejos y muchas veces se pretende hacer trabajar en su benefncio a adversarios que no se darán cuenta... ¡Como si, luchando con argucias y combinaciones, se pudiera esperar sorpender a un enemigo que, en la materia, ignora los límites de la moral!

Querer, en particular, jugar con ciertos hombres que pertenecen al clan adverso para poner en su cuenta el eventual fracaso de operaciones moralmente permitidas pero delicadas es, desde todo punto de vista, un extravío. Además, o bien la acción que se desea puede triunfar y entonces no hay razón para que ella no sea efectuada por auténticos Contrarrevolucionarios técnicamente preparados para cumplirla, o bien la acción puede fracasar y los ejecutantes sabrán hacer caer la responsabilidad sobre la acción contrarrevolucionaria, aún si al mismo tiempo la fracción revolucionaria tenía igualmente interés en esa acción.

Ya se ha dicho: *en cuanto más delicada es una acción, con más razón debe reservarse solamente a Contrarrevolucionarios particularmente formados.*

Habitualmente también se esconde una trampa en esas combina-

ciones de las que se ignora exactamente por quiénes, cómo y hasta qué punto han sido llevadas pero que, desde el vamos otorgan el futuro beneficio a cambio del cual (queda sobreentendido) usted se encuentra con la responsabilidad de llevarlas a término. Hay que reflexionar muy bien para saber si no es una donación "bajo condición" y una insidiosa tentación a una colaboración no confesada.

Si algo proponen que lo traigan. Y si no existe la posibilidad, muy probablemente será porque el asunto no es claro.

Es preciso llegar a huir de las vinculaciones riesgosas y, especialmente, de esa gente ligada a cualquiera. Nadie –ni ella misma– sabe para quién trabaja en realidad, ni cómo tiene dinero ¡pero lo tiene! Celosamente esconde el secreto de las direcciones y de los contactos que hubiera debido transmitir; se convierte, así, en intermediaria obligada que pretende imponer su presencia y sus servicios. Está al corriente de todo. Nada parece posible sin esos intermediarios forzosos.

Sólo florecen en un ambiente de "chapoteo" y exultarían si se les pidiera un enlace con el enemigo. Son misteriosos en razón de que el hábito de la intermediación los ha hecho codearse con lo incierto, con lo dudoso, cuando no con algo peor. Son agentes múltiples que desdibujan la nitidez de todo lo que tocan.

Y uno escucha un día –un ejemplo entre los más anodinos– que uno de esos parásitos de la acción ha llevado nuestro saludo a una persona de la que ni queremos oir hablar ¡y que ésta se felicita de poder, de ahí en más, decir que está relacionada con nosotros!

Es el mismo género de individuos de opiniones equívocas que insiste de una manera incomprensible para que se lo reciba. Aún está uno preguntándose cuál es la razón de esa conversación que se desenvuelve en banalidades sin interés, cuando lo escucha exclamar: "¿Fulano? ¡Pero si estamos muy vinculados! Acabo de tener una larga conversación con él y comparte totalmente mi manera de ver..."

Nunca se les repetirá demasiado a aquellos que se asombran de la cantidad de hombres con los que no se puede ni colaborar ni aún vincularse, que todos esos seres dudosos no deben evitarse simplemente, sino que se debe huir de ellos porque su sola vecindad es nociva. Por otra parte, descartados éstos, existe un número mucho mayor de hombres que son absolutamente claros y que, justamente,

sólo pueden aportar su ayuda con la condición de que los primeros sean eliminados.

Ninguna colaboración imprudente con aquellos que pueden estar muy bien del lado del enemigo. Así como es preciso dedicarse a ganar hombres para la Contrarrevolución, también es preciso *no hacer nada* con aquellos a los que todavía no se los ha ganado, es decir, que no han comprometido su responsabilidad con respecto a la doctrina (es el caso de los simples simpatizantes).

¡No efectuar la acción contrarrevolucionaria sino con Contrarrevolucionarios!

236 La sola política de conciliación con las ideas revolucionarias es condenable:

"Para practicarla cueste lo que costare con los adversarios y a veces con los peores enemigos, los conciliadores recurren a métodos muy amplios, a exposiciones complacientes. Es conocida su terminología: tregua a las divisiones (...), amplitud de miras, comprensiva flexibilidad, silencio acerca de los puntos discutibles; expresiones éstas corrientes en la prensa (...). Y nada corrige sus ingenuas ilusiones, ni las mofas ni los chascos, ni los fracasos. Casi han perdido el sentido de la afirmación y del hablar francamente, y el miedo de chocar y de desagradar (...) al adversario les impide al respecto decir un no categórico" (Monseñor *Harscouët*).

No debe intentarse ninguna conciliación, ninguna colaboración está permitida con aquellos que están del lado revolucionario. Y cuando se habla de mínimos provisorios, de fórmulas temporarias que deben padecerse para conciliar las obligaciones doctrinales con las imposibilidades del momento, de ninguna manera se trata de una conciliación con el enemigo y, menos aún, de una colaboración. Si no se abandona ninguna reivindicación y no se reduce ninguna exigencia, no se hace ninguna concesión. Sobre el pie en el terreno conquistado se prepara la conquista del paso siguiente.

Debe buscarse cualquier acuerdo que conduzca a medidas prácticas que contribuyan al bien común de los hombres. Pero esto no implica ninguna "conciliación" en el plano ideológico ya que cada uno contribuye así a ese bien común.

Por el contrario, cualquier disminución de la Verdad que minimice las dimensiones de ese bien común, constituiría un abandono cuya primera víctima sería el hombre.

"Promover, sostener, fomentar las iniciativas y los acuerdos que favorecen la paz entre los pueblos es un deber, pero la oposición vigilante, constante e indómita a la ideología marxista para cerrarle cualquier vía de penetración, es también un deber igualmente imperioso. No existe situación internacional, ni existe "détente", ni existe ningún pretexto histórico que pueda justificar la indulgencia o la actitud conciliadora con respecto al marxismo o al comunismo". Al responder en estos términos el 2 de agosto de 1963 a la escandalosa explotación que particularmente intentaban ciertos "Cristianos" progresistas contra la Encíclica *Pacem in terris*, la radio del Vaticano subrayaba que las actitudes "complacientes" del comunismo sólo son una "adaptación táctica" y concluía que es preciso ser tanto más intransigentes cuanto más insidiosa sea esa táctica.

Esa intransigencia doctrinal, vista únicamente desde el plano humano, es la expresión de un agudo realismo y de un conocimiento perfecto del enemigo: no es masticando las ideas de los revolucionarios o de los casi-revolucionarios como puede esperarse y descubrirse un terreno de conciliación.

Juan Jacobo Rousseau, precursor de las ideas de la Revolución Francesa escribió, él mismo, con respecto a aquellos que a su alrededor tenían como profesión pensar y escribir: "¿Cuándo estarán en condiciones de descubrir la verdad y cuáles de éstos se interesarán por ella? Cada uno sabe que su sistema no está mejor fundamentado que el de los otros, pero lo sostiene porque es de él. No hay uno solo que, llegando a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que él ha encontrado a la verdad encontrada por otro. ¿Dónde está el filósofo que, por su gloria, no engañaría voluntariamente al género humano? Siempre que él se eleve por encima de lo vulgar, siempre que logre eclipsar el esplendor de sus contrincantes ¿qué más pide? Lo esencial es pensar distinto a los demás".

Un Contrarrevolucionario ¿qué podría esperar de las vinculaciones con semejantes personajes?

No hay nada que hacer con el enemigo ni con quienes pueden estar de su lado[6].

237 Deben ser rechazados todos aquellos que se obstinan en intentar una política de conciliación, una eventual cooperación

benéfica o compromisos ventajosos en combinaciones sometidas a la influencia de revolucionarios.

Que no se objete que, no obstante, hay hombres honestos extraviados por la Revolución y que la caridad obliga a no desinteresarse por ellos. Una acción intensa, efectivamente, debe ejercerse con respecto a ellos. Pero se trata de una acción personal sobre individuos a los que se debe convencer acerca de sus errores personales, y esto de ninguna manera exige una colaboración con los organismos de los que forman parte.

Por el contrario, una ruptura abrupta –y explicada– con aquellos que trabajan del lado del enemigo, puede forzar a la reflexión a aquellos que quedan por convencer. Porque a mucha gente se la ha tratado con miramientos cuando lo que hacía falta era meterle la nariz en el error, hacérselo evidente y provocarle vergüenza.

Si, con respecto a ellos, es preciso predicar, corregir y suplicar, también es preciso saber amenazar porque, cuando los hombres dejan de preocuparse por lo que es el bien o el mal, voluntariamente ignoran los posibles rigores de la justicia, no de la que deriva de las leyes humanas convencionales, sino de la que impone la ley moral. Están seguros de la impunidad porque sirven al poder establecido. Saben lo que hacen pero se declaran legalmente irresponsables. Siempre están preparados para colocarse en el sitio propicio para tener viento en popa; más tarde gemirán –pero demasiado tarde– que "de corazón" estaban con la Contrarrevolución; hasta pretenderán que la ayudaban secretamente, ¡como si la Contrarrevolución, que exige el compromiso de los hombres, pudiera admitir que alguno de ellos permaneciera –aunque no fuera sino aparentemente y con el pretexto de ayudarla– del lado de los revolucionarios!

La acción contrarrevolucionaria no se satisfará con los espectaculares cambios de rumbo que se producirán cuando el viento de la historia sople contra la Revolución. Ella deberá hacer sentir el peso de la verdadera injusticia que exige sancionar a los responsables.

Si los hombres ya no respetan la verdadera justicia, muy útil será que conserven el temor a ella.

C. Formación doctrinal. Fuerza espiritual de la Contrarrevolución

> *"No se hace aceptar la verdad minimizándola sino presentándola en toda su magnífica intransigencia. Sólo es conquistadora si es total".*
>
> *(Mons. Jouin)*

238 La Revolución intentará quitar a la acción contrarrevolucionaria su verdadera fuerza. Ensayará reducir la doctrina que inspira esta acción al nivel de las teorías filosóficas que, precisamente, dieran nacimiento a las ideas revolucionarias. Habrá hombres que, consciente o inconscientemente, se pondrán a hablar de Contrarrevolución, pero en realidad, por cuenta de la Revolución.

Podemos imaginar la perturbación y la agitación espiritual que resultaría de la utilización de tal procedimiento. Sin embargo, un Contrarrevolucionario *doctrinalmente formado* no puede engañarse acerca del espíritu que inspira un texto, actos o palabras. Bastará generalmente, para descubrir al impostor, hacerle hablar de doctrina o leer atentamente sus escritos.

Esta defensa, la formación doctrinal, no tiene solamente carácter defensivo. Ella arma espiritual e intelectualmente contra la ideología adversa haciendo conocer mejor la verdadera fuerza de la Contrarrevolución.

El que actúa es tanto más fuerte en la acción cuando tiene razones muy profundas para actuar. Las razones más profundas no residen en el elemental respeto únicamente al orden natural, sesgo que la Revolución no dejaría de proponer a los Contrarrevolucionarios poco instruidos, sesgo que está en el origen de todos los desviacionismo. Las razones más profundas se vinculan con el plano sobrenatural.

Es conocida la tendencia de quienes razonarían más o menos así: "Ahora conocemos las reglas de una acción sana. No hay necesidad de preocuparse por lo sobrenatural para respetarlas. Sin estar en contradicción con la ley moral y atrayendo hacia nuestro lado a la gente de bien, aplicaremos esas reglas a nuestros fines inmediatos, los únicos que nos interesan: la salvación nacional a través de una fórmula política y social que reúna a los hombres de buena voluntad. En suma, respetaremos el orden natural en la

determinación de esos fines inmediatos y en la elección de los medios pero no iremos más allá del orden natural".

¿Qué resultaría? Nada más que ilusiones. Esos hombres jamás llegarán. En efecto, el orden natural sólo se realiza plenamente y de manera durable en un orden sobrenatural del que es inseparable por disposición divina. Ese todo indisociable, orden natural y sobrenatural, establece por sí sólo una base doctrinal absoluta e irrefutable: sólo él permite la refutación integral de las teorías revolucionarias[7].

¿Qué respuesta darían esos hombres, por ejemplo, al problema de la moral? ¿Y al problema de la autoridad?

Ciertamente la autoridad es de origen divino, pero es natural. Ellos podrían responder, evidentemente, que su "naturalismo"[8] llega justamente hasta el concepto de Dios. ¿Pero qué Dios? ¿Cuáles son sus enseñanzas?

Si no se responde a ese punto, están permitidas todas las teorías subjetivas y los hombres no dejarán de oponerse para decidir qué delegación de autoridad ha dado ese Dios a los Hombres –y a qué hombres– y para determinar también cuál es la verdadera moral.

¿Dicen que el orden natural es suficiente? Pero muchas teorías político-sociales pretenden referirse a él y sin embargo no encuentran una base común para la acción de conjunto. Es que, precisamente, algo les falta.

No se puede separar el orden natural de su principio espiritual porque, si bien es un hecho en sí mismo, sin embargo no se ha establecido sólo: ha sido querido por un Dios Creador. Y se vuelve a la misma pregunta ¿Qué Dios? ¿Cómo se ha manifestado? ¿Cuál es su enseñanza? [9]

La doctrina que responde de modo absoluto a esas preguntas no deja suponer que sólo el orden natural pueda ser la base suficiente de una acción común a todos. Eso sería admitir que no es necesario referirse a *la* verdad para emprender esa acción. Sería reconocer que algunos detentan una parte suficiente de la verdad, lo que es falso, porque la verdad es *una* y *completa* o deja de ser *la* verdad. Aceptar referirse a una "verdad" reducida, con el pretexto de la acción general que es indispensable dirigir contra la Revolución, sería admitir una falla en ese bloque perfectamente homogéneo e inatacable que es la doctrina. Desde ese momento también la doctrina sería tan cuestionable como las demás *y entonces ya no podría oponerse a la Revolución.*

El conocimiento de la Verdad, y por lo tanto *la formación doctrinal*, es una defensa indispensable contra todos los errores que puede inspirar la Revolución para extraviar los espíritus y desviar la acción.

239 Es muy posible que las razones de orden espiritual –particularmente cuando se refieren a los datos sobrenaturales– no constituyan inmediatamente el elemento más convincente frente a los simpatizantes. La insistencia con respecto a su utilización deberá ser cuidadosamente dimensionada en función de los hombres, de las redes, del auditorio: ¡no sobrepasar la dosis asimilable! "Proponerlo todo, pero sólo insistir sobre el paso inmediatamente franqueable"[10]

Si la acción, tal como la prescribe la Contrarrevolución, está bien conducida es casi infalible. Sólo amenazará hacerla fallar el empleo imperfecto que de ella pudieren hacer los hombres.

De ahí la necesidad de una formación doctrinal que permita que la acción se conforme integralmente con su doctrina, incluso en la aceptación de los motivos de orden sobrenatural. De otra manera la acción contrarrevolucionaria perdería su virtud de casi-infalibilidad. Privada del fundamento de su verdadera fuerza iría a un fracaso seguro[11].

NOTAS

1. Por eso el mayor servicio que un hombre puede prestar a sus semejantes en épocas de desfallecimiento y de oscurecimiento, es afirmar la verdad sin temor (...). (Monseñor Freppel).

2. 116 a 119, "Los jefes naturales" y 125, "El ejercicio de la autoridad en el marco de las redes".

3. 87.

4. Libertad de opinión, libertad de expresión, libertad de pensamiento: esas nociones sólo deben ser comprendidas con referencia a la Verdad. No se

pueden tener opiniones con respecto a la verdad. La libertad sólo comienza en las opciones que permite la ley moral.

Si los hombres tienen *derecho* a expresar lo que les plazca –pero eso es falso–, la mentira, la calumnia, estarían igualmente justificadas.

Así, además, "fundándose sobre el principio falso de la libertad de pensar, la sociedad no está en condiciones de oponer una barrera eficaz a la invasión de los más perniciosos errores y de los desórdenes morales que son la consecuencia lógica" (p. Ramière).

Si se admite, por ejemplo, que ciertos seres tienen el derecho de pensar como Proudhon que "la propiedad es un robo", habría también que admitir como consecuencia lógica, que tienen el derecho de despojar al prójimo de su propiedad ya que de esa manera le impiden cometer un robo.

La buena voluntad ignorante y la buena fe ya no son suficientes para justificar el error.

"El 'respeto por todas las opiniones' del que hacen profesión los sedicentes cristianos liberales conduce lógicamente a la justificación de todos los crímenes". P. Ramière.

5. Encíclica *Pacem in terris*, Juan XXIII, 1963.

6. "Que cada uno evite cualquier vinculación (...) con aquellos que se disfrazan con la máscara de la tolerancia universal (...) (Encíclica *Inimica*, 1892).

"No pongamos el pie en el campo adversario porque le daríamos al enemigo una prueba de nuestra debilidad y ellos tratarían de interpretarlo como un signo y una señal de complicidad" (Pío X, 16 de abril de 1910).

"Desertor y traidor, quien preste su colaboración material, sus servicios, sus talentos, su ayuda, su voto político a los partidos y a los poderes que niegan a Dios (...)" (Pío XII, 8 de diciembre de 1947).

7. Nos ha parecido necesario recordar aquí brevemente, con la óptica de la acción, lo que ya expusiéramos en el *Manifiesto Político y Social*.

8. Naturalismo: Teoría según la cual el orden natural basta para explicar y dirigir todo. Esta concepción filosófica es justamente una de las que mejor han servido a la Revolución.

9. La respuesta se encuentra en el *Manifiesto Político y Social:*

"Dios se ha manifestado sobre la tierra en la persona de Cristo y El nos ha dejado una enseñanza. El paso de Cristo por la tierra es tan irrefutable como la existencia anterior de los faraones de Egipto, la de Luis XIV o la de Pasteur. Dios ha *revelado* su enseñanza y esta enseñanza nos es transmitida por la Iglesia instituida por Cristo, fundada por sus apóstoles y cuyos jefes sucesivos son los Papas". Las cuestiones relativas a la autenticidad de Cristo y de la Iglesia pueden profundizarse fácilmente en los tratados de apologética.

Nada tiene de asombroso que la Iglesia haya sufrido períodos difíciles, que se haya deformado y distorsionado su enseñanza muchas veces, que los

hombres la hayan negado, porque el hombre en razón de la libertad que le ha dado su Creador suele rebelarse contra El.

"La doctrina católica, es decir, universal, la doctrina de la Iglesia subsiste. Ella enseña en su moral y en sus obligaciones los deberes hacia el Creador, hacia el orden sobrenatural y el orden natural. Deberes que jamás se contradicen porque derivan de Dios de una manera perfectamente lógica y armoniosa".

10. Es preciso admitir, por ejemplo, que si el orden social cristiano propuesto, generalmente obtiene unanimidad, es en razón de la garantía moral que evoca, pero también porque el término para algunos parece demasiado vago como para comprometerlos en el dominio religioso.

Convendría, precisamente, al proponer este orden que se apoya sobre la enseñanza de Cristo, despertar la atención acerca del contenido sobrenatural del término cristiano, apreciando lo que pueden comprender los hombres en razón de su formación o de la tradición propia de cada país.

Es preciso hablarle a cada uno con el lenguaje que puede entender. Así, la Realeza social de Cristo –que no es sino la aplicación de la doctrina social de la Iglesia– y Cristo Rey, no resultan inmediatamente comprensibles sino para los creyentes, es decir, por gente que *ya* debería estar comprometida en la acción contrarrevolucionaria.

Al "descreído", aunque tenga buena voluntad, no le gusta sin embargo que se le fuerce la mano. Es un error psicológico imponerle el uso de términos que muy difícilmente pasen por su garganta en razón de que no conoce el significado exacto. Esos términos podrá aceptarlos como cualquier otro, pero cuando se los hayan explicado y se lo haya convencido.

11. Cuando se mencionen motivos de orden sobrenatural, que *también* deben aceptarse, quizás ciertos no-creyentes se inquieten... Que lean el capítulo siguiente –y último– que se interesa particularmente por su problema.

CAPITULO XX

ARGUMENTOS PARA PODER ELEGIR

A. Actitud de los Contrarrevolucionarios potenciales frente a la doctrina Contrarrevolucionaria

240 Entre los hombres que no creen en nada, existen aquellos cuya ignorancia se debe a la falta de ocasiones para instruirse en la doctrina y, entre los que tienen alguna creencia, hay quienes casi ni saben hasta dónde llega su fe. Unos y otros, no obstante, pueden ser Contrarrevolucionarios potenciales[1].

La Revolución se esfuerza en impedir su participación en la acción contrarrevolucionaria intentando plantearles objeciones de orden ideológico.

Los Contrarrevolucionarios potenciales serán tanto más sensibles a esta "argumentación" cuanto más falsas e incompletas sean sus nociones sobre la materia.

Posiblemente no sea suficiente, para convertir inmediatamente a esos "descreídos", plantear la cuestión acerca del verdadero Dios y recordarles la respuesta. Pero *lo esencial es que de inmediato admitan que eso –de lo que no están convencidos por el momento– puede ser verdad.*

Solamente se apela a una simple actitud de honestidad intelectual: la que consiste en no negar a priori aquello de lo que no se está seguro.

Podría inmediatamente señalarse muy justamente que la misma actitud de honestidad intelectual llevaría igualmente a considerar como posible verdad lo que propone la Revolución. La conclusión que deriva de esto es que *el hombre de buena voluntad no puede*

escapar a una necesidad que se le impone por sí misma, y que es la búsqueda de la verdad. Y, mientras que los revolucionarios no desean esa búsqueda (recordar la frase de Camus concerniente a su "verdad" que puede ser también falsa), la Contrarrevolución, por el contrario recuerda, reclama, exige la verdad.

Si, por anticipado, algunos rehusan encarar la aceptación ulterior de una verdad que ignoran en ese momento, será porque de hecho creen ya en "otra cosa" que, por lo menos puede ser la razón que ellos mismos se dan para rechazar esta aceptación. Esos, no son rechazables. Siempre deberá buscarse su participación, en la medida en que se ejerza en el sentido de la doctrina. Contribuirán en los esfuerzos de aquellos que, habiendo llegado más lejos en el dominio espiritual, también tienen argumentos de más largo alcance y que, en particular, les permiten proponer esta Base que sirve de común múltiplo para la unidad de la acción.

Entre los que creen en "otra cosa", hay quienes no están lejos de poder comprender sin dificultad los beneficios de una acción sana y justa en pro del orden social cristiano. En efecto, es el mismo verdadero Dios que se reveló a los judíos y a los musulmanes. En cuanto a los protestantes, nada los separa de una concepción cristiana de la sociedad ya que ellos hacen referencia a la doctrina cristiana.

Por eso la Revolución busca con insistencia retener a su lado a unos y otros. Edgar Quinet escribía en 1857, en el prólogo a las obras de un protestante: "Podéis armaros con todo lo que se opone al catolicismo, especialmente todas las sectas cristianas que le hacen la guerra y si agregáis la fuerza impulsora de la Revolución Francesa, pondréis al catolicismo en el más grande peligro que jamás haya conocido. He ahí porqué me dirijo a todas las creencias y a todas las religiones que han combatido a Roma; están todas, lo quieran o no, en nuestras filas (...)."

Por su parte, la franc-masonería, que es la "antecámara de la Revolución", reivindica igualmente la ayuda del protestantismo: "El Protestantismo constituye la mitad de la masonería", declara la revista masónica *Latonia* (t. II, p. 164).

Nicolás Deschamps, en su obra sobre "Las Sociedades Secretas", comprueba los efectos nocivos de la Revolución en los protestantes: "En los países protestantes se considera actualmente que la Revolución ha perdido, en gran parte, su carácter antireligioso y antisocial

(...). El protestantismo (...), por sí mismo, en virtud del principio del libre examen, se disgrega poco a poco (...)".

Y el autor comprueba que ello ocurre "...a pesar de todas las virtudes naturales y sobrenaturales que puedan tener buen número de protestantes bautizados y de buena fe (...)". Es a esos protestantes, en particular, que se les puede pedir, como a todos los hombres de buena voluntad que no pertenecen a la Iglesia, "una leal y eficaz colaboración con miras a la constitución de un orden económico y social que responda mejor a la eterna ley divina y a la dignidad humana"[2].

Esos hombres de buena voluntad no quedan abandonados a un dilema que los obligaría, en el dominio político y social, a la elección forzada entre la Revolución y la inacción. Se espera y se desea su participación en la acción contrarrevolucionaria. Ella responde a los fines inmediatos que muchos hombres sinceros –cualquiera sea su creencia– han tratado siempre de conseguir, a saber: un orden que tiene la exacta preocupación por la persona humana, un reino de justicia y de caridad, elevación hacia el bien y lucha activa contra las fuerzas del mal.

B. Los no-creyentes frente a ciertas consideraciones de orden espiritual

241 La Contrarrevolución, a la vez orden social y principio de acción, expresa la doctrina cristiana –y especialmente católica– en su combate contra la Revolución. Por eso, para tratar de impedir la adhesión de los no-creyentes a la acción contrarrevolucionaria, la Revolución hace un esfuerzo muy particular con miras a desacreditar y a presentar como insuficiente todo lo que se refiera a la doctrina católica.

De esa manera, algunos retoman por su cuenta un "argumento" inspirado por la Revolución y dan a entender que la acción contrarrevolucionaria no tiene una base humana suficientemente amplia. Parten de una teoría que conseguiría la unanimidad poniéndose a un mismo nivel para todos los hombres, cristianos ateos, judíos...

Esta concepción de ninguna manera tiene validez. En principio

es casi imposible concebir algo que, en el plano terrestre, pueda ser más amplio, más universal y que pertenezca más totalmente a cada hombre que el orden natural. Querer encontrar alguna otra cosa que sea común a todas las creencias y que contente a la mayoría, es intentar fundar un sistema filosófico como hay tantos: racionalismo, deísmo por ejemplo, en los que la "verdad" propuesta adopta el semblante que cada cual le quiere dar y, en consecuencia, resulta inmediatamente controvertible. Tratar de realizar la unidad de esa forma lleva, por el contrario, a aceptar el principio de todas las divisiones posibles[3].

En realidad, la Contrarrevolución da por igual a todos los hombres, y por eso mismo, no puede concederle una pequeña parte al error de cada uno.

No es a judíos en tanto que judíos, ni a musulmanes en tanto que musulmanes a los que la Contrarrevolución se dirige. *Es a los hombres.* Cada uno, sea judío, musulmán o budista, tiene la posibilidad *como hombre*, de ocupar su puesto en la acción contra la Revolución.

242 Algunos, quizá, quisieran participar en la acción contrarrevolucionaria, pero no quieren asegurar el triunfo del catolicismo. No es esto lo que se les pide cuando se habla "de una leal y eficaz colaboración" en pro de un orden social en que el hombre tenga su verdadero lugar.

Esa reserva con respecto al catolicismo, además, puede ser un efecto insospechado de la influencia revolucionaria que en todas partes se encarniza contra la Iglesia Católica. Pero los "descreídos" de buena voluntad, por lo tanto intelectualmente honestos, no pueden ser de aquellos que se cierran en posiciones tomadas sin razonar. El catolicismo, por el hecho de ser el único adversario sobre el que la Revolución concentra todos sus esfuerzos es, por eso mismo, el más poderoso aliado y sostén de todos aquellos que combaten la Revolución.

Una vez más debe hacerse la distinción entre los católicos tomados individualmente –entre los cuales muchísimos fallan inmensamente por inacción– y el catolicismo[4].

Nos referimos a la doctrina católica y si algunos deploran que referencias provenientes de otras fuentes no contribuyan también a apuntalar el orden que fundamenta la acción, se debe a que en

efecto, la Iglesia a través de las más altas autoridades espirituales católicas, fue la primera en desenmascarar y en combatir a la Revolución.

Por eso es objeto de tremendas furias y asaltos. El leitmotiv de Voltaire, el principal propagador de las ideas revolucionarias en el siglo XVIII, era al aludir a ella: " ¡Aplastad a la infame! ".

Clemenceau declaraba el 12 de julio de 1909: "Nada se hará en ese país hasta que no se haya cambiado el estado de espíritu que ha introducido la autoridad católica"[5].

El periódico *La Revolución Francesa*, publicó en 1879: "El mundo moderno está ante la alternativa: la culminación de la Revolución o el retorno puro y simple al cristianismo"[6].

Algunas decenas de años después declaraba Viviani, uno de los jefes del partido socialista: "Estamos frente a la Iglesia Católica para combatirla, para llevar contra ella una guerra de exterminio"[7].

No resulta asombroso que ataques tan brutales sean menos frecuentes en otros países. En la mayoría de los países comunistas, la Iglesia se ha visto obligada a ocultarse, y en los llamados países libres está minada *desde el interior*; han raleado las filas de sus defensores y ya no aparece, ante los ojos de los revolucionarios, como el baluarte irreductible que puede oponerse a sus designios.

Pero, si los católicos en general, no pueden tomarse siempre como ejemplos de firmeza contrarevolucionaria, en cambio el catolicismo, en razón de su claridad y de su valentía en el combate contra la Revolución, debería ganar la simpatía de los "descreídos" de buena voluntad.

La Contrarrevolución no teme salir al encuentro de esos "descreídos" para llamarlos en su ayuda.

C. No disociar lo espiritual de lo temporal

243 La ideología que determina la acción no puede ser fuerte si solamente se hace referencia a ella cuando se entra en ciertos dominios particulares como el de la moral. Una ideología fuerte impregna toda la personalidad de un hombre y marca todas sus actividades.

Por eso, en cuanto más la doctrina se convierta en regla de vida, mucho más vigorosa será la influencia contrarrevolucionaria. El

esfuerzo de perfeccionamiento personal repercute rápidamente en el acrecentamiento de la irradiación y del ascendiente.

Los contrarrevolucionarios potenciales están invitados, pues, a dar al elemento espiritual el lugar que le corresponde en sus vidas; y si esto inicialmente no se produce para honrar una fe de la cual no están totalmente compenetrados, deben consentirlo *por la razón*.

Ciertos hombres, muy verosimilmente, tendrán que hacer un esfuerzo en este sentido: esfuerzo particularmente fructífero, porque crear el hábito de pensar en las referencias más elevadas cuando deben resolverse problemas o tomarse decisiones, es realmente "enganchar las cosas por arriba, por su cabeza".

Es cierto, por ejemplo, que la disposición espiritual para preparar la acción, se ilumina verdaderamente si a las operaciones intelectuales que la facilitan, se asocian razones de orden espiritual en la previsión, en la elección de los medios, en la autocrítica[8].

Todo toma, entonces, su verdadero lugar y su valor exacto.

244 Para que un pueblo se dé un orden social mejor e instituciones sanas, y demuestre así su vigor espiritual, su salud moral, su combatividad contra el mal, es preciso que los hombres que componen ese pueblo tengan esas cualidades.

No existe ninguna mejora posible en el régimen político y social de un país si los hombres no se preocupan por sanear ese país, es decir, por asegurar el progreso moral entre los hombres. ¿Podría ser mejor la humanidad sin que lo fueran los hombres? ¿Podría imaginarse una ley moral que se impusiera a los hombres como miembros de la sociedad, sin que se imponga a ellos como individuos? "La paz no podrá reinar entre los hombres si primero no reina en cada uno de ellos, es decir, si cada uno no observa por sí mismo el orden querido por Dios"[9].

Si de algunos no-creyentes inicialmente no se puede esperar más que una actitud favorable a ese perfeccionamiento de las personas, ese mínimo no puede satisfacer a los cristianos, por lo menos cuando son dignos de ese nombre. No pueden esperar un perfeccionamiento de lo colectivo sin una elevación *individual* hacia lo mejor. El fundamento del orden cristiano, su fuerza y su fuente se encuentran en la sumisión *personal* a la enseñanza de Dios. "Se engañan, pues, esos católicos promotores de un nuevo orden social que sostienen, en primer lugar, la reforma social; después habrá que

ocuparse de la vida religiosa y moral de los individuos y de la sociedad. En realidad no se puede separar lo primero de lo segundo, porque no se puede (...) dividir al hombre, que es un todo viviente, en dos partes"[10].

Una actitud honesta de los no-creyentes frente a lo espiritual debe traducirse, como mínimo, en el respeto a esas consideraciones espirituales a las que quizá por sí mismos no estén inclinados. No sólo no deben rechazar o simplemente molestar sino que deben facilitar la exaltación de los fines superiores de la acción contrarrevolucionaria. Desde el momento en que no se niega ni al alma ni a Dios y no se pide sino creer en el Dios verdadero, es normal esforzarse por elevar el pensamiento en esa dirección.

Inmediatas y profundas repercusiones se harán sentir desde que la aspiración hacia lo mejor florezca en los jefes naturales, en las élites, entre los hombres influyentes en las diversas ramas sociales, intelectuales, políticas, etcétera. Quienes están predispuestos por sus cualidades o por su rango a guiar a sus semejantes tienen, pues, una responsabilidad muy particular con respecto a la preocupación por su perfeccionamiento personal. Y, en razón de que son consejeros naturales y porque tienen responsabilidades con respecto a los otros hombres, deben incitar a estos últimos a realizar ese mismo esfuerzo.

Es muy posible que encuentren, en sus redes o a su alrededor, personas en las que lo sobrenatural ocupa su verdadero lugar. Aunque esas personas no tengan las cualidades de jefes naturales, importa favorecer la influencia que pueden ejercer y estar atentos a sus sugestiones, porque el beneficio de la formación doctrinal y espiritual que aportan podrá compensar las lagunas personales que puedan subsistir en ciertos jefes.

245 La acción participa del cuerpo y del espíritu. Se encuentra en el gesto y también en la oración. Aquellos que no rezan jamás, quizá elevarán los brazos al cielo en un gesto de consternado excepticismo... Sin embargo que reflexionen sobre esto que es *verdad*: En un hombre *total* no existe la acción con exclusión de la oración, o bien la oración con exclusión de la acción.

Ciertos no-creyentes podrán sentirse incómodos frente a esta verdad porque pareciera impedirles cualquier participación sincera en

la acción contrarrevolucionaria. Que se tranquilicen. Una vez más, apelando a su honestidad, bastará que ellos mismos reconozcan que la oración puede ser una forma sobrenatural de la acción. Si no la conocen que no nieguen su posible valor. Que se pongan en guardia con respecto a una toma de posición que, a priori, los llevaría a denigrar su uso.

El elemento espiritual, no obstante, debe tener su verdadero lugar. Hombres que jugaran a ser puro espíritu podrían ser tan nocivos como aquellos para los que la acción sólo es actividad física: deben rechazarse igualmente el quietismo y el activismo[11].

Si pues, en algún momento difícil, algunos laicos creyeran que es demasiado tarde para proseguir la acción contrarrevolucionaria y que ha llegado el tiempo solamente de la oración, convendría preguntarles a esos hombres qué hacen durante el tiempo libre que no dedican a rezar. Si oran veinte minutos por día, les queda para tener ocasión de actuar ¡todas las horas de la jornada en que están en contacto con otros hombres!

Algunos que han renunciado al pleno esfuerzo de la acción, llegan así –muchas veces sin darse cuenta– a reclamar a Dios que intervenga en el orden natural para mitigar su carencia. ¡Piden una intervención sobrenatural, un milagro que los dispensaría del esfuerzo de cumplir su *deber* natural!

Nunca se dará el tiempo solamente de la plegaria, como nunca existirá el tiempo de la acción sola. Aun en la época de las Catacumbas, aún en la absoluta clandestinidad que con frecuencia es una cuestión de vida o muerte en la "Iglesia del silencio", la acción sigue siendo *indispensable* aunque se realice en forma totalmente oculta.

Normalmente oración y acción van unidas y no se las puede oponer.

•

246 Tampoco lo temporal puede disociarse de lo espiritual. Ciertamente la primera función de las élites espirituales consiste en hacer conocer la Doctrina y surge, en consecuencia, de una preocupación de orden espiritual. Pero muchas veces parecería que, con el pretexto de no inmiscuirse en realizaciones concretas que no les incumben, algunos guías no osan recordar la doctrina en el momento en que ese recuerdo sería más útil.

Es lícita la preocupación de no comprometer a la autoridad

espiritual en el dominio práctico, pero no por eso debe darse la impresión de que la enseñanza que dispensa la doctrina es algo teórico y abstracto que puede dejarse que los hombres olviden en circunstancias precisas.

Muchas veces se cree que es mejor dejar al conjunto de los hombres en la incertidumbre antes que arriesgarse, recordando la verdad en el plano general, a una reacción de algunos revolucionarios locales. Se cree que es preferible que los hombres voten por la Revolución antes que atreverse a atacar a cualquier personalidad recordando que no está permitido dar "su ayuda, su voto político a los partidos y a los poderes que niegan a Dios"[12].

Por cierto que es preciso evitar cualquier acción, aún buena en sí, que haga correr el riesgo de llegar a un resultado que perjudique el fin buscado; pero este argumento no puede ser invocado para cubrir cierta carencia en la dirección espiritual que necesitan los hombres para realizar bien sus asuntos temporales.

No recordar la verdad en el momento en que los hombres más lo necesitan es poner la luz bajo el celemín.

247 La Revolución ha logrado inspirar a los clerigos una suerte de complejo de culpa cuando se interesan de cerca por la vida social de su país. Un poco de pereza los ayuda y llegan a admitir que sería imprudente que aportaran a esa vida social la participación activa y personal que el país, sin embargo, tiene derecho a esperar de ellos.

Fácilmente, además, podemos imaginar los clamores de protesta que podrían escucharse desde el clan de la Subversión si algunas decenas de gente de Iglesia formaran parte de una asamblea nacional. Y, no obstante, si se tiene en cuenta el número y la influencia del clero, por ejemplo en un país como Francia, esa representación sería muy normal. Pero, por el contrario, los franceses no se inquietan por el hecho de que, ¡sobre los 600 miembros de esa asamblea nacional, más de la mitad estén vinculados, de cerca o de lejos, con las sectas masónicas y, como tales sean, pues, enemigos declarados del orden natural y del bien común de los hombres!

No es difícil comprender la preocupación de los clérigos de no salir de su función de guardianes de la doctrina sino en la exacta medida en que deben cumplir su propio deber de ciudadanos, su deber como ser político[13].

Pero la medida exacta del cumplimiento de ese deber de ninguna manera les está fijada en un mínimo por debajo del cual no podrían descender sin falta flagrante de su parte.

La medida exacta de ese deber es su cumplimiento *más perfecto*, que depende de la personalidad y de la situación de cada uno. Sin inmiscuirse en las realizaciones político-sociales prácticas que incumben particularmente a los "laicos", ese *"más perfecto"* puede, con justicia, concebirse como una exaltación incesante y encarnizada de la doctrina social de la Iglesia, la explicación incansable de los problemas de actualidad vistos a la luz de la verdad, etcétera.

Ciertamente es posible imaginar muchas fórmulas que harían de los *guardianes* de la doctrina –muchas veces demasiado estáticos– celosos *propagadores* de ella. Ese deber no podrá ser cumplido acabadamente si los clérigos sienten desagrado a inclinarse sobre los problemas de la acción corriente –aplicación temporal de los principios espirituales– porque así se privan de descubrir los diversos medios para soslayar las dificultades humanas, cívicas, políticas o sociales que reencuentran en el ejercicio de su ministerio.

Esta incomodidad que a veces sienten algunos de ellos para entrar en el dominio práctico, los conduce a separar de alguna manera lo temporal de lo espiritual. Permanecen, entonces, más acá de lo que podrían hacer en el plano temporal para llevar así a los hombres a una mejor comprensión de lo espiritual. Imaginan algunos clérigos que todo lo que sea enseñanza acerca de la manera de *actuar* no les concierne. (¡Cómo si se les propusiera participar en una acción de carácter excepcional en el dominio político y social!). Y, sin embargo, encontrar los medios prácticos de acrecentar las fuerzas espirituales, de multiplicar los frutos del apostolado efectuado por los sacerdotes, de dar al proselitismo su mayor eficacia, en resumen, de aplicar inteligentemente una doctrina de la acción, no es solamente "un asunto de laicos".

Son cosas que pueden aprenderse tanto en los seminarios como en los grupos de estudio, si éstos son centros de formación para la acción, es decir, en la medida en que se reserve un lugar a las preocupaciones por la acción temporal.

Por otra parte los eclesiásticos, por la misma razón que todos los seres sociales, forman parte de redes naturales. ¡Cómo podría, por esas redes, ramificarse su irradiación a través de una acción

capilar fecunda si conociesen mejor todos los recursos de la acción práctica!

Para tener más posibilidades de llevar a los hombres a la verdad, es preciso conceder a lo temporal su exacta importancia. Con frecuencia, interesándose en las preocupaciones muy prosaicas que asaltan a los hombres, se llega a despertar en ellos preocupaciones más elevadas. Así, para tomar un ejemplo práctico, mucha gente no quiere considerar a la Revolución sino como un espantajo hábilmente levantado por las élites espirituales. Para ellos sólo se trataría de una concepción filosófica con un cierto dualismo, cuando no ven en ella sino una invención de la Iglesia[14]. Rehusan, en consecuencia, mirar de frente el peligro de la Revolución. Que los clérigos les descubran, pues, que la Revolución es un fenómeno social que estalla ante los ojos en el dominio temporal, en las actuaciones de la tecnocracia, del judaísmo, en las consecuencias del liberalismo, del socialismo, etcétera. Ciertas personas sólo admitirán la evidencia de la Revolución cuando se les comente la abundante documentación de carácter sociológico que revela el encadenamiento de las manifestaciones de la Revolución, la colusión de los enemigos del orden natural, y que establece la responsabilidad de la Subversión en la mayoría de las calamidades internacionales pero también en los males sociales, en las injusticias, en los resultados de una enseñanza "laica y obligatoria" de la que se excluye la moral, en las dificultades cotidianas oficializadas por leyes contrarias a los verdaderos derechos de los hombres.

En razón de que todo esto tiene una incidencia directa que amenaza sus intereses personales o materiales, los hombres le prestan más fácilmente atención. Así, mostrándoles las fechorías temporales de la Revolución, se descubre un medio de hacerles tomar conciencia de sus responsabilidades morales y espirituales.

Cierto es que los escritos y los hechos que prueban la presencia de la Revolución no dan la *explicación* fundamental de la Revolución ni tampoco aportan la noción de Contrarrevolución. Pero conrresponde precisamente a las élites espirituales relacionar una y otra cosa, señalándole a los hombres su *deber de actuar contra la Revolución.* Ciertos religiosos dudan en utilizar el término "contrarrevolucionario" porque recuerda, dicen, la acción política y social que, principalmente, pertenece al dominio de los laicos. En lo que

concierne a las realizaciones prácticas, con seguridad; pero en lo concerniente a la acción ideológica a efectuar contra la Revolución –por lo tanto contrarrevolucionaria– surge en verdad de las bases espirituales que ellos deben defender. Resultaría artificial concebir la acción de los laicos por una parte y la de los clérigos por otra como si no tuvieran que tener ningún punto en común. Sus campos de acción deben fundirse normalmente en la misma medida en que lo especulativo y lo práctico se funden en la realidad humana.

Esta unidad que liga los diversos aspectos (ideológico, social, etcétera) de la acción contra la Revolución, se reencuentra en la unidad del hombre total y si, al respecto, el sacerdote no puede desinteresarse de su deber como ciudadano, en cambio, el laico si está bautizado, no debe olvidar que es miembro de la Iglesia militante.

Razones prudenciales podrían justificarse si resultara que en alguna parte se hiciera un mal uso del término "contrarrevolucionario". Si el término pareciera efectivamente inoportuno para algunos clérigos, pueden perfectamente silenciarlo. Pero, en cambio, ¡que definan la Revolución, la llamen por su nombre, la desenmascaren, la ataquen! Los impulsan mil referencias religiosas, mil citas que surgen de las fuentes más altas.

El silencio acerca del tema es corriente en algunos que llegan a temer abordar públicamente los problemas humanos tratados en las encíclicas. Así como los laicos aprecian que los cléricos no se pongan a dirigir en la práctica los asuntos laicos –salvo casos excepcionales–, de la misma manera tienen derecho a esperar que esos clérigos les enseñen o les recuerden sin descanso en qué consisten los deberes políticos y sociales de los hombres con respecto a la doctrina.

No son, evidentemente, vagas generalidades de orden espiritual traídas a colación una o dos veces por año acerca de estas cuestiones, las que pueden orientar a la mayoría de los hombres con respecto a sus deberes temporales como seres sociales.

A mayor abundamiento, la enseñanza misma de una doctrina de acción no está fuera del marco de la enseñanza de la doctrina a secas, porque la acción no puede ser conducida de cualquier manera sin correr el riesgo de infringir la moral y el orden natural. Los clérigos, pues, se arriesgan a encontrarse en falta ante los ojos de los laicos si no están en condiciones de recordar las reglas precisas de

una acción conforme con la doctrina. Porque existen ciertas nociones —como el principio de subsidiaridad, la elección de los medios con respecto al fin— que pueden escapar a hombres no obstante cuidadosos de la justicia y de la caridad. Y, precisamente, no debe imaginarse que sólo haya que hablar de la justicia y de la caridad para que los hombres estén suficientemente enterados acerca de la buena manera de actuar.

En razón de que lo temporal con mucha frecuencia se encuentra disociado de lo espiritual, muchos hombres nunca han tenido la idea de buscar en las enseñanzas de la doctrina, la solución a los problemas sociales de los que son responsables. Viven como si tuvieran una conciencia en el dominio espiritual, y otra, diferente, en la práctica de la vida corriente.

248 Para que "el instrumento" sobrenatural sea utilizado con toda la fuerza que se le debe pedir, es preciso poner a todo el mundo a trabajar y solicitar la participación de las fuerzas espirituales y sobrenaturales a disposición de los laicos o religiosos acostumbrados a recurrir a ellas. También es particularmente necesaria la unidad espiritual, que consolida la acción, en las redes de eclesiásticos. El clero, los religiosos que pertenecen a sus propias instituciones y permanecen escrupulosamente sumisos a su jerarquía, no viven, sin embargo, encerrados en sí mismos. Aún los religiosos de clausura participan, por el valor de la plegaria y del sacrificio, en la acción contra la Revolución.

En cuanto al clero de las parroquias, es el que está más cerca de los laicos y el más accesible guardián de la doctrina y, además, el que mejor conoce el clima social de su región. El puede ser también, el mejor de los consejeros si ha sabido defenderse a sí mismo de las insidiosas seducciones de ciertas formas revolucionarias.

Su caridad lo incita a ponerse al alcance de los hombres. Haciéndolo, por otra parte, no escapa a cierta influencia que el mundo tiene sobre él. Recíprocamente, también debe beneficarse de la ayuda de los hombres. Tiene necesidad de sentir que es escuchado, y tendrá mucho más calor para orientar los espíritus cuando no descubra a su alrededor un ambiente de indiferencia y, aún, hasta de hostilidad.

Este sostén le es necesario porque si el clero desfallece en su

misión, esto repercutirá inmeditamente —y gravemente— en el conjunto del orden social.

La explotación revolucionaria de los trabajos de un Concilio o de los textos de una encíclica, las manifestaciones de la Subversión en el mismo seno del clero, la falta de mesura y de prudencia que, frecuentemente, han transformado una deseable evolución en el modo de vida del mundo religioso en un desajuste, son otras tantas posibles razones —verdaderas o utilizadas como pretexto— de la desafección de los laicos con respecto a la gente de iglesia.

Pero no es "justificando" una nueva forma de anticlericalismo (de "derecha", dicen algunos) que se demuestra desacuerdo con el comportamiento revolucionario de ciertos eclesiásticos. Eso es poner en el mismo saco a los sacerdotes más humildes, más meritorios y más santos, con aquellos inspirados por el orgullo. Es castigar a los buenos con el pretexto de que los segundos son malos.

La única reacción racional consiste en vincularse con aquellos que siguen siendo los más dignos de enseñar la doctrina, en sostenerlos más, en *actuar* para que el sector de los mejores no sea dominado por los otros.

Por cierto es necesario denunciar a los elementos que son causa de escándalo, impedirles dañar y especialmente difundir el Error; pero, para ser *constructivo*, para contra-atacar realmente y arrebatarles las posiciones que están tomando, la crisis que ha alcanzado el mundo religioso debe, por reacción, producir un esfuerzo suplementario de perfeccionamiento personal, una acrecentada participación en la acción contrarrevolucionaria, el estrechamiento de los vínculos con los sacerdotes que no se dejan alterar por las tentaciones del modernismo progresista.

¡Es incoherente pretender señalar a los malos si no se es capaz de probar —y no solamente con palabras— que uno marcha mejor que ellos!

D. *La elección a realizar*

249 La acción contrarrevolucionaria es un todo. Se la propone en su totalidad: se la adopta o se la deja.

No exige una conversión inicial; no es esa su función. Llama a

todos los hombres de buena voluntad. Sólo les pide una honestidad escrupulosa frente a las reglas de la acción.

El resto es problema de cada uno y como nada puede disociarse de todo eso que interesa al hombre, corresponderá a cada uno ver cómo, fuera de la acción propiamente dicha, puede elevarse en el sentido de la doctrina.

Pero, en primer lugar, en lo que concierne a la acción propuesta como un primer paso inmediato posible, una elección se presenta; es preciso elegir. Por un lado, un esfuerzo común en pro de un orden social cuya esencia cristiana garantiza a los hombres el valor absoluto —orden que en sí mismo no es sino un medio a disposición de los hombres para permitirles cumplir su destino terrestre según la ley divina—; por otro, partir hacia simples ilusiones o la aceptación del abandono.

El sólo instinto de conservación debería bastar para guiar la elección del hombre, ser social. Pero sabemos que la Revolución lleva a los hombres a su perdición *haciéndolos contribuir a ello.*

¿Se dejarán llevar sin luchar?

La mayoría espera que se le propongan, desde el exterior, soluciones sobre las cuales, además, no es consultada. Con la Contrarrevolución es cada hombre y todos los hombres quienes deben construir y defender *su* orden político y social.

Se pide lo más simple: querer comprender con honestidad, *hacer comprender* y, por todas partes, de arriba abajo en la escala social —y cada uno en su medio y en su partido— actuar en consecuencia.

Entonces es todo un pueblo el que se pone en marcha hacia esas cimas iluminadas que uno puede mostrarles... tan lejanas y tan altas.

250 Que los hombres que rechazan sufrir la ley de la Revolución se determinen con prudencia, sin complejos, porque ya es tiempo.

Si, en la forma en que acaba de ser presentada, la doctrina de la acción puede impulsar a ciertos cristianos a decidirse, es propio de su responsabilidad aportar a su acción todos los recursos de su espiritualidad.

Pero no sería bueno que algunos, entre éstos, expresaran su pesar porque una insistencia aún más apremiante en el sentido espiritual, no los haya elevado hasta las cumbres sobrenaturales a las

que están acostumbrados. Porque hace mucho que, a ellos, se los ha llamado a través de exhortaciones realmente excepcionales, plenas de riquezas espirituales *y se los ha incitado a la acción* que hasta ahora han desdeñado y tenemos derecho a asombrarnos de que aquí reclamen eso que, en otra parte, han despreciado.

Que cada uno aporte lo que pueda... Es mejor felicitarse de haber aportado algo y no lamentarse de que alguien no lo traiga todo.

Hay muchos hombres, felizmente, que no han esperado a nadie para efectuar una acción contrarrevolucionaria y para hacer sentir una influencia realmente inspirada por el fin sobrenatural de la Contrarrevolución.

Buen número de "descreídos", sin embargo, que no son ni aventureros ni libertinos, podrán lamentarse con razón de que ningún hombre, entre los creyentes que conocen, jamás le haya hablado de su fe ni los hayan interesado por descubrir la verdad.

Esta exposición, que acaba, les entrega a ellos también la doctrina de acción. Poseen ahora todos los elementos esenciales: las reglas inmutables y el sentido en que deben tomarse las disposiciones particulares para actuar bien. La práctica de una acción justa, necesaria y eficaz los orientará inevitablemente hacia un conocimiento más completo de la verdad[15].

251 Antes de arrojar el dardo final es preciso, una vez más, insistir acerca de la urgencia de la acción en los años, los meses o las semanas que cada cual tenga ante sí.

La época que vivimos se caracteriza por una suerte de precipitación de los acontecimientos. Para situar en ella su acción y efectuarla perfectamente, los hombres de buena voluntad tendrán todas las cartas en la mano cuando se les defina la confrontación Revolución-Contrarrevolución teniendo en cuenta hipótesis puramente humanas pero también ciertos elementos de orden sobrenatural que tienen derecho a conocer a pesar de la conspiración del silencio que se ejerce contra ellos.

La *Confrontación Revolución-Contrarrevolución*[16] no les aportará ningún elemento suplementario útil a la acción corriente sino que presentará la aplicación práctica de las reglas de la acción en la peor de las hipótesis.

Esta hipótesis no debe excluirse, porque no existe coexistencia

amistosa que pueda concebirse entre las fuerzas que pertenecen al orden natural y divino y las de la Revolución. Como las primeras no pueden abdicar y como las segundas no quieren abjurar de sí mismas, un enfrentamiento parece muy probable. Quizá se producirá cuando los hombres se den cuenta de que se convierten en esclavos de un sistema revolucionario que busca gobernar la totalidad del mundo. Pero este enfrentamiento también podría encontrar su origen en la voluntad de resistencia de inspiración contrarrevolucionaria contra las fuerzas revolucionarias cuando éstas brutalmente revelen sus designios[17].

Los mejores deben estar preparados para proseguir su acción aunque existiere una persecución declarada; igualmente deben prever la resistencia "arma en mano" contra el desencadenamiento de la violencia por parte de la Subversión, pero también deben ser capaces de explotar cualquier ocasión excepcionalmente favorable para asestar un golpe a la Revolución.

¿Puede aún evitarse lo peor? Nadie podría afirmarlo y, por otra parte, la situación varía según el país. Pero cualquier progreso realizado entretanto permitirá superar más fácilmente la prueba si ésta es inevitable. De todas maneras, el hecho de que los plazos puedan ser cortos no puede sino exhortar más insistentemente a preparar con urgencia el futuro enfrentamiento y, por lo tanto, a formar a los hombres, a estructurar los grupos contrarrevolucionarios, a prever las instituciones, a descubrir las competencias que podrían, en los puestos clave, hacer frente a las situaciones más difíciles, y a forjar los espíritus que, mañana, serán responsables de la instauración de un orden social cristiano.

Pero todo esto no tiene nada de excepcional: exactamente es la acción que se propone inmediatamente a los hombres, se teman o no cercanas perturbaciones y, para no ser sorprendidos por los acontecimientos, bastará preparar al mismo tiempo, *la acción de combate*. Esta no será sino una de las formas particulares de la acción que se agrega —pero no la sustituye— a la acción general y común (la acción de orden) que deberá ser proseguida, sin detenerse, en el momento de la confrontación aguda entre la Contrarrevolución y la Revolución.

"No hay tiempo que perder. El tiempo de la reflexión y de los proyectos ha pasado. Es la hora de la acción. ¿Estáis listos? Los

frentes opuestos en el dominio religioso y moral se delimitan cada vez más claramente. Es la hora de la prueba (...). Es la hora del esfuerzo intenso. Sólo algunos instantes pueden decidir la victoria[18].

Todos los que hayan conformado sus acciones con la doctrina no verán personalmente la victoria... ¿pero qué importa? De todas maneras se los contará en el campo de los vencedores porque habrán ido a combatir del lado de Dios.

NOTAS

1. Ver eventualmente la definición del Contrarrevolucionario potencial en el parágrafo 208.

2. Pío XII, Mensaje radiofónico del 1-10-1944, recordando el llamado ya formulado por Pío XI en la Encíclica *Divini Redemptoris.*

3. Las ideas propagadas en algunos países por el "Rotary" y por el "Rearme Moral", por ejemplo, son un tipo reciente de esos *ensayos de sincretismo*, que, en su mayoría, responden a la siguiente definición: sistemas filosóficos o religiosos que tienden a refundir varias doctrinas diferentes queriendo "conciliar" todo y que llevan, con una fachada edificante, a la confusión de los espíritus y a la moral más elástica y, por ello, más dudosa.

4. Una reflexión que hemos escuchado: ¿Al "disociar" a los católicos del catolicismo, no se presta esto a una maniobra "dialéctica" de tipo revolucionario?

¿Pero quién habla de disociar a los católicos del catolicismo? ¿Para ejercer una acción coordinadora en sentido inverso al de la dialéctica revolucionaria, con quienes es preciso contar? ¿Con aquellos que, por su carencia, sirven a la Revolución o con aquellos que, fieles a lo prescripto por el Catolicismo, luchan contra la Revolución?

Por el contrario, sólo se pide que la multitud de malos católicos vengan finalmente a asociarse con aquellos que se esfuerzan en conformar sus acciones con la doctrina.

"Vosotros, los católicos, perderéis la batalla. El comunismo triunfará porque sois malos católicos" ¿De quién es esta frase? ¡De Krutchev! (dirigéndose a ciertos políticos católicos de Alemania del Oeste cuando Sekú Touré visitó la U.R.S.S. en 1962).

5. Citado por P. Auburtin.

6. *La Révolution Française*, número de junio de 1879, con la firma de "un socialista".

7. Citado por Monseñor Delassus, historia de la franc-masonería (1836-1921), en *La conjuration antichrétienne.*

Cantidad de citas podrían agregarse a las precedentes. Recordaremos solamente la frase de Lenin: "Pronto no habrá más que dos campos, dos luchadores en la liza para recibir la herencia del mundo: el catolicismo y la Revolución".

8. Es en este aspecto, particularmente, que la definición de Ignacio de Loyola relativa a la aptitud para elegir, toma todo su valor:

"Hacer elección es elegir a la luz de la razón e iluminados por la gracia divina, teniendo delante del espíritu las ventajas y los inconvenientes de una solución. Se pesa, se opta y se ejecuta, si Dios quiere".

Es de notar que Ignacio de Loyola era un verdadero hombre de acción y que esta influencia caracteriza los retiros en que se practican sus ejercicios espirituales.

Si, en las diversas formas de "encuentros" (Cap. XIII, 158 a 160), no han sido mencionados los retiros se debe a que, en lo temporal, su finalidad no es un encuentro entre los hombres. Pero es una buena ocasión para recordar su existencia cuando se habla de "no disociar lo espiritual de lo temporal".

Hemos visto que ciertos retiros ofrecen un carácter inusitado. En ellos el confort, la música y los métodos se aproximan a lo revolucionario y llevan a una rápida exaltación... En los Ignacianos, por el contrario, el procedimiento que siguen busca un efecto profundo y durable.

De todas formas, en razón de que hay obispos y cierto clero progresistas, por lo tanto, revolucionarios, es menester lógicamente estar en guardia con respecto a los directores de retiros que no ofrezcan una total garantía de ortodoxia romana y que hayan "olvidado" en lo que concierne al deber de la acción, que la lucha contra la Revolución no es una opción libre sino que es una obligación.

9. Encíclica *Pacem in Terris,* Juan XXIII, 1963.

10. Pío XII, Ascensión 1953.

11. Quietismo: doctrina que hace consistir la perfección cristiana en el amor a Dios y la inacción del alma, sin obras exteriores.

12. Pío XII. Ver eventualmente el parágrafo 237 en el último párrafo de la nota 6: "Desertor y traidor, cualquiera que... etcétera", Monseñor Harscouët cita de Charles Péguy una frase que tiene semejante resonancia: "El que no clama la verdad cuando sabe la verdad se hace cómplice de los mentirosos y de los falsarios".

13. "El hombre es un animal político", H. Moeuvres, *Les chemins du réel*, Ed. du Faseau.

14. Cuando, por el contrario, la misma Revolución se ha definido como la "Contra-Iglesia" (Revista masónica *L'Acacia*, octubre de 1902).

15. Es verosímil que algunos lectores hayan leído esta exposición para una *Doctrina de acción*, sin reflexionar simultáneamente, en la aplicación práctica que inmediatamente pueden darle en su vida cotidiana. Han dejado para más tarde el paso a la acción...

Poco importa si, por lo menos, llegan a las últimas líneas convencidos del *deber de actuar*, conforme con la doctrina. Pero brutalmente van a encontrarse ante una cuestión embarazosa: "¿Cómo arrancar? Se decepcionarán si inmediatamente no salta a la vista lo que tiene que hacer.

Podemos, entonces, darles un primer consejo: tomar el *índice* del libro. Encontrarán terminos que mencionan la acción práctica: ...la acción "a partir de cada hombre", ..."cada uno en su medio natural", ..."convencer", ..."buscar los contactos", ..."descartar a los revolucionarios", ..."formar un bloque", ...*"crear células de trabajo"* (ver Anexo I), ..."realizar", ..."realizar"... y un segundo consejo: lo antes posible "ser muchos" (¿y por qué excluir a la esposa?) para trabajar periódicamente en común, para discutir, asimilar, imaginar, prever.

Lo principal es *comenzar*: las ideas vienen enseguida.

¡Y es necesario "aguantar"!

16. La *Confrontación Revolución-Contrarrevolución* que seguirá a esta exposición acerca de la *Doctrina de Acción Contrarrevolucionaria*, estudia, a la luz de la doctrina, la disciplina de la acción en períodos de forzosa clandestinidad (con una mención práctica de las medidas de seguridad que deben observarse para que la acción permanezca inasible), las condiciones de la iniciación de una acción que se opone por la fuerza a los revolucionarios, la acción de combate asociada con la acción de orden, la fase de la resistencia, la fase de la liberación contrarrevolucionaria, etcétera.

Además contiene el cuadro de las manifestaciones de la Revolución tal como pueden descubrirse en la vida corriente, ya sea en la persona de los hombres que ayudan a la Revolución o en la confusión subversiva suscitada en los términos y en los espíritus.

•

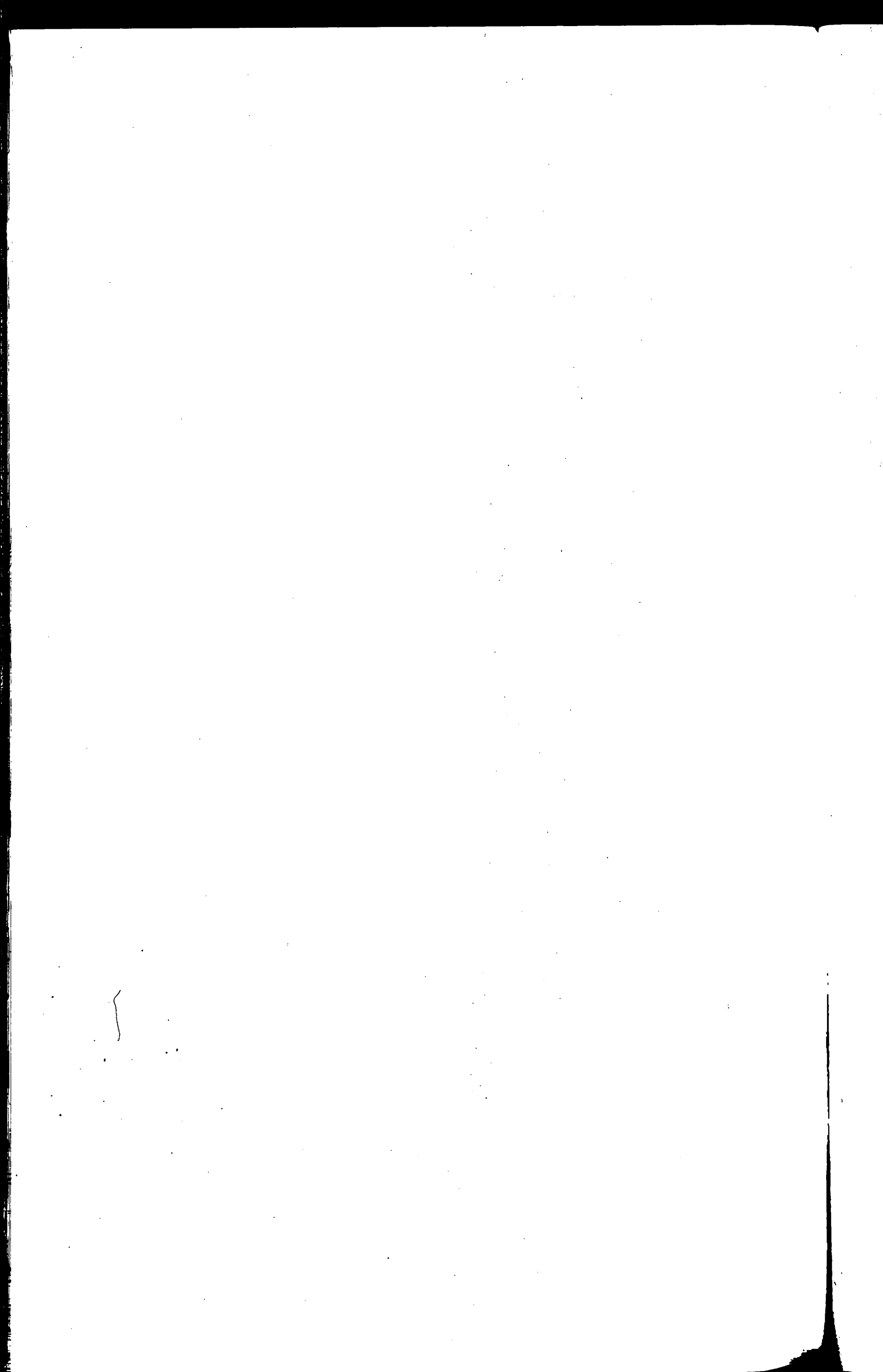
17. D. Z. Manuilsky, que fuera presidente del Consejo de Seguridad de la O.N.U. en 1949, declaraba en 1931, en una conferencia en la Escuela Lenin de Guerra Política:

"Nuestro momento llegará en veinte o treinta años. Para vencer nos hará falta el elemento sorpresa. La burguesía deberá estar adormecida. Comenzaremos, pues, por lanzar el más espectacular de los movimientos de paz que jamás haya existido. Habrá proposiciones electrizantes y concesiones extraordinarias (...). Ellos (los países opuestos al comunismo) saltarán ante la nueva ocasión de amistad. Inmediatamente después que bajen la guardia, los aplastaremos con nuestro puño cerrado.

Esta perspectiva sobre el futuro tiene menos importancia con relación a los plazos que expresa, que con respecto a la afirmación del conflicto decidido de antemano y cuya eclosión es premeditada. Esta voluntad de enfrentamiento es una de las constantes de la Revolución.

18. Pío XII, 7 de septiembre de 1947.

ES LA HORA DE LA ACCION.
¿ESTAIS LISTOS?
ES LA HORA DEL ESFUERZO INTENSO.
SOLO ALGUNOS INSTANTES
PUEDEN DECIDIR LA VICTORIA



ANEXOS

ANEXO I

LA CELULA DE TRABAJO

ANEXO II

UN ACONTECIMIENTO TIPO A PREPARAR: LAS ELECCIONES

ANEXO III

UBICACION DE LOS MOVIMIENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS PARTICULARES



ANEXO I

LA CELULA DE TRABAJO

A. Ventajas de la célula de trabajo

252 La célula de trabajo ofrece un medio particularmente eficaz para formarse en la acción contrarrevolucionaria[1].

La manera de estudiar que propone es apasionante cuando cada cual aporta algo, y esto no es difícil: es suficiente no creer que el animador de la célula todo lo proveerá y que sólo hay que escucharlo.

El trabajo por célula supone por una parte el estudio –como mínimo una lectura atenta– realizado aisladamente por cada uno. Por otra, una reunión común acerca de las cuestiones que se refieren al estudio individual precedente.

Cuando son factibles las reuniones semanales, generalmente son las que ofrecen más ventajas para el estudio efectuado activamente a pesar de las obligaciones de la vida corriente.

La calidad y la competencia del animador de la célula naturalmente tienen una gran importancia para evitar pérdidas de tiempo, dirigir las discusiones y volver todo a su justa explicación y a su exacto valor.

Pero puede presentarse una primera dificultad. Quizás el animador no exista o tal vez aquél que en ese pequeño grupo sea considerado como su jefe natural, carece de una formación contrarrevolucionaria particular. En este caso, evidentemente, podríamos preguntarnos por qué se reúne el grupo... Sin embargo, ese gesto es natural: es unirse frente a la dificultad y es muy cierto que el estudio efectuado solidariamente es estimulante; incita a los más

dotados a un trabajo personal que les permite ayudar a los demás y fuerza a los más lentos a un esfuerzo al que fácilmente renunciarían si estuvieran solos.

Habrá que poner gran interés en descubrir al Contrarrevolucionario idóneo que pueda ayudar al grupo. Ese hombre existe; es preciso informarse, encontrarlo y, mientras se lo espera, saber prescindir de él.

Un Contrarrevolucionario puede formarse solo. Tardará más tiempo, titubeará, pero si no se encierra en sí mismo, forzosamente establecerá contactos con otros Contrarrevolucionarios y, entonces, podrá beneficiarse con las ventajas de una célula de trabajo.

253 Los Contrarrevolucionarios formados deben estar atentos para descubrir a su alrededor a aquellos que buscan guías. Con frecuencia sus consejos bastarán para ayudar grandemenete a algunas personas experimentadas. Además y de manera general, deben prestar atención a todos aquellos que, en su ambiente, hacen referencia a la Contrarrevolución. Podrán así descubrir a los impostores, poner en su lugar a los diletantes y también orientar y reafirmar a las nacientes buenas voluntades.

Desgraciadamente suele observarse una deplorable tendencia en algunos Contrarrevolucionarios que han profundizado su sólida formación a través de largos años. Quizá porque su experiencia los ha enseñado a desconfiar de quienes, de la noche a la mañana, dicen pertenecer a la Contrarrevolución. Muchos de ellos muy difícilmente admiten que los Contrarrevolucionarios de reciente data puedan hablar con cierta seguridad. Y no dejan de reprocharlos, por ejemplo, ante el empleo de términos inapropiados que surgen de una formación incompleta (por ejemplo, alguno hablará de "ganar la masa" cuando hubiera debido decir que es preciso "convencer al máximo de personas").

Ellos sustituyen la caridad sonriente y educadora que les debería ser propia, por una desconfianza gruñona y reticente ¡cómo si la doctrina fuera un terreno reservado que sólo debiera abrirse a la gente ya formada!

No hay razón para asombrarse de que un hombre pueda admitir fácilmente los elementos de la doctrina que se dirige a todos los hombres y que, en particular, se refiere al orden natural, por poco que haya estado preservado de las influencias revolucionarias. Algu-

nas personas no saben qué es la Contrarrevolución, y no obstante, en una hora de explicación pueden definitivamente tomar conciencia, ellas también, de que ésa es *su* verdad.

La acción coordinadora a realizar entre los hombres, exige que los Contrarrevolucionarios formados demuestren con respecto a los demás, voluntad de comprensión y una cierta indulgencia ante los errores involuntarios. Esos errores, si se los corrige inteligentemente, deben ser otras tantas ocasiones para consolidar las formaciones imperfectas. Para esto no hay mejor medio que dar a esas buenas voluntades que encontramos, su posibilidad de formarse en una célula de trabajo.

El término "célula de trabajo", lo sabemos, suele chocar. Pero si no se quiere que nos detengan simples prevenciones, siempre puede adoptarse un término menos austero. Porque para cada uno se trata de *su* célula, es decir, de un pequeño equipo de amigos de confianza que se encuentran periódicamente en una atmósfera distendida donde la seriedad del trabajo no excluye la alegría.

Nadie debe sentirse obligado a formar parte de un grupo de estudio que no tenga esas cualidades.

254 La célula de trabajo quita al estudio que se hace aisladamente el carácter libresco que podría conservar. La reunión común permite *poner a punto* lo que cada uno ha debido *aprender* individualmente. Es ésta una manera cómoda y fructífera de hablar de lo que se ha estudiado, de que aparezcan distintos puntos de vista y de controlar la buena comprensión: discutiendo se *asimila* un tema.

Además, la célula de trabajo es el medio que permite avanzar con mayor seguridad y con la mayor rapidez posible. En efecto, esta forma de estudio tiene la ventaja de que cada uno lleva adelante su instrucción personal de la manera más completa y rápida y, por otra parte, el aspecto colectivo del trabajo en célula ofrece el beneficio de un estudio que llega hasta los ajustes prácticos y los concretos. Es una fórmula de excepcional valor para reafirmar las convicciones de los hombres –y también, pues, para llevarlos a actuar– y para darles la ciencia de los argumentos y de los instrumentos que permiten que se irradie la Contrarrevolución.

Cuando la gente, porque dice tener mucho apuro, propone a su problema de acción soluciones de corte brillante y rápido pero que

resultan poco seguras, la manera de establecer inmediatamente su real aptitud para la acción consiste en pedirles algunas informaciones acerca de las células (grupos de estudio, pequeños comités, encuentros periódicos, lecciones particulares) que han permitido formar a los hombres antes de participar en la acción encarada.

Cuando realmente se tiene apuro por llegar, se comienza por lo que permite llegar, es decir, por la formación de los hombres y, en ese dominio, para hacer lo seguro yendo lo más rápido posible, nada mejor se ha encontrado aún que la célula de trabajo.

B. Sugestiones y reiteraciones

255 Las siguientes sugestiones son para los grupos –o para los individuos– que se encuentren solos.

256 *No atascarse.* Algunos, cuidadosos de la lógica, deciden a veces estudiar primero el *por qué* de la acción. Luego pasarán al estudio del Enemigo, a saber *contra qué* es necesario actuar. Finalmente aprenderán *cómo* conviene actuar. Solamente después de todo eso pensarán en mirar a su alrededor para ver qué es lo que pueden hacer.

Este procedimiento lleva casi siempre a decepciones con respecto a un estudio que nunca termina con la teoría; engendra desaliento y esterilidad y, en cambio, hunde a algunos en las delicias de un estudio que se convierte en un fin en sí mismo. De esta manera hay quienes tentados por el conocimiento exacto del marxismo-leninismo le han consagrado muchos años pero, en toda su vida, nunca encontraron un interlocutor marxista para convenverlo, y durante todo ese tiempo, su influencia contrarrevolucionaria ha sido nula en su medio.

Es preferible, generalmente, repartir los temas a estudiar de manera que se eviten los encasillamientos demasiado artificiales –que además en la vida no existen–, y efectuar frontalmente el estudio

– acerca del "*¿Para qué?*"

la doctrina, con relación a la comprensión del orden natural

y sobrenatural y con relación a las instituciones del orden social cristiano;

– acerca del "*¿Contra qué?*"
  el estudio del Enemigo; en qué es *fundamentalmente* el enemigo; en qué sus concepciones sociales y políticas son contrarias al orden cristiano;

– acerca del "*¿Cómo?*"
  la doctrina de la acción.

Finalmente, siempre será bueno relacionar la parte teórica con el aspecto práctico por la pregunta "¿qué hacer?": ¿Qué podríamos hacer? ¿Qué aspecto práctico se ofrece inmediatamente?

Fácilmente puede establecerse un orden del día para cada reunión semanal, a partir de tres o cuatro de esos rubros tomados por turno. Entonces, si uno se atasca en un tema, no obstante se avanza con los otros y, en esas condiciones, dos horas de trabajo en común por semana resultan cortas.

Es menester avanzar, tan lentamente como sea necesario, pero *tan rápido como sea posible.*

Es delicado proponer de antemano un plan de estudio, porque su contenido debe depender sobre todo del nivel de los miembros del grupo. Lo esencial no reside en que estos se sujeten a un orden que podría parecerle muy lógico al animador. Lo que importa es que cada uno sea "tomado" por el interés del estudio, de manera que lo que más fácilmente capta la atención lleve *también* a estudiar aquello que quizás rechace un poco. Independientemente de los temas estudiados en común, los miembros deben ser, pues, impulsados a investigar acerca de los temas que más les atraen.

Una fórmula interesante consiste en comenzar por pedir a cada uno que hojee en su casa una obra básica, que tome conocimiento de su índice, que busque algunos títulos que despierten la curiosidad y que se remitan a los textos correspondientes y pedir luego, a cada lector, sus impresiones personales.

Se pueden descubrir así las lagunas generales más flagrantes y también los temas de estudio mejor acogidos. De esta manera, del intercambio de opiniones, puede deducirse un plan muy flexible para el trabajo en común.

257 *No dispersarse, no pretender "demasiado"*

Pensar en lo más urgente, en las urgencias. Aquello que inmediatamente resulta inútil no debe tomar el tiempo de lo que al punto es necesario.

Por ejemplo, en lo que respecta al estudio del Enemigo, son raros los militantes que podrán utilizar un conocimiento muy profundo del tema. Pero, en cambio, todos deben poseer a fondo las respuestas a las objeciones banales que se repiten sin cesar. A cada uno le corresponde saber, según su medio habitual, hasta dónde le convendrá llevar sus conocimientos en ese dominio.

La pregunta "¿qué hacer? " no tiene tanto por fin construir inmediatamente vastos proyectos de acción sino, sobre todo, hacer descubrir a unos y a otros las mil ocasiones de la *acción de todos los días*. Bastará, casi siempre, dejar que cada cual cuente qué es su vida, cuáles son sus contactos, los elementos favorables o desfavorables que encuentra, cómo ha reaccionado en una circunstancia determinada, lo que debería haber hecho o lo que aún puede hacer.

No dispersarse en el estudio simultáneo de numerosas obras: buscar la comodidad limitando la documentación inicial que cada uno deba poseer. Es posible limitarse a una o dos obras esenciales –o a una serie de fascículos– que pueden ser considerados como esos "libros del maestro" que dan la trama del estudio iniciado. Incumbirá al animador de la célula señalar los textos suplementarios que pueden ser útiles –sin olvidar especialmente la documentación sociológica que, a pesar de la debilidad de sus referencias espirituales, será con frecuencia el elemento de interés temporal más propio para captar inicialmente la atención de numerosos "descreídos" (Ver 247 y 239).

No querer abarcar demasiado con respecto al volumen de la célula. Los intercambios de ideas se hacen más difíciles si el grupo de estudio está formado por más de seis o siete personas. Las convicciones que uno se lleva corren el riesgo de ser menos profundas cuando cada uno no ha tenido la posibilidad de expresar el fondo de su pensamiento.

Cuando la célula se agranda, debe dividirse y cada parte debe ser confiada a un responsable. Esta puede ser la ocasión, además, de poner fin a irreductibles incompatibilidades de humor entre ciertos miembros pero, sobre todo, es la ocasión para cada grupo separado, de recibir algunos elementos nuevos y, así, se llega de la manera más

natural a *multiplicar las células: factor muy importante* porque eleva la *calidad* –y por añadidura el número– de los hombres llamados a efectuar la acción y también porque favorece la *acción capilar* a través de la cual, la tesis contrarrevolucionaria se propaga a la totalidad de un pueblo.

258 Dar a cada personalidad las ocasiones de realizarse plenamente y comenzar por sí mismo: evitar la improvisación cuando engendra la inexactitud; preparar el tema; precisar –y hacer precisar– las preguntas por escrito (porque con frecuencia es la mejor manera de hacer descubrir las respuestas); "dar su máximo"; perfeccionarse.

Crear un ambiente favorable para que puedan expresarse las diversas personalidades. Variar los contactos, las fórmulas (y aún a veces, el marco de las reuniones). Hacer hablar a los más silenciosos, (a propósito decir: *Primero, los más tímidos,* para librarlos de sus complejos).

Un grupo de estudio marcha bien cuando cada uno se siente un poco responsable. El animador deberá, pues, saber proponer, sugerir –mucho más que imponer su plan o sus ideas–, de manera que la personalidad de cada uno tenga ocasión de comprometerse en las distintas responsabilidades: responsabilidad en la proposición de los temas y del plan a seguir, en el desenvolvimiento de las discusiones, en el atractivo, la rapidez, la seriedad del trabajo en común, en el estado de espíritu que reine entre todos, etcétera.

El animador debe hacer nacer el sentimiento de que la célula continuará progresando aunque él, personalmente, deba alejarse.

Puede ser interesante llevar de vez en cuando a un amigo seguro ya sea para orientarlo hacia la acción contrarrevolucionaria o, por el contrario; para que el grupo aproveche la experiencia original que esta persona puede detentar.

Hacer que los más vivaces ayuden a los más rezagados. No existe mejor manera de reafirmar los propios conocimientos que instruyendo a los otros.

Es posible que sujetos brillantes, durante largo tiempo guarden cierta reserva. Se debe, entonces, concentrar el esfuerzo sobre aquello que los retiene hasta que se los gane totalmente. Nada de lo que hace a la esencia de la doctrina puede ser rechazado. ¡Es necesario que todo sea absorbido!

También la célula tiene su personalidad. Ella florecerá y dará sus frutos si su responsable tiene especial cuidado de los cinco puntos que a continuación se reiteran:

1. No disociar lo espiritual de lo temporal y, como regla constante. "enganchar las cosas por arriba";
2. Tener sentido de lo humano, comprender las diversas psicologías, cuidar la progresividad: "Proponerlo todo pero no insistir sino en el paso inmediatamente franqueable".
3. Buscar a los mejores (no juzgar por las primeras impresiones) e impulsarlos hacia adelante sin preocuparse por el alineamiento.
4. Suscitar las iniciativas; confiar responsabilidades (cuidadosamente mesuradas); descentralizar; dar a cada uno ocasión de brindarlo todo según su medida.
5. Formar un sucesor y cuando sea posible, desligarse personalmente con el fin de extender más lejos la acción (¡multiplicar las células!) o dirigirla desde un nivel superior.

C. *Tácticas y prácticas*

259 Por dos motivos a la célula le interesa lo que corrientemente se llaman tácticas: tácticas para que las células sean un foco de irradiación y también tácticas a conocer para la acción futura.

Ya lo hemos dicho, las únicas tácticas seguras que pueden señalarse por anticipado, residen en los principios y características de la acción tal como los define la doctrina[2].

Sin embargo, pueden agregarse algunos consejos prácticos. Pero, aunque éstos sean el fruto de la experiencia, no conviene no obstante darles el rigor de regla sino en la medida en que deriven de los principios de la acción.

260 *Practicar la mayeútica.* Es decir, el arte de hacer descubrir al interlocutor, a través de una serie de preguntas, las verdades que lleva en sí.

Por este procedimiento se llega cómodamente a que el hombre sincero precise cuáles son sus concepciones ideológicas, políticas y sociales, cuáles son sus contradicciones consigo mismo, las posibles coincidencias de sus aspiraciones con el orden cristiano y cómo ellas, en este orden, son felizmente completadas y sobrepasadas.

En este último sentido podríamos emplear el término "pujar" si con frecuencia no revistiera un carácter demagógico.

De esta manera, cuando algunos hombres honestos se dicen progresistas o socialistas sin saber exactamente qué es el Progresismo o el Socialismo resulta fácil conseguir que definan por qué se consideran socialistas o progresistas y también es fácil demostrarles que, en el sentido que dan a esos términos, no es posible ser más "progresistas" y más "socialistas" que la Contrarrevolución.

Pero entonces el interlocutor podría continuar llamándose progresista o socialista. Si se intenta ese razonamiento, al mismo tiempo es necesario hacer comprender que esos términos deben ser rechazados porque propagan la confusión y el error ya que la teoría denominada Progresismo se opone al verdadero progreso del hombre *total* y el Socialismo no tiene el *verdadero* cuidado por el hombre, ser social.

261 *Acercar al interlocutor.* Si se está ante un interlocutor de buena fe, puede resultar positivo *acercarlo* demostrándole que no está lejos de lo que se le propone. Al mismo tiempo se le indican sus errores y se los puntualiza. La fosa que lo separa de la verdad tiene, entonces, una anchura definida; el paso a franquear se hace claro. La dificultad, que en razón de su imprecisión parecía considerable, queda reducida a su verdadera dimensión.

Con el mismo cuidado que se tiene para acercar al interlocutor debe evitarse hacerle "perder la faz" triunfando sin modestia. Nadie ama esa suerte de humillación y, por esta sola razón, muchos son capaces de discutir sin tregua para no admitir que han sido colocados en situación de inferioridad.

Desde el momento en que un hombre se da cuenta de su error —aunque no lo declare explícitamente— es posible facilitarle el acercamiento. Es menester "tenderle un puente" y con frecuencia podrán tomarse las propias frases del interlocutor *en lo que ellas tienen de verdad* y desarrollarlas como si la continuación, *en el sentido de la verdad*, derivara de lo que él mismo ha dicho.

262 *Rechazar ciertos "diálogos".* Cualquier diálogo, acerca de una posible conciliación entre las teorías revolucionarias y la doctrina contrarrevolucionaria, es vano. Eso lleva siempre a imaginar que pueden abandonarse ciertos elementos de sus bases espirituales

(mientras que el adversario, además, en nada reniega de sus "principios"). Esto no excluye que pueda intentarse convencer a cualquier revolucionario que presente algún síntoma de buena fe, pero el tema de la conciliación sólo puede ser debatido para explicar que ella resulta imposible.

Por otra parte, es muy necesario que, en el plano personal, los que se han extraviado en el error pierdan toda ilusión en cuanto a la posibilidad de un compromiso que les permitiría permanecer en el mal lado con la conciencia tranquila.

263 *Dar vuelta el argumento.* Contra los argumentos que atacan a la doctrina contrarrevolucionaria, muchas veces es una buena táctica dar vuelta el argumento contra la ideología defendida por el interlocutor: "¿La doctrina social de la Contrarrevolución no sería realista? ¡Ella propone un orden social que coloca al hombre en su verdadero lugar! ¿Cuál es el lugar del hombre en el "orden" comunista o en el orden liberal? Y se ataca al adversario en su mismo reducto, poniéndolo en contradicción consigo mismo.

Además, siempre se le podrá preguntar cuál es la "verdad" que le sirve de referencia: tema fácil en que las propias citas de los revolucionarios acerca de lo verdadero y de lo falso, de la libertad de cada uno para tener *su* "verdad", constituyen otros tantos argumentos que pesan cuando el interlocutor es un hombre derecho.

264 *Armarse de citas.* Una treintena de citas (sobre algunas páginas de la libreta, para los que no tienen memoria) hacen maravillas.

265 *Buscar refuerzos.* Si no se está satisfecho de sí, "no dejarse encerrar", citarse nuevamente y volver con un amigo, un documento, un tiempo de reflexión suplementaria.

266 *Ser varios.* Para ganar una partida difícil, un medio extremadamente eficaz consiste en ser dos (o tres) con el fin de tomar al interlocutor "en sandwich". Cada cual tiene su aptitud particular: uno tiene memoria, otro poder de persuasión; mientras que uno habla, otro reflexiona ya sobre el argumento que va a utilizar; uno descubre la objeción que no viene al espíritu del otro..., etcétera.

La táctica tiene su máximo efecto cuando los papeles de cada uno han sido previamente concertados.

267 *Poner a las mujeres de su lado.* Ciertas mujeres constituyen serios obstáculos a la acción contrarrevolucionaria que podrían efectuar sus maridos. Es necesario ponerlas de su lado, interesarlas en "la acción de todos los días". Las mujeres *también* pueden formarse como Contrarrevolucionarias en células de trabajo.

268 *Utilizar el buen lado pero también los defectos del interlocutor.* Es frecuente ver que algunos hombres adoptan, en cualquier discusión, una actitud de contradicción casi sistemática aún si, a fin de cuentas, saben escuchar razones. Muchas veces este comportamiento hace perder horas preciosas. Por eso, examinando atentamente cada crítica realizada, es posible adelantarse al reflejo del interlocutor presentando una solución desde el punto de vista de sus inconvenientes. El contradictor expondrá inmediatamente las ventajas. Ocurre muchas veces que, así restablecido el equilibrio, se logra rápidamente la unanimidad sin derroche de tiempo.

269 *Estar al acecho de las buenas ideas.* Siempre se tiene interés en saber "cómo esto se resuelve entre los otros", aún entre aquellos que parecen los menos aventajados.

La manera en que se han resuelto ciertas dificultades –o no– brinda frecuentemente excelentes sugestiones. Es muy raro que una visita efectuada con ese espíritu no proporcione la idea de un detalle explotable en el que no se había soñado, aún de lo que se había pensado a priori que nada se podía obtener.

270 *Acercar a sí la dificultad.* Una dificultad se agrava mucho si se produce lejos del que posee las mejores facilidades para resolverla. También, a igualdad de importancia entre muchos elementos de los que se es responsable, es a los más alejados de sí a los que es necesario atribuir –en lo posible– los mejores medios y los hombres más calificados.

271 *Recoger las migajas.* No hay esfuerzo desdeñable. Si, en particular, una célula o una red se disgrega, siempre habrá algo salvable.

Pero será menester comenzar por buscar las causas de la desafección comprobada y será muy útil el ejercicio de la autocrítica. Con mucha frecuencia oímos estas lamentaciones: "Fulano nos saca gente...; Zutano "torpedea" todo lo que no es de él..." Sería mejor comenzar por buscar del propio lado las causas del desmigajamiento.

El problema es delicado, porque aunque se descubran los posibles errores personales, sin embargo es preciso evitar querer incorporar a todo el mundo a cualquier precio. En efecto, las colectividades no pueden escapar a la inevitable decantación de su personal. Hay hombres que no son recuperables y no hay que preocuparse al verlos alejarse. Por el contrario, cuando algunos se desvinculan sin renegar por ello de sus aspiraciones contrarrevolucionarias, cuando muchos considerados buenos, se separan sin razones aparentes, es probable que los animadores de su grupo tengan una parte de responsabilidad. Y, en razón de que será necesario imputar esa responsabilidad a los animadores o a los militantes (o parcialmente a los dos), la autocrítica deberá ser particularmente escrupulosa.

Las causas a incriminar se descubrirán generalmente:

– En la falta de psicología de los responsables que no han sabido permanecer al alcance del grupo. (¿Se debe a la insuficiencia de los cuadros, de una instrucción mal conducida, de incomodidades prácticas, del torpe ejercicio de la autoridad, del esfuerzo exigido siempre a los mismos, de un exceso de dedicación a la teoría y de una falta de interés por la actualidad? ¿O han intervenido razones imputables a los caracteres? ¿O una intromisión invasora en el dominio propio de los subordinados los ha disgustado? Con el pretexto de no hacer "sino lo seguro", ¿no se ha dado la impresión de una suerte de inmovilismo muy apto para decepcionar a las buenas voluntades? ¿Ha sido demasiado grande el esfuerzo exigido como "primer paso a realizar"? Otras tantas preguntas que deben plantearse...).

– O en la formación insuficiente de algunos que fueron llevados a la célula de trabajo o a la acción contrarrevolucionaria en circunstancias particulares. Si desaparecen las *razones ocasionales* de su adhesión es normal que se desvinculen si no se ha logrado hacerles comprender las *razones profundas* que debían incitarlos a la

acción. Entonces, en efecto, es posible que ellos busquen, en otra parte, la consecución de sus fines más inmediatos pero sin futuro.

De todas maneras algo queda por hacer, algo debe salvarse: deben poder utilizarse todas las migajas.

272 *Desechar la falsa vergüenza.* Un "descreído" puede hablar del bien, de Dios, de la doctrina cristiana. Si esto le genera dificultades, él conoce la causa... Que no tenga falsa vergüenza al querer *enganchar las cosas por arriba* a pesar de sus "contradicciones internas".

Al respecto, es *lógico* comenzar la reunión de trabajo en célula por medio de una pequeña elevación espiritual. Si el jefe de la célula, al tomar la iniciativa tuviera algún escrúpulo de aparecer como si fuera mejor de lo que él sabe que es, que esto le sea confiado al que esté mejor preparado. Esta es, también, una manera de dejar una responsabilidad a aquél que puede asumirla.

Es posible pensar que cualquier hombre de buena voluntad es capaz de respetar el silencio mientras sus camaradas se recogen. Además no se debe exagerar la importancia de una cierta "falsa vergüenza", porque con frecuencia ella procede de una reacción honesta que tiende a evitar aquello que podría ser tomado como hipocresía.

No conviene pedir actitudes que, inicialmente, podrían resultar psicológicamente *forzadas*, mientras que el hábito del recogimiento puede, rápidamente, llegar a ser natural entre camaradas que se conocen bien y en un ambiente en que todos se sienten cómodos.

D. ¿Cómo llevar a un hombre de tendencia Contrarrevolucionaria a formar parte de una célula de trabajo?

273 Cuando se ha buscado y descubierto a los Contrarrevolucionarios potenciales, es menester hacer lo necesario para asegurar su formación. Si no, no se ha ganado nada. El hecho de que esos hombres tengan una noción vaga acerca de lo que es la Contrarrevolución puede tener asimismo consecuencias nefastas si imaginan que ya se han convertido en Contrarrevolucionarios.

Es manifiesta la importancia y la urgencia muy particular de una

formación seria cuando se trata de esas personas de calidad que ulteriormente podrán animar la acción en un nivel elevado.

Para asegurar esta formación, es práctico hacer entrar a esos hombres en una célula de trabajo. ¡Entonces es preciso que consientan! Algunos, que tienen una idea falsa de lo que es una célula, verán con desagrado la posibilidad de tener que probar, frente a los demás miembros del grupo de trabajo, su insuficiencia doctrinal.

Otros preferirán constituir, para su uso, una célula nueva convenciendo a dos o tres conocidos para que realicen el mismo esfuerzo y buscarán el concurso de un Contrarrevolucionario doctrinalmente formado.

Ciertamente la célula de trabajo no es indispensable, pero las ventajas que ofrece a través de la confrontación de los distintos puntos de vista, de la discusión que permite asimilar, de la comprensión rápida y exacta que asegura, resultan difícilmente reemplazables para una formación a la vez sólida y acelerada.

274 Muchos hombres tienen una marcada prevención contra el estudio doctrinal organizado en grupo. Piensan en el aburrimiento de una suerte de catecismo para personas mayores y piensan en las horas arrebatadas a sus obligaciones o a sus pocas horas libres en razón de un resultado que les parece muy lejano...

Esas mismas personas, no obstante, estarían muy dispuestas a ejercer una sana acción política y social en su medio natural. Y, además, algunas se esfuerzan por realizarla –pero generalmente lo hacen mal.

A esos hombres no hay que proponerles la adhesión a una célula de trabajo sino el fin que ella le permite alcanzar. La célula de trabajo se ofrece a ellos no como un fin en sí misma, sino como un medio de perfeccionar o de probar sus conocimientos acerca de la doctrina y esto les permitirá actuar como la doctrina ordena actuar, les hará ganar tiempo y además les dará, por añadidura, ocasiones de entrar, sin esperar, en el dominio de la acción.

Nada obliga a esos hombres a avanzar a la velocidad media de su grupo ni a estudiar solamente los temas del orden del día de las reuniones comunes. *Muy por el contrario, que vayan tan rápido como les sea posible*, porque sobre todo no es necesario perder tiempo esperándose unos a otros. Sus camaradas sólo encontrarán

ventajas. Y ellos mismos no podrán ejercer mejor verificación acerca de la solidez de los conocimientos que han adquirido, que animando las discusiones en común.

Desgraciadamente no existe una fórmula hecha para llevar a una persona de tendencia contrarrevolucionaria a formar parte de una célula de trabajo. Todo depende del individuo, de las circunstancias y de los medios y, cada vez, es preciso investigar cómo hacer...

Se trata esencialmente, pues, de mostrar cómo, a fuerza de plantear preguntas, se puede encontrar una solución. Cada respuesta a una pregunta con respecto al hombre, a su círculo, a los posibles medios o a las circunstancias favorables, hace avanzar un paso a la solución del problema: es necesario preverlo todo, elegir las soluciones más seguras y someterse a la autocrítica[3].

275 *1. La Información.*

a) Acerca del hombre a convencer:

¿Cuál es su orientación general? (espíritu, familia, estudios, profesión, ideas políticas, etcétera).

¿Cuál es su carácter? (sus aptitudes, género de su actividad, sus gustos intelectuales, deportivos –sus predisposiciones, facilidad para hablar, escribir, discutir–, su hobby, su temperamente abierto o cerrado, etcétera).

¿Cuál es su espíritu religioso? ¿Cuál es el grado de conformidad de su vida con sus creencias?

¿Qué sabe acerca de la Revolución? ¿Y de la Contrarrevolución?

¿Qué lo aleja, eventualmente, de la tesis contrarrevolucionaria?

¿Qué prevenciones tiene contra la célula de trabajo? (¿método de trabajo, individualismo, prejuicios?)

¿Qué grado de propensión tiene hacia al acción contrarrevolucionaria?

b) Con respecto a su círculo:

¿Quiénes lo rodean? (parientes, colegas, amigos, relaciones, etcétera).

¿Cuáles son las tendencias político-sociales de ese círculo?

¿Cómo se sitúa en su medio social el hombre a convencer?

¿Quién ejerce influencia sobre él? (personas, periódicos, acontecimientos, etcétera. ¿Buena influencia, pero también influencia nefasta?).

2. *Previsiones.*

¿Quién puede acercar al hombre, hablarle fácilmente, en qué circunstancias?

¿Cuáles son los momentos en que es más accesible?

¿Qué invitaciones aceptaría? (¿debates, conferencias, discusiones, o simplemente... un copetín?).

¿Qué fines secundarios podrían servir de atractivo para acercarlo? (Un club al aire libre, por ejemplo, puede brindar numerosas ocasiones para pasar de la simple actividad física a la iniciación en la doctrina. Los jóvenes siempre han querido rehacer el mundo y es menester utilizar esta cualidad antes de que se les debilite. Con toda seguridad no se los decepcionará si, a la vez, se les proponen las bases sobre las que es necesario construir el futuro y las actividades en las que podrán gastar sus energías).

¿Qué encuentro se ha de provocar? ¿Directamente o por interpósita persona? ¿Quién puede encargarse? ¿Con qué tipo de persona se lo ha de hacer encontrar primero (el "puente"), y en un segundo tiempo?

¿A partir de qué se lo debe interesar (otro "puente")? ¿El problema político, la historia, la filosofía, la ideología, lo cultural, lo social?

¿Qué folletos leería? ¿Qué carta personal llamaría su atención? ¿Qué libros o cintas magnetofónicas despertarían su interés acerca del tema Revolución-Contrarrevolución?

¿Qué servicio, que prestara voluntariamente, le interesaría y lo pondría en un ambiente favorable al estudio personal? (Por ejemplo, pedirle una corta exposición "entre amigos" sobre un tema que conozca bien).

¿Cómo hacerlo hablar? Temas a suscitar *primero* y *después.*

¿Quiénes son los intermediarios cercanos a él y a los que sería posible utilizar?

¿Qué influencias deben ser neutralizadas? ¿Qué reacciones familiares deben preverse? ¿Cómo, eventualmente, "poner a la mujer de su lado"?

¿No sería conveniente hacer el esfuerzo no solamente sobre él sino simultáneamente sobre aquel otro próximo a él?

¿El método de la sorpresa, de la sorpresa-partie, de la "irrupción" de elementos de choque plenos de amenidad ("comandos de

persuasión"), o cualquier otro procedimiento no convencional, pueden ser encarados?

3. La elección de los medios

La larga lista enumerada no pretende haber abarcado todo el tema. Y, sin embargo, cada una de las previsiones a encarar demanda ya una elección. (¿Qué hombres, qué medios, de qué modo, en qué circunstancias?). Es necesario apreciar el "pro" y el "contra" de la aceptación o del rechazo de cada posibilidad...

Supongamos ahora que, pensando solamente en una acción directa sobre la persona en cuestión, no se haya realizado ningún esfuerzo en su círculo, supongamos que el medio haya sido mal analizado o se haya subestimado la importancia del ambiente. Sin darse cuenta, se habrá cometido la misma falta del entrometido que quiere construir una buena cabaña pero que, por haber combinado mal sus elementos, sólo consigue hacer una pésima jaula de conejos.

La menor queja de la esposa, por ejemplo, contrarrestará todas las buenas intenciones o, más aún, uno se dará cuenta de que el interesado no está liberado de la influencia eventualmente nefasta de su círculo.

Por imprevisión, por no haber sopesado las ventajas, los inconvenientes o la importancia de un factor determinado, es posible que hayamos perdido un medio que podría haber sido ganado para la causa y aún corriendo el riesgo de no comprender por qué. Entonces será necesaria la autocrítica como cuando se trata de comprender la causa de la disgregación de una célula o de una red. (ver el parágrafo "Recoger las migajas").

276 Prácticamente no existe ningún problema de acción que no exija disposiciones de espíritu que preparen para actuar bien: facultad de prever, aptitud para elegir, recurso a la autocrítica.

Se pueden plantear los casos más simples... ¿Cómo, por ejemplo, hacer comprender a determinada persona del edificio donde vivo, qué es la Contrarrevolución? O bien, ¿cómo llevar a tal grupo de jóvenes a la noción de qué es la Revolución? En muchos casos la ocasión o las circunstancias dictarán muy naturalmente –bien que de improviso– la mejor conducta a seguir, pero si se quiere *conducir la acción* con miras al triunfo seguro, es preciso imponerse un acto

de voluntad que lleve a informarse, a imaginar, a prever, elegir y juzgar.

Cuando no se sabe cómo doblegar el problema, es suficiente comenzar planteándose preguntas... el máximo de preguntas y las que mencionamos más arriba, podrán ser útiles en numerosos casos. Las respuestas que se les den conducen, ya, al estudio de las previsiones.

El trabajo organizado en común, la discusión que favorece el ejercicio de la imaginación y el juego de la crítica, permitirán frecuentemente apreciar las ventajas que ofrece la célula de trabajo para facilitar el descubrimiento de las mejores soluciones.

Todos estos ejemplos prácticos son otras tantas experiencias concretas a través de las cuales los miembros de una célula o de una red pueden entrar en el dominio de la acción y abordar, ya, la fase de las *realizaciones*.

NOTAS

1. *Capítulo IV-C: "Segunda fase: Formar-Estructurar", 51 a 55.*

2. *192, "La táctica de la acción".*

3. Este problema práctico particularmente expuesto puede servir de ejemplo concreto en lo concerniente a *"Las disposiciones de espíritu para preparar la acción"* (42 a 47).

ANEXO II

UN ACONTECIMIENTO TIPO A PREPARAR: LAS ELECCIONES

A. Tener una solución, un candidato para proponer

277 El voto da la ocasión de expresar la opinión, de elegir una solución, de contribuir, a través de un sujeto determinado, a lo que puede desearse en el futuro.

Mientras existe una gran cantidad de acontecimientos que uno se esfuerza vanamente en provocar o que, por el contrario, toman de improviso, la elección es un acontecimiento que generalmente se ofrece en un momento conocido; en condiciones previsibles y para un objeto determinado.[1]

Ya se trate de la elección de un delegado profesional, de una decisión por votación en un consejo municipal o de la designación de directivos en un pequeño comité, como también de la elección de una personalidad en un nivel administrativo elevado, o de una consulta por vía del referendum; dependerá del resultado de la elección, en casi todos los casos, el progreso o el retroceso en el sentido contrarrevolucionario.

Una elección debe, pues, prepararse siempre y si ésto no puede ser hecho por todo el mundo, no obstante nadie, entre los futuros votantes, tiene el derecho de desinteresarse. El mínimo al alcance de cada uno consiste, primero, en crearles a los más calificados la obligación de ocuparse, y luego, en manifestar interés y dar constante sostén a quienes se dedican a preparar correctamente esas elecciones.

278 Cuando es menester elegir a los hombres llamados a representar al pueblo, las profesiones, los intereses regionales, cuando es

preciso elegir a quienes darán sus sufragios a los futuros gobiernos o instituciones, entonces la elección reviste un carácter de importancia excepcional. De algunos votos puede depender la designación de Contrarrevolucionarios en puestos que proporcionan la ventaja de una tribuna pública.

Tampoco porque el régimen de un país no sea particularmente propicio para la instauración de un orden cristiano, puede encontrarse en ello un argumento para desdeñar la menor posibilidad de hacer elegir un diputado, un senador o simplemente, algunos consejeros municipales, que sean Contrarrevolucionarios.

Recordar a los hombres la Verdad, desenmascarar la Revolución, proponer fórmulas sociales y económicas que resguarden el bien común, ser intransigente con los errores y las combinaciones dudosas ¡misión que no asegura a los electos una posición muy cómoda! [2]

279 Las consultas electorales, en ciertos países, son acontecimientos muy desacreditados ya sea porque la libertad de votar no existe en realidad, o porque los electores se desinteresan de una elección que no llevará, dicen, a ninguna reforma, estabilidad o seguridad mayor.

Y sin embargo, excepción hecha de los países donde el voto no es realmente libre, si las elecciones no brindan los resultados felices que podrían esperarse, con frecuencia resulta inútil buscarle a esto otra razón primera que no sea la pereza y la desidia de gente que se ha desalentado antes de actuar.

Francia, la tomamos como triste ejemplo, cuenta con un porcentaje de católicos que debería asegurarle una aplastante mayoría a cualquier candidato contrarrevolucionario[3]. Pero difícilmente se encontrará gente peor que la francesa para dejar a los adversarios el cuidado de presentar sus candidatos y para gritar, luego, la inutilidad de la consulta electoral.

Una elección debe ser preparada. La única manera de esperar una buena solución –o un buen candidato– consiste en proponer nosotros mismos la solución o el candidato conveniente.

Tener el candidato propio para no tener que elegir entre los candidatos de los otros.

El candidato debe preverse con antelación. Su campaña electoral debe estudiarse teniendo en cuenta las hipótesis plausibles, los

reemplazos a considerar, etc... Este no es sino un aspecto ordinario de la acción corriente: buscar y proponer un candidato que sea un Contrarrevolucionario completo y *apto para su futura función* e, igualmente, denunciar como impostor a cualquier individuo que quiera tomar la Contrarrevolución como un trampolín puramente personal o político. Algunos Contrarrevolucionarios particularmente bien ubicados deben asumir esta tarea y todos los demás –cada uno en sus redes sociales naturales– deben ejercer una acción capilar en favor de la solución preparada.

Es difícil encontrar, entre los acontecimientos previsibles que ofrece la vida política y social, una *realización* más evidente y más concreta que la preparación de una elección aunque, finalmente, desemboque en el fracaso, porque en esta ocasión los hombres se darán cuenta de que *algo hay que hacer.* Se conocerán, se los apreciará en la acción y sus filas se estructurarán. Estarán más experimentados y serán más fuertes en los combates sucesivos. Finalmente habrán podido explotar al máximo el acontecimiento para hacer conocer la tesis contrarrevolucionaria y juntar hombres para la Contrarrevolución.

B. La elección del candidato contrarrevolucionario.

280 No siempre resulta fácil en una elección determinar con certeza la solución o el candidato que ofrece las mejores perspectivas de progreso contra la Revolución.

Sin embargo existen directivas que pueden guiar la selección en casos aparentemente difíciles:

281 a) *¿Si, por ejemplo, se presentan muchos candidatos contrarrevolucionarios?*

Si son verdaderos Contrarrevolucionarios no puede haber dificultades para que se pongan de acuerdo con el fin de que, en el momento debido, los demás abdiquen frente al mejor candidato.

282 b) *¿Y si el candidato contrarrevolucionario no tiene ninguna posibilidad?*

El problema que así se plantea es, casi siempre, un falso problema. En efecto, si todos los "buenos" votasen por ese candi-

dato, tendría tantas posibilidades de ser elegido como los demás. Prever su fracaso surge, con la mayor frecuencia, de la falta de confianza de los "buenos" en la fuerza de su número.

Y aunque fuesen poco numerosos, hace falta que recuerden que de nada sirve favorecer una unión facticia basada sobre fórmulas de compromiso. A ellos les corresponde proponer a los demás la realización de una verdadera *unidad* que tome como base la verdad.

No faltarán los subterfugios para tratar de desviar los votos que podrían favorecer a un candidato valioso. Con frecuencia se dirá que votar a un candidato contrarrevolucionario y sacarle el apoyo a otro candidato muy bien ubicado, significará dispersar los votos de la "derecha" y, en consecuencia, reforzar las posibilidades del candidato comunista...

Además de que la Contrarrevolución nada tiene que ver con lo que a veces se llama la derecha (ver 292), no hay nada tan tramposo como esos slogans que recomiendan el "voto útil". Nunca puede haber incompatibilidad entre la doctrina contrarrevolucionaria y su aplicación práctica en la acción; tampoco existe ninguna incompatibilidad, con respecto al voto, entre lo que manda el deber y lo que recomienda la utilidad.

¿Creerán que su deber consiste solamente en traicionar al ala contrarrevolucionaria, aquellos que se desesperan con el pretexto de que el fracaso es ineludible? ¿Imaginan, entonces, que se puede llegar al éxito sin que se lo haya hecho viable, se lo haya forzado y sin triunfar después de los primeros reveses? . Sólo a fuerza de pregonar la Contrarrevolución, de esgrimirla, de renovar las tentativas, puede terminarse por ganar. Cualquier otra actitud es negativa y retardatoria. Sólo hay un "voto útil", el contrarrevolucionario.

No es admisible, pues, que ante un candidato que detenta la verdad acerca de la única manera de encontrar soluciones convenientes a los problemas políticos y sociales, se prefiera a un candidato cuyas mayores posibilidades están acompañadas de una preocupación menor por la ley moral o por el desconocimiento del orden natural.

No serán los que elijan el voto contrarrevolucionario los que reforzarán las posibilidades del avance comunista o liberalista, sino esos hombres de la "derecha" que habrán votado contra el bien común al optar por un candidato despreocupado por la doctrina política y social contrarrevolucionaria.

283 c) El único caso que puede parecer delicado es el de tener que *elegir entre un contrarrevolucionario seguro y un hombre que tenga, simultáneamente, "tendencias" contrarrevolucionarias y muchas posibilidades de éxito.*

Aquí también, por lo general, la respuesta es simple: si a veces todo va tan mal ¿no es, especialmente, por culpa de toda esa gente llena de buenas "tendencias" pero incapaces de obedecer los imperativos de una doctrina?

¿Qué confianza se le puede otorgar, para defender los reales derechos de los hombres, a un candidato que reúne las condiciones sociales, intelectuales y de carácter para ser elegido, a un hombre que ha madurado en espíritu y en experiencia pero que, no obstante, no es aún totalmente partidario de la Contrarrevolución? ¿Qué confianza brindarle con respecto al futuro, cuando los mejores representantes del pueblo están de acuerdo en reconocer que es muy difícil escapar a la corrupción moral que tiende a contaminar a unos y a otros?

Si ese hombre de tendencia contrarrevolucionaria no es capaz, justamente, de esgrimir la Contrarrevolución *sometiéndose a su doctrina*, es porque no la ha tomado como referencia del pensamiento y de la acción.

Algunos imaginan que se puede *ganar tiempo* eligiendo un candidato con opiniones aproximadas pero que tiene posibilidades de éxito. Pero eso es infringir la regla que quiere que no se haga sino lo seguro: si no es contrarrevolucionario el futuro electo, de ninguna manera podrá guiar más tarde la acción contrarrevolucionaria y, por añadidura, su comportamiento ulterior podrá ser muy peligroso. En efecto, el aval –y muy especialmente si ha sido público– que los Contrarrevolucionarios le hubieran brindado podría inducirlo a creerse su portavoz. Con cierta lógica ya que representa a aquellos que lo votaron, se arriesgaría a tomar iniciativas o a hacer alarde de posiciones que puede creer que corresponden a una acción y a una doctrina que él no ha asimilado. ¡Nada mejor para descarriar la acción contrarrevolucionaria!

A los que se obstinan en querer hacer trapisondas a fuerza de opciones que no son netamente contrarrevolucionarias, será bueno pedirles que miren hacia el pasado. Verán entonces que sus votos anteriores contribuyeron, casi sin excepción, a que se obtuvieran resultados muy mezquinos. En cambio, se verán obligados a admitir

que probablemente hubieran podido iniciarse muchos cambios o se los hubiere proseguido si todos los hombres de su género hubieran tenido la lógica y la rectitud de sostener solamente fórmulas estrictamente contrarrevolucionarias.

284 Cuando las posiciones sean claras, cuando los buenos estrechen filas en un solo flanco y cuando aquellos que no se deciden sean, como los malos, apartados, entonces los hombres llegarán a reflexionar y será fácil su elección.

¿Por qué a tantos hombres de real valor les repugna ser candidatos? Seguramente porque la corrupción de los espíritus, frecuentemente, resulta particularmente repugnante en los medios que se ocupan de las elecciones. Pero también porque los buenos saben muy bien que no serán ayudados, sostenidos ni aún comprendidos por la multitud de gente plena de buenas tendencias pero que también le dará su voto a los profesionales de la base política.

Es muy cierto que debe restablecerse todo un clima de confianza mutua y también una voluntad de coordinación de esfuerzos que, poco a poco, darán resultados tangibles.

En ningún caso los primeros fracasos deben ser considerados como derrotas (porque ya constituye un éxito tener una solución propia y un candidato). Entonces, si un Contrarrevolucionario se presenta a elecciones –evidentemente si es apto para su futura función– sobre él *deben* recaer los sufragios.

C. El mínimo que debe buscarse: Que se garantice el progreso Contrarrevolucionario

285 Si no se puede presentar ninguna buena fórmula o ningún candidato contrarrevolucionario, puede determinarse el criterio de la elección de la siguiente manera: ¿hay una solución que ofrece algunas garantías al progreso contrarrevolucionario?

Si la respuesta es afirmativa, puede votarse por ella.

Pero a veces la elección sólo se propone entre candidatos ni buenos ni malos, apadrinados por organismos más o menos enraizados en el sistema revolucionario, pero, no obstante, cuidadosos de cierta honestidad con respecto al ser humano.

Entonces resulta difícil pronunciarse e, ignorando directivas que les definirían una línea de conducta, algunos electores se dejan llevar por las artimañas del adversario. Este, por ejemplo, hará creer

que "los comunistas votarán por fulano". Nada hay más simple, en efecto, para tratar de desprestigiar a un candidato honesto aunque sin opiniones muy claras, que hacer suponer que su elección sería bien acogida por los comunistas. Entonces los votos se transladan a otro que es el candidato realmente preferido por el adversario.

Generalmente es estúpido determinar la propia conducta contentándose con que sea la contraria a la del enemigo. Si se llevan las cosas al extremo, puede observarse cómo esa actitud conduce a la incoherencia. Si se supone, por ejemplo, que una solución satisface a la mayoría contrarrevolucionaria, bastará para que esa mayoría se dé jaque a sí misma, que una minoría revolucionaria ¡elija ostensiblemente la misma solución!

Habrá que basarse, ante todo, para juzgar a los candidatos de los que no se sabe si son Contrarrevolucionarios potenciales, en su respeto a la moral, su preocupación por adecuarse al orden natural y en la manera como anteriormente reaccionaron ante las manifestaciones de la Subversión (tanto con respecto a una política gubernamental subversiva como a los atentados contra la ley moral).

La inteligencia, la capacidad, los talentos de un candidato no cuentan si ellos se ejercen en oposición a los principios que deben proteger al hombre y garantizar el bien común.

No debe ilusionar, en ciertos países, la etiqueta católica que muestran súbitamente algunos candidatos. Hay franc-masones que se dicen católicos y conocemos grandes hombres, indudablemente revolucionarios, que van a Misa con ostentación; ¡aún irían al Vaticano si políticamente pudieran sacar provecho de una visita al Papa!

No es preciso disimular, evidentemente, que muchas veces la elección es difícil para los electores. Pero en razón de que los hombres son seres libres, deben comprometer su propia responsabilidad en la elección porque las recomendaciones de la doctrina no los sustituye para evitarles todo esfuerzo. Unos, por otra parte, creerán que tal candidato ofrece alguna garantía al progreso contrarrevolucionario, mientras que otros no lo creerán así. ¡Nunca podremos garantizar nada cuando tenemos que juzgar a gente que no es ciertamente contrarrevolucionaria!

Se dan todos los matices entre la solución que debe rechazarse y la que parece presentar alguna garantía. Muchas veces sólo podrá considerarse el progreso contrarrevolucionario buscado como una

perspectiva posible, hasta como una simple eventualidad... mientras que el mínimo estrictamente exige que se *pueda racionalmente esperar* que algo mejor, para la contrarrevolución, derive de esa elección.

Sin embargo, la decisión a tomar será cada vez más evidente si observamos que se debe eliminar de oficio cualquier candidato que no ofrezca ni siquiera la eventual posibilidad de progreso contrarrevolucionario, como es el caso del candidato, *cualquiera sea su profesión de fe* y las simpatías nacionales que pueda atraer, que pertenece a una secta anticristiana.

D. La elección entre lo malo y lo peor: un frente de boletas en blanco.

286 Es preciso pulverizar, de inmediato, la solución fácil que consiste en pregonar "la política del mal menor". Desgraciadamente esta política es la de muchas "élites" espirituales, inconscientes o cómplices de la Revolución.

En los países oficialmente revolucionarios donde resulta imposible manifestar desaprobación, y, a fortiori, presentar un candidato viable, en los países en los que castiga la persecución, es lógico que la elección al ser forzada –y no porque se trate de una política ni de una táctica– recaiga sobre el menos malo. Pero ninguna de esas circunstancias puede ser invocada en los países donde aún existe cierta libertad, aunque parcialmente se falsée el juego de los sufragios. En esos países la política del mal menor es una excusa muy cómoda para tapar la cobardía culpable –con frecuencia la dejadez moral– de los que *con antelación* debían recordar a los hombres su deber cívico.

Ese deber es a la vez social y político pero también *moral* (y por esta razón pertenece igualmente a las preocupaciones de las élites religiosas).

"Votar es un deber" es una fórmula que se escucha periódicamente, pero como jamás se habla del deber de preparar las elecciones, de prever una solución o un candidato, en resumen, de hacer frente *en todo momento* al deber cívico permanente, muchos hombres llegan a pensar que su "deber" reside únicamente en el gesto físico del voto, dos o tres veces por año. ¿Entonces por qué

han de preocuparse *con antelación* de las elecciones a las que serán convocados?

287 Cuando han fallado las élites, generalmente resulta inútil invocar cualquier otra razón ante la elección entre lo malo y lo peor que pretende imponerse a los hombres.

Se plantea entonces, de la siguiente manera, un aparente dilema: ¿Es mejor que los votos de los "buenos" racaigan sobre el "malo" de manera que seguramente triunfe sobre el peor? O bien ¿es preciso arriesgarse a que gane el "peor" pero con tal porcentaje de abstenciones por parte de los "buenos" que haga cuestionable la legitimidad de su mandato?

Como nada valedero se le ofrece a los hombres, la Revolución, dueña del juego, impone una elección entre uno "excesivamente malo" y otro "malo" ¡Y hay gente que puede creer que gana algo eligiendo al "malo" y se satisface con ese espejismo de victoria! De esta manera, además, se evita la posibilidad de reacción que hubiera podido acarrear una aceleración revolucionaria demasiado grande, si los hombres sólo hubieran tenido que elegir entre *excesivamente* malos.

El candidato que parece menos malo, sin embargo es *malo*, lo que prueba que su mandato no será menos nefasto que el de cualquier otro. Se podrá creer, seguramente, que el malo permitirá ganar tiempo... Pero *el argumento sólo tendría valor si la contrarrevolución estuviera progresando* en el país o en el medio considerado, si no es así no es válido. ¿Y cómo creer en ese progreso si la Revolución es la única que propone sus soluciones o sus hombres?

¿Decrecerá la rapidez de la descomposición revolucionaria del país? No es cierto. ¿Y esa descomposición no será más peligrosa porque no inquieta? ¿No podría evitarla, justamente, un sobresalto o la toma de conciencia que podría hacer nacer una manifiesta amenaza revolucionaria?

Al respecto, el ejemplo de los acontecimientos de Argelia en 1958, es particularmente característico. Un hombre fue llamado nuevamente como salvador de Francia y su llegada detuvo la reacción popular y militar contra el sistema político que libró a Argelia a la Revolución. Después, lentamente, gradualmente, apoyado por el "sistema" salvado por poco, con una inflexibilidad absoluta, con toda precisión, el poder así elegido llevó irremediable-

mente al país a una solución que no hubiera admitido de ningún otro.

Aquellos que querían conservar a Argelia en un ambiente de civilización cristiana, creyeron elegir "el menos malo". La masa de aquellos que, por plebiscito, lo ratificó porque rehusaba pensar que pudiera favorecer la victoria revolucionaria, creyó que elegía al "bueno"... Y, sin embargo, él llegó, mucho más rápido y con más seguridad de lo que nadie pudo imaginar, a lo peor que podía esperarse.

Cuando se trata de revolucionarios o de casi-revolucionarios, sean malos o menos malos, no es posible presagiar el futuro. Es necesario, pues, atenerse a la regla que prohibe colaborar con quien esté del lado del Enemigo. Votar por él es realizar un acto positivo por el que se legitima su mandato revolucionario[4].

Quizá pueda triunfar el "peor", pero de ninguna manera es evidente que triunfará ¡"por culpa de los buenos"... que podrían haber apoyado al "malo"! No se debe comprometer la propia responsabilidad en una elección imposible. En cambio, debe comprometerse la responsabilidad para formar un frente contra la Revolución votando en "blanco", tanto contra el "malo" como contra el "peor".

Cuando el electo debe su victoria a una minoría, a pesar de todas las combinaciones correspondientes destinadas a asegurar su elección, a pesar de los tráficos de influencias, de las trabas a la libertad de expresión propias generalmente de las taras del sufragio universal, ese electo se convierte en usurpador cuando su legitimidad está inmediatamente cuestionada.

Por cierto que los revolucionarios tratarán siempre de deformar, ante la opinión, los resultados de una elección que para ellos no constituya un éxito real. La más simple estratagema puede consistir en contar las boletas en blanco como boletas anuladas. Pero no por eso resultará minimizada la oposición a la Revolución si los Contrarrevolucionarios tienen la inteligencia de imaginar las defensas para ese truco. Por lo menos deben aprovechar la ocasión para demostrar la debilidad de las posiciones revolucionarias y utilizar las conclusiones que se imponen.

Cuando la elección se presenta solamente entre el malo y el peor, la fórmula de la *boleta en blanco* –y no del voto anulado– es la única que respeta la doctrina al evitar que se brinden votos a la

causa revolucionaria o casi-revolucionaria y es la única que puede concretar, a través de un gran número de opciones semejantes, una toma de conciencia popular realmente importante. Si esas boletas en blanco son mayoría, la idea directriz que las ha suscitado representa al país real.

288 Ya se trate de una elección para elegir hombres, de una decisión sometida a votación en un consejo privado o público, o de un referendum para optar entre varias políticas nacionales, el criterio según el cual puede realizarse la elección es el mismo:

¿Alguna de las soluciones o de los candidatos da garantías al progreso contrarrevolucionario?

Si, es así... no hay problema.

Si no, abstenerse –no de votar sino de designar un candidato o una solución– es la única forma de ser lógico consigo mismo y de realizar una acción coherente.

Conocemos la deshonesta doblez que frecuentemente encierra la definición de ciertas preguntas como ésta: "¿Quiere proseguir la política de seguridad y de grandeza de la Nación prolongando el mandato de X? ". Aunque desée esa política, cualquier elector puede muy bien estimar que X persigue precisamente la política inversa. Como no hay "si... pero..." posible, sólo queda la elección de la boleta en blanco como la única toma de posición perfectamente clara y que rechaza cualquier proposición ambigua y cualquier compromiso en semejantes equívocos.

Cuando en el comicio no se puede determinar libremente la propia elección, queda la posibilidad de expresar la opinión cooperando a formar un frente de boletas en blanco. Con la perspectiva de otras elecciones preparadas con antelación que den lugar a propuestas más concretas, ésta es ya una actitud *positiva* por medio de la cual los hombres pueden manifestar públicamente una voluntad contrarrevolucionaria opuesta a las soluciones negativas que se les presentan.

NOTAS

1. Está fuera del tema actual apreciar el valor de ciertos modos de elección como el "sufragio universal". Este, con las fallas propias de su inspiración revolucionaria, deja a los hombres la ilusión de la libertad mientras que, generalmente, les propone contribuir a su propia ruina. (ver el *Manifiesto Político y Social).* Sea como fuere, cuando se presenta la ocasión de poder expresar su opinión, uno debe hacerse el deber de explotar tácticamente ese acontecimiento en pro de la Contrarrevolución.

2. No es difícil imaginar, por añadidura, la incomprensión y las dificultades que los políticos contrarrevolucionarios tendrán que superar en ciertos países. Pueden esperar las más traicioneras dificultades y, especialmente, los esfuerzos de sus adversarios para hacerles aceptar el pequeño compromiso que los atrapará en el engranaje del "sistema". Corren el riesgo de verse ahogados si no saben desvincularse de las actividades parlamentarias estériles. Pero por su parte, también deberán evitar los errores en la conducción de su acción, tal, por ejemplo, la degeneración de su grupo en un "partido": fórmula artificial prácticamente incompatible con el respeto a la doctrina.

Una acción parlamentaria como la de los *partidos* políticos no puede ser encarada por Contrarrevolucionarios.

3. En 1958, sobre 44 millones de Franceses en la metrópoli, se contaban 38 millones de católicos, o sea el 86,4%. Con respecto a este número, únicamente la unidad de la acción de los católicos practicantes hubiera sido suficiente para triunfar en todas las elecciones. Pero, en razón de los errores progresistas y modernistas, sólo una minoría ha guardado la noción de las exigencias que implica la calidad de católico.

4. 233 a 237: "Ninguna conciliación ni colaboración posible con los revolucionarios o casi-revolucionarios".

Podemos recordar sobre el particular, la frase de Pío XII: "Desertor y traidor cualquiera que diera su colaboración material, sus servicios, sus talentos, su ayuda, su voto político a los partidos y a los poderes que niegan a Dios (...)"

Es evidente que en un Estado que no sea oficialmente hostil al orden cristiano, el jefe de gobierno revolucionario que quiera asegurarse la mayoría de los votos, fácilmente especulará con la credulidad de una multitud de "bien-pensantes" que no piensan en nada. Le bastará que lo vean varias veces en Misa... lo que no le impedirá continuar ejerciendo un poder que se burla del orden natural y divino.

ANEXO III

UBICACION DE LOS MOVIMIENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS PARTICULARES

289 La acción general y común llevada a cabo por la totalidad de los Contrarrevolucionarios no excluye la posibilidad de Movimientos Contrarrevolucionarios muy precisos. Estos pueden facilitar ciertas tomas de posición, activar la estructuración, jugar el papel de organismos coordinadores o aparecer como una expresión pública de la acción contrarrevolucionaria. Pueden resultar particularmente útiles para estrechar los vínculos y asegurar una cooperación eficaz entre las acciones contrarrevolucionarias de las diversas naciones.

Algunos hombres, además, se sienten más aferrados a las ideas cuando éstas los asocian a un marco humano bien definido. Tienen necesidad de sentirse tranquilizados sabiendo que en un nivel superior hay hombres que se ocupan de dirigir la acción. Un Movimiento Contrarrevolucionario se convierte para ellos en una garantía porque ya no es anónima la responsabilidad de una suerte de dirección del conjunto.

Pero un Movimiento de ese tipo de ninguna manera debe interpretarse como un intermediario inevitable entre la "cabeza" y la base humana. Sólo es un instrumento suplementario a disposición de la acción contrarrevolucionaria general y las formas de su acción propia nada tienen de excepcional porque tienden, siempre, a informar, formar, estructurar y realizar.

Un Movimiento Contrarrevolucionario es fundamentalmente diferente de esas "Organizaciones" que se crean de acuerdo con las circunstancias en ciertas épocas de crisis. Particularmente puede notarse que:

a) Un Movimiento Contrarrevolucionario persigue un fin que

interesa al hombre total y que sobrepasa los fines temporarios o limitados inmediatamente perseguidos. Se manifiesta a través de una acción positiva que emplea los medios en conformidad con el fin.

b) Un Movimiento Contrarrevolucionario solicita la ayuda de todas las buenas voluntades honestas pero rechaza cualquier hipótesis de acción común con revolucionarios o casi-revolucionarios. Sólo admite que participen en su acción personas que adopten los principios que lo inspiran.

c) Un Movimiento Contrarrevolucionario no tiene forzosamente necesidad de carnets de adherentes y se abstiene de recurrir a suscripciones más o menos impuestas.

d) Un Movimiento Contrarrevolucionario no busca la clandestinidad. Solamente protege su acción y la hace inasible en la medida en que está obligado a ello por la supresión de hecho de ciertas libertades fundamentales y muy particularmeente de la libertad de propagar la verdad.

Cada uno de estos puntos constituye una diferencia esencial con todas esas especies de organizaciones que hemos podido conocer en épocas turbulentas. Organizaciones en las cuales algunos perseguían fines inmediatos loables pero que no por eso dejaban de ser organizaciones:...

– sin un auténtico fundamento ideológico,

– donde todo el mundo y cualquiera podía prevalerse y exhibir como prueba de pertenecer a ellas, un recibo, un sello cualquiera o sólo la afirmación de esa pertenencia.

– donde los jefes se designaban –o se imponían– generalmente sólo por su capacidad como activistas.

– donde los recursos provenían ocasionalmente de imposiciones arbitrarias.

– y que muchas veces, a priori, se llamaban "secretas".

Un Movimiento Contrarrevolucionario nada tiene que ver con ninguna organización semejante.

En el seno de tales organizaciones, en razón de la ausencia de una base moral y espiritual infalible como referencia, las directivas de los jefes dependen, en su aplicación, de la apreciación –y hasta de la fantasía– de cada cual. De ahí la necesidad de incesantes reajustes, "adaptaciones a las circunstancias", contradicciones aún en las tácticas preconizadas: a la política de la mano tendida sucede súbitamente la de la tierra arrasada...

Por el contrario *las directivas generales y permanentes que pueden esperar los miembros de los movimientos contrarrevolucionarios no son otras que las reglas mismas (principios y características) contenidas en su doctrina de acción.*

290 El auge de un Movimiento no se busca por sí mismo sino porque contribuye a la fase "Realización" de la acción general y común. Por esta razón, las ayudas que se le brindan son particularmente preciosas ya que permiten el mejor rendimiento de las personas que se consagran especialmente a la acción.

Pero no es útil, por lo tanto, prevalerse de esos Movimientos. Y aún en ciertas épocas, semejante pertenencia podría ser la ocasión que aprovechara la Revolución para desatar las vejaciones policiales contra los Contrarrevolucionarios. Lo que importa es prevalerse de la Contrarrevolución que no ha esperado, para expresarse, que existiera tal o cual Movimiento.

291 El éxito de un Movimiento Contrarrevolucionario implica, en sí mismo, un peligro. Esto nada tiene de paradojal porque el éxito rápido, la admiración exagerada, aumentan el número.

"Lanzar" un Movimiento, en la acepción común dada a esta expresión, es recurrir al número. Pero todos aquellos que serán atraídos por una idea sumaria de la tesis contrarrevolucionaria no encontrarán inmediatamente, en sus medios sociales naturales, los jefes contrarrevolucionarios suficientes en cantidad y valor. De esta manera el núcleo contrarrevolucionario que se encuentra en el origen del Movimiento será rápidamente desbordado por la masa no instruída que llegará a aglutinarse.

Los hombres deben ser atraídos no por el "Movimiento" sino por la doctrina, y el Movimiento no debe engrosar más ligero que la formación y la estructuración de las redes contrarrevolucionarias y la difusión de la doctrina.

Es igualmente un peligro el aspecto *artificial* que un Movimiento tendrá forzosamente tendencia a tomar si sufre de una insuficiencia de cuadros o de falta de formación de los militantes. Este aspecto artificial se caracterizará por la desviación del Movimiento hacia una suerte de *partido político* en el que ya no unirán a los hombres los vínculos de las *redes sociales naturales*, en el que no se respetará la noción de *jefe natural*, y en el que, en cambio, aparecerá el *voto*

que es *la ley revolucionaria del "mayor número"* cuando llega a imponer decisiones u hombres que no han sido elegidos únicamente a la luz de la Contrarrevolución.

Por eso la idea misma del Movimiento, cuando se concreta, debe estar indisolublemente ligada a los principios incansablemente repetidos: unidad de la doctrina y de la acción, rigurosa conformidad de los medios con el Fin, buscar primero la calidad, indispensable *formación* de los hombres, "hacer sólo lo seguro",... etcétera.

292 Un Movimiento Contrarrevolucionario nada tiene en común con lo que en lenguaje político se llama generalmente *la derecha*. No es un movimiento *de derecha*.

La Contrarrevolución evidentemente está tan alejada de ciertas teorías subversivas de la extrema derecha como de la extrema izquierda, ni tampoco acepta las concepciones casi revolucionarias o los compromisos habituales de los partidos del "centro" ya se inclinen hacia la derecha o hacia la izquierda.

La Contrarrevolución rechaza cualquier confusión con una "derecha" que un día se presentará como "demócrata cristiana" y mañana como "liberal". Tampoco se confunde con esos católicos que van a Misa pero que ignoran la doctrina social de la Iglesia.

La Contrarrevolución está *por encima* de las teorías o de las tendencias que caracterizan a los partidos y, en una asamblea, el lugar de los Contrarrevolucionarios no está ni con unos ni con otros, ni a la derecha ni a la izquierda, sino *en el medio*.

Un Movimiento Contrarrevolucionario no rechaza nada de lo que venga de la derecha o de la izquierda cuando ello concurra al bien común de los hombres pero, por sí mismo, proclama un orden social, dispone de un método de acción y tiene su doctrina. Gracias a ello sabe exactamente lo que es necesario alcanzar y lo que es necesario abolir.

En resumen, posee eso que, en general, le falta corrientemente a la "derecha", a saber *la firmeza que viene de los principios*.

293 Además de los Movimientos Contrarrevolucionarios que son, con toda propiedad, soportes particulares de la acción contrarrevolucionaria, pueden desarrollarse armoniosamente muchos otros organismos, asociaciones, clubes, federaciones, etcétera, que estén de acuerdo con la doctrina contrarrevolucionaria.

En esta *deseable* diversidad, la unidad se realiza a través de la observancia de la doctrina de base. Esta unidad doctrinal debe preservarse absolutamente. Ella se encuentra acechada por un peligro constante. En efecto, los equipos dirigentes originales corren el riesgo de ser reemplazados poco a poco por hombres no tan firmemente vinculados a la doctrina. Entonces no se tarda en admitir cualquier colaboración con revolucionarios o casi-revolucionarios, o bien se cede la autoridad a una dirección colegiada o aún se libran las decisiones fundamentales al azar del voto.

Los revolucionarios, entonces, rápidamente se convierten en los dueños de la plaza.

También la dirección práctica –como la espiritual– de cualquier organismo de espíritu contrarrevolucionario exige de los responsables una prudencia extrema y una vigilancia en todos los instantes.

294 Un Movimiento es un instrumento particular que permite a algunos hombres efectuar una acción personal de cierta amplitud.

Que esos hombres queden aislados y sin lazos establecidos, que aún desaparezcan y que el Movimiento parezca decapitado, nada cambia para los Contrarrevolucionarios vinculados a ellos. La acción prosigue contra viento y marea, *puesto que el esfuerzo contrarrevolucionario se efectúa a partir de cada hombre y por un fin que trasciende a los movimientos y a sus jefes.*

INDICE ANALITICO*

(Los números indican los parágrafos)

1º Nómina por TEMAS[1]
2º Nómina por NOMBRES PROPIOS.
3º Nómina por REFERENCIAS DIVERSAS
(documentación, Encíclicas, país, etcétera)

NOMINA POR TEMAS

A

ACCION contrarrevolucionaria, 5, 6, 8, 12, 13.
ACCION constructiva, 5 n. 1, 12, 31, 38.
ACCION defensa, ACCION destrucción, 5 n. 1.
definición de la ACCION, 5.
ACCION imposible para los revolucionarios, 221.
ACCION inasible, 231, 232, 289-d.
ACCION reservada sólo para los C.r., 86, 88, 235.
...es la hora de la ACCION..., 251.
"ACERCAR al interlocutor", 261.
"ACERCAR la dificultad", 270.
El ACONTECIMIENTO, 188 a 193.
ACTIVISMO, 16, 195 n.1, 218.
una doctrina que se dirige tanto a las AGRUPACIONES humanas como a los hombres, 17, 18, 214, a 216.
saber asimismo AMENAZAR, 82.
ANACRONISMO, falsa objeción, 219.
ANIMADORES, 54, 55, 141, 144, 252, 253, 257.
ANIMAR todas las redes, 140.
¿ANTICLERICALISMO de "derecha"?, 248.
ANTIRREVOLUCIONARIO, ANTICOMUNISTA, 210.
los que se dicen más APURADOS, 197.
devolver el ARGUMENTO, 263.
ARGUMENTOS no esenciales, 22, 217 n.5.
ARGUMENTOS para una elección, 240 a 251.
ARGUMENTOS prosaicos... pero no desdeñables, 57, 134, 239.
acción ARMONIOSA, 64, 65.
no ATASCARSE, 256.
ATEOS, 10.
ATREVERSE, pero no arriesgar, 205.
medios AUDITIVOS, 161.

---

* Este INDICE ANALITICO no contiene los títulos de los temas tratados, sino solamente *guías* para encontrar más fácilmente un *parágrafo* del texto o un argumento determinado.

1 Abreviaturas empleadas:
a. = acción.
C.r. c.r. = Contrarrevolución, contrarrevolucionario.
Rev., rev. –Revolución, revolucionario.
n. = nota.

recurrir a la AUTOCRITICA, 46, 261, 275 3°, 276.
el ejercicio de la AUTORIDAD, AUTORIDAD y responsabilidad, 125 a 129.
AYUDAS excepcionales, 181.

B

BASE humana, 145 a 147.
BASE de sostén, 216.
BIEN COMUN, 10, 169.
defensa de los BIENES más universales, 40.
destino universal de los BIENES terrenos, 169.
formar un BLOQUE, 229, 230.
la BUSQUEDA de la información, 165, 191.

C

"ir a buscar" la CALIDAD, 96.
primero la CALIDAD, la CANTIDAD viene por añadidura, 95, 96.
un CAMBIO de política no es suficiente, 199.
acción CAPILAR, 56, 112, 149, 247, 257, 259.
los CAPITALISTAS, 181.
lejos de todo CAPORALISMO, 124.
CARACTERISTICA social de una red, 113 a 116, 138 a 144.
CARACTERISTICAS de la acción, 64 a 88.
CARENCIA en la dirección espiritual, 246, 247, 286.
CARIDAD, 36, 66, 230 n.10.
una CARTA que federa los esfuerzos, 212, 213.
una CARRERA entre el progreso c.r. y la descomposición rev., 197, 221, 287.
CASI infalibilidad, 239.
definición del CASI-REVOLUCIONARIO, 208 n.1.
ninguna colaboración con los CASI-REVOLUCIONARIOS, 233 a 237.
CATOLICOS y CATOLICISMO, 9, 14, 242, 279 n.3.
CELULA de trabajo, 54, 55, 98, 124, 249 n.12, 252 a 276.
"CIEN veces desde lo alto de las cátedras...", 219.
CIRCULOS y CLUBES, 159-b.
armarse de CITAS, 264.
la CLANDESTINIDAD y sus inconvenientes, 128, 184, 222.
CLERIGOS, CLERO, 24, 247, 248.
CLUBES (ver: círculos).
COHERENCIA e incoherencia, 66, 215, 230.
ni COLABORACION ni CONCILIACION posible con los rev., los casi-rev. y los "neutros", 228, 233 a 237.
COLECTA de dinero, 174 a 177.
¿por qué la COLECTA? , 174.
dirección COLEGIADA, 118, 293.
COLUSION del liberalismo y del comunismo, 20 n.1.
"COMANDO de persuasión", 275 2°.
acción de COMBATE, 251.
COMBATIR, 61.
"...Por dónde COMENZAR? ...", 14, 15, 224.
"COMITE de reflexión", 192.
buscar la COMODIDAD, 78, 257.
"COMPARTIMENTACION", dispositivo de seguridad, 130 n.6.
COMPLEJO de "mala CONCIENCIA", 156.
sin timidez ni COMPLEJOS, 7, 201, 220, 223, 224, 247.
COMPLEMENTARIEDAD de las formas y de los medios de acción, 69, 73.
COMPONENTES de la acción, 89, 90.
COMPORTAMIENTO del revolucionario, 223 n.6.
COMUN MULTIPLO c.r., 210, 214.
una CONCILIACION imposible, 20, 236, 238.
CONCILIAR el imperativo c.r. con el

imperativo profesional, familiar, etc., 14, 93, 94, 103.
CONDUCCION de la acción, 64 a 88.
se aprende a CONDUCIR..., 53.
el CONSENSO popular, 134 a 137.
CONSOLIDAR, 62, 63.
la CONSPIRACION DEL SILENCIO, 149, 153, 226 n.7, 251.
CONSTANCIA, 81.
una acción CONSTRUCTIVA, 5 n.1, 12, 31, 38.
CONTINUIDAD en la acción, 44, 94, 105, 184.
CONTRA ATAQUE, 4, 9, 31, 207, 248.
la CONTRADICCION INTERNA de los "descreidos", 7, 8, 272.
CONTRA IGLESIA, 247 n.14.
¿qué vale el CONTRAPESO del enemigo? , 285.
para definir la CONTRARREVOLUCION, 4, 6, 8, 10, 12, 13, 20, 21, 34, 38, 217, 241.
acción CONTRARREVOLUCIONARIA, 5, 6, 8, 12, 13.
distinguir CONTRARREVOLUCIONARIO y acción c.r., 13.
empleo del término CONTRARREVOLUCIONARIO, 12, 247, 248.
"no llevar a cabo la a. c.r. sino con C.r.", 86, 88, 235.
CONTRARREVOLUCION y CATOLICISMO, 219, 241.
la CONTRARREVOLUCION y la "derecha", 282, 292.
CONVENCER primero, 49, 50, 165.
COOPERACION de las redes, 144.
COORDINAR, 38, 39.
acción COORDINADORA, 38, 220, 253.
COORDINADORES, 39, 159.
para CORRER muchas liebres a la vez..., 100.
la CREACION, 10, 10 n.2.
CRISTO REY, 239 n.10.
CUERPOS INTERMEDIOS, 58, 111.
...hacia las CUMBRES luminosas..., 81, 134, 249, 250.

D

"Es preciso DAR antes de pedir", 50, 51, 165.
DEBER de acción, 24 a 28.
DEBER cívico, 6, 110, 247, 286.
realizar la síntesis de los diversos DEBERES c.r., profesional, familiar, etc., 14, 93, 94, 103.
acción DEFENSA, acción DESTRUCCION, 5 n.1.
DEFENSA de los bienes más universales, 40.
DEFENSAS, 207, 231 a 239.
...con referencia a la DEMOCRACIA..., 209.
el juego de la DENIGRACION SISTEMATICA, 121, 223 n.6.
¡no confundir la Contrarrevolución con la DERECHA! , 282, 292.
DERECHO de propiedad, 169.
DERECHOS de las colectividades naturales, 41.
DESARROLLO de la acción, 48 a 62.
DESCARTAR a los rev. y a los "neutros", 229, 230.
DESCENTRALIZACION, 76, 77.
rapidez de la DESCOMPOSICION rev., 221, 287.
los "DESCREIDOS", 7, 8, 241, 242, 250, 272.
...No DESENGANCHAR..., 223.
DESENMASCARAR la Revolución, 15, 224 a 227, 247.
"a tiempo y a DESTIEMPO"..., 82.
DESTINO universal de los bienes terrenos, 169.
DIALECTICA, 38.
rehusar ciertos DIALOGOS, 262.
el instrumento DINERO, 162 a 187.
un DIOS Creador, 10, 10 n.2.
acción DIRECTA, 85, 157.
DISCIPLINA, 129.
no DISPERSARSE, 257.
DISPERSION de esfuerzos, 73.
DISPOSICIONES DE ESPIRITU en preparación para la acción, 42 a 47, 274, 276.

no DISOCIAR lo espiritual de lo temporal, 243 a 248.
DOCTRINA "Contrarrevolucionaria", 12.
DOCTRINA "una", 11.

E

redes de ECLESIASTICOS, 144 n.1, 247, 248.
EDUCAR a quienes pueden dar, 168, 169.
EFICACIA de un método, 16.
una regla de EFICACIA, 73, 79.
ELECCION a realizar, 21, 249 a 251.
ELECCION del candidato, de la solución c.r., 277 a 288.
ELECCION de los hombres, 120.
ELECCION entre lo malo y lo peor, 25, 286 a 288.
"hacer ELECCION", 45, 243 n.8, 274 a 276.
un acontecimiento tipo a preparar: las ELECCIONES, 25, 277 a 288.
las ELITES, 104 a 109, 246, 286.
la EMOCION como elemento de persuasión, 151.
el ENEMIGO, 36, 233, 234.
ENSAYAR en todos los flancos a la vez, 69 a 73.
el ERROR, 33, 36, 234.
¿es un ERROR de táctica revelar la doctrina de la acción? , 221.
el ESCRITO, medio de información, 85, 157, 161.
ESCRUPULOS, ver "complejos".
el ESFUERZO se hace a partir de cada hombre, 57, 99, 124, 294.
ESGRIMIR la Contrarrevolución, 217 a 223.
a falta de ESGRIMIR la C.r., 15, 224, 247.
peligros de la ESPECIALIZACION, 79, 80, 99.
valor de lo ESPECTACULAR, 153, 154.
espíritu de ESPERA, 203 n.4-b.
no ESPERAR, 196, 201 a 203.
la fuerza ESPIRITUAL de la C.r., 238, 239.
no disociar lo ESPIRITUAL de lo temporal, 243 a 248.
¡no, al ESQUEMA único! , 71.
ESTADO, ver JEFE de Estado.
la ESTRATEGIA del acontecimiento, 194, 195.
ESTRUCTURACION de las redes, 130 a 133.
ESTRUCTURAR, etapa del desarrollo de la acción, 56.
EXALTACION, falsa objeción, 33.
los casos EXCEPCIONALES, 101, 142.
restricciones no EXCLUYENTES, 123.
EXPRESAR la C.r. sin revelar la acción, 231.

F

solución FACIL, 78, 204.
FANATISMO, falsa objeción, 33.
FEDERACION de los esfuerzos, 211 a 213.
"FILOSOFOS", rev., 236.
un FIN definido por la doctrina, 34, 238 n.9, 243, 244, 249.
FINANZAS, 162 a 187.
es preciso que una acción sea FIRMADA, 87, 232.
la "FIRMEZA que viene de los principios", 37, 37 n.6, 292.
FORMACION de las élites y de los hombres de acción, 104 a 109.
FORMACION de los militantes, 51 a 53.
FORMACION doctrinal, 52, 53, 238, 239.
¿qué es un conductor FORMADO? , 53
FORMAR estructurar, 51 a 56.
FRANC-MASONERIA, 30, 226, 240.
resistir de FRENTE, 66, 69, 181 n.3, 224, 225, 227, 229, 230.

la acción de FUERZA, 36, 61, 154, 197.
la FUERZA espiritual de la C.r., 238, 239.
FUNCION importante de la mujer, 102, 103.

G

frente a las GENERACIONES que nos siguen, 44, 195, 223.
acción GENERALIZADA, 49.
GOBIERNO, ver JEFE de gobierno.
los clérigos, GUARDIANES de la doctrina, 247, 248.

H

HIJOS y padres, 223.
HIPERTROFIA esterilizante, 75.
hacer frente a todas las HIPOTESIS, 193, 251.
...a partir de los HOMBRES, 57, 99, 124, 294.
el HOMBRE DE ACCION, 53, 104 a 109.
HOMBRES DE DOCTRINA y HOMBRES DE ACCION, 108.
diversos aspectos del HOMBRE, 91.
pensar también en los HOMBRES más simples, 100.
..."es la HORA de la acción"..., 251.

I

acción IDEOLOGICA, 247.
los hombres *idóneos*, 105 a 108.
IMAGINACION necesaria, 47, 57, 70.
conciliar los diversos IMPERATIVOS c.r., profesionales, familiares, etc., 14, 93, 94, 103.
"es mejor lo IMPERFECTO...", 195.
IMPORTANCIA relativa y ocasional de las redes, 142, 143.
para hacer frente a las IMPOSIBILIDADES del momento, 40, 41.
...para obtener lo IMPOSIBLE..., 128.
una acción que es IMPOSIBLE a los rev., 221.
la IMPREVISION, tremenda falta, 42, 47.
¿es IMPRUDENTE revelar la doctrina de la acción? , 221.
acción INASIBLE, 231, 232, 289-d.
INCOHERENCIA, 66, 215, 230, 248 in fine.
ninguna INCOMPATIBILIDAD entre la teoría doctrinal y la práctica, 17, 282.
INCORPORACION colectiva, trabajo negativo, 120.
INCORPORACION de un viejo activista, 122 n.4.
INCURIA, 110.
casi INFALIBILIDAD, 239.
la INFORMACION, 165, 191, 274, 275.
no confundir INFORMACION y acción, 69, 157.
suscitar la INICIATIVA, 47, 57 a 59, 99, 207, 258.
soportar las INJURIAS personales, pero..., 35.
¿INMINENCIA de graves acontecimientos? , 200.
la INSISTENCIA necesaria, 81, 239.
¿en qué INSTANTES debe actuarse como C.r.? , 94.
INSTITUCIONES, 58, 110, 111.
el INSTRUMENTO, componente de la acción, 150 a 152.
los INSTRUMENTOS de la acción directa, 157 a 161.
INSURRECCION, 36, 187 n.5.
INTEGRISMO, 223 n.6.
demostrar INTELIGENCIA, 47, 81, 84, 239.
tácticas frente al INTERLOCUTOR, 261 a 268.
acción c.r. a nivel INTERNACIONAL, 5, 18, 66, 214 a 216.
INTERPENETRACION de las redes, 138, 139.

INTOLERANCIA, falsa objeción, 33, 68.
característica de INTRANSIGENCIA, 67.
INTRANSIGENCIA doctrinal, 67, 68, 236.
nada hay por INVENTAR en materia de doctrina, 24, 210.
acción INVULNERABLE, 87, 232.
IR a buscar la calidad, IR a buscar a los mejores C.r., 96.

J

con respecto al JEFE DE ESTADO o al JEFE DE GOBIERNO, 2, 18, 214 a 216, 287 n.4.
ya se trate de un JEFE de Estado o de un zapatero, 2.
JEFES naturales, 117 a 119.
JERARQUIA de los instrumentos, 151, 152.
JERARQUIA natural entre los hombres, 116.
temor a la JUSTICIA, 237.

L

acción LAICA c.r., 24 a 28, 116.
...no solamente "un asunto de LAICOS"..., 247, 248.
hablar un LENGUAJE comprensible, 239 n.10.
LEYES naturales, 10, 10 n.2.
¡ninguna ilusión con respecto a lo que es LIBERAL! , 20 n.1.
LIBERALISMO, 20 n.1, 21, 181, 209, 214 n.4, 225.
LIBERTAD de expresión, de opinión, de pensamiento, 234.
correr varias LIEBRES, 100.
primera LINEA DE CONDUCTA, 15.
característica LOGICA, 66.

M

¿elección entre lo MALO y lo peor? , 286 a 288.
unidad de MANDO, 146, 147.
MANEJAR el acontecimiento, 190 a 194.
la MANIOBRA c.r., 207 a 230.
idea de MANIOBRA, 194.
MARCO natural de la acción, 94.
...actuar como MARXISTAS..., 34.
la MASA, 145, 148, 149.
practicar la MAYEUTICA, 260.
redes MAYORES, 141.
una *mayúscula* a "Contrarrevolucionario", 12 n.4.
efecto preeminente de los MEDIOS auditivos, 161.
MEDIOS conformes con el fin, 35, 150, 161.
eficacia de los MEDIOS, 35, 150 a 161.
MEDIOS polivalentes, 60, 79.
MEDIRSE con la Rev., 87.
un MEMORANDUM de la Rev., 196.
la política del "MENOS MALO", 286.
MERITO, 17, 50, 200.
la nostalgia de la METRALLETA, 26.
recoger las MIGAJAS, 271.
los MIL y los Cien, 104 a 108.
los MILITANTES, 50 a 53, 132, 170, 172, 173.
MINIMOS provisorios, 40, 41, 236.
ganar los MINUTOS, 198.
el MOMENTO, 189, 202.
...a propósito de la MONARQUIA..., 22, 30, 209, 210, 217 n.5.
MORAL de la acción, 16, 18.
no hay una MORAL "particular" para circunstancias particulares, 30.
el lugar de los MOVIMIENTOS c.r. particulares, 289 a 294.
la MUJER, a los ojos de la Revolución, 29, 102.
importante función de la MUJER, 102, 103.
poner a las MUJERES de su lado, 267.
máxima MULTIPLICIDAD de las formas y de los medios de acción, 69.

N

acción c.r. a nivel NACIONAL, 5, 18, 66, 214 a 216.
"...no hay NADIE que ayude"..., 100.
NATURAL y sobrenatural, 10, 238, 239.
NATURALISMO, 238.
NEGATIVISMO, falsa objeción, 4, 31.
NEUTRALIDAD imposible, 20, 21, 229, 230.
el tiempo es NEUTRO, 196.
los NO-CREYENTES frente al catolicismo, 241, 242.
la "NO-VIOLENCIA", 37 n.5.

O

falsas OBJECIONES a la C.r., 29 a 33.
como hacer frente a las OBLIGACIONES doctrinales a pesar de las imposibilidades del momento, 40, 41.
con OBSTINACION, 81 a 83.
la OBSTINACION EN EL ERROR, 120.
la OCASION que no debe desaprovecharse, 188 a 190.
intransigencia y OPCIONES LIBRES, 67.
OPCIONES que solo son secundarias, 22, 209, 210, 217 n.5.
la OPINION pública, 148, 149.
ORACION y acción, 245.
acción de ORDEN, 251.
ORDEN natural y sobrenatural, 10, 238, 239.
ORDEN social cristiano, 10, 40, 41.
¡si bastara "dar ORDENES"...! , 128.
...sin ORGANIGRAMA, pero saber ORGANIZARSE, 116, 186, 187.
una OSMOSIS entre hombres de doctrina y hombres de acción, 108.

P

PADRES e hijos, 223.
PAGAR es actuar, 179 a 181.
los escollos de la acción PARLAMENTARIA, 124, 278 n.2, 291.
PARTICIPACION en la acción, 86 a 88, 228, 233 a 237.
PARTICULARISMO, 144.
el PARTIDO, creación artificial, 124, 131, 197, 278 n.2, 291.
"Es preciso ir PASO a PASO", 81.
un PASO tan grande como sea POSIBLE, pero tan PEQUEÑO como sea necesario, 81, 239.
elección entre lo malo y lo PEOR, 25, 286 a 288.
hipótesis de lo PEOR, 249.
no perder su PARTIDA..., 195.
PEREZA intelectual, 47, 71.
el necesario esfuerzo de PERFECCIONAMIENTO PERSONAL, 243, 244, 248 in fine.
¿PERIODOS para aprender a actuar? , 53.
el problema de los PERMANENTES, 79, 80, 99, 184.
el hombre con su PERSONALIDAD, 92, 94, 126, 258.
PERSONALIDAD moral de una red, 114, 138.
la contribución de las PERSONAS MORALES no es un acto gratuito, 182.
PERSONIFICACION y presencia de la Rev., 226.
PERTURBAR al mínimo, 222.
los PESIMISTAS, 104, 279.
¿un PLAN DE ESTUDIO por célula de trabajo?, 256.
los PLAZOS, 197, 199, 200.
las compensaciones de la POBREZA, 162 a 167.
POBREZA, ocasión de progreso, 165.
a propósito del PODER ESTABLECIDO, 36 n.5, 231.
acerca de la POLITICA nacional o internacional, 18, 66, 214 a 216.
la POLITICA del mal menor, 286.
¡como si lo "social" no dependiera de lo POLITICO! , 25.

La C.r. trasciende todas las consideraciones POLITICAS, 22, 210, 217 n.5.
no es suficiente un cambio de POLITICA, 198.
para juzgar el valor de una POLITICA, 215.
medios POLIVALENTES para una acción multiforme, 60, 79, 80.
brindar a cada cual su POSIBILIDAD, 97, 98.
definición del C.r. POTENCIAL, 208.
actitud de los C.r. POTENCIALES frente a la doctrina, 240.
ninguna incompatibilidad entre la teoría doctrinal y la PRACTICA, 17, 282.
PRACTICAS y tácticas, 259 (ver también tácticas).
..."PREDICA, reprende, suplica, amenaza"..., 82.
¿cuál es el valor de lo PRESTIGIOSO?, 153.
PREVERLO todo, 189, 190.
la capacidad de PREVISION, 42 a 44, 47, 275, 276.
el "PRO" y el "CONTRA", 45, 275 3º.
los PROGRAMAS..., 41, 193.
PROGRESISMO y PROGRESISTAS, 21, 209, 217 n.5, 243 n.8.
PROGRESION a respetar, 48, 49.
etapas PROGRESIVAS del desarrollo de la acción, 48 a 63.
PROGRESIVIDAD, 1, 3, 81.
PROGRESO c.r. que debe oponerse a la rapidez de la putrefacción rev., 221, 287.
PROPAGADORES de la doctrina, 247.
...un cierto sentido de la PROPAGANDA..., 94.
derecho de PROPIEDAD, 169.
PROPONERLO todo, pero..., 81.
PROTESTANTISMO, 240.
Argumentos PROSAICOS que por serlo no deben despreciarse, 57, 134, 239.
"el acto principal de la PRUDENCIA...", epígrafe y 14.
ninguna actividad c.r. debe carecer del sello de la PRUDENCIA, 66, 88, 117, 121, 172, 205, 206, 233 a 235, 293.
acción PSICOLOGICA, 35, 121, 155, 156.
shock PSICOLOGICO, 83.
el PUEBLO y la masa, 145, 146.
"tender PUENTES", 39, 261, 275 2º.
¿...por qué no de PUERTA EN PUERTA?, 174.

R

tan RAPIDO como sea posible... pero tan lentamente como sea necesario, 44, 81, 204, 205, 218 in fine.
RAZON de Estado, 18, 153.
la RAZON priva sobre el sentimiento, 152.
REALEZA social de Cristo, 239 n.10.
la etapa de las REALIZACIONES, 57 a 59.
REALIZACIONES muy prosaicas que constituyen razones que no deben descuidarse, 57, 134, 239.
"REALIZAR" es sustituir lo rev. por lo c.r., 59.
RECURSOS financieros, 162 a 187.
...otras "REDES"..., 113, 122.
REDES sociales naturales, 110 a 144.
"comité de REFLEXION", 192.
ir a buscar REFUERZOS, 265.
la REGLA del 1%, 176, 177, 180, 182.
el dinero, REGULADOR de la acción, 163 a 167.
REGULARIDAD y automatismo en la colecta de fondos, 174 a 177.
hacer "REMONTAR" el dinero, 184, 185.
una REPRESENTACION oficial de la acción contrarrevolucionaria, 187.
acerca de la REPUBLICA, 22, 209, 210, 217 n.5.
¿cuándo es necesario RESERVAR el

empleo de los medios? , 73, 79.
RESISTIR de frente, 66, 69, 181 n.3, 224, 225, 227, 229, 230.
"a mayor RESPONSABILIDAD, mejor formación", 53.
descubrir su parte de RESPONSABILIDAD, 271.
RESPONSABILIDAD frente a las generaciones futuras, 44, 223.
RESPONSABILIDAD y autoridad, 125 a 129.
RESTRICCIONES pero no exclusivas en la elección de los hombres, 123.
acerca de los RETIROS, 243 n.8.
sentir RETRIBUIDO el esfuerzo..., 44.
un REVISOR DE CUENTAS, 175 n.2, 213 n.3.
la REVOLUCION descripta por ella misma, 20, 33.
para definir la REVOLUCION, 1, 6, 20, 21, 38, 224 a 227.
personificación y presencia de la REVOLUCION, 226.
atractivo del término REVOLUCIONARIO, 12.
comportamiento del REVOLUCIONARIO, 223 n.6.
las REUNIONES, 158 a 160.
el RIESGO; atreverse pero no arriesgarse, 88, 205.
la RUTINA, herrumbre de la acción, 47.

S

SACAR a los C.r. del medio rev., 228.
"de los SALONES a los bares", 94.
el juego de las SANCIONES naturales, 66, 230.
acerca de las SECTAS, 30, 226, 240, 285 in fine.
SEDICION, 36 n.5.
asegurar la SEGURIDAD, preocupación permanente, 54 n.5, 87, 120, 128, 130 n.6, 206, 207, 230.
hacer sólo lo SEGURO, 66, 204 a 206, 233 a 235, 283.
para ganar el tiempo hacer sólo lo SEGURO, 204 a 206.
SENTIMIENTO y razón, 152.
el principio de SER, 4.
el hecho de que se preste un SERVICIO PERSONAL no significa un progreso c.r., 50.
SIMPATIZANTES: no pedirles lo que sólo debe pedirse a los militantes formados, 50, 51, 132, 172.
SINTESIS (a realizar) de los diversos aspectos del deber moral, profesional, familiar, contrarrevolucionario, 14, 93, 94, 103.
dejar detrás de sí una SITUACION c.r. mejor, 44, 195.
lo SOBRENATURAL también es "instrumento" de la acción c.r., 248.
SOBRENATURAL y natural, 10, 238, 239.
¡como si lo SOCIAL no dependiera de lo político!', 25.
SOCIEDADES e instituciones, 110.
principio de SUBSIDIARIEDAD, 76, 111.
SUBVERSION y Revolución son sinónimos, 12 n.4.
autoridad SUPRANACIONAL, 214 n.4.

T

no cometer error de TACTICA, 218, 221.
las TACTICAS, 192, 194, 206.
TACTICAS y prácticas, 251 a 272.
dar su lugar a lo TEMPORAL, 246 a 248.
no disociar lo TEMPORAL de lo espiritual, 243, 248.
fines TEMPORALES particulares, 41.
ninguna incompatibilidad entre la TEORIA doctrinal y la práctica, 17, 282.
el TEORICO, 27, 108.
querer ver la TERMINACION de sus esfuerzos..., 44, 197.

un TERRENO de entendimiento, 209.
el TIEMPO, factor del acontecimiento, 195 a 207.
TIEMPO no ganado es terreno perdido, 198.
...en TIEMPO normal..., 187, 222.
poner el TIEMPO de su lado, 196 a 198.
...a TIEMPO y a destiempo..., 82.
sin TIMIDEZ ni complejos..., 7, 201, 220, 223, 224.
TOLERANCIA no es conciliación con el Error, 33, 36, 66, 68, 234, 236.
¡todo el mundo al TRABAJO! , 97 a 100, 165, 166.
TRADICION c.r., 217 n.5, 223.
la TRIBUNA... y sus caballetes, 100.

U

UNA acción, UNIDAD en la diversidad, 64 a 67.
UNIDAD de la doctrina, 12 n.3, 17.
preservar la UNIDAD doctrinal, 293.
UNIDAD de mando, 146, 147.
¿buscar una UNION sobre compromisos o realizar la UNIDAD sobre la verdad? , 17, 18, 65, 66, 282.
...en UNION espiritual..., 144, 230, 248.
URGENCIA de la acción, 84, 195, 196, 251.
URGENCIA de una doctrina, 23.
¿qué es el "voto UTIL"? , 282.

V

¡también en VACACIONES! , 94.
carrera de VELOCIDAD entre progreso c.r. y putrefacción rev., 197, 221, 287.
la búsqueda de la VERDAD, 17, 21, 226, 236, 238, 240.
no hay dos VERDADES, una teórica, otra práctica, 17, 238 in fine.
no tener falsa VERGUENZA, 272.
la VICTORIA, 44, 200, 251.
no confundir la acción de fuerza con la VIOLENCIA, 26, 36, 37 n.5.
medios VISUALES, 161.
respetar el VOLUNTARIADO, 50, 174.
saber VOTAR, 277 a 288.

Z

ya se trate de un ZAPATERO o de un jefe de Estado, 2.

NOMINA POR NOMBRES PROPIOS

Alfonso de Ligorio (San), 109.
Aristóteles, 14 n.6.
Auburtin (P.), n.6, 242 n.5.
Balmés, 200, 210 n.2.
Benoit (dom Paul), 31 n.1E.
Bienvenu-Martin, 102 n.5.
Bonald, 37 n.6, 200.
Camus (A), 20, 240.
Clemenceau, 20, 226, 242.
Couturier (dom Charles), 41 n.10.
Crétineau-Joly, 102 n.3, 121 n.3.
Delassus (Mons.), 242 n.7.

Danton, 30.
Deschamps (N), 240.
Faber (P.), n.9.
Ferry (Jules), 103, n.7, 226.
Foucauld (Charles de), 9.
Fouché, 30.
Freppel (Mons.), 20 n.2, 231.
García Moreno, 41 n.10, 108, 200.
Guillermou (A), 16 n.7.
Halévy (Daniel), 30 n.11.
Harscouët (Mons.), 236, 246 n.12.
Haugwitz, 30.
Hegel, 38 n.7.
Heine (Henri), 102 n.4.
Ignacio de Loyola (San), 16 n.7, 243 n.8.
Juan XXIII, 173 n.5, 181 n.5, 187 n.5, 234 n.5, 244 n.9.
Jouin (Mons.), 238.
Krutchev, 242 n.4.
Laperrine (General), 9.
Lecoeur (A), 52 n.3, 52 n.4.
Lenin, 17 n.8, 38 n.7, 242 n.7.
León XIII, 181 n.3.
Luis XVI, 30.
Maquiavelo, 17.
Maistre (Joseph de), 8, 20 n.3.
Manuilsky, 251 n.17.
Mao Tsé-Tung, 196.
Mathiez, 30 n.11.
Moeuvres (H), 230 n.11, 247 n.13.
Noble (R.P.), 11 n.3.
Nubius, 102 n.3.
Oliveira (Plinio Correa de), 30 n.10, 149 n.1, 208 n.1, 227 n.8.
Pablo (San), 82 n.3.
Pègues (R.P.), 36 n.5.
Péguy, 246 n.12.
Pie (Cardenal), 36 n.4.
Pio X (San), 236 n.6.
Pio XI, 240 n.2
Pio XII, 33 n.14, 112 n.1, 175 n.1, 188 n.1, 214 n.4, 236 n.6, 240 n.2, 244 n.10, 246 n.12, 251, 287 n.4.
Proudhon, 20 n.5, 31.
Quinet (Edgard), 240.
Ramière (P.), 234 n.4.
Rossi (A), 52 n.2.
Rousseau (Juan Jacobo), 21, 236.
de Saint-Bonnet, 200.
Sarda y Salvany (Don Félix), 134 n.8.
Sauge (G), 52 n.4.
Siéyes, 30.
Siri (Cardenal), 223 n.6.
Suenens (Mons.), 40.
Taine, 30.
Tomás de Aquino (Santo), epígrafe, 14 n.6, 34, 35, 36 n.5.
Vindice, 102, n.3.
Viviani, 242.
Voltaire, 21, 242.
Webster (Nesta H.), 20 n.4, 226 n.7.

NOMINA POR REFERENCIAS DIVERSAS

"La Acacia", 247 n.14.
"Amigo del Clero", 36 n.3.
Argelia, 133, 155 n.1, 287.
Carlismo, 217 n.5.
Cronistas de la Edad Media, 19 n.9.
Congreso Comunista del 16-11-1922, 29, 102 n.6.
Divini Redemptoris (Encíclica), 240 n.2.
España, 63, 217 n.5.
Francia, 14, 30, 174 n.1, 226, 279.
Inimica (Encíclica), 236 n.6.
"Latonia", 240.
Memorandum de Mao Tsé-tung, 196.